



El  
Agente  
Inglés

Ignacio Giménez Sasieta

El agente inglés

Ignacio Giménez Sasieta



1ª parte

(Año 1984)

# 1

## *Uzbekistán — Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*

El salón principal de la embajada francesa se encontraba atestado de personas elegantes, que conversaban en voz baja mientras tomaban un combinado frío o una copa de champán. El agente de su Graciosa Majestad Gustav Sheldom, adscrito al cuerpo diplomático británico desplegado en Uzbekistán, observaba complacido la fiesta. La recepción estaba siendo un éxito, sobre todo considerando el duro entorno económico y social que se vivía en la URSS, con una guerra fría que parecía no tener fin y un reciente presidente, Kostantin Chernenko, sin fuerzas para iniciar las reformas económicas y sociales que demandaban muchos ciudadanos. La situación específica en Uzbekistán era peor aún, agravada por un conflicto militar en su frontera sur con Afganistán —provocado por la invasión soviética de este país, hacía cinco años—, que estaba resultando extremadamente violento. Por eso estas fiestas, promocionadas por las embajadas extranjeras en pleno avispero del Asia Central, eran auténticos oasis. Y los galos eran especialistas en la organización de estos eventos lúdicos.

—Monsieur Sheldom —le dijo una mujer de mediana edad rubia, delgada, con estilo—, me alegro de que haya podido venir.

—Gracias, señora Pagot. Está usted radiante, si me permite que se lo diga.

—Claro que se lo permito, querido. Puede usted continuar diciendo cosas así todo el tiempo que quiera.

—Lo haría encantado, desde luego... con usted sobran los motivos.

—Ah..., Monsieur Sheldom, es usted el único inglés que conozco que sabe ser galante con las damas. ¡Qué lástima estar casada hace ya tantos años! En fin, cambiando de tema, permítame que le presente a una persona muy especial. Se llama Katia, y pertenece desde hace unos meses al servicio diplomático uzbeko.

—Entiendo.

—Por supuesto que entiende, amigo Gustav. En este país el servicio diplomático es inexistente.

—Todos son agentes secretos —apuntaló el hombre con una sonrisa.

—Ha, ha, ha —rió la dama—. Gustav, querido, espero que nadie nos haya escuchado, aunque, sinceramente, si alguien lo ha hecho no se escandalizará en absoluto. Al fin y al cabo, ¿qué cuerpo diplomático no es un nido de infiltrados y agentes de incógnito? En fin, bromas aparte, la chica es encantadora, y muy joven.

La mujer buscó con la mirada por la sala, hasta dar con su objetivo. No estaba muy lejos, así que la señora hizo un simple gesto a la chica con la mirada para que se acercara cuando le resultara posible. Un minuto más tarde, Katia se encaminaba hacia los dos amigos.

Sin poderlo evitar, Gustav permaneció embozado mientras la muchacha se dirigía hacia

ellos. Era alta, de tez clara y pelo pajizo e iba enfundada en un ajustado vestido color burdeos, en el que movía un cuerpo elástico, que se cimbreaba como el de una pantera joven. La joven sonrió ante el escrutinio del hombre, mientras se dirigía con naturalidad a la señora Pagot.

—Hola, señora, me alegro de verla de nuevo.

—Hola, Katia, cariño, te quiero presentar a una persona —se giró hacia el hombre—: Este es Gustav Sheldom, del cuerpo diplomático de Su Graciosa Majestad, y gran amigo mío. Gustav, esta preciosidad es Katia Orsten.

El hombre tomó la mano de Katia con suavidad y, con una leve reverencia, dijo:

—En chanté, madeimoselle. La señora Pagot no ha exagerado en absoluto su belleza.

La chica, superada por la galante escena, no supo responder, y se limitó a sonreír un poco azorada, añadiendo en voz baja.

—Muchas gracias.

Los tres permanecieron unos instantes sin hablar hasta que la señora Pagot, mirando hacia una de las esquinas de la sala, contestó con la cabeza a una señal imaginaria y dijo:

—Perdonadme, por favor, creo que me llaman unos amigos. Nos vemos más tarde.

—Por supuesto —dijo el hombre.

De nuevo un pequeño silencio se instaló entre los dos jóvenes, hasta que Gustav dijo:

—Me han dicho que eres funcionaria, que trabajas para el cuerpo diplomático soviético.

—Así es. Bueno, aún soy inexperta, apenas llevo dos años en este tema. Y a pesar de la formación intensiva a la que he sido sometida, creo que aún continúo siendo solo una chica de pueblo. En estas recepciones —confesó la chica— me siento muy rara todavía, un poco fuera de sitio.

—Es normal, eres aún muy joven, pero dentro de poco estarás como pez en el agua en este ambiente.

—Puede ser, pero ahora mismo, daría cualquier cosa por estar en un sitio menos formal, no sé...

Gustav recogió con soltura el guante diciendo:

—Casualmente conozco un local, no muy lejos de aquí, con buena música, buena cerveza y ambiente digamos más... desenfadado. Y sirven unos rollitos de hunan con arroz estupendos. ¿Tienes hambre?

—Por favor, ¡me muero de hambre! Y es que en estas recepciones solo sirven canapés. Tendría que comer mil para saciarme. ¿Cuándo nos vamos?

Un minuto más tarde, la señora Pagot contempló de reojo como los dos jóvenes abandonaban la embajada con aire furtivo y expresión regocijada. “Vaya par de funcionarios secretos, todo el mundo les está viendo salir juntos”, pensó sonriendo para sí.

Fuera, en la calle, había bajado la temperatura y estaba ya oscuro, a pesar que solo era media tarde. Aunque Gustav disponía de coche, la pareja optó por utilizar el Metro, que era el orgullo de la ciudad, por ser el único transporte colectivo subterráneo de toda el Asia Central. El tráfico en la metrópoli a estas horas era una locura. Tashkent (“ciudad de piedra” en turco) había sido uno de los principales centros históricos de la Ruta de la Seda, y, en su momento, la capital del antiguo Turquestán. Aunque su influencia en las rutas comerciales era ahora menor, aún era una importante urbe de más de 3 millones de habitantes, muy similar a las grandes capitales occidentales y desde luego con los mismos problemas de saturación, atascos y contaminación. Una vez en el suburbano, los jóvenes tomaron la línea Chilanzar y bajaron en Amir Temuir, desde donde atravesando un impresionante pasadizo lleno de cúpulas de piedra y arcos ojivales, se incorporaron a la calle. Muy cerca, a unos cien metros a la derecha de la salida se encontraba el

Menaydav's, el nuevo local de moda de Tashkent.

Una vez allí, se sentaron en una mesa discreta, en una de las esquinas del restaurante. El sitio estaba dividido en dos ambientes: uno era el comedor atendido por camareros uniformados y el otro, sin división física, la barra de un pequeño bar y la zona de baile. Todo estaba decorado con motivos rurales uzbekos: las tradicionales guirnaldas de pared a pared con sus banderitas azules, verdes y blancas, y en las paredes fotos enormes de bosques, valles y montañas cubiertos de nieve, supuestamente de algún lugar de la República Soviética. Los camareros, de aspecto inequívocamente estepario y montaraz, encajaban como un guante en el ambiente. En las mesas del restaurante olía a carne de cordero, frituras varias y empanadillas. Como en la mayor parte de los locales de moda de la ciudad, sonaba música ligera inglesa de los 80 la cual, aunque llegaba a la ciudad con bastantes meses de retraso, era muy apreciada por la juventud, por encima de cantantes locales como Roza Rimbaeva (muy conocida por haber ganado en el 77 el Festival de las Naciones) y no digamos de las tradicionales canciones uzbekas, tristes y cadenciosas, que hablaban sobre temas mitológicos o religiosos, y que incluían instrumentos antiguos con el *gorizovaya* o el *dombrovaya*, ya en desuso. Los grupos pop continentales más conocidos eran Maniobras Orquestales en la Oscuridad y Talking Heads.

—Bonito sitio —dijo sonriendo Katia—, no lo conocía.

—¿No? —Contestó Gustav—, pues lleva ya bastantes meses de moda.

—Sí, seguramente, lo que sucede es que últimamente salgo muy poco.

—Entonces, habrá que hacer algo al respecto —dijo con intención el joven.

La chica no contestó, aunque sonrió a la propuesta implícita. Se refugió en la carta de platos del local, y seleccionó el menú.

Después de la contundente cena —sendos tazones de finos espaguetis rellenos con carne y vegetales, acompañados de arroz, y regados con un vino claro— los dos jóvenes saboreaban sin prisa sus vasitos de café.

—¿En serio trabajas en el cuerpo diplomático soviético? —preguntó el joven.

—¿Por qué te extraña tanto?

—Bueno, por dos motivos. En primer lugar, eres muy joven. Y, en segundo lugar, no te ajustas al perfil tradicional del diplomático internacional.

—Tú también eres joven, y trabajas en la diplomacia inglesa.

—Británica, si no te importa. Y, en todo caso, te llevo cuatro o cinco años por lo menos, y eso echando por lo bajo. ¿Cuántos años tienes?

—Por favor, soy una señorita —dijo ella, fingiendo sonrojo—, ¿cómo puedes preguntarme eso!

—Ya, entiendo. Veintidós, como mucho.

—Lo siento, no has acertado. Y lo del perfil tradicional, ¿a qué te refieres?

—¿Veintitrés? No me lo creo...

—Lo siento, hemos cambiado de tema. Estamos con el perfil.

—De acuerdo. Analicemos la situación.

La chica, entonada con el vino, miró al joven sonriendo, disfrutando de la conversación desenfadada de su reciente amigo.

—En primer lugar —dijo en tono solemne y excesivo el joven—, trabajas nada menos que para la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

—¡Por favor, baja la voz! —Dijo la chica conteniendo la risa—. ¿Quieres que nos detengan?

—Lo siento, tienes razón —dijo el inglés en tono mucho más bajo—. Pero no me burlaba,

es que este país es bastante peculiar. En fin, no es una nación tradicional. ¿En qué años se fundó?

—En 1922.

—O sea que el país tiene 62 años...

—¡Impresionante! ¡Qué cerebro tan prodigioso!

—Muy graciosa. Solo estoy pensando en alto. Las estructuras nacionales de un país con tantos años están ya consolidadas, estabilizadas. Esto incluye, por supuesto, a su cuerpo diplomático.

—Dime algo que no sepa —dijo la joven con expresión neutra.

—Muy bien. Tú trabajas para el Estado, en el servicio diplomático. Sin embargo, la URSS, hoy por hoy, ya tiene desplegada una amplia red de embajadas y consulados a nivel internacional.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Es muy fácil. Lo que la URSS necesita ahora no es información de países del extranjero. Lo que necesita en este momento es información interna, sobre todo de la zona del Asia Central, en donde conviven ahora mismo Repúblicas Soviéticas como Uzbekistán o Kazajistán, grandes desconocidas. Por eso, creo que lo que esta nación demanda son funcionarios que sepan obtener datos relevantes y fiables sobre el terreno. Viéndote a ti, una mujer joven, bella, con indudable capacidad de seducción, solo puedo imaginarte en un destino, en un puesto que es perfecto para ti, y de enorme utilidad para tu país —cogió aire e hizo una pequeña pausa retórica, bajando aún más la voz—. Lo siento, Katia, he descubierto tu secreto: eres una espía.

La muchacha estalló en una carcajada espontánea, abierta, nada ajeno al juego de dos personas jóvenes que cenan y se divierten. Mas de pronto, después de unos segundos de hilaridad, cambió la expresión y se quedó mirando con fijeza a Gustav.

—De acuerdo. Y ahora que me has descubierto, ¿puedo pedirte una cosa?

—Por supuesto.

La joven puso una de sus manos encima de las del hombre y preguntó:

—¿Quieres bailar conmigo?

Gustav sonrió por toda respuesta, y le ofreció la mano. Los dos jóvenes se encaminaron a la pista de baile. Estaba llena y tocaban en ese momento *Every breath you take*, del grupo The Police. Ambos iniciaron la danza, saltando despacio, mirándose a los ojos y girando mientras sonreían. A veces el resto de los bailarines les empujaba y permanecían abrazados unos segundos, sintiendo el calor del otro, para después separarse con rapidez, al ritmo de la canción.

Después de un rato en la pista, Katia miró su reloj y dijo:

—Se me hace tarde, Gustav...

—¿En serio? Solo son las diez.

—Ya, pero yo mañana madrugo. Me levanto a las 6.

—Vale, te llevo a casa.

La pareja volvió de nuevo en Metro a la zona diplomática, en donde estaba el coche de Gustav, ya que la joven vivía en las afueras. Una vez en el vehículo, iban ahora sin hablar, sumidos en sus pensamientos. No faltaba demasiado para llegar al domicilio de la chica. El inglés decidió tomar el toro por los cuernos, antes de que se escapara el tiempo.

—Me gustaría volver a verte.

Los faros de los coches que venían en sentido contrario iluminaban su cara unos instantes y a continuación de nuevo la oscuridad. La chica no decía nada.

—¿Me has oído, Katia?

—Sí, te he oído.



—Bueno, y ¿qué me dices? ¿Puedo llamarte algún día? Podíamos ir al cine, o a cenar.

—¿Tú a qué te dedicas exactamente?, ¿qué haces en tu trabajo? —preguntó la chica.

El joven pareció un poco molesto por el giro de la conversación. Miró a su acompañante, buscando la expresión de su cara, pero sus ojos, como si tuvieran vida propia, más bien inspeccionaron con rapidez sus piernas, apenas tapadas por el corto vestido rojo oscuro.

Un bocinazo profundo y prolongado del camión que venía en sentido contrario devolvió al hombre a la carretera por la vía rápida, mientras daba con rapidez un pequeño volantazo.

—¡Maldita sea, qué susto me ha dado! —dijo con voz afectada.

Al cabo de unos segundos Katia, viendo el rostro aún demudado del joven, no pudo evitar comenzar a reír, sobre todo recordando el motivo del despiste. La cara medio indignada de su acompañante provocó todavía mayor hilaridad, hasta que la mujer terminó riendo a carcajadas.

—Sí, encima búrlate de mí, que casi nos matamos —dijo Gustav contagiándose ya con claridad de la risa de la chica—. Desde luego, soy un pardillo integral, no me extraña que te cachondees.

Aún sonaban los últimos ecos de su jolgorio, cuando Gustav detuvo el coche. Estaban frente a la casa de Katia.

—¿En serio quieres saber exactamente a qué me dedico? —Inició el joven mirando a su acompañante—: es muy fácil. Apoyo al servicio diplomático del Reino Unido. Me dedico a recopilar información sobre el terreno en los países en los que trabajo. Pero no en plan secreto, ni de incógnito, sino de manera pública, con credenciales diplomáticas, luz y taquígrafos. Mis fuentes habituales son los ministerios, las bibliotecas, y las asociaciones profesionales y comerciales. Todo con muy poco glamour y nada de riesgo. Acopio la información, redacto unos bonitos informes, y se los entregó a nuestro embajador, cónsul o al funcionario diplomático de turno. A partir de aquí, ya no intervengo. Me envían a otro sitio y se repite la historia.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar en Tashkent?

—Unos meses, pero no sé exactamente cuántos.

La joven permanecía en silencio, como evaluando la posibilidad de volver a quedar con el británico.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, amiga mía —intervino de nuevo el joven con acento de hombre de mundo—, solo se trataría de ir juntos algún día al cine. Nada más.

La mujer pareció asumir lo razonable de la petición y dijo:

—Ya, estarás pensando que soy una pueblerina uzbeka, pacata y asustada, y seguramente tienes razón.

—Yo no he dicho eso. Mira, ¿por qué no me dejas tu número de teléfono? Te llamo un día y, si te apetece, quedamos y si no, nada.

—De acuerdo, de dejo el nº de mi casera. Es la única que tiene teléfono en el portal. Ella me buscará. Me puedes encontrar hacia las 8 de la tarde.

La chica escribió su el nº en un papel. El joven lo tomó y acercó su cara para despedirse con un beso, pero ella evitó el contacto y dándose la vuelta salió precipitadamente del coche, diciendo desde la calle:

—*Xayrli tun*, Gustav.

—Yo también te deseo buenas noches, amiga —respondió este sonriendo.

El tren, a pesar de no desplazarse demasiado rápido, traqueteaba mientras se alejaba de las bellas ciudades del oasis de Zeravshán, en el oeste del país, y se adentraba en dirección

oriente, hacia la estepa, en donde los matorrales y la arena se alternaban con pequeños montes de vegetación baja. Siguiendo la mítica Ruta de la Seda, el ferrocarril se dirigía hacia Samarcanda, desde donde subiría después hasta Tashkent.

Gustav intentaba coger postura en el duro asiento corrido de los ferrocarriles soviéticos. Volvía a su casa de Tashkent, después de pasar unos días en la legendaria Bujará, en el extremo occidental del territorio, por motivos de trabajo. A pesar de que solo había estado allí unos días, la ciudad de Avicena le había impresionado, con su fortaleza Arq, que daba entrada al palacio del Emir, y su madrasa Mir—i Arab de verdes cúpulas, y su monumental centro histórico, en cuyas callejas convivían —aparentemente ajenas a la administración soviética— las culturas persa, tayico y judía. El recuerdo de las imágenes de los ancianos tomando el té sentados frente a la puerta de su casa, o la de los tenderos pregonando en el mercadillo de la plaza las excelencias de sus verduras hicieron sonreír en silencio al agente inglés. Aquel ambiente callejero en los puestos de Liab—il—Kauzoz, en Bujará, no era muy distinto del que uno puede encontrar en los mercados londinenses de Borough Market o Smithfield.

La noche caía lentamente, borrando poco a poco los contornos de las colinas y de las casas de campo de tejados oblicuos, mientras el tren avanzaba pesadamente. Con la cabeza apoyada en el cristal del enorme ventanal de su vagón, acunado por el ruido del vehículo, Gustav repasó sin proponérselo lo que le había sucedido en Tashkent en estos últimos meses. Habían pasado ya ocho largos meses desde su primera cita con Katia. Por supuesto, él había llamado a la joven al día siguiente, para invitarla al cine. Después de hacerse un poco la remolona, ella había aceptado. Y al día siguiente la había invitado a cenar, y al otro a un concierto y así, hasta hoy. ¿En cuántos sitios de moda habían estado en esta temporada? En el Boccaccio, en la discoteca Baldruv, en la recepción del nuevo embajador de Chipre..., ya ni recordaba todos los lugares. Habían compartido unos meses memorables, tal vez los mejores de su vida. Había descubierto que estar a su lado, compartir su tiempo con esa mujer era increíble. Él, Gustav Sheldom, que hacía un año era un lobo solitario perdido en un país extraño, que apenas salía y que estaba centrado en su trabajo, había pasado a zambullirse alegremente en actividades y diversiones mundanas, de la mano de una oriunda del lugar, compartiendo conversación y risas durante horas sin aburrirse. Lo único que recordaba de estas alegres jornadas era que ella estaba siempre allí, con sus ojos brillantes y oscuros y su sonrisa, y sus besos desinhibidos. Y lo mejor de todo, había conseguido que frecuentara cada vez más su piso reservado. Compartían techo y cama, sobre todo, los sábados por la noche. Y sus expectativas con ella —lo que anunciaban sus besos— se habían confirmado.

—¿Tiene usted fuego? —le dijo su compañero de asiento, un hombre delgado, vestido con una túnica parda y tocado con un turbante torcido, mal colocado.

—No, señor, lo siento —respondió el agente con expresión un poco alhelada—, no fumo.

Volvió a sus meditaciones. Aunque ya llevaba con ella muchos meses, pensaba en esa mujer a todas horas. Era como si le hubiese hechizado. “En fin, no hay que darle más vueltas —pensó—. Estoy completamente colgado por Katia”. Y aunque reconocía que lo que sentía era una sensación placentera y dulce (algo agradable, como cuando uno tomaba un par de copas de vino) no se le escapaban las consecuencias. Él era un agente de la inteligencia británica, no un oficinista o un ingeniero. No había ningún problema en salir con mujeres, por supuesto, pero se suponía que había que mantener en todo momento el control de la situación. Lamentablemente, ahora mismo no era así, ni mucho menos. La cosa se le estaba yendo de las manos. Siendo sincero, lo único que le importaba realmente en estos momentos era ella. Si esa mujer le ordenara sacar documentación reservada de su país, estaba seguro de que lo haría. Se había convertido en una marioneta, y lo

peor de todo es que no le importaba. Y, naturalmente, sus dos compañeros británicos destacados en Tashkent —el jefe de la legación, Richard Talleyrand, y su secretaria—, habían notado su cambio. Claro que esto no había sido muy difícil, ya que el propio Talleyrand, en un par de ocasiones, le había invitado a cenar (“!Pero tráete una chica, eh!”, le había dicho, “!que Tashkent está lleno de mujeres guapas!”) y él, obediente, en ambas ocasiones había acudido con Katia. El gran agente secreto Sheldon, experto en simulaciones, lleva a su novia —agente soviética— a cenar con su jefe, reconocido agente británico. Muy inteligente.

Aunque, a decir verdad, Richard Talleyrand no parecía en absoluto molesto o incómodo con la chica. Todo lo contrario. Las dos veces que habían salido había estado encantador con ella, y los tres habían pasado dos noches estupendas. El segundo día, incluso, la había sacado a bailar después de una opípara cena a cargo del erario público británico. Y viéndoles bailar, nadie diría que no eran una agradable pareja, a pesar de la diferencia de edad. Ella le había dicho después que se caían bien, sin más, a pesar de sus respectivos trabajos.

Claro que después de las fiestas y la diversión llegaba la realidad, el día después. Y la realidad era que él estaba distraído e indolente. En lo profesional, el efecto había sido fulminante. Él, que siempre había sido rápido y preciso al recopilar información, remoloneaba y suspiraba cada vez que alguien le pedía un informe. Y su dossier sobre el país permanecía inacabado, después de muchas semanas de retraso. Por eso no le extrañaba nada el telegrama que le había enviado desde Londres su jefe en el Foreign Office, requiriendo su presencia urgente en Inglaterra para una reunión la semana que viene. Todo indicaba que, como mínimo, le caería una buena reprimenda. Claro que tampoco había que anticipar algo necesariamente negativo. En realidad, podría llamarlo por muchas otras razones. Tal vez una nueva misión, o una prórroga de la actual. Al fin y al cabo, esta zona del Asia Central era muy emergente. “Bah, no me lo creo ni yo”, se dijo con sinceridad.

La oscuridad había caído casi por completo en el árido terreno uzbeko. Desde el viejo ferrocarril apenas se apreciaba ya el perfil de los suaves montículos, salteados por las luces tenues de las escasas viviendas rurales de la planicie, aferradas a las colinas, circundadas de vallados de madera.

“¿Qué estará haciendo ahora? —pensó el joven—, tal vez se esté metiendo ahora mismo a la cama... y seguro que lleva puestas las braguitas esas azules, esas tan pequeñas que apenas le tapan el culo..., joder, quién estuviera allí ahora mismo...”. El agente, entusiasmado con la escena, giró su cuerpo hacia la ventana para evitar dar el espectáculo a los otros pasajeros del vagón.

“Maldita sea —pensó—, no puedo ni viajar tranquilamente en tren sin recordarla. Me tiene bien pillado la condenada chica de pueblo. A mí, al agente de Londres, al hombre de mundo”. Era todo muy raro, y en realidad, ni siquiera sabía si estaba contento o enfadado. Decidió intentar dormir un poco. Cerró los ojos.

“¿Qué estará haciendo ahora?”, pensó, acunado por el movimiento del tren.

La tradicional neblina británica, húmeda y blanca, invadía las calles de Londres y calaba hasta los huesos, penetrando incluso el amplio abrigo gris de lana escocesa que llevaba Gustav sobre su traje azul de raya diplomática. El joven atravesó los grandes arcos de acceso de la nueva sede del British Foreign Office, un impresionante edificio neoclásico de piedra gris, recio y poderoso, ubicado en King Charles St., en Londres y, después de pasar los controles de seguridad, se encaminó al gabinete de su jefe, el subsecretario de exteriores, James Sibalist.

—Buenos días, Gustav, me alegro de verle, pase y siéntese, por favor —le dijo este, una vez que hubo entrado en el despacho.

—Gracias, señor, yo también me alegro de verle de nuevo.

Después de unas breves palabras de cortesía, entraron en materia.

—Me dice el Sr. Talleyrand que aún no ha completado el informe de Asia Central —dijo el subsecretario.

—Así es, señor. Es una zona muy complicada, con las cinco repúblicas soviéticas actuando como núcleo de la zona, pero rodeadas por países con intereses cruzados, como Mongolia o Afganistán o Irán. Es un área bastante poblada y con estructuras militares y policiales en ocasiones equívocas. Además, en las repúblicas de la URSS el poder es ejercido frecuentemente por inmigrantes rusos adictos al PCUS, pero poco arraigados en la zona, por lo que es muy habitual que aprovechen su posición para medrar y extorsionar. La corrupción está generalizada. Por otro lado...

—Gracias, Gustav —interrumpió el alto funcionario—, pero no hace falta que me cuente nada, conozco la situación en el área. A lo que me refiero es a que lleva usted muchos meses sobre el terreno y su informe no está aún completado. Es curioso, porque usted ha trabajado siempre en entornos geopolíticos complejos (Siria, Oriente Medio, Nepal), probablemente más que el que ahora le ocupa, y siempre ha sido capaz de emitir en un plazo máximo de 4 meses, un informe riguroso y aceptablemente veraz. ¿Me equivoco?

—No, señor —respondió el joven, un poco intimidado por el tono.

—En fin, querido Gustav, el asunto es que lleva usted más de un año en el área (concretamente en Tashkent, si no estoy mal informado) y aún no ha completado el dossier. ¿Por qué?

—Como le digo, las dificultades para obtener información fiable son enormes y esto me está llevando más tiempo del esperado.

—Entiendo. ¿Un té, Sr. Sheldom? —dijo Sibalist con una sonrisa diplomática.

—Por supuesto, muchas gracias.

Dos minutos más tarde, un asistente servía la infusión en la mesa del despacho en la que ambos estaban sentados. Una vez que se hubo marchado, dejándolos nuevo a solas, únicamente rompía el silencio el suave tintineo de las cucharillas al agitar el azúcar.

—Escuche, Gustav —inició el subsecretario—, creo que usted es un elemento valioso

dentro de nuestra estructura. Tiene inteligencia, educación, dotes diplomáticas y, desde luego, agallas. No hay demasiada gente así. En mi opinión, le espera una carrera extraordinaria dentro del departamento de exteriores al que ambos pertenecemos.

—Gracias, señor.

—Sin embargo, ha cometido usted un error de libro. No es nada grave, siempre y cuando uno sepa reconocerlo y decida tomar medidas inmediatas.

—Usted dirá, señor —dijo Gustav anticipando ya los nubarrones—, yo haré lo que sea necesario.

—Me alegro de que diga eso, señor Sheldom. Como le digo, la cosa no es en absoluto crítica. Simplemente, debe tomar medidas para evitar prolongar una situación no deseada. Y, para empezar, debe saber que su rendimiento ha bajado sensiblemente, lo mismo que su nivel de seguridad. En realidad, Gustav, muchas personas piensan que es usted en estos momentos un posible emisor de información sensible.

—Permítame que lo niegue tajantemente, señor. Eso no es cierto en absoluto, yo conozco mi trabajo. Le doy mi palabra de que jamás he vulnerado la confidencialidad, ni he dado datos alguno sin control y sin permiso...

—Es suficiente, señor Sheldom —contestó el supervisor levantando la mano—, no le estoy acusando de nada. No necesito sus excusas. Además, supongo que ambos sabemos de lo que estamos hablando.

El joven agente de apoyo guardó silencio. Por supuesto que ambos sabían de lo que hablaban. El subsecretario entonces sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta y lo colocó sobre la mesa, delante del joven.

Gustav, siguiendo la indicación de los ojos de Sibalist, tomó el papel y le dio la vuelta. Era una foto. De ella.

—Salir con una chica local no está prohibido —dijo Gustav sin arredrarse, aunque manteniendo la compostura—. Lo he hecho muchas veces.

—Desde luego. Pero ella pertenece al servicio diplomático soviético.

—Tal vez, pero es de bajo nivel, casi una recién llegada. No hablamos de una agente como puede ser uno de los nuestros. Además, trabaja en Tashkent, no en Moscú.. Aquello es Uzbekistán, señor, una república irrelevante dentro de la URSS. Y Tashkent no es más que un pueblo comparado con una ciudad occidental. ¡Por Dios, señor, la chica es inofensiva, solo tiene 20 ó 21 años, no puedo creer que sea un problema que haya salido de vez en cuando con ella!

El hombre bebió un último sorbo de té mirando fijamente a Gustav, como pensando bien lo que tenía que decirle ahora mismo.

—Escúcheme bien, Gustav: tal vez no entienda correctamente la situación. La mujer con la que está saliendo no es inofensiva, ni mucho menos. Aún estamos asentando la información que tenemos sobre ella, pero ahora mismo estamos completamente seguros de que es un agente operativo del régimen soviético. Yo entiendo su situación, no somos robots, querido Gustav. Pero también le digo, como su superior responsable dentro del Departamento de Exteriores, que le he convocado para darle una instrucción directa, sin matices y sin aclaraciones o explicaciones de ningún tipo.

El joven permaneció atento, escuchando, aún impresionado con lo que le estaban contando. “¿Katia, una persona peligrosa?”, pensó. No se lo podía creer.

—Le ordeno que trate a esa mujer como a un agente enemigo. Vuelva a Tashkent, rompa su relación con ella de la forma más diplomática posible, termine su informe sobre el área y regrese a Londres a recibir nuevas instrucciones.

—Pero, señor, entenderá que voy a necesitar tiempo para organizarlo todo, no será fácil...

—Dispone de dos semanas, señor Sheldon.

—¿Dos semanas? Disculpe, señor, pero ¿por qué todo tan precipitado?

—Eso no le incumbe, señor Sheldon. Límitese a hacer lo que le he ordenado.

—Por supuesto.

—De acuerdo, Gustav, ya puede irse. La reunión ha terminado —dijo el alto funcionario levantándose de la silla.

De pronto, se paró y como si hubiera recordado algo, le dijo:

—Por cierto, Gustav, otra cosa: su supervisor, Richard Talleyrand, ha sido trasladado. A partir de ahora trabajará usted con otra persona, Lewis Trump. Le enviaremos los detalles sobre su nuevo jefe por el canal habitual.

Gustav se quedó pensativo, dudando si hacer o no la pregunta. No sabía si aquel traslado tenía relación con su caso, para bien o para mal. Tal vez Richard Talleyrand había alertado al servicio de su relación, o tal vez no. Era imposible saberlo. Se armó de valor:

—Disculpe, señor, ¿puedo preguntar cuál es el siguiente destino del señor Talleyrand? Supongo que no volveré a contactar con él. Le echaré de menos allí.

—Tiene razón al decir que no volverá a contactar con él. Ya conoce las reglas. Pero yo no soy insensible, señor Sheldon. Le puedo decir que el señor Talleyrand va a trabajar a partir de ahora más en contacto con el poder político. Específicamente, actuará como enlace con el grupo G—8. Es un cometido de enorme importancia.

—Me alegra mucho saber eso. Gracias, señor.

—Y otra cosa, Sheldon.

—Usted dirá, señor.

—No fue él.

—¿Perdón, señor?

—Digo que no fue él. La información sobre la chica no ha provenido de su supervisor.

—Entiendo, señor. Y le agradezco que me lo haya dicho.

—Ahora lárguese, Sheldon, y haga lo que le he dicho.

Gustav saludó con la cabeza, se levantó y salió de la sede del Foreign Office. Una vez en la calle, el aire fresco de Londres le despejó algo la cabeza. Decidió, como hacía en ocasiones, caminar sin rumbo por las calles de la ciudad, intentando no pensar en nada específico.

En efecto, después de un largo paseo de dos horas por el centro de Londres, se sentía mejor, más centrado y relajado. Decidió tomarse un respiro. Una cerveza le vendría bien.

Acodado en la barra del Crazy Bird, un pequeño pub ubicado en un discreto callejón —inaccesible para los turistas— cercano al bullicioso mercado del Covent Garden, el joven, mientras saboreaba la pinta, repasó sus encuentros con Katia. Pero esta vez no pensó en sus besos, o en su sonrisa, ni en sus ojos achinados por la luz, o en su pelo. Esta vez la mente práctica y profesional del agente se hizo cargo del análisis. Llevaban bastantes meses saliendo juntos. Recordó sus cenas, espectáculos, paseos... y, naturalmente, sus momentos de intimidad. Él, como todos los agentes operativos, disponía de un apartamento adicional en el extrarradio, al margen de su vivienda habitual —y cortesía de Su Majestad—, para usos varios, desde organizar cenas o reuniones, hasta guardar documentación sensible o, si fuera necesario, esconderse durante una temporada. Un piso franco, en suma. Gustav, mientras saboreaba la cerveza, pensó malévolamente que tal vez la idea inicial de la vivienda no coincidiera exactamente con el uso que le había dado en las últimas semanas —noches de pasión, básicamente—, pero tampoco creía que la cosa fuera ilegal o abusiva. Y los encuentros —sonrió internamente— desde luego habían merecido la pena.

La chica no tenía grandes inhibiciones y se entregaba, resoplaba y gritaba como si aquel día fuera el último de su vida. De pronto, se sintió un poco ridículo al darse cuenta de algo: naturalmente, el Servicio mantenía vigilado aquel piso. Por eso sabían todo sobre su relación con la joven. Casi se sintió enrojecer. Había sido un perfecto gilipollas. No le extrañaría que incluso hubieran grabado sus momentos sexuales. Seguro que incluso habían comentado la jugada. Ya estaba viendo al equipo repasando las imágenes. Burlas, risas y comentarios procaces, como si estuvieran en un espectáculo porno. Él conocía a los endurecidos y cínicos agentes de campo. Lo habían visto todo y estaban de vuelta de cualquier cosa. No respetaban nada, y dos jóvenes en pleno revolcón habría sido una fiesta para ellos. Él los había visto en grabaciones profesionales reírse de la cara de susto de un hombre acuchillado en plena calle, mientras retiraban el arma hundida en su cuerpo.

—¿Otra pinta, señor?

—Sí, por favor.

Pero ahora no debía pensar en eso. Lo hecho, hecho estaba. Debía más bien concentrarse en sus conversaciones con Katia. ¿Sería verdad que era una agente peligrosa? Le costaba creerlo. Aunque poco a poco, como entrando sin permiso en su cerebro, algunas escenas vividas con ella empezaron a encajar en el nuevo perfil profesional que le atribuía Sibalist a su partenaire.

Recordó uno de las primeras veces que fueron al cine. Iba a ver, por motivos obvios, la película Octopussy, de James Bond. Era la sesión nocturna. Como la mayor parte de los cines de Tashkent, las butacas —de felpa negra aterciopelada— ascendían para mejorar la visión. Se sentaron bastante atrás. En un momento dado, él decidió besarla, de manera impulsiva. Fue un ósculo bastante rápido, pero durante unos segundos sus cabezas taparon la visión de las dos personas que estaban detrás, una de los cuales resultó ser un gilipollas maleducado, ya que golpeó sin miramientos con sus zapatones la parte de atrás del asiento de Katia, mientras rugía:

—¡Iros a casa a achuchar, cojones, que no veo!

Lo que sucedió a continuación fue visto y no visto. Katia pareció girarse y propinó, estirándose con agilidad, una bofetada rapidísima al hombre. Este, una persona corpulenta, quedó conmocionado y se quedó en completo silencio a partir de entonces. Al cabo de unos minutos, sus amigos tuvieron que sacarlo en volandas de allí: seguía inconsciente. Katia le dijo después que probablemente había sufrido un desmayo, desde luego su golpe no podía haber sido, solo era una bofetada. Pero Gustav tenía entrenamiento de combate y no era inocente, había visto muchos golpes. Aquello no había sido en absoluto un sopapo, sino un golpe demoledor, aplicado con una velocidad endiablada. La chica peleaba como una profesional. Ahora, a posteriori, lo veía claro pero en ese momento, sencillamente, no quería creerlo, así que optó por creer lo del desmayo, y lo dejó pasar sin darle mayor importancia.

“Bueno —pensó— y si es una agente, ¿qué hay de malo en ello?”. Él también lo era, todos los países tenían una estructura de información opaca, era lo normal. Siempre y cuando se cumplieran una serie de normas de comportamiento, aceptadas tácitamente en el gremio, la cosa no era tan grave. ¿Por qué había dicho Sibalist que la chica no era inofensiva? ¿Y qué diría entonces de él mismo, de Gustav Sheldom, que también era agente? ¿Era él un tipo peligroso?

“¡Qué tontería, naturalmente que no!”, se respondió a sí mismo el joven. Aunque estaba entrenado para ello, nunca había participado en una miserable pelea durante su profesión, ni por supuesto había interrogado ni pegado a nadie, como en las películas. La realidad era mucho más aburrida que el cine. Él era un hombre normal, no un matón. Y ni que decir tenía que en sus más de cinco años como agente de Su Majestad, jamás había pegado un tiro. De hecho, generalmente no llevaba pistola, aunque tenía la licencia y guardaba un arma en su casa.

Entonces se dio cuenta de algo importante. La verdad lo golpeó como un rayo. Recordó el

estremecimiento que había sentido la primera vez que la chica le había cogido de las manos. Después —así funciona la naturaleza humana—, su cerebro había borrado esa información, al considerarla increíble. Pero ahora el dato volvía con toda su fuerza.

Fue en el Menaydav's. Ella iba a invitarle a bailar y le tomó de la mano mientras se lo decía. Entonces lo notó. La chica tenía un tenue callo en un extremo de la palma de la mano. Hay distintas explicaciones para esta pequeña huella, pero una es la más habitual: la pequeña irregularidad en la piel surge al disparar con pistola de forma regular. Él mismo no la tenía en absoluto, a pesar de su entrenamiento periódico.

Sintió un escalofrío involuntario. ¿La dulce Katia? ¿La chica que reía con simpatía y que besaba con dulzura? ¿Era una pistolera?

“No puede ser, me estoy volviendo loco. Ella no es así.”

Salió del local. Anochecía en el Londres metropolitano. El callejón del pub, estrecho y desierto, parecía el escenario idóneo para un crimen de Jack el Destripador. Sin embargo, una vez hubo caminado unos metros hacia el Covent Garden, la animación y el bullicio callejeros se impusieron de nuevo. Aunque muchas tiendas y puestos estaban ya cerrando, aún había gente deambulando por el populoso mercado, entre las farolas recién encendidas. Bastantes personas, no obstante, parecían iniciar ya el camino hacia su hogar.

Gustav buscó también con la mirada un taxi para volver al suyo. Tenía que organizar inmediatamente su viaje a Tashkent. Había que aclarar muchas cosas. Demasiadas.

Sentía un intenso frío en el corazón.

Aunque todo había empezado como un juego, debía reconocer que Gustav le gustaba. Bueno, ¡qué demonios, mucho más que eso!, en realidad le encantaba y pensaba en él a todas horas, en sus ojos, en sus manos, en su boca... mejor no seguir. Esto debía ser lo que la gente normal llamaba enamorarse. A ella no le había pasado nunca en sus veintiún años de vida. Y debía reconocer que no estaba mal, la verdad.

“Es una lástima no ser una chica corriente, como las otras”, pensó con frialdad. Algunas veces soñaba con tener una vida común, casarse con un chico guapo —uno como Gustav—, tener hijos, y vivir la vida familiar que siempre había añorado desde niña.

Sentada en uno de los bancos metálicos, en el interior de un jardín público, el ruido del tráfico de la gran ciudad —motores, bocinazos, gritos ocasionales— le llegaba muy amortiguado, lo que contribuía a dar al lugar la paz y quietud que necesitaba en ese momento. Desde aquel pequeño refugio, la joven observó, en la creciente penumbra, cómo las madres llamaban a sus hijos para irse a casa a cenar. Poco a poco, los críos fueron desapareciendo. Katia levantó la mirada. El sol se ocultaba bajo el horizonte, tiñendo de naranja y morado las pequeñas colinas que rodeaban Tashkent, entre las cuales, como un tributo al poder de la urbe, destacaba la altísima torre de la televisión uzbeka. En ese momento, decidió que tenía que tomar una determinación en relación con Gustav. Aquello estaba afectando a su trabajo, era una obviedad. Se sentía feliz queriendo así a alguien, pero también notaba que era vulnerable, que ya no controlaba las situaciones como hace unos meses. Siempre había sido una mujer fuerte, preparada para todo, y ahora no lo era tanto. Era el precio a pagar por el amor. ¡Ay, si esta relación le hubiera sucedido hacía solo un par de años! Sí, todo habría sido diferente. Entonces ella era una chica de pueblo, deseosa de abrirse camino y conocer a gente interesante, incluyendo chicos simpáticos, atractivos, que supieran tratarla con amabilidad y hacerla reír.

El jardín estaba ahora solitario y oscuro. La luz de las escasas farolas iluminaba sobre



todo las vías de acceso al recinto, pero no llegaba a los bancos interiores, junto a la zona de juegos infantiles. Sentada allá e inmóvil, la mujer era una sombra negra, invisible y misteriosa, como un espíritu del parterre.

Sonrió con melancolía, recordando cuando llegó a Tashkent, a la capital soñada, procedente de una pequeña aldea campesina del norte de Uzbekistán. Acababa de cumplir 18 años, y había viajado hasta la ciudad con un pequeño fondo económico heredado de su padre, que acababa de morir, dejándola sola en el mundo. No tenía hermanos ni parientes, y nunca había conocido a su madre.

No le quedó más remedio que aclimatarse a la vida urbana. Las primeras semanas las pasó en una pensión macilenta de las afueras de la ciudad, trabajando de camarera durante el día y llorando durante la noche. Su reserva económica menguaba progresivamente, a pesar de que no le faltaban ofertas para incrementarlas por la vía rápida. Era joven, fuerte, muy blanca y bien parecida. Los hombres la rondaban como moscas. “Bueno, más bien como cerdos”, pensó con acritud recordando aquellos primeros tiempos. Ella, sin embargo, tenía otros planes, aunque aún eran bastante difusos. Pero quería estudiar, promocionar y ser alguien en la vida, y no languidecer en una vida gris como había sido la de su padre. No, ella buscaba otra cosa, aunque no sabía muy bien cuál.

Pero todo cambió el día en que le intentaron robar.

Sucedió cuando volvía a casa por la noche. Era pleno invierno y estaba oscuro. Tres tipos la abordaron en una zona poco poblada, apenas un descampado, a unos trescientos metros de su pensión. Surgieron como de la nada y le mostraron unos cuchillos mientras le decían:

—Danos todo tu dinero y no te pasará nada. ¡Rápido, ahora mismo!

Ella acababa de cobrar la paga semanal y la llevaba encima. Probablemente, los tipos aquellos lo sabían, la habían seguido y habían planificado el asalto. Tres hombres armados contra una mujer indefensa. Sería coser y cantar.

La mujer evaluó la situación, con una calma impropia de su edad. Ella era casi tan alta como un hombre y bastante fuerte. Estaba acostumbrada al trabajo duro y tenía las manos y los hombros robustos.

Y no iba a dejar que le roben.

—No.

Los tipos se miraron entre sí, extrañados ante la audacia de aquella mequetrefe. Claro que tampoco parecía una chica sensible y decorosa, pero a ellos nadie les hablaba así, y menos una mujer. Uno de ellos, el más corpulento, se acercó y le cruzó la cara de un bofetón. La mujer cayó al suelo aturdida, mientras otro aprovechaba para propinarle una patada en la cara, y el tercero otra en el abdomen. La muchacha se dobló en el suelo, intentando protegerse, mientras los hombres, ya lanzados, le pateaban sin piedad, hasta que el bulto humano dejó de moverse. Le dieron entonces la vuelta, rebuscando con rapidez el dinero entre sus ropas. En ese momento, la mujer pareció resucitar y con un grito inhumano golpeó al hombre que la tanteaba con una piedra en la cabeza. El impacto fue brutal y sonó a hueso roto. El tipo cayó como un saco al suelo. Sus dos compinches se levantaron horrorizados y echaron mano de las navajas. Aquella maldita mujer se había cargado a su amigo.

Las tornas habían cambiado. La muchacha que estaba hasta hace unos segundos indefensa en el suelo estaba ahora en pie, frente a los dos malhechores, cubierta de sangre, abriendo amenazadoramente sus grandes manos campesinas y con una mirada de puro odio en la cara.

Los cuchillos temblaban en las manos de los atracadores. Aun así, uno de ellos inició un ataque desesperado, lanzando una cuchillada tremenda al bulto, a matar. La chica no tuvo la menor

dificultad para esquivar el ataque y, aprovechando el desequilibrio del tipo, lo golpeó con todo su peso al hombre en la nuca con sus dos manos enlazadas como si fueran una maza. Otro hombre fuera de combate.

El tercero dudaba entre salir corriendo o intentar pedir perdón a aquella salvaje cuando la chica se le echó encima como un vendaval, rompiéndole la nariz de un puñetazo directo estremecedor y culminando con un rodillazo en la entrepierna.

—Ya es suficiente.

La voz había sonado de algún sitio a sus espaldas. La campesina se giró con gesto desafiante y contempló a un varón alto de aspecto tranquilo, mediana edad, vestido con ropa de ciudad, no como un trabajador de las fábricas o como un operario.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó la mujer.

—Eso es lo de menos. Digamos que represento a una parte del Estado. Pero no hay tiempo para hablar. Dentro de un minuto se presentará aquí la policía y te detendrá sin pedirte explicaciones. No te recomiendo una noche en la comisaría. Tengo un coche a la vuelta, ven conmigo ahora. Quiero hacerte una propuesta, no es nada deshonesto.

La chica hizo caso al hombre.

Habían pasado más de dos años desde todo esto pero ella, mientras estaba sentada en el banco, contemplando el perfil melancólico de los abandonados toboganes infantiles, aún podía repetir palabra por palabra el discurso de su interlocutor, su increíble oferta. Sí, le había abierto un mundo de posibilidades a una pueblerina inexperta como ella. Además, ella era joven, pero no estúpida. Por eso, después de escuchar la propuesta, la aceptó.

Así se incorporó a los Servicios Secretos de la URSS. Su nuevo nombre en clave fue Alecto, una de las míticas Furias, vengadoras de crímenes.

La mujer estiró su cuerpo, entumecido ya por la larga estancia sobre el oscuro banco del parque. Sí, en estos dos años, Alecto había ido usurpando la personalidad de Katia, haciéndose cada vez más importante, ocupando más espacio en su corazón y en su mente. Ya no era Katia, la chica de pueblo sencilla. Ahora era una agente soviética, profesional, metódica y eficaz. Y en su mundo no había sitio para el amor.

Adiós, Gustav, buena suerte.

Se levantó despacio, con un velo triste en la mirada. Todo estaba ya decidido. Inició el camino de vuelta de su casa. Justo cuando salía ya del parque, tres jóvenes noctámbulos que salían entonces de una fiesta entre risotadas, la vieron caminar: una mujer atractiva y solitaria en la noche. Se fueron acercando a la chica, sonriendo y contoneándose como si fueran los dueños de la calle. Iban a pasar un buen rato con aquella pavita tan guapa.

Al llegar a su altura, los hombres la observaron y ella les devolvió en silencio la mirada. Los tres tipos pasaron de largo sin decir una sola palabra.

—Hola, Kati —dijo un poco nervioso Gustav al verla en las puertas del cine, con dos entradas en la mano.

—Hola, Gus —respondió ella.

Ambos jóvenes rieron la pequeña broma. Los dos odiaban esos diminutivos por lo que solían utilizarlos cuando querían hacer rabiar al otro.

El británico había llamado desde Londres a la mujer hacía dos días, diciéndole que volvía a Tashkent próximamente, y que podían quedar para ir al cine o a cenar.

—De acuerdo —había contestado anteayer la chica—, acepto ambas cosas. Yo busco la

película y tú el restaurante.

El hombre besó a Katia y entraron sin más a la sala. Iban a ver Flashdance, protagonizada por Jennifer Beals.

A la salida del espectáculo, Katia comentó:

—Oye, ¡qué película tan buena! —Dijo la chica— ¡Dan ganas de hacerse bailarín! ¿A que sí?

—Sí, ha estado bien —contestó Gustav—. Pero en relación a lo de ser bailarín, ¡ni hablar! Prefiero mil veces mi oscuro trabajo diplomático a ir dando botes por ahí, sin ton ni son.

—¡Dando botes! ¡Por favor, qué poco espíritu artístico! ¿Y la música, y la magia del baile...?

—Mi magia eres tú —dijo él.

El joven se volvió hacia la muchacha, que sonreía por su comentario, pero no la besó como esperaba ella. Y su sonrisa tampoco fue abierta y confiada, sino más bien prudente, como expectante.

“Los dos estamos nerviosos, con aire de crisis o de drama”, pensó Katia. Todo parecía más sencillo el otro día en el parque, cuando decidió romper con él. Ahora no lo veía tan claro.

La cena posterior en el Kauhloom transcurrió con normalidad, pero sin llegar a ser lo especial que había sido otras veces. Y es que se notaba esa indefinible tensión en el ambiente, algo sutil, pero perceptible y real. La magia de estar juntos no era suficiente para romperla.

—Oye, estoy con una pequeña obra en el apartamento —dijo Gustav cuando salían del restaurante.

—¡Ohhh, no fastidies —dijo ella exagerando en broma la desilusión—, con la de cosas que tenía pensadas para esta noche!

—Pues no las olvides todavía, querida, porque he alquilado una habitación en el Hotel Commodore.

—No me digas, impresionante, como se ve que el Imperio sigue manejando recursos ingentes...

Al cabo de un rato, la pareja entraba en la habitación del Hotel. Katia salió al balcón de la habitación, y se apoyó en la barandilla metálica exterior, contemplando una placita pequeña y coqueta, con un gran árbol en medio de un círculo de hierba y arbustos. Algunos bancos dispuestos alrededor y una fuente ubicada en una esquina completaban la glorieta.

El joven se acercó a la muchacha y la abrazó por detrás. Permanecieron un rato así, quietos, con sus cuerpos pegados como si fuesen uno solo y sin hablar mientras contemplaban la plazoleta, vacía en la oscuridad. “La próxima vez que vea esta plaza estaré sola, y me acordaré de ti”, pensó Katia con tristeza. Tuvo un pequeño escalofrío que él interpretó erróneamente y le dijo:

—Vamos para dentro, si quieres, que nos vamos a quedar helados...

—Sí, cariño, vamos a la cama.

Una hora después, los dos jóvenes estaban tumbados desnudos sobre la cama, apenas cubiertos por una sábana. Acababan de hacer el amor. Ella estaba apoyada sobre su pecho, y él jugueteaba con los mechones de su cabello.

—Casi he terminado el informe —dijo Gustav en voz baja.

—¿Cómo? ¿Qué informe? —dijo Katia.

—El de mi trabajo. Como ya te comenté, me dedico a redactar memorándums de países y zonas geográficas concretas. Esta información es después utilizada por el cuerpo diplomático de mi país.

—Sí, tienes razón, se me había olvidado.

Comprendiendo lo que aquello significaba, los dos guardaron silencio, intentando calibrar las consecuencias, aunque ambos las habían anticipado mil veces. Por fin, Katia preguntó:

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, a las 15 h.

—¿Mañana mismo? —Dijo la chica separándose de su cuerpo, y apoyándose en el cabecero de la cama—. No me has avisado con mucho tiempo.

—Lo siento, en Londres me han metido prisa, dicen que llevo demasiado tiempo aquí.

—Ya, Londres y tus jefes. Y tú, que por supuesto, siempre haces lo que ellos te mandan. Si te dicen que te vayas mañana, te despiden y adiós muy buenas —dijo la chica en un tono agrio.

—Todo el mundo obedece a sus jefes, Katia, no veo porqué te pones así —dijo molesto Gustav.

—¿Piensas volver a Tashkent en alguna ocasión? —preguntó la mujer con voz triste, oscura.

—A corto plazo, no. Salgo muy pronto para otra misión, así que estaré meses en otra zona, probablemente en el área de Filipinas. A partir de ahí, puede ser. En fin, será cuestión de ir hablando...

Katia notó que algo se desgarraba en su interior. Era un dolor sordo, profundo. El hombre al que había amado durante meses —al que aún quería, en realidad, aunque hubiera decidido romper con él debido a su profesión— hablaba de su relación como si no hubiera sido en absoluto importante. Ella se había entregado y había soñado con él, pero para Gustav el asunto parecía haber sido una trivialidad, un pasatiempo. Mañana se iba, y asunto terminado. Sin más...

El joven vio la expresión de la mujer y captó el significado. Se incorporó, se volvió hacia ella y le cogió las manos.

—Oye, Katia, lo siento. Para mí lo nuestro ha sido muy importante, pero este trabajo mío es así, siempre estamos en movimiento. Las relaciones nunca son fáciles.

—Basta ya, Gustav, no me fastidies con gilipolleces. No es el momento de grandes palabras, ni de excusas. Solo me gustaría saber una cosa: la verdad, si es posible. En realidad, tal vez no volvamos a vernos nunca. Lo que hoy digamos será lo que permanezca por siempre, y lo que callemos quedará sin decir. Así que, por favor, háblame con franqueza y dime: ¿has llegado a sentir algo por mí? ¿Esto ha significado algo para ti, en algún momento o, por el contrario, solo ha sido un juego? Solo te pido que me respetes y que me conteste sin engaños o dobleces. Puedes decirme lo que hay, no me pasará nada por saber la verdad.

El joven miró a la chica y recordó las palabras de su jefe Sibalis, avisando de su peligrosidad. Seguramente era cierto, las informaciones que manejaba ese hombre solían estar muy contrastadas. Pero la persona que estaba sentada junto a él en la cama no era la temible agente uzbeka de la que hablaba su jefe. Él estaba contemplando ahora tan solo a una joven, con el pelo alborotado, que necesitaba saber si había sido querida por un hombre, que quería saber si aquel que estaba a su lado había descubierto algo en ella digno de ser amado, algo que le habría hecho soñar las noches que no estaba con ella y contar las horas del día en las que ella no estaba junto a él. Sí, quería saber si él había sentido lo mismo que ella, lo mismo que decían sus ojos. El viento de los planetas...

Entonces tomó su decisión, sin encomendarse a nadie, y sin medir consecuencias más allá de las inmediatas. Ella tenía derecho a saber.

—Mira, Katia, te voy a responder. Pero quiero que sepas que lo que voy a decirte no cambia nada. Debo irme y cumpliré con mi trabajo, porque es lo que quiero hacer y lo que es mi obligación, aunque a veces me cueste enormemente. Pero debes saber algo...

La mujer no dijo nada, consciente de que no le estaba resultando fácil hablar a su compañero de cama. Gustav por fin apoyó su espalda recta en el cabecero de la cama, miró a la muchacha y dijo:

—El asunto no es si esta relación ha sido o no importante para mí. La cosa es mucho peor: Katia, estoy enamorado de ti.

La joven sonrió satisfecha, y tomando su cabeza entre sus manos, lo besó despacio, con un ronroneo de gata.

En plena madrugada del viernes, las calles de la ciudad antigua de Tashkent —la que no aparece en los folletos turísticos— estaban desiertas. A diferencia del centro de la población, allí los callejones eran estrechos, estaban mal iluminados, y se cruzaban en retorcidos laberintos sin destino, entre muros de adobe y carreteras de tierra sin pavimentar. Era, en suma, un barrio pobre, aislado y bastante peligroso, a pesar de no estar muy alejado del núcleo cosmopolita y urbano de la moderna urbe. La circulación de coches era escasa en general y casi desaparecía a esas horas intempestivas. Tampoco se veían apenas personas, salvo esporádicamente algún hombre joven que, tal vez volviendo de una fiesta nocturna, osaba atravesar el barrio para llegar antes a su casa. Lloviznaba a ratos y en algunas zonas el suelo empezaba a formar un barro entre marrón y gris.

Desdeñando el peligro, una joven —falda corta de cuero negro, pelo recogido, gorra oscura y camiseta roquera de tirantes— se guarecía bajo un alero de la fina lluvia que extendía una bruma húmeda por las modestas vías. De vez en cuando, la muchacha estiraba la cabeza hacia la carretera de arena y tierra como buscando a alguien o a algo que no terminaba de llegar.

Un hombre de mediana edad, extrañamente vestido con traje claro, corbata escueta y bastón, caminaba trabajosamente, esquivando charcos y barro, en dirección a la mujer. Esta contempló su perfil oscilante acercándose a su posición. En la noche desierta, la respiración fatigada del señor resonaba con un aire casi fantasmal por las travesías del viejo barrio. Al llegar a la altura de la chica, el hombre se detuvo, recuperó el resuello y la observó con atención.

—Hola, guapa, ¿necesitas que te lleve a algún sitio? —dijo con voz impostada, un punto burlona, como si buscara el flirteo.

—No, gracias, ya tengo coche —respondió esta con frialdad.

—Pues no se nota, la verdad, estás ahí como un pasmarote. Y ya te puedes olvidar de coger un taxi. A estas horas —y en este barrio— es materialmente imposible. Pero, vamos —dijo alejándose—, a mí me da igual.

—Usted tampoco viene en coche —dijo ella en tono defensivo.

—Por favor, querida, no me trates de usted, que no te llevo tantos años. Y tienes razón, es obvio que vengo caminando. O cojeando, para ser más preciso. Pero vivo cerca y tengo el coche en el garaje. En fin, es igual, no te molesto más.

—Discúlpeme, no pretendía ser cortante. Y ya aprovecho para pedirle un pequeño favor.

—Tú dirás —dijo él con voz un poco urgente, como con ganas de terminar la conversación.

—Necesito unas monedas para llamar a la agencia de taxis desde una cabina. No tengo suelto, y a estas horas no hay nada abierto —dijo mientras abría su bolso para mostrárselo al caballero.

Al acercarse, dio un pequeño traspiés, y la bolsa de cuero se volteó, cayendo al suelo endurecido todo su contenido: unas llaves, algún billete, pañuelos de papel y otros pequeños objetos, todo sobre la dura vía de tierra.

— Maldita sea —dijo—, que inútil soy, no he dejado nada en el bolso.

El hombre inició sin ganas el ademán de agacharse, pero en seguida lo interrumpió, y permaneció apoyado en su bastón observando los objetos personales de la muchacha diseminados por el suelo terroso con cara de circunstancias. La joven, en cambio, recogióse sin el menor remilgo la estrecha falda, se agachó como un relámpago, y comenzó a acopiar todo con sus ágiles manos, mostrando inevitablemente sus blancos muslos entre los cuales bailaba, apareciendo y desapareciendo, un minúsculo triángulo rojo. El semblante de su interlocutor cambió a ojos vista, recuperando el interés en la chica de forma inmediata.

—No te preocupes, yo te ayudo, mujer —dijo con voz de nuevo complaciente—. Pero tampoco tengo suelto —mintió—. Además, en este barrio no hay cabinas telefónicas. Lo más sencillo es que nos acercamos a mi casa, y que llames al taxi desde allí. Estamos bastante cerca, vivo al final de la calle Zaykainar, cerca del Chorsu Bazaar.

—Yo a su casa no pienso ir, lo siento. ¿Por qué no me llama usted el taxi desde su casa, mientras yo espero aquí?

—¡Tú estás loca, chiquilla! ¿Qué te cree que soy, tu criado? Venga, chica, no seas tan remilgada. No te voy a comer. Además, ¿qué podría hacerte un tipo como yo? Si algo no te gusta, te largas. No pienso salir corriendo detrás de ti, por motivos obvios.

La joven, casi a su pesar, por primera vez sonrió, tal vez imaginando la absurda escena de un cojo cincuentón persiguiendo a una joven gacela como ella.

—De acuerdo —dijo al hombre—, subo, hago la llamada y me marcho.

—Desde luego, la juventud, ¡qué prisas tenéis siempre! ¿Tal vez una copita mientras estás esperando el vehículo? —intentó con una sonrisa.

—Ni hablar, no pienso tomar nada. La llamada, y me largo. Lo siento, tal vez otro día.

—Sí, ya me lo imagino —dijo el tipo resignado—. En fin, da igual, he captado la idea. Venga, sube, parecemos dos tontos aquí en la calle.

La mujer acompañó al señor, que ahora caminaba con decisión, saliendo del barrio antiguo, en dirección a la zona moderna de la ciudad. Al cabo de cinco minutos, llegaron al portal de su casa. El hombre abrió la puerta del mismo y cedió el paso galantemente a la chica. Esta titubeó, pero pasó. Una vez dentro, subieron en ascensor, llegaron al piso y abrieron la puerta de la casa. Esta vez pasó primero el dueño.

—Bueno —dijo extendiendo los brazos señalando el impresionante vestíbulo de la vivienda—, ¿qué te parece, querida?

La chica, colocada justo detrás del hombre no contestó, afanada en colocarse una especie de delantal de plástico que llevaba en el bolso. El caballero permaneció observando orgullosamente su vivienda, esperando una respuesta que no llegaba. Solo cuando escuchó el característico sonido de los guantes de látex ajustándose a las manos giró la cabeza y comprendió.

—Maldita traidora —dijo sin excesivo énfasis.

Sonaron dos disparos limpios, ahogados por el silenciador. Muerte inmediata. La mujer sostuvo el cuerpo inerte y lo depositó casi con cuidado sobre la alfombra de nudo. La sangre comenzó a brotar empapando el denso tejido con una creciente mancha roja.

La chica se retiró despacio el delantal y los guantes, y fue al baño a limpiarse. Allí mismo se quitó las prendas roqueras y se colocó un vestido largo de flores, tocado con un sombrero con ala. Revisó por última vez el escenario, se ajustó con una correa el arma al muslo y salió de la casa.

Una vez en la calle, se alejó sin prisas de allí y, al cabo de unos minutos, un coche con los cristales tintados se acercó y se abrió una puerta.

La mujer entró y el coche se perdió en la noche.

—Hola, Nahir —dijo la mujer al conductor, desde el asiento trasero del vehículo.

—Hola —contestó éste, ladeando ligeramente hacia atrás la cabeza, buscando a la chica —. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, la operación ha sido un éxito.

—¿Alguna incidencia?

—Negativo, todo sobre ruedas.

—Enhorabuena. Oye, por cierto, cambiando de tema: Sartrovich me ha pedido que te acuerde que la semana que viene tenemos evaluación médica completa en la casa. Lo de siempre, análisis de todo tipo y una revisión general. En fin, conoces todos los detalles. Por otro lado, tú seguro que estás sana como una manzana.

—A mis años eso no tiene mucho mérito —contesto la joven con voz neutra.

—Sí, tienes razón.

La mujer se arrellanó aún más en la butaca de cuero, adormecida por el movimiento del coche. Cada vez se sentía más integrada y centrada en su extraño trabajo. Entendía perfectamente que una persona normal lo considerara algo espeluznante, pero a ella no le parecía eso en absoluto. No, no había nada malo en quitar la vida a otro ser humano, siempre que el hecho estuviera correctamente justificado, y no fuera por capricho o por interés. Los Estados lo hacían continuamente y nadie protestaba. Un simple policía, con mínima formación y dudoso criterio, tenía permiso para matar a un delincuente si se sentía amenazado. La sociedad le permitía eliminar a otra persona —se suponía que se lo merecía—, sin excesivas preguntas. Por supuesto, con mucha frecuencia las fuerzas del orden cometían errores y abusos. Era lógico, ya que solo eran aficionados. Ella, en cambio, había recibido una formación muy severa durante dos años en los servicios secretos de su país, y estaba monitorizada y controlada continuamente. ¡Por Dios, si hasta evaluaban su situación física y mental cada seis meses, como si fuera una astronauta! Además, sus objetivos eran seleccionados cuidadosamente por el Estado, y hasta ahora estaba ejecutando sus acciones con eficacia y profesionalidad, sin errores. Ella se sentía muy tranquila.

Pero no podía olvidar a Gustav.

Hacía ya casi tres meses que se había marchado, y no había tenido noticias suyas. Su confesión final (“Katia, estoy enamorado de ti”) aún sonaba como música celestial en sus oídos. Y había estado a punto de decirle que ella también le amaba y que deberían estar juntos por siempre, como en un cuento de niños. Sí, estuvo a punto de hacer planes con él y decirle al oído que podían comprarse un casa en Inglaterra, tal vez una elegante mansión situada en el countryside, entre prados, caminos y árboles centenarios. Ella le acompañaría en alguno de sus viajes, pero siempre volverían a su hogar inglés, donde fundarían una familia que viviría siempre unida y feliz...

Naturalmente, no le había dicho nada. Le había dejado marchar, sin más, sonriendo como si la ruptura fuese una más. “Lo entiendo, tienes que irte. Son cosas que pasan, otra vez será, amigo mío. Y si no nos volvemos a ver, que tengas mucha suerte, etc.”.

Sí, las palabras habían sido esas, u otras similares. Y había conseguido sonreír, y no soltar ni una lágrima hasta que él se fue de la habitación, un poco defraudado con ella pero sereno, abandonando también su vida.

Y cuando se quedó sola, lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Bueno, lo hecho, hecho estaba. Ahora debía olvidarlo, y centrarse en su trabajo. Lo que necesitaba era tener otro objetivo rápido, para analizarlo, planificarlo y ejecutarlo.

Sí, otro maldito objetivo la haría sentirse mejor.



—Está bien, señorita, puede usted bajarse de la cinta de correr. Las pruebas han terminado.

Katia, bañada en sudor, fue refrenando el paso, acomodándolo a la menor velocidad de la goma elástica de carrera, que ya paraba, y se retiró del aparato. Estaba cansada, pero podía haber seguido sin ningún problema.

Llevaba todo el día con testeos, análisis psicológicos y evaluaciones físicas de todo tipo en la tercera planta de la sede central de los servicios secretos en Tashkent, en el edificio sin distintivos del KGB. Las ingentes pruebas físicas y mentales a las que era sometida durante el chequeo médico nunca habían sido un problema para ella. Podía correr 10 kilómetros sobre una cinta estática sin apenas resollar, levantar 70 kilos de peso en arrancada, y luchar cuerpo a cuerpo contra hombres de su tamaño sin cederles el paso. Era hábil con el cuchillo y bastante buena con las armas cortas. Y según su expediente médico, no tenía enfermedades crónicas, ni infecciosas, ni limitación física alguna. Era inteligente, decidida, y no padecía problemas psicológicos graves, al menos ninguno que le impidiese desempeñar su trabajo.

La mujer salió de los vestuarios, ya con ropa de calle, segura de haber superado como siempre las evaluaciones. Bajó en ascensor a la segunda planta, para dirigirse al despacho de uno de sus supervisores, Rustam Ergashev, que al parecer quería verla con cierta urgencia. El hombre era el Director de Formación de los agentes, un puesto de contenido equívoco, pero al que esta persona —inteligentísima, fría y calculadora— había dotado de gran peso e influencia. Aunque el responsable directo de los agentes era el Director de Operaciones —señor Pak—, Ergashev establecía el plan de instrucción de cada agente, el cual en la práctica mediatizaba las posteriores acciones que realizaría, e incluso los destinos geográficos a los que era enviado. Si el temible Rustam ponía a alguien en su lista negra, podía hacerle la vida imposible, incrementando su incomodidad y nivel de riesgo hasta extremos insoportables. Y esta circunstancia no era del todo extraña, sobre todo en el caso de agentes femeninas. Para mayor motivo de prevención, algunos rumores dentro del Servicio relacionaban a Rustam con prácticas irregulares de tortura con detenidos. A ella no le extrañaba mucho, la verdad, cualquier cosa era posible en el Servicio.

La muchacha tocó con sus nudillos la puerta del despacho.

—Adelante, agente Aleco, pase, por favor —respondió con su voz de bajo Rustam.

La mujer lo contempló con cierta prevención. Iba vestido de civil, con traje gris y corbata oscura. Era un hombre corpulento, de rostro seco, endurecido, y tenía unos incisivos muy característicos, echados hacia delante, casi montados sobre su labio inferior, lo que le daba un inquietante aire de roedor. Los motes de Rustam que circulaban entre los agentes aludían a estos animales (el Ratón, el Conejo, las variantes eran numerosas), pero siempre se susurraban con precaución, por si acaso.

—Buenas tardes, señor.

—Siéntese, por favor, y cierre la puerta.

El hombre apenas había levantado la mirada al dirigirse a la joven, pero bastó la fracción de segundo que le había dedicado para que ella se sintiera incómoda. Tampoco pintaba bien lo de la puerta, obviamente.

—He seguido con suma atención su carrera hasta ahora, agente Aleco.

—Gracias, señor.

—No me dé las gracias todavía, agente, aún no he terminado —interrumpió desabrido Rustam.

—Lo siento, señor.

—Decía que he analizado su corta carrera y he llegado a la conclusión de que tiene usted buenos mimbres para triunfar, y sin duda capacidad para llegar lejos —aquí hizo una pequeña pausa reflexiva—, siempre que tenga usted algún apoyo interno de cierta entidad en nuestra organización, en el Servicio. La verdad es que hay muchos agentes y, bueno... es difícil diferenciar a quién promocionar y a quién no.

Esta vez la chica no dijo nada, suponiendo lo que seguía.

—¿Qué opina usted, agente Alecto, está de acuerdo conmigo?

—No lo sé, señor, no conozco los mecanismos de promoción internos.

—Ya. ¿Y quiere que se los enseñe, agente? —dijo ya con un tono obvio en la voz.

La mujer no dijo nada. El supervisor cambió el gesto, endureciéndolo y le habló en tono conminativo, sin matices.

—Venga usted aquí, agente, acérquese.

—Sí, señor —dijo la chica levantándose y situándose de pie frente al sillón giratorio en el que estaba él sentado.

—Siéntese aquí, agente Alecto —dijo el hombre señalando sus rodillas.

La mujer dudó, pero accedió. Él acercó sus labios a los suyos, mientras metía su mano izquierda por debajo de la blusa, ignorando el forcejeo de la chica.

La mujer dudó unos segundos, pero al ver que no paraba en su empeño, se levantó por fin como un relámpago, acalorada y furiosa, aunque conteniendo la rabia, mientras se recolocaba el sostén.

—Disculpe, señor, creo que se equivoca usted conmigo.

La espontánea carcajada de Rustam —un hombre que apenas sonreía— fue aún más humillante que la escena anterior.

—Ha, ha, ha —continuó unos segundos con su hilaridad el hombre, sin poder parar— de manera que me estoy equivocando con usted, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo ella con tono desafiante.

—Déjeme que le diga algo, agente Alecto: es usted una auténtica recién llegada, que no sabe nada del mundo en el que se ha metido. Piensa que es alguien porque ha liquidado ya algunos objetivos. Déjeme que le diga algo: eso no vale apenas nada. Tenemos centenares de personas que saben hacerlo, y mucho mejor que usted. Ahora forma parte de una estructura inhumana, en la que solo sobreviven los más duros. Si yo quisiera, antes de salir de este edificio estaría muerta. También podría secuestrarla mientras va usted a su casa y retenerla durante días, y hacer lo que me diera la gana —por ejemplo, terminar lo que estaba empezando— y después matarla y tirarla al río. Yo sé cómo hacerlo sin dejar rastro, tengo los medios, el equipo, la oportunidad. Y nadie diría nada, ni una sola palabra. Y como yo, hay otras personas que también pueden hacerlo. Ahora mismo, usted solo es una marioneta en manos de la estructura del Servicio. No tiene ningún poder, ni puede elegir. No, no me he equivocado con usted en absoluto. Es una verdadera incauta, una bonita doncella estúpida con permiso para matar. Y ahora, márchese. Mañana todo el mundo sabrá que no es uno de mis agentes. No le digo nada más. Esto no es una amenaza en absoluto, por supuesto, yo no soy un matón o un gánster. Pero espero que recuerde mis palabras: está dentro de una estructura endurecida y cruel, que devora a las personas inocentes que piensan que son otra cosa diferente, como le sucede a usted. Entérese: esto es una lucha de poder, una guerra, y aquí solo sobreviven los más fuertes, lo mismo que sucede en todos los Servicios de Inteligencia de todas las partes del mundo. ¿Qué se pensaba? ¿Qué ayudamos a las ancianas a pasar la calle? Bueno, fin de la lección. Lárguese y que tenga suerte, Alecto, termine donde termine. Cierre la puerta al salir.

La mujer se levantó. Estaba completamente pálida.  
Y uno por uno, lentamente, se fue quitando los botones de la blusa.

La agente sesteaba en su apartamento en una tarde de domingo. Había pasado casi un mes desde el episodio con Rustam y, sorprendentemente, casi se le estaba olvidando. Desde luego, ella no era una flor de pitiminí a estas alturas, y debía reconocer que lo que había dicho aquel hombre era bastante cierto. Las personas que formaban parte de aquel sórdido mundo de la información política y militar secreta eran duras y crueles como viejos mercenarios. Eran poderosos, cínicos y no tenían escrúpulos, así que era mejor estar a buenas con ellos, y no buscarse enemigos gratuitamente, sobre todo por un miserable polvo. Había sido una estúpida, y lo había pagado. Y cuanto antes asumiera que necesitaba aliados en el Servicio, mejor. Era parte del juego, así que había que asimilarlo rápido y no darle vueltas. Por otro lado, ya llegaría su momento. Seguro.

Además, ahora mismo existía otro asunto que ocupaba totalmente su mente, y que debía encarar de forma inmediata.

Estaba embarazada.

Inicialmente, había hecho la prueba casera, la de la orina, y al comprobar el resultado positivo, había pasado por unos momentos angustiosos. Había creído que el padre del pequeño era Rustam. “Tengo un retoño del Ratón en mis entrañas”, pensó. Era imposible imaginar algo más asqueroso. Sin embargo, pronto se serenó e hizo unos sencillos cálculos, que el ginecólogo confirmó a posteriori: estaba casi de 10 semanas. Afortunadamente, el niño no era del maldito Ratón.

Desde su cama se volvió para mirar por la ventana de su habitación. Desde esa posición, solo alcanzaba a ver las copas de algunos árboles cimbreadas espasmódicamente por el fuerte viento, en un fondo de densas nubes blancas.

“Estoy embarazada de Gustav”, se dijo casi en voz alta.

Se sentía ahora muy rara, el hecho de que el padre fuera el inglés le estaba haciendo dudar. No habría vacilado ni un segundo en desembarazarse del hijo del maldito dentado Rustam, de hecho muchas agentes lo hacían así, y era algo sencillo y discreto. Pero un hijo de Gustav era distinto. Aunque le fastidiara reconocerlo, ahora creía sentir lo que algunos llamaban instinto maternal. Tenía una pequeña vida en su interior, algo mínimo, incipiente, pero real. Y ese nuevo ser era algo especial, algo que siempre compartirían ella y el inglés y que uniría sus vidas para siempre. Ya no tenía las cosas tan claras sobre qué hacer con el bebé. ¿Por qué librarse de él? Tal vez podía tener el hijo, aunque el agente británico no supiera nada.

“Maldita sea, estoy perdiendo el juicio —pensó—, ¿cómo voy a criar yo sola a un niño, con la vida que llevo? Además, el puñetero britano ya no está en mi vida. Se ha ido para para siempre. Y su maldito hijo debe marcharse también”.

El estridente timbre del teléfono le sobresaltó, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, ¿dígame? —contestó un poco desubicada.

—Agente —contestó una voz acostumbrada a mandar—, soy Nahum Bershev, queremos mantener una reunión con usted mañana a las 8 h., en la sede central. Preséntese allí, por favor. Queremos hacerle una propuesta.

—Por supuesto, señor, allí estaré.

—Adiós, agente, eso es todo.

Katia se espabiló del todo con la llamada. ¡Nada menos que Bershev, y llamándola a casa a ella! Aquel hombre era uno de los mayores jefes del Servicio Secreto, y pertenecía al Alto

Directorio del KGB. ¡Y le había llamado él personalmente a su hogar! Lo de mañana debía ser algo importantísimo.

Al día siguiente, a las 7:50 h, la agente Alecto se presentaba en el departamento de Personal en la sede central.

—Puede usted acudir a la sala G—20 —le respondió la encargada de la sección—, agente. La reunión se celebrará allí. Le están esperando.

—De acuerdo.

La mujer entró con prevención en el recinto de reuniones. Cuatro o cinco personas estaban sentadas en butacas en torno a una enorme mesa ovalada. La conversación se interrumpió de pronto, cuando repararon en la presencia de la chica. El Sr. Pak, su jefe directo, se levantó para recibirla:

—Buenos días, agente Alecto. Pase por aquí, por favor. Las personas que están presentes en esta sala son los responsables de un nuevo programa que le vamos a presentar. Forman el Comité del mismo. Espero que conozca a todo el mundo.

—Por supuesto.

La maldita costumbre del Servicio de no presentar a los componentes de las reuniones, por motivos históricos de seguridad, ahora bastante anacrónicos, hacía que los agentes tuvieran que ejercitar de manera inmediata su memoria visual, y confiar a veces en su intuición. Observó con atención y rapidez. El Comité del nuevo programa estaba formado cinco personas: su jefe directo Pak, el omnipresente Ratón Rustam, el gran jefe Bershev, el doctor que realizaba las pruebas médicas a los agentes de campo —Klauss, un galeno muy atento— y otra persona que le sonaban vagamente, pero no sabía de qué.

Sin ningún tipo de prolegómeno, Breshev inició la sesión:

—Agente Alecto, queremos hacerle una propuesta importante. Se trata de una cuestión de seguridad nacional, en la que usted puede formar parte activa. Si accede a colaborar con el Servicio, puede considerar su futuro asegurado para siempre.

—Gracias, señor, haré todo lo que pueda.

—Eso esperamos. Doctor Baliosian —dijo volviéndose a uno de los presentes—, adelante, por favor.

Al escuchar el apellido del interpelado, de origen armenio, la agente consiguió ubicar al hombre que se preparaba para intervenir. Se trataba del jefe del Departamento de Asistencia Médico—quirúrgica del Servicio. Un hombre afable, cultísimo y de reconocida valía profesional. Tras una carrera internacional fulgurante, y de haber trabajado en algunos de los mejores hospitales y universidades de medio mundo, llegó a ser decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú, hasta que fue captado por el Servicio. En resumen, era una eminencia en su campo y, curiosamente, ahora era también un pez gordo dentro del Servicio por razones que no todo el mundo entendía, dado su perfil básicamente científico.

De pronto, se apagaron las luces, y todas las cabezas se volvieron hacia una gran pantalla que se había desplegado como por arte de magia en un extremo de la mesa. Aparecieron en la misma unas imágenes de tipo documental, pero sin sonido. La voz bien timbrada, pausada, académica del Doctor Baliosian retumbó en la sala:

—La Genética es la ciencia que describe las leyes de la herencia biológica...

El doctor estuvo hablando, apoyado por las imágenes de la pantalla, durante una hora aproximadamente, describiendo con entusiasmo el nuevo programa que había sido lanzado en territorio uzbeko en absoluto secreto desde el Servicio, y que, de tener éxito, supondría una transformación radical de las circunstancias geopolíticas en el planeta, colocando a Uzbekistán —

y a la URSS, por extensión— en un corto período de tiempo, en una posición de liderazgo mundial.

La agente estaba escuchando, literalmente, con la boca abierta. Jamás había escuchado nada parecido, era sencillamente extraordinario. Nunca habría pensado que aquello era posible. Si fuera cierto, sería una auténtica revolución a escala mundial.

Nahum Bershev miró a la mujer con una sonrisa comprensiva en la cara, y le dijo:

—¿Está usted conmocionada, verdad?

—Desde luego, señor, es lo más increíble que he escuchado en toda mi vida.

—Sí, tiene razón, agente Alecto. Pero ahora viene lo mejor de todo...

La muchacha miró a su audiencia. Aún no sabía qué hacía ella allí. Bershev continuó:

—Queremos que forme parte del programa.

—¿Que forme parte, señor? ¿A qué se refiere?

—Queremos que se someta usted a la prueba práctica, definitiva, de que lo que acaba de escuchar es cierto. Naturalmente, como puede usted imaginar, llevamos ya algunos años con pruebas reales, siempre con personal de total confianza del Servicio. Y los resultados por ahora han sido extraordinarios. Sin embargo, vamos depurando nuestras técnicas y necesitamos realizar más pruebas en humanos, con personal dispuesto a todo y leal a nuestros principios. Usted ha sido seleccionada para tener este honor. Queremos que testee en sí misma que todo funciona según lo previsto. ¿Qué nos responde?

La mujer empezó a entender. Ella había sido seleccionada para ser parte del programa, una de las selectas personas que probaría en sí misma los resultados. Y si las sucesivas pruebas con seres humanos tenían éxito, tal vez un par de años, el protocolo del programa se lanzaría a gran escala, según una estrategia predefinida por el Servicio, y que buscaría la promoción gradual de su país. Sin duda, en unos años serían los líderes absolutos del mundo, gracias a gentes como ella. Era una oportunidad extraordinaria.

—¿Y podré continuar siendo una agente en activo, señor? —preguntó la joven.

—Naturalmente, de hecho eso es lo más lógico. Todo el plan es estrictamente secreto, no queremos llamar la atención, ni que nada cambie en su vida, al margen de lo estrictamente necesario, claro.

—De acuerdo, señor —contestó la mujer—. Acepto, estoy a su disposición.

—No se arrepentirá, estimada Alecto. Ya lo verá —remachó con una gran sonrisa Bershev, entre las miradas complacidas de los miembros del Comité.

3 años más tarde

(1987...)

*Londres*

El buscapersonas de Gustav Sheldon avisó con un pequeño pitido de que había llegado un nuevo mensaje. El inglés leyó el código del mismo. Mal asunto, era de James Sibalist y se trataba de un asunto de prioridad máxima. Tenía que acudir al despacho de la sede de Charles King Street en un plazo máximo de una hora. No podía perder ni un minuto, había que marcharse ya.

—Lo siento, Lynda, es mi jefe. Debo irme.

—¡Vamos, Charles, no fastidies, dile que no puedes ir!

—Lo siento, es importante —dijo el joven retirando la sábana que le cubría.

—Venga, Charles..., no seas así... solo un último beso... —dijo la chica apoyando su cuerpo desnudo sobre el del joven mientras lo besaba.

Gustav aprovechó el último minuto de placer, pero ya no era lo mismo. Su mente estaba ahora en otro sitio, no merecía la pena disimular. Debía largarse inmediatamente. Se retiró del abrazo de la joven y se levantó para marcharse.

—Adiós, cariño, ya te llamaré —dijo al salir, aunque ambos sabían que no era cierto.

El confortable taxi, amplio y negro, circulaba con rapidez por las calles en la noche londinense. Se encontraba en Chelsea, no demasiado alejado del al centro de Londres. En efecto, al cabo de media hora, Gustav vio desde el vehículo el familiar perfil de la Abadía de Westminster, mientras atravesaban la Plaza de la Catedral. Ya estaban llegando. Un minuto más tarde, ordenaba al taxista parar, como de costumbre, a unas dos manzanas de la sede central del Departamento de Exteriores británico, en donde Sibalist lo esperaba.

A las 22:45 h, con precisión anglosajona, Gustav golpeó con los nudillos en el despacho de su supervisor.

—Adelante, Gustav, pase —respondió una voz desde el fondo de la cámara.

—Buenas noches, Sr. Sibalist, me alegro de verle.

—Yo también, agente. Disculpe, no se siente, nos esperan en una sala en el piso de arriba. Acompañeme, por favor —dijo el hombre saliendo del despacho con el agente cogido del brazo.

Los dos hombres caminaron juntos, con James Sibalist al frente, subieron en ascensor sin decir una sola palabra y entraron a continuación en un amplio y elegante aposento, en donde un pequeño grupo de personas aguardaba.

El superior del agente hizo las presentaciones pertinentes. Los asistentes eran todos militares británicos de distinta graduación. Solo uno de ellos tenía perfil científico, y trabajaba destacado en la Oficina para la Seguridad Bacteriológica de Lausana.

Sibalist tomó la palabra, yendo directamente al grano como acostumbraba:

—Hemos detectado una potencial amenaza de carácter muy grave en la zona del Asia Central. Estamos colaborando con nuestros colegas de las Fuerzas Especiales, en unión con otros

equipos europeos, en la desarticulación de la misma. Usted conoce bien aquella zona, Sr. Sheldom.

—Así es, señor —dijo Gustav—, aunque llevo años sin visitar el área.

—Nuestros amigos tienen una propuesta concreta que trasladarnos. Doctor Byron, cuando guste.

Byron era el agente científico, con diferencia el de aspecto menos marcial del grupo, a pesar de su rango de capitán. Se levantó y situándose frente a su reducido auditorio, como si estuviera en un atril o tarima frente a un grupo de estudiantes, comenzó a hablar con una voz bien entonada y de timbre agradable, casi como la de un locutor profesional de radio.

—Señores, tenemos la evidencia que algo está pasando en esa zona, algo que está excitando sobremanera a los numerosos grupos armados que infestan el área. Lamentablemente, no sabemos exactamente qué es lo que sucede.

Se acercó a la mesa, y bebió un sorbo de agua preparado al efecto.

—Como saben, hablamos de un territorio amplio y peligroso, formado de manera oficiosa por cinco repúblicas soviéticas: Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Se extienden por una amplia zona de más de un millón de kilómetros cuadrados, muchos de ellos deshabitados, ocupados por estepas cubiertas de matorrales, en un clima extremo que oscila entre el calor del desierto y el frío siberiano. Una zona muy agradable para vivir, en realidad.

El orador miró a su audiencia, como buscando una sonrisa cómplice, la cual no se produjo.

—Como saben, después desde el acceso hace dos años a la presidencia de la URSS de Mijail Gorbachov, la autoridad y el control del Estado en las repúblicas periféricas ha decaído considerablemente. La perestroika no es un concepto aceptado en esas áreas, tradicionalmente controladas por funcionarios soviéticos de origen ruso, afectos al Partido Comunista, y muchos de ellos caracterizados por la venalidad y falta de patriotismo. Cada día más el caos se está instalando en esos territorios, y las antiguas tribus y etnias esteparias están asumiendo en amplias zonas el control que el Estado abandona progresivamente. Corren tiempos difíciles en la URSS, los cambios se suceden con rapidez y nadie sabe si Gorbachov mantendrá en el futuro el control de todo el inmenso país que preside. Actualmente, en pleno año 1984, en la mayor república soviética del Asia Central —Uzbekistán—, la corrupción campa a sus anchas. Y en los países vecinos como Armenia o Azerbaiyán las cosas están igual o peor. De hecho, las áreas fronterizas del sur de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán albergan el mayor negocio de tráfico de armas del mundo, con decenas de organizaciones de todo tipo (tribus, traficantes profesionales, grupos paramilitares) comprando y vendiendo material bélico de manera ilegal, como si fuera aquello un zoco oriental, un mercadillo macabro de juguetes militares. Por todas partes circula material de guerra sofisticado, sin control ni seguridad, cambiando de manos al mejor postor.

Los asistentes se miraron entre sí, sonriendo internamente ante la larga introducción del científico. Su análisis político era certero, pero no procedía insistir en esta reunión en ello, ya que los asistentes conocían la situación sobre el terreno, en realidad mucho mejor que el ponente. James Sibalist aprovechó la pequeña pausa para intervenir:

—Por favor, vayamos al grano, doctor. Hablábamos de una amenaza...

—Por supuesto, disculpen, intentaré centrar el discurso. Lo que hemos detectado en realidad, son movimientos indirectos pero muy relevantes. Todo empezó hace tres o cuatro años (es decir, durante la presidencia en la URSS del anterior mandatario, Chernenko), cuando se inició la sorprendente fuga a esa área geográfica de los mayores expertos mundiales en Genética Molecular. Profesores e investigadores de prestigio internacional como los doctores Andrews, Khol o el mismo Madelson —propuesto para el premio Nobel en el pasado año 1978—



abandonaron súbitamente sus cátedras de Harvard, Oxford o Berlín, y desaparecieron, al parecer con destino a Uzbekistán.

—¿Pero quién les hizo la oferta para ir allí? —interrumpió Gustav.

—Firmaron contratos legales con una empresa estatal de la república uzbeka, controlada por tanto en última instancia por el gobierno soviético. Han sido cuidadosos, todo es completamente legal, por lo que no se puede actuar de ninguna manera contra ellos. Naturalmente, el gobierno de la URSS puede dar cobertura a un sin fin de organizaciones de distinto tipo, como mencionaba antes.

—Prosiga, por favor —cortó Sibalist.

—El otro dato indirecto fue, unos meses más tarde, la compra de material de investigación biológica de última generación, destinado según creemos a abastecer un nuevo Centro de Biología Molecular que estaba siendo construido en algún lugar de Uzbekistán. Y el proceso que siguió en los siguientes meses fue gradual pero constante. Algunas de las adquisiciones se hicieron en el mercado ilegal, y otras de manera transparente y legal, pero con sociedades interpuestas de diferentes países, siempre intentando disimular el destino final, que ha sido el ya mencionado. Según nuestros cálculos, el equipo adquirido indica que la plantilla del centro en su momento álgido —hace unos dos o tres años— podía superar las 400 personas. Un auténtico emporio de la investigación biológica.

—¿Y qué buscaban? ¿Qué pretendían? —inquirió Gustav.

—Ahora vamos a ello. En realidad, por ahora estos datos tampoco eran tan preocupantes. Solo eran indicios. Además, todo parece indicar que con la llegada de Gorbachov al poder, el centro ha perdido importancia. Seguramente los que lo promovieron —pertenecientes a la vieja guardia soviética— ya no tienen influencia en Moscú, en donde soplan los nuevos aires de la perestroika. Volviendo a los datos reales, existe un tercer aspecto muy reciente que es el que ha disparado todas las alarmas. Se trata del incremento de la actividad militar en la zona. No se trata tanto de un mayor nº de acciones militares (ataques, escaramuzas, etc.) sino de un extenso intercambio de reuniones, información, convocatorias, etc. en los grupos armados del área, que son numerosos. Están literalmente histéricos preguntándose unos a otros qué sucede. Esto, unido a otras informaciones de las que disponemos, nos han hecho pensar en que lo que está pasando —tal vez—, es que ha aparecido una nueva arma o prototipo que está siendo ofrecida en ese extraño mercado militar, buscando el mejor postor. Y la han generado desde el laboratorio biomolecular uzbeko.

—Una nueva arma biológica... —dijo casi para sí mismo Gustav.

Se hizo de pronto el silencio en la reunión, lo que hizo que las palabras, apenas susurradas por el agente, quedasen suspendidas en el ambiente, flotando como un augurio funesto.

—¿Qué opinas, Gustav? —dijo Sibalist.

—Naturalmente, desconozco si se ha generado una nueva sustancia o arma biológica. Pero si es así, hay cosas que no veo claras. Lo primero que habría que saber es quién controla el descubrimiento, si es la vieja administración comunista uzbeka, o los nuevos funcionarios de Gorbachov. Y sea el que sea, hay algo que no acabo de entender: ¿Por qué ofrecerla a los grupos de la zona?

—En cuanto a la primera pregunta —contestó el doctor—, en mi opinión los amos del Centro de Biología Molecular y de sus productos siguen siendo los mismos, los antiguos comunistas uzbekos. No creo que la influencia de Gorbachov haya llegado tan lejos en un par escaso de años. No es la zona de la URSS donde tiene más partidarios, precisamente. Piensen, además, que la vieja guardia soviética aún controla las fuerzas armadas y la policía local.

Naturalmente, Gorbachov habrá colocado a alguien de su órbita política en alguna oficina de Tashkent en labores de supervisión, pero seguramente ni conoce ni le interesa la existencia del complejo de investigación.

—Estoy de acuerdo —dijo Gustav—, la perestroika no ha llegado aún al Asia Central. Y en relación a la segunda pregunta... el motivo por el que ofrecen el arma en el mercado local.

—Por dinero, por supuesto —contestó el aludido.

—Entiendo, pero ¿por qué a grupos de la zona? No nos engañemos, la capacidad económicas de las organizaciones que operan entre las tribus pastunes o las de los tayikos es muy escasa, Incluso los países regulares como Kazajistán o Armenia no disponen de grandes recursos financieros. Si yo quisiera vender algo así, hablaría con otra gente muy distinta.

—¿Por ejemplo?

Gustav miró a Sibalist, dudando si responder o no. Este entendió y dijo:

—Estamos entre amigos, agente. Diga lo que sea necesario.

—Habría con las primeras potencias mundiales, por supuesto. Con EEUU, o con nuestro propio país, o incluso con China o con India. Cualquier alto funcionario conoce los mecanismos para negociar con los grandes países de manera segura y opaca. Y una gran potencia podría inundar de oro a un grupo o facción política o económica (o a quien sea que esté detrás de esta operación) si ofrecen un arma novedosa y eficaz de cualquier tipo, sea o no biológica. Si buscan dinero, están haciendo el ridículo al hablar con las organizaciones de la zona.

—Es un buen argumento, desde luego —alabó Sibalist.

—Estoy de acuerdo —remachó el comandante Trevian, que mandaba el grupo visitante, interviniendo por primera vez—. Pero, si la hipótesis de que se está intentando directamente vender en la zona la nueva arma no es la correcta, ¿por qué están reuniéndose a marchas forzadas todos los agentes militares del área? ¿Qué está pasando, entonces?

—Pueden ser muchas cosas —contestó Gustav—. Tal vez los comunistas uzbekos propietarios del complejo de investigación no buscan la venta directa, sino más bien buscan aliados, sin más, y por eso está hablando con todo el mundo. O pueden buscar intermediarios, para dar salida en otro sitio a la operación.

—Hay otra posibilidad —dijo el comandante—. No sabemos si los movimientos militares están siendo promovidos por la organización dueña del nuevo descubrimiento biológico. Puede ser reuniones de grupos paramilitares ajenos a Uzbekistán.

—¿Y con qué motivo se están reuniendo esos grupos? —preguntó de pronto el doctor.

—Bueno —contestó el comandante—, tal vez han descubierto que sus vecinos —con Gorbachov o sin él— están preparando algo nuevo, agresivo y poderoso, que va a romper el equilibrio actual en la zona y quieren tomar medidas.

—¿Qué tipo de medidas?

—Las que a cualquiera se le ocurrirían, señor doctor —dijo en tono un poco cansado el comandante—. ¿Qué haría usted si su vecino descubriera una nueva arma potencialmente poderosa?

—Intentaría neutralizarle —respondió.

—En efecto, esa es una buena solución, siempre que sea posible.

—Muchos de esos grupos son terroristas, pueden preparar un atentado contra el Centro Biológico Molecular.

—Desde luego puede ser, es una posibilidad.

—¿Qué opina usted, agente Sheldom? —intervino Sibalist.

—Creo que en efecto tiene sentido. Los grupos armados vecinos pueden estar

preparándose para atentar contra las instalaciones uzbekas. Pero yo no creo que sea lo más probable...

Un silencio elocuente se instaló en la reunión. Los presentes habían reparado en la capacidad analítica de aquel joven inglés espigado. Era obvio que conocía la zona y que era inteligente. Merecía la pena escuchar. Gustav continuó hablando:

—En mi opinión, lo más probable es que estén preparando un robo.

—¿Un robo? —Dijo el doctor—. ¿Van a robar la nueva arma?

—Sería lo más lógico —contestó Gustav—. Así matarían dos pájaros de un tiro. Roban el arma a los uzbekos, y se la quedan ellos. Es perfecto.

—Tal vez tenga usted razón, Sr. Sheldon —intervino de nuevo el doctor—, aunque particularmente me parece muy difícil organizar un robo de un arma biológica sofisticada y desconocida. Además, no sabemos el nivel de información sobre la misma que tienen los grupos locales, pero es posible que ni siquiera conozcan el formato físico del nuevo equipo o sustancia. Así es difícil sustraer nada, claro. Al fin y al cabo, ¿de qué estamos hablando? ¿De una sustancia líquida? ¿Algo que se inyecta? ¿O de un gas letal, que se disemina sobre una ciudad? ¿O de una nueva bacteria, que se libera en la atmósfera? ¿Cómo se roba un virus patógeno, Sr. Sheldon? —terminó el doctor con ironía.

—Entiendo las dificultades logísticas de lo que acabo de decir, pero asumo que estamos hablando de meras hipótesis. Lo desconocemos todo en estos momentos, es difícil opinar.

—Por supuesto —concedió el doctor, un poco azorado—, no criticaba su intervención. Simplemente destaco que sin información precisa de lo que sucede sobre el terreno las hipótesis digamos... de salón, son muy arriesgadas. En fin, disculpen el atrevimiento de mi intervención, yo solo soy un científico, únicamente intento aportar algo interesante, en relación con mi experiencia en agentes biológicos.

En ese momento, uno de los dos hombres que aún no habían intervenido se acercó a su jefe y le acercó un papel con un mensaje, como si se tratara de un presidente del gobierno al que su secretario entrega una nota confidencial, en pleno Consejo de Guerra, en lugar de una reunión abierta en la que todos hablan con franqueza.

—Disculpe, comandante —le dijo con cara inexpresiva.

El alto mando leyó para sí la breve misiva y dijo en voz alta, mirando a sus colegas del Servicio Secreto:

—Les pido perdón por la nota, señores. Mis colaboradores están obsesionados con la seguridad, por motivos obvios. Ocurre que disponemos de información complementaria muy interesante, que vamos a compartir con ustedes. Capitán, adelante, por favor, puede usted hablar libremente.

—Gracias, señor —dijo el hombre, y continuó—: Desconocemos la naturaleza de la nueva arma, e ignoramos si se trata de un agente biológico, o de un veneno, o de un germen de una nueva enfermedad. No sabemos qué han podido generar en el nuevo complejo uzbeko, aunque estamos seguros de que es algo nuevo y muy poderoso.

El capitán, un hombre joven muy alto, de cara cuadrada y pelo casi rapado, hizo una larga pausa para ordenar sus pensamientos. Todo indicaba que iba a decir algo importante. Continuó:

—Curiosamente, aunque ignoramos muchas cosas, también sabemos algo trascendental de la nueva arma: es portátil.

—¿Portátil? —dijo Gustav como un eco.

—Exacto —siguió el militar, más animado que antes—. Puede ser transportada por una persona. Como mencionaba antes el doctor, los problemas de manipulación y transporte de estas

sustancias son relevantes. Por lo tanto, saber que la nueva arma es fácilmente manejable es trascendente, y reduce enormemente las posibilidades del artefacto, sustancia o lo que sea. Ahora sabemos que no es un nuevo proyectil de gran calibre, o algo que necesite ser lanzado o impulsado por armamento pesado. En realidad, con ese formato es casi imposible también que se trate de un germen o algún tipo de virus patógeno, ya que todos necesitan refrigeración y condiciones especiales para su manipulación. Lo mismo sucede con la mayoría de venenos masivos, gases nerviosos, etc. No parece que se trate de nada de eso. Lo que han descubierto —sea lo que sea— lo llevaba encima una persona.

—¿Están ustedes seguros? ¿Al 100%?

Los componentes del equipo militar sonrieron sin querer ante la curiosa pregunta de Gustav. Desde luego que estaban seguros, parecía decir su expresión, era su trabajo. El capitán remachó con sus palabras.

—Sí, señor Sheldom, completamente seguros. La nueva arma descubierta por el centro uzbeko ha sido transportada por un solo hombre. Específicamente, la llevaba adosada a su cuerpo, aunque no sabemos exactamente ni su forma ni su tamaño. Puede ser algo que quepa en un bolsillo o algo que pese varios kilos. Pero el hombre vestía un traje y andaba con completa soltura, así que probablemente se trate de algo de formato reducido. Estamos intentando elaborar alguna hipótesis sobre algo letal, de alcance importante o masivo, pequeño, portátil, y que soporte sin degradación condiciones ambientales de presión, temperatura y humedad.

—¿Y disponen de algún resultado? ¿Alguna hipótesis más probable? —preguntó Sibalist.

—Disponemos de cientos de hipótesis, pero solo son eso: conjeturas, imaginaciones. En realidad, actualmente existen sustancias muy potentes y letales de pequeño tamaño, desde venenos a elementos radioactivos, pero nada que tenga un efecto decisivo y de largo alcance en un conflicto armado, sea o no regular. Y lo que han descubierto no es un nuevo veneno, o un gas letal más poderoso. Eso no justificaría el interés de ningún grupo armado del mundo. No, estos tipos han descubierto algo que rompe con lo ya conocido. Algo diferente a todo. Pero no sabemos qué es.

De nuevo, todos guardaron silencio, acompasados con el eco de las últimas palabras.

No sabemos qué es.

Al cabo de cinco eternos minutos, Sibalist tomó la palabra:

—¿Qué sugiere que hagamos, comandante? ¿Tienen alguna propuesta concreta?

—Sí, señor Sibalist. Para eso hemos venido. Modestamente, pensamos que, en realidad, es la única propuesta que se puede hacer. Conocen ustedes perfectamente las limitaciones que tenemos para la investigación sobre el terreno en esa zona. Es imposible enviar allí especialistas. Solo el aspecto físico es ya definitivo para la identificación de cualquier agente, salvo para acciones muy rápidas. Tan solo imagínense a un hombre como el capitán, —casi dos metros de altura y tez clara—, tomando un té acuclillado entre las dunas, rodeado de pequeños pastunes, morenos y barbudos, hablando en un dialecto armenio. Sería equivalente a llevar un cartel indicando su condición de agente secreto. Naturalmente, disponemos de personal autóctono infiltrado, pero su nivel cultural y técnico es muy bajo.

—Entiendo, necesitan otro tipo de perfil.

—Exacto. Alguien que disponga de cobertura diplomática que le permita moverse sin levantar excesivas sospechas por la zona, y que sea inteligente, sereno y valiente. Un hombre de los Servicios Secretos, en suma —terminó con una sonrisa el militar.

Todas las miradas se concentraron en la misma persona. El aludido, sin perder la compostura, se dirigió a su jefe muy despacio, con cara de resignación:

—¿Señor Sibalist?

—Agente Sheldom —contestó este—, dispone usted de una semana para prepararlo todo. Inicialmente, nuestros amigos le darán cobertura de seguridad, aunque una vez en el sitio, deberá usted ser autónomo. Supongo que entiende usted perfectamente el objetivo de la misión.

Gustav no dijo nada. Conocía demasiado bien a su supervisor como para saber cuándo una pregunta era retórica. Solo el jefe podía definir los objetivos y más aún de forma pública y notoria como era el caso. Sibalist en efecto, dijo con contundencia.

—Vaya allí, averigüe qué sucede y qué tipo de arma están desarrollando en ese maldito centro. Y, si le resulta posible, róbelo y tráigalo aquí. ¿Alguna pregunta?

—No, señor Sibalist —contestó Gustav con gallardía.

Los militares se miraron entre sí, con un punto de admiración. Al tal Sheldom le habían avisado en plena noche para que acuda a una reunión, en la que le habían ordenado que fuera a un avispero uzbeko, básicamente un nido de terroristas en plena estepa asiática, a descubrir un arma secreta, y el tipo ni se había inmutado.

Desde luego, estos tipos del Servicio Secreto los tenían bien puestos.

El joven agente inglés observó las oscuras aguas del río Támesis desde los amplios ventanales del salón de su casa. Era ya noche cerrada, su hora favorita para contemplar las aguas siempre cambiantes del viejo cauce londinense. A esas horas, el tráfico fluvial era reducido, pero no inexistente. Ocupados generalmente en trabajos de mantenimiento y limpieza, modestos barquitos atravesaban aún la corriente, precedidos por el cono luminoso de su amplio faro delantero, en el que a veces se veía el reflejo brillante de un pez que saltaba veloz sobre el agua, sorprendido en la noche por el inesperado haz de luz. También pasaban a veces por el río amplias gabarras grises, pesadas y lentas, transportando despacio su carga de carbón o chatarra, avisando de su presencia con una sirena melancólica.

“Pronto echaré de menos estas vistas del Támesis, contempladas desde la tranquilidad de mi hogar”, pensó Gustav.

Los últimos seis días habían sido frenéticos. Preparar una visita a un país como Uzbekistán no era nada sencillo, sobre todo teniendo en cuenta su extraño objetivo. Y él empezaba a ser un agente con bastante experiencia. Por eso hacía mucho tiempo que pensaba que el éxito de sus misiones no estribaba tanto en la labor desarrollada in situ, como en las labores previas de preparación, las cuales se hacían antes del viaje.

Además, Uzbekistán tenía otra pequeña particularidad sobre la cual tendría que tomar pronto alguna decisión.

Katia.

Habían pasado más de tres años, pero no había conseguido olvidarla. Era algo curioso y que nunca le había sucedido. No era tampoco que estuviera pensando en ella permanentemente, pero su cara, su figura y sus palabras se deslizaban en su cerebro cuando menos se lo esperaba y —lamentablemente— con frecuencia en sus momentos de intimidad, como si su inconsciente estuviera dominado por esa mujer.

Y ahora volvía allí. No sabía qué hacer, si avisarla o no. Claro que bien mirado no hacerlo sería un poco ridículo, ya que el entorno diplomático uzbeko era reducido y, al día siguiente de su llegada, todo el mundo sabría que aquel inglés estirado que estuvo por allí hacía unos años había vuelto a sus orígenes. No, era mejor llamarla directamente y anunciar su presencia, era lo natural. Además, no había quedado mal con ella, en absoluto. Pero la llamaría desde Tashkent, una vez allí, no quería ponerla sobre aviso antes.

Otro barquito, cabeceando ligeramente sobre las aguas, avanzaba contracorriente en la oscuridad, hasta desaparecer en la noche, tragado por el inmenso río.

¿Cómo estaría ahora Katia? ¿Habría resultado cierta la información de Sibalist, en la que decía que era peligrosa? ¿O, por el contrario, se habría casado, tendría hijos? No sabía nada de ella. Probablemente, si seguía trabajando en primera línea —muchas agentes se retiraban con la maternidad— habría progresado en su organización. Era una mujer lista y joven y los servicios de inteligencia apreciaban el talento y el entusiasmo. Sí, tal vez era ya un mando intermedio, con

capacidad de decisión y con influencia. Eso era importante si volvía a verla, sobre todo para su actual misión. Podría serle de ayuda.

Pero había algo mucho más importante, más interesante para él desde el punto de vista personal: ¿Se habría olvidado de él? Seguramente, no. Por su parte, siempre había pensado que la última vez que habían estado juntos ella había fingido que no le interesaba, simulando que su partida no le dolía. Pero de eso, nada. Ella estaba enamorada, igual que lo estuvo él mismo. Lo que sucedía es que estaba más enamorada de su profesión.

Igual que le pasaba a él.

Sí, eran muy parecidos, dos personas interesadas en progresar en su vida profesional, a pesar de saber que tendrían que dejar jirones de corazón en muchas esquinas de la vida. Bueno, ambos tenían lo que se merecían, desde luego: una vida emocionante y un corazón helado.

Pero ahora debía apartar a Katia de su mente. Debía concentrarse en la misión que tenía delante e intentar cumplirla lo mejor posible. No iba a ser fácil, a pesar del inmenso golpe de suerte que había tenido con William. Sí, por una vez la fortuna había llamado a su puerta: tenía un amigo en el maldito centro biológico, o al menos eso creía.

William Buttercup era un hombre de su edad. Había nacido en el mismo barrio londinense que él —Southwark—, y los dos habían coincidido de jóvenes en la Universidad de Londres, aunque pertenecían a *collages* distintos. No eran amigos íntimos, pero sí dos vecinos que se caían bien. El nombre de su amigo se le había ocurrido casi por casualidad, mientras revisaba el historial profesional de una de las personas captadas por la nación uzbeka, concretamente la del inglés Newman. Resultó que ese hombre había sido profesor de Microbiología y Genética en el Imperial Collage londinense. Entonces recordó a su amigo Buttercup, que era biólogo, y decidió llamarle, a ver habían coincidido y lo recordaba. Se puso en contacto con una de sus hermanas, con quien vivía de joven. La mujer le comentó que William llevaba tres o cuatro años trabajando en el extranjero, pero no aportó más datos, lo que hizo sospechar a Gustav. Los poderosos servicios de información internos confirmaron sus sospechas: el joven era parte del equipo de Newman y con toda probabilidad estaba trabajando en el centro biológico uzbeko. Ahora era cuestión de urdir una historia creíble para contactar con él y conseguir información. No sería fácil, pero tampoco imposible.

Mientras una densa niebla aparecía de pronto sobre el Támesis, progresando como una serpiente blanca sobre las aguas, Gustav modeló su plan de acción en el Asia Central.

Al cabo de unos minutos, se acostó y cerró los ojos sobre la cama. Una nueva sirena sonó entre la niebla, pero él ya no llegó a escucharla, vencido por el sueño.

—A la calle Bunyodkor, 14, por favor —dijo Gustav al taxista del aeropuerto—. Está junto al parque Navoi.

—Entendido, señor.

El vehículo salió disparado hacia el centro de Tashkent. Había poco tráfico, ya que era aún muy temprano. El agente acababa de llegar de Londres, y se dirigía a su nuevo piso. Se había mudado, no quería que nada recordara su estancia anterior. Contempló la ciudad desde el coche, aún a cuatro a cinco kilómetros, mientras despertaba el día. El perfil característico de la urbe, sin excesivos rascacielos, y dominado por la moderna torre de la televisión (la cual era una de las principales atracciones turísticas de la ciudad, y era visitada por 100.000 personas cada año), permanecía igual que siempre. La ciudad había sufrido un terrible terremoto en el año 1966, y la mayor parte de sus viviendas —y de sus monumentos— habían desaparecido. Era una población

reconstruida casi de la nada, por lo que convivían en sus calles, sin orden aparente, edificios nuevos con ruinas milenarias, lo que daba a la ciudad un aire extraño, de modernidad decadente.

Ya en el centro de la población, Gustav contempló de nuevo la colosal Plaza de la Independencia y, a lo lejos, las Cúpulas de la Mezquita de Khast Imom, en donde la ciudad custodiaba el Corán más antiguo del mundo. Desde luego, en estos pocos años de su ausencia la ciudad no parecía haber cambiado mucho. O esa sensación tenía él, al menos. Y quizás ella tampoco habría cambiado demasiado.

Una vez en su nueva casa, deshizo la maleta, se duchó y se dispuso a empezar el día. Tenía muchas cosas que hacer. Ya eran las 8:30 h de la mañana. Estaría despierta desde hace rato.

— Dígame —sonó una voz, completamente despejada.

—Hola, Katia. Soy yo.

La línea enmudeció durante un par de segundos. Después, la voz pareció animarse:

—¡No me lo puedo creer! ¡Mi diplomático británico favorito se digna por fin a llamarme!  
¡Qué increíble sorpresa! ¿En dónde estás?

—En la ciudad —contestó el inglés.

—¿En la ciudad? ¿En qué ciudad? ¿En Tashkent?

—Afirmativo. Oye, ¿podemos vernos?

—Por supuesto. ¿Comemos juntos, hoy mismo, por ejemplo?

—Estupendo.

Katia le indicó la dirección de un nuevo restaurante llamado Shodlic, y quedaron allí, a las 13 h.

Gustav aprovechó para dormir un rato y, a la hora convenida, se presentó en el local. La nueva zona de ambiente culinario y de copas parecía haberse desplazado hacia la zona de Pushkin, al este de la ciudad. El Shodlic era un restaurante elegante, con camareros vestidos de frac, mesas y sillas de terciopelo rojo, decoración imperial, y pianista incansable en una de las esquinas. Al entrar allí se identificó; un sirviente lo ubicó en una mesa, y se dispuso a esperar.

Cinco minutos más tarde, apareció la mujer, la hermosa dama a la que no conseguía olvidar.

Estaba deslumbrante. Bella, impresionante, segura de sí misma, caminaba como si fuese una emperatriz entre sus súbditos. Todo el mundo se volvió para mirar aquella aparición enfundada en un ceñido vestido negro. Pero ella, mientras se acercaba al reconocerle, le miraba solo a él, que permaneció en su sitio, embobado, intentando sonreír sin que se notara demasiado su conmoción.

—Estás guapísima —consiguió decir.

—Gracias, querido —dijo ella satisfecha mientras le besaba en una sola mejilla, a la americana, y acariciaba su cara con la mano, como intentando recordar su textura.

A continuación, intercambiaron unas frases de cortesía y se preguntaron mutuamente sobre su situación personal, sin entrar en grandes intimidades. Ambos permanecían en el Servicio —sobraban más explicaciones—, y no se habían casado.

Pidieron la carta y eligieron el menú, incluyendo un sólido vino espumoso armenio.

La comida transcurrió animadamente, entre comentarios generales y algunos otros más específicos de su profesión, sobre todo cotilleos sobre los gerifaltes políticos de los países —Mijail Gorbachov traía nuevos aires de cambio, pero nadie se fiaba demasiado—, y anécdotas diplomáticas menores, muy al uso en el ambiente profesional internacional.

—¿Café? —preguntó Gustav.

—Por supuesto, un *expreso* —respondió la chica, y añadió, como si comentara el tiempo



—: ¿A qué has venido a Tashkent, Gustav?

El joven inglés sonrió, se acercó a la chica, y dijo, en voz muy baja:

—Yo pensaba que los agentes secretos erais más sutiles en los interrogatorios.

—Hemos cambiado de táctica. A veces funciona. Bueno, ¿me vas a responder, o no? —añadió mirándolo con una sonrisa amplia pero algo equívoca.

—Vale, de acuerdo, te lo contaré todo. ¿Qué hago aquí? Bueno, he venido a Tashkent en primer lugar... para verte a ti...

—Ya —dijo ella en un tono escéptico, dejando claro que entendía el tono de broma—. ¿Y en segundo lugar?

—¡Chica —exclamó Gustav—, qué poco entusiasmo con mi declaración! Te digo que estoy en Tashkent solo por ti, y ni te inmutas. Podías haber dicho algo así como ¿en serio? ¿Has venido solo por mí, querido?

—Lo siento, Gustav, las mujeres de la estepa no fingimos como hacen tus paliduchas amigas británicas. No ponemos los ojos en blanco, pestañeamos y suspiramos. Por esta zona del mundo las chicas somos secas y duras como los arbustos que crecen en la planicie.

Sin poderlo evitar, el inglés recordó momentos en los que la mujer no había sido tan insensible y rocosa como decía. Él había visto su cara tierna y amable, pero no quería hablar de ello, ni siquiera pensar en ello.

—Está bien, vamos al grano, entonces. Tengo una misión —añadió el joven.

—Entiendo. ¿Y puede saberse cuál es? No necesito detalles, solo algo que pueda contar a mis jefes.

—Eso será muy sencillo, ya que lo que estoy haciendo aquí —mi misión en la zona— es la misma de siempre, Katia. Busco información. Mis jefes quieren saber qué pasa por este área, que parece que está muy movidita últimamente.

—¿Movidita?

—Vamos, amiga mía, ¡que soy yo, no un agente infiltrado que quiere sacarte información! Ya sabes de lo que hablo.

—¿Te refieres a las reuniones de los grupos armados? Esto no es algo solo de Uzbekistán, sucede en toda el Asia Central.

—Exacto. Pero antes de que sigamos hablando déjame que te diga algo.

La mujer guardó silencio, mientras lo observaba. Esta vez el tono del joven era distinto. Ahora hablaba completamente en serio, y se notaba que iba a decir algo importante.. El hombre continuó:

—No he venido a que me des información. En absoluto he quedado contigo para que me cuentes lo que sabes, no soy tan idiota. Tú juegas en otro equipo, y nuestros países no son enemigos, pero tampoco aliados, así que profesionalmente te propongo que vayamos cada uno a lo nuestro. Obviamente, yo tengo mi propio plan, como en cualquier misión, y lo ejecutaré.

Gustav se paró un instante y miró a la mujer. Desde luego, la chica había madurado. Ahora parecía más inteligente, más prudente, tal vez más dura. Más años de vuelo. La observó detenidamente, buscando algún signo expresivo. Pero no vio nada. Era una faz completamente neutra. Continuó:

—Lo que te he dicho es la verdad: he venido al Asia Central a cumplir una misión. Pero podía haber venido de incógnito o, simplemente, no haberte llamado. Sin embargo, he contactado. ¿Por qué? Es muy fácil: te he llamado porque quería verte.

—Entiendo —dijo ella.

Se hizo entre ambos jóvenes entonces un silencio incómodo. Se había roto la atmósfera

agradable, cosmopolita, de reunión de viejos amigos sin mayores pretensiones. Ajeno a la oportunidad o no del comentario, Gustav dijo:

—He pensado mucho en ti.

La mujer guardaba silencio, observando al hombre tal vez con un dejo de tristeza en la cara.

—Sí, Katia, en estos años he pensado muchas veces en ti, y en lo que pudo ser y no fue, porque ninguno de los dos lo deseó lo suficiente. En su momento te dije que me había enamorado de ti. Pues bien, han pasado tres años y tu recuerdo aún me persigue. No te olvido, quizás simplemente..., quizás aún te quiero. Es triste, pero es verdad. Quería que lo supieras, aunque ya sé que ahora es inútil. Ahora da igual. Pero tenía que decírtelo.

La chica apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la boca, tapando toda la cara, menos los ojos, que continuaban mirándole con fijeza, mientras brillaban, inmóviles y duros. Pasó un largo minuto hasta que habló la mujer.

—Tienes razón, maldito inglés —dijo con tensión en la voz—. Aquel día te fuiste. Lo que me digas ahora ya da igual.

A continuación, miró su reloj con el gesto serio y dijo:

—Se hace tarde.

Gustav pidió la cuenta, ambos se dieron sus señas y teléfonos y marcharon a su casa, cada uno en un taxi.

El sol comenzaba a ocultarse entre las suaves dunas de la estepa asiática, tiñendo de morado los arbustos bajos, piedras y matorrales que ocupaban la zona. De vez en cuando, el fuerte viento arrastraba bolas naturales formadas de matas, hierbajos y raíces secas, y las levantaba por el aire unos segundos, para volverlas a posar sobre el suelo en la siguiente racha huracanada.

Sentado sobre un mínimo saliente del terreno, el agente inglés contemplaba frente a él, a un par de metros de distancia, las vallas metálicas de rejilla que cercaban el perímetro del Centro de Biología Molecular uzbeko. Coronando el vallado, tres filas de alambradas (colocadas en disposición oblicua para dificultar el eventual acceso) completaban el obstáculo. El joven miró hacia el cielo. La oscuridad se impondría en pocos minutos. A unos metros a la derecha de Gustav, dos agentes de las fuerzas especiales británicas manipulaban la parte de abajo del armazón metálico. En ese momento, levantaron la cabeza y miraron a su acompañante con gesto de éxito: el boquete en el vallado estaba ya completamente abierto. El agente inglés asintió también a los dos hombres. Todo estaba ya finalizado. Tan solo quedaba esperar a que se hiciera completamente de noche para atravesar la valla por el agujero y colarse en el recinto de investigación. A partir de ese momento, tendría que moverse solo por el complejo, hasta cumplir su misión, y volver a este mismo punto una hora después, para ser evacuado. Si no estaba allí, sería abandonado a su suerte. Las fuerzas especiales no se andaban con bromas. Si había alguien allí a la hora convenida, lo sacarían de la zona. Si no, se marcharían sin más. Reglas fáciles de entender. Y Gustav lo sabía.

El joven, en cuclillas ahora sobre el suelo, junto a los dos agentes (que parecían sendas estatuas en ropa de camuflaje), miró a su reloj: seis minutos exactos para la puesta de sol. Intentó descansar y relajarse, y aprovechar así estos momentos. La mente se le fue a la reciente entrevista que había mantenido con su amigo William, y que había superado sus expectativas. Aunque al principio había sido reticente a hablar de su trabajo, dos o tres vodkas operaron el milagro. Obviamente, el joven solo era un científico, no podía competir con él en argucias y dominio de las técnicas de obtención de información. Además, no había sospechado nada de una persona a la que

consideraba su amigo, casi un vecino del barrio que por una increíble casualidad había aterrizado en este extraño país. Ambos se encontraban sentados en una discreta mesa de un exclusivo bar de Tashkent, casualmente regido por un simpatizante británico, el cual era periódicamente engrasado por el Servicio, a cambio de discreción. No era la primera vez que Gustav llevaba a alguien allí. Los vasos de vodka habían viajado ya varias veces de la barra a la mesa. William se reía a carcajadas casi de cualquier cosa.

—Pues, querido William, no he acabado de entender qué coño es lo que haces en tu trabajo, la verdad —preguntó de nuevo Gustav, sirviendo otros dos vasitos de bebida.

—Muy bien, vayamos por partes —dijo el científico con cara de seriedad, aunque hipaba de vez en cuando—. ¿Tú sabes lo que es la Genética?

—Desde luego, lo de los genes, los cromosomas, los guisantes de Mendel...

—Exacto, Mendel y sus guisantes, veo que eres un especialista —el joven sofocó su risa con un pequeño eructo—. En realidad, es la rama de la Biología que estudia la herencia genética, los caracteres que pasan de padres a hijos.

—Y esos caracteres están en los cromosomas, los cuales están formados de enormes moléculas de ADN, agrupadas en estructuras llamadas genes...

—Así es. Los genes son pequeños paquetes de ADN, y son los responsables de que una célula madre se transforme en una persona concreta, con su estatura específica, su pelo rubio y sus orejas de soplillo.

—Entiendo. Y cada gen es responsable de un atributo concreto. El gen de la estatura, el del pelo rubio, etc.

La carcajada de borrachín del biólogo respondió por sí sola. Lo que acababa de decir Gustav le parecía divertidísimo, de puro ridículo. Y el caso es que mucha gente pensaba eso, era un error bastante extendido, no sabía por qué extraño motivo. Dejó de reír y contestó:

—No, amigo mío, las cosas no funcionan así. No hay un gen para cada cosa. Lamentablemente, no es tan sencillo. Además, en cada célula hay muchos millones de ellos. No habría atributos físicos o mentales para todos. Lo que sucede en realidad es que el conjunto de la carga genética es como un libro de instrucciones que permite formar un cuerpo, una persona, pero no hay una relación directa de cada gen con cada característica. Eso es cosa de la prensa.

—Pero existen genes responsables de enfermedades concretas. El del Alzheimer, el del síndrome de Down, o de algunos cánceres. De hecho, si se manipulan estos genes incluso en el feto se pueden evitar estas enfermedades.

William resopló, intentando contenerse. Había mantenido muchas veces conversaciones similares con sus amigos o con su familia. Todo el mundo quería saber de qué iba el rollo genético, cuando no sabían siquiera lo que era el citoplasma o un miserable polímero de nucleótidos. ¿Cómo se podía enseñar lo que era una tortilla a alguien que no sabía lo que era un huevo?

Un nuevo vasito de vodka le animó y contestó:

—Vale, en algún caso es cierto. Hay genes (o ausencia de los mismos) que sí son responsables de enfermedades. Son las llamadas afecciones genéticas. Pero no son muchas, solo son una minoría, como el Alzheimer o el Parkinson. En estos casos, es suficiente con analizar el genoma de una persona para saber si enfermará o no. Pero no es lo habitual. Lamentablemente, las cadenas de ADN de una persona no nos dicen qué enfermedad padecerá o cuál le llevará a la tumba. Nadie conoce su futuro.

—Bueno, lo entiendo —dijo Gustav—, pero entonces tú ¿qué es lo que haces exactamente en tu trabajo? ¿Analizas genes con el microscopio, o qué?

El científico sonrió. La verdad es que lo que hacía allí era absolutamente fascinante. Era algo increíble e innovador. Estaban llegando a cotas científicas a las que nadie antes se había siquiera acercado. Naturalmente, no podía uno ir contando todos estos temas sin más a cualquiera, ya se lo habían advertido sus jefes. Pero Gustav era distinto. Era un compatriota, un amigo. Además, ¿a quién se lo iba a decir, en este país apartado del mundo? Y, en realidad, solo estaban tomando algo, mañana ambos habrían olvidado esta conversación. Y ¡por Dios que se moría de ganas de contárselo a alguien...!

—Te lo puedo decir, querido Gustav, pero piensa que es un secreto. No puedes hablar de nada de esto con nadie —levantó un dedo admonitorio y dijo sonriendo—: Es secreto.

—Naturalmente, ¿con quién te piensas que estás hablando? Soy yo, William. Somos amigos, ¿no? Cuenta, cuenta...

—Estamos estudiando el mecanismo de transmisión de un atributo concreto del ser humano. Queremos saber en qué condiciones se hereda, con qué grado, bajo qué circunstancias, etc. Es algo muy importante.

—Y, ¿cuál es ese atributo? —preguntó el agente en un susurro.

El joven William miró a ambos lados antes de contestar, como si estuvieran en una película de espías. Finalmente, dijo:

—La inteligencia.

“¿La inteligencia? —Pensó Gustav— ¿Y qué tiene eso que ver con una arma? Tal vez este capullo finalmente no sea el contacto adecuado”.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado? —dijo el agente en tono confidencial.

William sonrió como un idiota. Estaba completamente borracho a estas alturas. Probablemente, mañana no recordaría nada de toda esta conversación, salvo que se había reído mucho durante toda la noche.

—Hemos conseguido algo muy importante en un experimento —dijo arrastrando las palabras.

—¿Y qué es?

— Lo hemos encapsulado —dijo con voz ya muy afectada.

—¿Y qué demonios quiere decir...

La frase de Gustav quedó interrumpida por la oscilación del torso de William hacia delante. Justo en el momento en que su frente iba a impactar sobre la mesa, Gustav lo retuvo, impidiendo el golpe. Lo volvió a apoyar contra el respaldo de la silla, mientras lo miraba con ojos expertos. Estaba ebrio como una cuba, así que decidió sacarlo de allí.

“Lo hemos encapsulado”, se dijo a sí mismo Gustav, sentado junto a unos matojos, frente a la valla metálica de las instalaciones a las que iba a entrar en uno o dos minutos. Esa maldita frase era la que le había traído hasta aquí. Los especialistas del Servicio habían analizado su conversación con William y había llegado a la conclusión de que los uzbekos habían conseguido aislar la secuencia genética de la inteligencia. Por supuesto, este concepto era solo una entelequia. Nadie sabía qué quería decir en realidad. En ese momento, la inteligencia no estaba asociada a ningún gen —por supuesto—, pero tampoco a una secuencia de genes específica de ningún tipo. El intelecto humano era algo complejísimo, y se debía a una combinación de complejos factores hereditarios, pero también de otros ambientales. Pero tal vez aquellos uzbekos habían dado un gigantesco paso adelante y habían identificado algo en el genoma humano que determinaba la agudeza mental de las personas. Si fuera así, el valor del descubrimiento sería incalculable. El país que dominara la técnica para aislar los genes concretos (lo que los científicos llamaban la expresión genética) de la inteligencia sería imbatible en pocos años. El descubrimiento, de

confirmarse, abriría la posibilidad teórica de manipular los genes del feto, inoculando la secuencia genética de la superdotación intelectual, de la inteligencia extrema. Se podrían ‘fabricar’ bebés inteligentísimos. Y en unos años la población de un país estaría compuesta por genios. La capacidad potencial de esa nación sería arrolladora. Para saber si todas estas conjeturas eran ciertas era por lo que habían decidido que fuera él mismo allí, entrara en el laboratorio de William, encontrara la cápsula de la inteligencia —fuera lo que fuera—, la robara y se largara. El argumento del Servicio es que las medidas de seguridad del centro de investigación no eran sofisticadas, ya que no esperaban ataques, y menos en el laboratorio de un segundón como el joven William. Las fuerzas especiales le habían conseguido un plano del complejo, incluyendo la ubicación del laboratorio del asistente. Sus jefes pensaban que, aunque la maniobra era arriesgada, tenía probabilidad de éxito siempre que la ejecutaran muy rápido, sin dar tiempo a pensar. Entrar por el agujero, llegar al laboratorio, robar la cápsula y salir pitando. Fin de la historia.

El sol terminó de desaparecer en el horizonte. Gustav miró a los dos hombres que estaban detrás. Ambos parecieron cobrar vida. Levantaron sus pulgares hacia arriba.

Gustav respondió con una mueca parecida a una sonrisa y con un mínimo movimiento de cabeza. La suerte estaba echada. Levantó la valla metálica que cubría el agujero, y se coló por el mismo, mientras los dos hombres de cobertura desaparecían como por ensalmo.

Ya estaba dentro del maldito centro.

Oteó despacio el ambiente. No se oía nada. Aunque el recinto estaba protegido con varias alarmas perimétricas, gracias al trabajo de las fuerzas especiales, todo estaría desactivado durante una hora. Tenía el paso franco. La noche no era excesivamente oscura, así que prefirió no encender su linterna, como medida de seguridad. A unos 200 metros a su derecha, se encontraba el laboratorio en donde trabajaba William. Según los informes del Servicio, era muy probable que en ese lugar existiera uno de los estuches que estaban buscando. Toda la plantilla estaba cenando, en un pabellón alejado, así que el acceso hasta allí no ofrecía peligro a priori.

Gustav comenzó a caminar hacia esa zona, intentando no hacer ruido, mimetizado con la oscuridad. Tal y como le habían indicado las fuerzas especiales, los militares que custodiaban las instalaciones estarían pendientes de la amenaza exterior, no de vigilar a los paseantes internos del complejo. Lo único que tenía que hacer es no lanzar una bengala para anunciarse. Si caminaba sin más, llegaría sin problemas.

En efecto, en unos pocos minutos estaba en el laboratorio. Miró por una de las ventanas. No había nadie, y las luces estaban apagadas. Tanteó suavemente la puerta. Estaba cerrada con llave. Extrajo su ganzúa y en cinco segundos exactos la abrió. Entró en el pabellón de investigación biológico y atravesó un largo pasillo, incluyendo una pequeña cámara de desinfección. Forzó otras dos puertas y por fin llegó a la amplia sala de investigación en donde trabajaba William. Se encontraba en uno de los principales laboratorios del Centro Biológico Molecular.

A la luz de su linterna, observó el recinto. Todo tenía un aspecto aséptico, con colores blancos y grises. Había varias filas de mostradores de trabajo, con taburetes anexos, lavabos, luces y estanterías con utensilios como pipetas, matraces, tubos eppendorf, gradillas, espátulas, balanzas, tampones y, por supuesto, sustancias químicas de todo tipo, junto a calentadores, neveras, congeladores, etc.

Todo parecía muy moderno y de última tecnología, aunque él no era un especialista, desde luego. Sus compañeros del Servicio le había indicado que lo que tenía que buscar sería algo no muy grande, tal vez parecido al estuche de una pluma estilográfica, seguramente pesado porque

llevaría una batería de refrigeración, y un cierre hermético, con cámara de vacío, probablemente eléctrico. Obviamente, desconocían lo que contenía, podía ser desde una cadena genética concreta hasta un nuevo cultivo o una bacteria, pero en todos los casos el recipiente sería de ese estilo.

El agente inglés caminó sin prisa por el recinto, intentando localizar la cápsula, fuera lo que fuese. Si aquello era importante, lo lógico sería que no estuviese a la vista u olvidado, sino convenientemente guardado, aunque en un lugar accesible para poderlo utilizar cuando conviniera. Esto excluía las tarimas de trabajo diario, que era donde se realizaban las pruebas químicas y biológicas. De pronto, al fondo del laboratorio vio algo interesante: dos o tres cajas fuertes medianas, con cerradura digital, teclado numérico y, muy probablemente, alarma.

Gustav comprobó la hora: había pasado casi 40 minutos. Disponía como mucho de otros diez y diez más para salir y llegar al punto convenido. Tenía que tomar una decisión. En ese tiempo tan pequeño, podría abrir como mucho dos de las tres cajas de cerradura digital. Si el estuche estaba en algunas de las dos, perfecto. Pero si estaba en la tercera o, simplemente, en otro sitio, habría fracasado. Miró en torno suyo con intensidad. No veía ningún lugar más adecuado para guardar una maldita cápsula con material genético o biológico, o lo que fuera. Tenía que estar allí. Y no había tiempo para dudas. Sin pensar más, aplicó el dispositivo digital de control de claves. Su pequeño ingenio comenzó a aplicar por radiofrecuencia al canal de acceso de la caja todas las claves posibles, siguiendo una secuencia basada en la fuerza bruta. Cuatro largos minutos más tarde, la puerta de la caja cedió. Gustav observó el interior: estaba vacío.

“Maldición —pensó el hombre—, me voy a quedar sin tiempo material”. Como un loco, aplicó el ingenio de apertura a otra caja. Esta vez le llevó apenas tres minutos, y la puerta se abrió con un extraño siseo. El corazón le dio un vuelco al agente: la cámara estaba sellada, era buena señal.

Miró en su interior: en efecto, el maldito estuche estaba allí. Era del tamaño de un tubo de dentífrico, tal vez algo más grande. Tenía aspecto hermético, satinado y oscuro y varias luces parpadeaban en el exterior. Parecía casi un juguete electrónico muy compacto.

Sin pensarlo más, Gustav lo tomó, cerró ambas cajas, y salió disparado al exterior.

Miró el reloj: faltaban cuatro minutos para la hora convenida.

Atravesó el laboratorio, ya corriendo sin ceremonias, y llegó a la puerta de salida. Se había cerrado de nuevo. Manipuló el pomo y comprobó que no abría. Sacó otra vez la ganzúa, pero en esta ocasión la puerta no cedió. Sintió ganas de gritar. Iban a cogerle, no iba a tener tiempo material para llegar a tiempo hasta la valla. Le iban a cazar como a un conejo en aquel maldito laboratorio. No quería pensar lo que iban a hacer con él. De pronto, como en un fogonazo, se dio cuenta. Giró el pomo en sentido contrario y la puerta se abrió. Era un error muy común, de principiante. Cada país utiliza un sentido de apertura distinto.

Se orientó en un segundo y echó a correr hacia la valla como alma que lleva el diablo. Solo eran doscientos metros y llegaría al sitio convenido para ser evacuado. Como un corredor olímpico, Gustav cubrió la distancia y llegó por fin, exhausto. Miró su reloj. Faltaba veinte segundos para la hora. El corazón se le salía del pecho. No veía a nadie fuera, pero aquellos tipos de las fuerzas especiales eran auténticos fantasmas. Buscó el agujero en la valla para salir del maldito recinto.

Tanteó, movió y agitó con fuerza las rejillas metálicas, pero aquello no cedía. No había ningún boquete allí. Desesperado, miró su reloj: pasaban dos minutos de la hora. En ese momento, escuchó el zumbido casi imperceptible de un helicóptero, volando en modo silencioso.

Como una sombra, casi invisible en la noche, contempló a unos cincuenta metros a su izquierda, como la nave de las fuerzas especiales abandonaba la zona. Se había equivocado de

lugar, pero sus compañeros no habían esperado. Lo habían abandonado.

Estaba solo y atrapado en el complejo científico uzbeko. Sintió la invasión de la adrenalina corriendo por su cuerpo. Se encontraba desasistido, sin cobertura de ningún tipo y en terreno enemigo. De pronto, recordó las alarmas. Estarían a punto de conectarse. Como un animal desesperado, se levantó de un salto y recorrió en una carrera enloquecida los cincuenta metros que le separaban del agujero de salida. Llegó sin respiración y literalmente arrancó con las dos manos la parte baja de la valla, que esta vez sí cedió. Raspándose la espalda contra las rejillas, se coló por el agujero. Ya casi estaba con todo el cuerpo fuera, cuando el metal del borde de la red se le clavó con crudeza en las pantorrillas, reteniendo su avance. Ignorando el dolor, tiró con fuerza de sus piernas, y consiguió pasar, dejando un rastro de sangre en la barrera, que osciló brevemente, hasta volver a su posición inicial. Aún sin resuello, ya fuera del centro, reptó hasta el árbol próximo, y se escondió detrás del tronco.

En ese instante, sonó un zumbido eléctrico, y un chisporroteo ominoso barrió la alambrada. Las alarmas estaban de nuevo conectadas.

## 6

Sentado en el suelo con la espalda apoyada sobre el tronco de un pequeño árbol, Gustav intentó recuperar el aliento, mientras evaluaba sus posibilidades. Estaba en territorio hostil, sin comunicación, en medio de la maldita estepa uzbeka y lejos de la civilización. Llevaba encima el estuche que acababa de robar. Si era capturado, este objeto sería su sentencia de muerte. O de algo peor, ya que antes de matarlo intentarían sacarle información por todos los medios, lo que en el duro régimen soviético incluía por supuesto la tortura aplicada de manera fría y sistemática. Desterró de su mente estos pensamientos, para impedir que bloquearan sus razonamientos.

“Si no descubren el robo esta noche, tengo alguna oportunidad”, pensó. La clave estribaba en que el hurto no hubiera sido detectado. Los científicos no trabajarían de nuevo hasta mañana, momento en el cual echarían de menos el estuche. Disponía, por lo tanto, de unas 12 horas para escapar. El problema era que no sabía a dónde ir. Aquello era un completo desierto, lleno de hierbajos, arbustos espinosos, piedras y arena. La ciudad más cercana se encontraba a unos 80 kilómetros, hacia el este. A pie, tardaría como mínimo 20 horas, sin contar el tiempo de descanso, de sueño, y que en el camino tendría que comer y beber. En la práctica sería una agónica travesía de 40 o 50 horas, atravesando el desierto uzbeko sin estar preparado para ello.

“Pero es mi única alternativa, intentar llegar a esa ciudad. No voy a quedarme aquí”, pensó el agente.

Dirigió su mirada hacia el horizonte. Aquello parecía infinito, un arenal pedregoso y yermo, sin vida ni agua en ningún lugar. La prueba que le esperaba era espantosa. Naturalmente, caminaría durante la noche para evitar ser detectado, y también para eludir el calor.

No pensó en nada más. Localizó la estrella polar, se orientó y comenzó a arrastrarse por el suelo como una serpiente, hacia el este, reptando despacio, sin movimientos bruscos. Una vez se hubo alejado del perímetro vallado de las instalaciones, se incorporó y comenzó a caminar como un autómatas, siempre hacia oriente. La probabilidad de que existiesen patrullas nocturnas era muy pequeña, ya que se suponía que todo el proyecto era secreto y no esperaban ningún tipo de ataque. Mañana, sin embargo, al detectar el robo, cambiarían las tornas. Dentro de 10 o 12 horas, el ejército comunista uzbeko estaría en pie de guerra, buscando desesperadamente al ladrón de su máximo descubrimiento. Por supuesto, descubrirían su rastro de manera inmediata, incluyendo el agujero de la valla. Lo que les resultaría más difícil de creer sería que el ladrón no hubiera sido evacuado. Eso era sencillamente increíble. Nadie en su sano juicio intentaría escapar de allí a pie. Sin duda descubrirían sus huellas junto a la valla, pero pensarían que buscaba la nave de escape, no que se iba sin más. Y en una zona tan ventosa los rastros no duraban demasiado. Si todo esto era cierto, se limitarían a patrullar por la zona, pero si llegaban a sospechar la verdad —que huía a pie— era hombre muerto. No tenían más que tomar el camino de la ciudad hasta encontrarle. Un helicóptero de combate podía barrer toda el área, incluso con dispositivos infrarrojos, en diez minutos. Sería el tiro al pichón, algo sencillísimo.

Intentando poner la mente en blanco, continuó su camino. Tres horas más tarde, el



cansancio comenzó a hacerle mella y sintió la primera punzada de sed. Decidió detenerse a descansar, aunque solo fueran unos minutos. Al sentarse en el suelo, sintió algo que le molestaba en su bolsillo trasero. ¡Por Dios, ni siquiera se la había ocurrido! Tal vez llevara algo en el traje negro que le habían dado para la operación. Naturalmente, sabía que no llevaba ningún dispositivo electrónico ni de comunicación, ya que cualquier transmisión de datos local habría sido detectada inmediatamente desde el complejo de investigación soviético. Por lo demás, el traje era un uniforme negro, pegado al cuerpo casi como un traje de buceo, pero de tacto basto, de tela firme y dura. Y toda la operación había sido planificada tan rápido que no lo había revisado en absoluto. Se puso de pie y comenzó a revisar palmo a palmo el tejido que le cubría, buscando bolsillos de cualquier tipo.

Pronto localizó algo importante: un arma. Estaba en uno de los bolsillos laterales. Se trataba de un cuchillo corto de plástico afilado, compacto, negro y de aspecto impresionante. Se podía cazar con él. Iba a ser importantísimo en las próximas horas. También localizó en los otros bolsillos, todo plegado sobre sí mismo, delgadísimo, casi indetectable, una brújula de giróscopo, una cuerda corta elástica, cerillas, una bengala y un mapa. Era sencillamente extraordinario, nunca lo hubiera pensado.

Ya se disponía a emprender de nuevo la marcha cuando decidió comprobar si existían compartimentos interiores. Se desató el traje y, en efecto, comprobó que disponía de un bolsillo interno con cremallera. La abrió y sacó su contenido. Eran una especie de pastillas grandes, metidas en unos plásticos brillantes. No sabía lo que contenían. Las sopesó, palpó y olió, pero no adivinó nada. Finalmente, vio una pequeña leyenda en un borde de los pequeños paquetes. Leyó el mensaje y sin poderlo evitar dio un grito de alegría.

Las bolsitas eran raciones de supervivencia, es decir, comida y agua liofilizadas para permitir su conservación en condiciones extremas. Los malditos trajes de las fuerzas especiales siempre llevaban provisiones. Estaba salvado.

Algo más tranquilo, continuó su camino. Según el mapa, la ciudad estaba más cerca de lo que esperaba, tal vez a 70 kilómetros del centro. Llegaría mañana por la noche, si todo iba bien.

Mientras caminaba, un aullido lejano le recordó el entorno en el que se movía. Básicamente, aquello era un desierto aunque, a diferencia de los grandes arenales africanos, allí sí existía algo de vegetación, sobre todo matorral bajo, arbustos pardos y matojos propios de la estepa. La fauna también era más abundante e igual de peligrosa, sobre todo por las temibles tarántulas y también por las serpientes, especialmente la cobra asiática, muy abundante en la zona.

Seis horas más tarde, la noche tocaba a su fin. En menos de una hora saldría el sol. Gustav estaba agotado, después de la tremenda caminata nocturna. Ahora tenía que encontrar un refugio, comer y dormir. Miró a su alrededor. Era sencillo ocultarse en la planicie. Solo tenía que buscar un grupo grande y cerrado de matorrales, y hacerse un hueco en medio, habilitando una zona suficiente para su cuerpo. En la práctica, sería invisible. En cuanto a las serpientes y a las arañas, confiaba en la calidad de su uniforme, de aspecto recio y que cubría casi todo su cuerpo.

Después de la extraña pero reconfortante cena, Gustav acondicionó una espesa zona de vegetación y cayó rendido, oculto por los intrincados matojos.

La luz morada y roja del alba asomó tímidamente por el horizonte. Comenzaba a amanecer en la estepa.

La tensión y el miedo flotaban en la sala. Los ocho o diez asistentes, todos militares, entrelazaban a cada momento las manos y golpeaban con sus dedos sobre la mesa de reuniones, en

un tamborileo nervioso.

El general Tadzhiiev, responsable de la seguridad del Centro de Biología Molecular uzbeko, hizo en ese momento su entrada con paso rápido, indicó a los asistentes con la mano que no se levantasen, y se sentó en la cabecera de la mesa. El oficial era un hombre delgado y tenía fama de ser de pocas palabras. Su rostro era una perfecta máscara. El silencio que se produjo en la habitación fue sepulcral. Tomó la palabra con una voz anormalmente baja, casi un susurro:

—Señores, todos ustedes conocen el motivo de esta reunión. Al parecer, alguien entró anoche a nuestras instalaciones, accedió a uno de los laboratorios y robó uno de los estuches genéticos, huyendo a continuación con su botín.

De nuevo, con la mínima parada del orador, una quietud opresiva invadió la estancia. Tan solo se escuchaban los cambios de postura sobre la silla de las personas congregadas. El general continuó:

—Acabo de hablar con el Comisario Federal de Seguridad. Está indignado y sorprendido por el robo. Me ha solicitado un informe detallado de la situación para dentro de una hora. También me ha indicado que la localización del ladrón y del estuche tiene la máxima prioridad para nosotros en estos momentos. Me ha ordenado que contacte con el Secretario Federal para elaborar un plan de búsqueda coordinado utilizando todos los recursos militares disponibles sobre el terreno de manera inmediata.

Detuvo el discurso y bebió un trago de agua. Continuó:

—A corto plazo, debemos revisar el entorno del complejo de investigación palmo a palmo en busca de posibles pistas sobre la identidad del enemigo. Ya sabemos que accedió haciendo un agujero en el vallado metálico, y que había desconectado las alarmas. Pero necesito más datos, más información e indicios de cualquier tipo. Durante el día de hoy, todos los jefes de sección deberán entregarme cada dos horas un resumen del progreso de sus análisis en su ámbito de responsabilidad. También quiero un informe inmediato de todo el material genético portátil que existe en el centro, por si se hubieran producido más sustracciones. En cuanto al laboratorio concreto invadido, necesito un dossier ejecutivo pormenorizado de huellas, cámaras, accesos, etc. Quiero saber todo lo que ha sucedido allí en las últimas 24 h. También necesito información sobre los trabajadores de esa zona de investigación: registro profesional detallado, y sus últimos pasos en las pasadas semanas. Es obvio que el ladrón sabía a por lo que venía. En cuanto a los responsables directos del material biológico sustraído, doctores Bilik, Rutherford y Buttercup, están siendo interrogados en estos momentos en la cabina de seguridad. Volveremos a reunirnos aquí mismo dentro de dos horas. Pero antes quiero escuchar sus ideas sobre el suceso. ¿Quién ha entrado a robarnos, señores? ¿Alguna idea?

Los asistentes se miraron entre sí con gesto preocupado. Eran hombres curtidos, acostumbrados a situaciones duras. Sabían que debían hablar con rapidez y con franqueza.

—En mi opinión, general —inició el capitán Szumik—, la clave está dentro, señor. El proyecto del centro biológico es secreto, nadie sabe lo que estamos haciendo aquí. Incluso nuestro despliegue de seguridad es poco visible para simular normalidad y no dar pistas al enemigo. Pero el hombre que entró no solo conocía el proyecto, sino que se dirigió a uno de los principales laboratorios y violentó una de las cajas fuertes. Ese conocimiento detallado es sorprendente. ¡Ni siquiera yo mismo sabía que el material genético portátil estaba en esas malditas cajas! ¿Cuánta gente conoce la existencia de esos estuches? ¿Y que están guardados allí? ¿Diez, doce personas? Pues bien, uno de ellos nos ha delatado.

—Estoy de acuerdo con su análisis, capitán —dijo otros de los oficiales, teniente Wapnir.

—Y yo también, señor —dijo otro, a quien se sumaron los gestos de acuerdo del resto.

El general reflexionó en silencio. La precisión y seguridad del robo del agente invasor avalaban esa tesis. Alguien que conocía el día a día del laboratorio había hablado. Solo podía ser uno de los científicos. Seguramente, uno de los tres doctores que estaban siendo interrogados. Si era así, pronto tendrían noticias.

—De acuerdo, señores, esto es todo por ahora. Nos vemos dentro de dos horas. Bueno, tan solo una cosa más.

El general hizo una pausa. Lo que iba a decir era importante. Los hombres que estaban allí no eran estúpidos. Conocían bien su país —entusiasta y alegre a veces, y otras tantas, despiadado y brutal— como para no recibir el mensaje. Pero no quería omitir nada.

—El comisario me ha indicado que encontrar ese objeto rápido es un tema de seguridad nacional. Su trascendencia es absoluta. Debemos localizar el estuche, cueste lo que cueste, sin reparar en costes, medios o en impedimentos legales de ningún tipo. Y no se contempla el fracaso —el general paseó su mirada uno por uno a todos los asistentes—. El señor comisario me ha indicado que el Soviet Regional recompensará al comité de seguridad —a todos los presentes hoy aquí— cuando se resuelva adecuadamente esta infortunada crisis. Pero quiere que sepamos que también tomará medidas fulminantes en caso de fracaso. Dicho en otras palabras, señores, nuestra suerte está ligada a la de ese maldito estuche. Espero que recuerden mis palabras. Se levanta la sesión.

Los asistentes permanecieron unos segundos aún sentados, algo conmocionados, mientras el oficial al mando abandonaba la sala. Todos conocían casos de desapariciones de oficiales, en casos extremos, atribuidas a la *nomenklatura* del Estado. La advertencia del comisario era bastante obvia. Si no encontraban rápido el material genético, la muerte les esperaba en cualquier esquina. Un accidente simulado, un atraco o un secuestro, daba igual. En unos meses, no quedaría nadie.

Poco a poco fueron levantándose, con la preocupación o el miedo reflejado en sus rostros.

Ya se ocultaba el sol. Después de pasar el día entero descansando, debía seguir su camino. Entre los últimos rayos rojizos del horizonte, Gustav comenzó a andar en dirección contraria a la claridad moribunda. Una sombra agigantada, grotesca, precedía su caminar. En pocos minutos, sin embargo, se impuso la oscuridad. Se escucharon los primeros aullidos de los lobos, y la luna mostró un límpido y blanco cuarto menguante.

Durante el día que había pasado escondido entre los arbustos el tráfico de aviones militares sobre la zona había sido constante, sobre todo a partir del mediodía. Era obvio que la noticia había supuesto una revolución en el gobierno soviético uzbeko. Sin embargo, su suposición en cuanto al robo y la fuga había sido correcta. Ni siquiera habían contemplado la posibilidad de que alguien hubiera escapado a pie. No buscaban al ladrón, sino indicios o pistas de otras naves de apoyo, posibles pistas de aterrizaje ocultas, apoyo logístico, etc. Si lo buscaran directamente, habrían batido la planicie con helicópteros, en cuyo caso ya estaría en sus manos.

Y en estos momentos, por la noche, cubierto con traje y gorro oscuros, era casi invisible caminando por la planicie a la luz de las estrellas. Ni siquiera un avión que pasara por encima de él, podría localizarlo.

“Ya han pasado 24 horas desde la huida”, pensó Gustav, “si consigo mantener este ritmo otras 4 o 5 horas, llegaré a la ciudad. Y desde allí podré llamar para que vengan a por mí”.

Continuó su camino, abriéndose paso hacia el este, entre la arena y las piedras.

Tres horas más tarde, ya más cansado y cubierto de sudor, vislumbró en la lejanía el

resplandor inequívoco de la ciudad. El corazón le dio un vuelco. Iba a conseguirlo, iba a escapar. Solo tenía que llegar hasta allí, buscar un teléfono, llamar y esperar el rescate.

Avivó el paso, acercándose cada vez más a la salvación. Las luces nocturnas de la pequeña población eran cada vez más visibles.

De pronto, escuchó el ruido inequívoco de un grupo de vehículos acercándose a gran velocidad. Gustav se agachó y oculto por unos matorrales observó el amplio horizonte de acceso a la población. Efectivamente, desde el norte, un convoy de vehículos militares se acercaba al pueblo por una carretera rural, levantando una columna de polvo visible incluso en la oscuridad.

El miedo atenazó al agente inglés. Aquello era distinto. El despliegue por tierra por la zona era siempre indicador de lo mismo: búsqueda de personas sobre el terreno. Al parecer, alguien se había dado cuenta, ante la falta de otras pistas, de que una de las posibilidades era que la evacuación del ladrón hubiera fallado. Y de lo que estaba prácticamente seguro, era de ya lo habrían identificado. Probablemente, el primer indicio se lo habría dado el mismo William Buttercup, al que habrían interrogado ya por la mañana. Sin duda les habría contado su pequeña charla, y ellos habrían atado cabos. En estos momentos, su foto estaría en todas las comisarías, estaciones de tren y aeropuertos de Uzbekistán. Y lo sentía por William, estaría muerto a estas horas, pero así son las cosas. Lo que no sabía es por qué habrían cambiado el criterio de búsqueda, de pronto. Aunque podía ser por muchos motivos, tal vez el análisis más detallado de las imágenes del momento en el que se alejó del recinto arrastrándose por el suelo, o la huella de su escondite diurno mientras dormía. O su rastro al caminar, o algo que se le había caído. Podían ser muchas cosas, pero ya daba igual. El asunto es que todo indicaba que ahora mismo le buscaban a él. Y el operativo de búsqueda —qué casualidad— estaba solo a doscientos metros de distancia.

El convoy militar se detuvo a la entrada de la ciudad. Varios hombres salieron de uno de los vehículos y comenzaron a gesticular, mientras los vehículos comenzaban a diseminarse, ocupando todo el perímetro de la población. Dos o tres jeeps se acercaron campo a través hacia su posición, como si supieran que se encontraba allí. El agente sintió el topetazo súbito del miedo.

Iban aogerle.

En ese momento, un ruido sordo y poderoso de aspas resonó en la lejanía. La operación tenía mayor alcance del previsto: disponían de un helicóptero. A Gustav le entraron ganas de llorar. Estaba perdido. Los autogiros eran imbatibles en campo abierto. Localizaban cualquier cosa móvil, antes o después. Y accedería a su posición en pocos minutos, en cuanto tomara contacto con el operativo de tierra, y se coordinara con los vehículos y los soldados. Sería una cuestión de cuatro o cinco minutos.

A la desesperada, despreciando el enorme riesgo, Gustav echó literalmente a correr desde su ubicación, hacia una pequeña duna que era el único montículo de la zona, intentando guarecerse mínimamente detrás. Subió como un auténtico loco hasta arriba y se tiró por el otro lado, hacia la parte de abajo, que no era visible desde la ciudad. Cayó rodando entre arena, hierbajos y pequeñas piedras, hiriéndose levemente las manos y la cara. Cuando se detuvo, comprobó que desde la posición de los jeeps era invisible y buscó algún refugio natural. A la luz de la luna vio, junto a una pequeña huerta de aspecto olvidado, una caseta bastante amplia, casi una cabaña, seguramente un lugar para guardar los aperos de labranza y poco más. Se dirigió hacia allí de nuevo a la carrera. Al llegar, jadeando, abrió la puerta de un empujón y entró. Olía a polvo y a cerrado. Se trataba, en efecto, de una pequeña cabaña de apoyo para el dueño de la huerta, incluyendo una mesa, las herramientas de trabajo en el campo, agua y un inodoro.

El agente tomó aliento, y evaluó rápidamente la situación. Sencillamente, estaba perdido. Sin pensarlo, tanteó el bolsillo interior y sacó una de las pastillas, envuelta en papel negro, y más

pequeña que las demás. Por supuesto, las fuerzas especiales tenían todo previsto. Nunca se entregaban vivos, si podían evitarlo. Otras de las consignas era hacer desaparecer cualquier objeto importante, en este caso el estuche. Tal vez no fuera importante, o tal vez sí. En todo caso podría esconderlo, por si acaso. Sorprendentemente, evaluaba ahora todas las posibilidades casi con desapego, como si no fueran con él. Con pasmosa tranquilidad, paseó su vista por el recinto en el que se encontraba y entonces lo vio.

La cabaña tenía teléfono.

Se levantó como impulsado por un resorte y descolgó el anticuado auricular negro. Daba señal: el maldito artefacto tenía línea.

El sonido del helicóptero, poderoso y turbador, le devolvió a la realidad. Dentro de pocos minutos sería localizado y capturado. Era demasiado tarde ya. Aunque hiciera una llamada de la máxima urgencia al Servicio secreto británico, no habría forma humana de salvarlo. Nada sobre la tierra podría desplazarse hasta aquí, llegar antes de diez minutos, y evacuarlo en las mismísimas narices de un ejército enemigo que custodiaba esta zona con vehículos militares y un helicóptero de combate.

Era inútil, estaban encima. Solo era cuestión de unos minutos y todo habría acabado.

Miró por la pequeña ventana del cobertizo. En ese momento, dos vehículos militares todoterreno asomaban por la parte alta del montículo. El helicóptero les habría advertido de la existencia del refugio. Los enormes coches, desde lo alto de la duna, parecían evaluar la situación, poderosos como guerreros de metal. Seguramente el rastro que acababa de dejar en el suelo al llegar corriendo aún estaba visible. Probablemente, los soldados estaban pidiendo refuerzos. El objetivo estaba atrapado, solo había que ir allí y cogerlo. La caza está a punto de terminar.

Contempló la noche aún estrellada, aunque la claridad iba ya ganando terreno. No pudo evitar un estremecimiento de puro terror. Probablemente, al alba ya estaría en manos del enemigo. Le esperaban largas horas de sufrimiento y, después, la cárcel perpetua o la muerte. Un destino cruel.

De pronto, como en un fogonazo, se le ocurrió una solución.

Levantó el auricular e hizo una llamada.

Tres fuertes golpes dados con el puño en la endeble puerta de madera del cobertizo hicieron retumbar el lugar.

—Abra inmediatamente la puerta, señor —tronó una voz urgente.

—Pueden ustedes pasar, señores —dijo con ironía Gustav—, la puerta está abierta.

Varios militares uzbekos armados hasta los dientes entraron en la cabaña y, mientras algunos se desplegaban apuntando con sus fusiles a todos los rincones de la caseta, otros tomaron al agente inglés por los brazos y, casi a la carrera, lo sacaron de allí y lo introdujeron en un camión del ejército que salió de estampida hacia un destino desconocido.

Gustav se encontraba en la parte de atrás, que estaba habilitada para transporte de soldados, sentado en un asiento corrido, rodeado de cuatro auténticas torres humanas.

El vehículo traqueteaba e incluso saltaba a veces al atravesar las dunas, hasta que llegó a la carretera comarcal, en donde la marcha se estabilizó.

El silencio dentro era sepulcral. Gustav miró a los soldados que lo acompañaban. Parecían estatuas de piedra, mirando inexpresivos al frente, entre el seco gualdrapeo de la lona de camuflaje del camión, que guarecía a los soldados del sol y el polvo. El agente se sentía completamente exhausto, después de largos días de tensión y de fuga. A pesar de la situación, comenzó a adormilarse, mientras el vehículo continuaba su avance por la carretera de tierra.

Al cabo de un par de horas, un soldado despertó al agente con un fuerte empujón.

—Salga del vehículo, por favor. Ahora.

La parte de atrás de la lona había sido levantada y Gustav, aún entumecido, se levantó y salió de allí. De nuevo, dos personas fornidas —ahora sin uniforme— lo tomaron de los brazos y lo introdujeron en un coche que los esperaba a unos metros de distancia. Toda la operación fue muy rápida, apenas unos segundos.

Ahora el británico se encontraba en un pequeño vehículo oscuro sin distintivos especiales, rodeado de dos escoltas. Arrancaron con velocidad. Ya era de día, y se encontraban en una ciudad. Era muy extensa, pero parecía más una acumulación de casas sencillas que una gran población. Los edificios eran bajos, de un par de pisos, y estaban contruidos en adobe, con simples puertas de madera en la entrada, entreabiertas como si no importara que nadie accediera al interior. Las calles eran modestas, con algunas zonas pavimentadas, pero sobre todo de tierra. En todo caso, aunque intentó reconocerla, la localidad no le resultaba familiar en absoluto. Tampoco vio ningún monumento o edificio significativo. En realidad, estaban adentrándose en una zona de calles estrechas, cada vez más oscuras y compactas.

El coche iba muy rápido, a pesar de lo angosto de las vías que atravesaban. En un par de ocasiones, estuvo a punto de atropellar a algunos transeúntes que, al ver al coche volando por la callejas, se pegaban aterrorizados a la pared, confiando en la habilidad del piloto, al que deseaban —maldito loco— el peor de los accidentes en la siguiente curva.

Al cabo de un largo rato, el coche se detuvo. Gustav fue impelido hacia fuera del coche, y

de nuevo transportado casi a rastras agarrado por los brazos en una tenaza de hierro. La zona en donde se habían parado era ya impracticable, incluso para un utilitario. El agente y sus acompañantes continuaron a pie, atravesando un dédalo de calles minúsculas, que se cruzaban entre sí y que estaban surcadas de tramos de estrechas escaleras de madera y tierra que unas veces subían y otras bajaban, sin aparente orden ni concierto. El ambiente era húmedo y oscuro. Apenas encontraron a nadie por allí, aunque en algún mínimo ensanchamiento urbano —un cruce de varias callejuelas— grupitos de tres o cuatro personas se replegaron para dejarles pasar, sin decir una sola palabra.

Por fin, se detuvieron. Se encontraban ascendiendo un tramo de escaleras entre paredes grises que formaban un pasadizo de apenas un metro de anchura. En una de estas paredes se abrió como por arte de magia una puerta de madera, y sonó una voz.

—¡Por fin están aquí! Adelante, llegan tarde.

Gustav y sus dos vigilantes entraron en la pequeña casa. Atravesaron un vestíbulo breve y llegaron al salón. Allí se encontraba otra persona. Era una mujer delgada, morena, de unos cuarenta años y aspecto endurecido. El olfato de Gustav la señaló como una agente del KGB. Sin saludos ni ceremonias, le indicó al inglés un baño abierto en donde debía ducharse, afeitarse y vestir un traje preparado para él, incluyendo gafas y un bigote postizo. El agente así lo hizo y, después, la mujer le pidió que se sentara frente a una pequeña mesa rectangular, en donde colocó un maletín negro. El flash de una máquina fotográfica lo deslumbró. Abrió el *atoché* con un chasquido de los cierres de seguridad metálicos y dijo:

—Aquí tiene todo lo que necesita: una identidad nueva, documentación —el hombre de la cámara manipulaba la misma para incluir su reciente retrato—, dinero, teléfonos de la máxima seguridad, y un billete de tren con destino Berlín. También incluimos una bolsa de viaje con ropa y objetos de aseo.

El agente miró todo aquello, e intentó concentrarse. Este juego podía ser sumamente peligroso. Debía extremar las precauciones, por si acaso. Examinó todo sin decir una sola palabra.

La mujer dijo:

—Como puede ver, sale dentro de cinco horas. No disponemos de mucho tiempo. Debe usted ir hacia allí inmediatamente. Le acompañaremos hasta su vehículo y luego acudirá solo a la terminal ferroviaria. ¿Alguna pregunta?

—¿En qué ciudad me encuentro?

—En Shintum. Estamos a unos 40 km. de Jaspilar, en donde está la estación del tren, pero el trayecto es irregular, debe salir ya hacia allí, por si acaso.

—Cuando me recogieron, los militares buscaban a alguien, no sé a quién. ¿Continúa el operativo activado?

—Eso no es asunto mío. Yo no sé quién es usted, ni a quién están intentando localizar las fuerzas armadas. Lo único que puedo decirle es que nos hemos alejado bastante del área donde fue recogido. Jaspilar es una zona tranquila. Pero, por supuesto, si buscaban a alguien las estaciones y aeropuertos de todo el país estarán vigilados.

—Entiendo. Una última pregunta: ¿dónde está ella?

—Disponen de cinco minutos —contestó la mujer, haciendo una seña a sus dos compañeros para que la acompañaran a la calle—. Le esperamos fuera.

Desde la parte de atrás de la habitación, la que daba ala pasillo, apareció una figura envuelta en la oscuridad. Solo por la forma de andar, el agente la reconoció. Se escuchó la puerta de la calle, cerrándose.

—Hola, Katia —dijo Gustav—, esta vez me has hecho un buen favor. Me has salvado la vida.

—Espero que lo recuerdes siempre, querido amigo. Lo he hecho en memoria de los viejos tiempos, desde luego, pero espero que un hombre como tú —un gran agente secreto— encuentre la manera de devolvérmelo en el futuro.

—Así lo haré.

El agente intentó penetrar en el rostro de la mujer a la que un día tal vez amó, pero la penumbra le impidió leer nada en el mismo.

—Debes irte, amigo mío. Ya volveremos a vernos.

Ahora la joven se encontraba junto a Gustav, muy cerca, tal vez buscando la despedida. Gustav no dudó y besó despacio sus labios. Ella no retiró su boca, pero tampoco colaboró, como si la hubiese sorprendido y no supiera qué hacer. Por fin, se apartó y dijo:

— El maldito inglés de siempre... con sus maneras de galán.

Antes de que Gustav contestara, se abrió la puerta de la calle y sonó un grito urgente:

—Señor, debemos irnos ahora.

El británico obedeció y se dirigió a la salida. Al llegar a la puerta se volvió lentamente, pero la mujer a la que acababa de besar ya no estaba allí.

El viejo Lada traqueteaba como si estuviera a punto de detenerse para siempre. Gustav miró su reloj. Eran las 12:00 h. Disponía de algo más de dos horas para llegar a la estación del tren de Jaspilar. Si no tenía contratiempos sería sencillo, pero no podía fiarse de aquella maldita cafetera con ruedas. Mientras atravesaba la carretera rural, pedregosa, blanca y polvorienta, pensó en la increíble ayuda que le había prestado Katia. La jugada que se le había ocurrido en la cabaña había sido brillante pero habría sido completamente inútil sin la colaboración de la agente. Siendo sinceros, lo que le había salvado la vida era la lealtad de la mujer.

Un enorme bache hizo saltar al vehículo. Los bajos tocaron la calzada al caer. Gustav pensó que se había roto algo, pero el coche siguió su camino. Tal vez no fuera tan endeble como parecía.

El inglés, mientras contemplaba el árido paisaje de la estepa, abierto y seco, continuó con sus pensamientos. Sí, su llamada desesperada pidiendo ayuda a Katia había sido providencial. La joven había llamado inmediatamente a su jefe del Servicio indicando que uno de sus agentes extranjeros infiltrados, el más importante, se encontraba acorralado por fuerzas militares uzbekas en una cabaña junto a la ciudad. Si era detenido, se vendría abajo toda su red de información en Europa. Su supervisor —sin duda un alto mando del KGB— al parecer la había creído, y había actuado con rapidez y contundencia. Había contactado con el Secretario Federal uzbeko para la Defensa, y el funcionario, sin dudarle, había detenido la inminente captura —los agentes dobles, infiltrados en gobiernos extranjeros, eran extremadamente valiosos— y había permitido que personal de la Inteligencia soviética (casi todos integrados en el KGB) rescataran al agente colaborador, y que organizaran su evacuación con la mayor discreción posible. A partir de ahí, había sido llevado al pequeño piso en donde estaba Katia, y la fuga parecía ya encarrilada. Pronto estaría camino de Europa, hacia la libertad.

El británico se aferró con ambas manos al viejo volante del Lada. ¿Era todo esto posible? ¿Era creíble que una agente uzbeka organizara la fuga de un colega suyo inglés solo por amistad, amor o, cuanto menos, aprecio? ¿Se lo creía él mismo, o más bien pensaba que todo era una trampa? Intentó tranquilizarse. Disponía aún de un rato para llegar, así que intentó analizar los



hechos con frialdad, olvidando que la agente fuese precisamente Katia. ¿Qué le habría dicho la joven a su jefe para que este decidiera llamar al secretario y detener la detención? La historia del agente infiltrado estaba bien, aunque implicaba un enorme riesgo para Katia. A medio plazo tendría que dar más explicaciones, pero lo que había contado no era inverosímil. Lo cierto era que la identidad de los confidentes y del personal extranjero infiltrado era extremadamente reservada y eran hombres y mujeres que dependían en exclusiva de una o dos personas dentro del servicio. Al igual que el uso de los fondos reservados, este era un tema tabú sobre el que nunca se hacían demasiadas preguntas. Era mejor no saber demasiado, siempre que se obtuvieran resultados. Pero ¿y si, por otro lado, fuera todo un engaño? ¿Y si Katia le hubiera contado la verdad a su jefe —incluyendo su identidad real— y hubieran urdido rápidamente un plan? Naturalmente, él no le había dicho nada sobre el robo pero, si Katia lo había delatado, su jefe habría tardado dos minutos en informarse. Sabría la verdad sobre la sustracción y que él —el agente Sheldon— tenía consigo el estuche genético. Pero entonces, ¿por qué no le habían detenido sin más? ¿Qué ganaban organizando toda esta estúpida fuga?

A lo lejos, sobre una raquílica duna, una manada de perros salvajes corrían alejándose del ruido de la carretera. Y algo más cerca, en una zona que parecía tener algo más de vegetación —pequeños árboles y arbustos más altos— se veían cuatro o cinco casas rurales próximas, algunas con columnas de humo en la chimenea, y varios críos corriendo por el entorno vigilados por las mujeres, que trajinaban con cestos de ropa en las cercanías. Mientras Gustav los observaba, comprendió en seguida la respuesta: la pastilla negra. Eso era lo que ganaban organizando su fuga. Tenían miedo a que se quitara la vida, escondiendo además el estuche. Si entraban a detenerle con los tanques solo habrían encontrado en la cabaña un cadáver y un estuche inexistente, desaparecido o destruido quizá. Nunca sabrían qué habría sucedido. Naturalmente, aunque ellos no lo supieran, él después de la llamada lo había escondido en el sitio habitual, el recto, pero no le habían registrado ni preguntado nada en absoluto. Y existía otra ventaja al organizar su fuga: el teléfono portátil que le habían dado, el cual llevaba en el coche. La verdad es que era un dispositivo increíble, un NOKIA pequeño y transportable, de apenas 5 kilos de peso. Si todo era un montaje para atraparle el ingenio estaría intervenido, de manera que si contaba a alguien —al servicio británico o a la propia Katia— cualquier dato relevante ellos serían los primeros en enterarse. En resumen, el plan no estaba nada mal. Finalmente tenía otra ventaja adicional: se podía interrumpir cuando ellos quisieran. Si algo salía mal, no tenían más que detenerle. Por ejemplo, en la estación, justo antes de salir.

Gustav se secó el sudor de la frente. De pronto estaban encajando todas las piezas, y el puzzle no le gustaba. Por supuesto, la opción de la lealtad de Katia también existía. De hecho, lo que más le convencía de esta opción era que si todo era una trampa, su destino sería terrorífico: pronto caería vivo —en la estación, probablemente— en manos de sus enemigos, y con un estuche robado en su intestino. ¿Sería Katia capaz de abandonarle a esta suerte? ¿Viviría tranquila sabiendo que iban a torturar y matar a su antiguo amor? ¿Tanto habría cambiado la joven?

Intentó convencerse de que no. Él la había amado, a su modo, y ella probablemente le había correspondido. Debía tener esperanza. Recordó sus hermosos ojos negros y su sonrisa dulce, insinuante. Seguro que conseguía escapar. Ella no lo había entregado. No lo haría nunca.

En ese momento, gruesas gotas de agua impactaron en el cristal delantero del coche, salpicando cada vez con mayor frecuencia. Gustav buscó, tanteando con la mano, el limpiaparabrisas. Accionó una palanca y dos gastadas escobillas barrieron despacio la luna. Al principio, un delgado barrillo impedía la visión pero pronto el agua, que ahora caía franca, despejó la visión.

El agente escudriñó el horizonte. A lo lejos, apareció la ciudad de Jaspilar.

Gustav se orientó, entró en la ciudad —apenas un pueblo—, aparcó el coche en un lugar discreto y se dirigió hacia la estación.

Caminaba alerta, en tensión, pero intentando no llamar la atención. La lluvia continuaba cayendo y él iba encogido, con la cabeza gacha y la bolsa en la mano, intentando eludir los numerosos charcos y el barro que había en la calle. La temperatura había bajado considerablemente y Gustav se arrebujó en su chaqueta, metiendo las manos en los bolsillos.

Según su mapa, la estación tenía que estar muy cerca, allí mismo. Levantó su cabeza en la dirección del viento para revisar los edificios cercanos. Una fina cortina de agua impactó en su cara. Achinó sus ojos, y por fin acertó a distinguir la entrada de la Estación de Tren Sudannhof.

Este era uno de los momentos más peligrosos. Aunque Katia lo hubiese salvado de la detención inminente, ni siquiera ella podría evitar que su nombre estuviese distribuido por todas las comisarías, estaciones de tren y autobús, aeropuertos, etc. Era uno de los hombres más buscados del país, y las fuerzas de seguridad estarían alerta para detenerlo. El agente no sabía el nivel de búsqueda que habrían activado, pero sin duda habría agentes de paisano analizando personas de sus características físicas. En un acto reflejo, miró con rapidez a los lados antes de entrar, y traspasó el umbral del edificio.

Ya había entrado. Sintió de golpe el calor natural de la bulliciosa estación, la principal de la comarca. Contempló el espacioso vestíbulo, en donde decenas de personas iban de un lado para otro, caminando con rapidez, llevando pequeñas bolsas de mano o arrastrando maletas con pequeñas ruedas, todos con aspecto apresurado y expresión de inminencia, de tránsito. Los viajeros consultaban los carteles indicadores, y muchos compraban revistas, café, té o algo de fruta en un abigarrado tenderete atendido por un viejo delgado y cetrino que parecía vender casi cualquier cosa, sin dejar de parlotear. Algunos viajeros simplemente esperaban la hora de su tren, sentados en las interminables hileras de sillas de madera ubicadas frente a las entradas de los andenes.

Gustav sintió un escalofrío, a pesar del calor. Aunque su ingenioso y sencillo disfraz le daba cierta cobertura, sabía que su aspecto europeo le señalaba en aquella estación como si llevara una bengala encendida sobre su cabeza. Sin embargo, pronto comprobó que la situación no era tan preocupante. Arremolinados en el ala derecha de la estación, al fondo de la misma, otros extranjeros esperaban en el andén. El agente sonrió interiormente. Obviamente, aquella ciudad era un nudo ferroviario internacional, los lugareños estarían acostumbrados al ir y venir de hombres de negocios europeos y americanos.

Se dirigió sin más a aquella zona y buscó con los ojos el cartel de ‘Salidas’ de los trenes internacionales. Localizó el anuncio del tren de las 14:30 h para Berlín. A pesar de la larguísima duración del viaje —las escalas eran interminables—, salía a la hora, en el andén nº 5. Se fue aproximando al mismo, mientras acariciaba el billete en su bolsillo. Faltaba menos de una hora para la partida, y casi todo el mundo se congregaba ya junto a la puerta de entrada a la plataforma ferroviaria. Muchos sonreían y hablaban entre sí con rapidez y nerviosismo, y revisaban mil veces su equipaje antes de subir por fin, sintiendo el peso del viaje, de la aventura. Iban a atravesar Asia y Europa.

El agente, en un esfuerzo por actuar con naturalidad, como si fuera un viajero más, se dirigió a un minúsculo puesto de periódicos y revistas, cercano al andén. En el instante en que se puso en movimiento, una joven vestida enteramente de negro, con varios pendientes faciales —*piercings*— como los que utilizaban algunas bandas juveniles urbanas, y con el pelo encrespado teñido de rojo anaranjado, inició a su vez el mismo camino, justo detrás de él.

Gustav sintió un ramalazo de puro pánico, mientras se detenía en seco para limpiarse una mota de polvo imaginaria de la solapa de su chaqueta. La joven estafalaria casi se chocó con él, pero en el último momento lo esquivó y continuó caminando hasta el puesto de revistas.

Como si hubiera recordado algo de pronto, el agente cambió de dirección y se dirigió a paso rápido hacia el cartel de los horarios de los trenes. Lo contempló interesado durante unos segundos, mientras observaba de manera imperceptible a la desgarbada figura de la chica del pelo naranja. No hubo ninguna reacción por parte de la misma. De hecho, había comprado la revista y se había marchado de nuevo al andén, sin el menor signo de reconocimiento. El pulso y la respiración de Gustav comenzaron a normalizarse. “Debo estar volviéndome loco —pensó—. Solo ha sido una casualidad. No me estaba siguiendo. Ha sido una falsa alarma”.

En ese momento, los altavoces de la estación anunciaron en uzbeko, ruso e inglés el embarque inminente para el próximo tren de las 14:30 a Berlín.

Gustav se dirigió de nuevo hacia la puerta de acceso al andén. Aún remoloneó observando con calma su billete hasta que la cola formada en el punto de control del equipaje desde donde se accedía al tren se vació.

Sonó la última llamada para el viaje con destino Berlín. “Pasajeros —tronaban los altavoces—, embarquen urgentemente por la puerta 5, última llamada”.

El tren se disponía a partir. Apretó los labios. No podía retrasarse más. Llegaba la hora de la verdad. Solo quedaba atravesar el control de equipajes, subir al ferrocarril y marcharse. Si iban a detenerle, lo más lógico sería hacerlo al presentar su documentación, justo antes de salir. Bueno, daba igual, la suerte estaba echada.

—Buenas noches, señor —le dijo el guarda del punto de control cogiendo su documentación y su billete y mirando su pasaporte con atención—, puede dejar la maleta en la cinta, por favor.

Gustav colocó la bolsa que llevaba en la cinta transportadora, y contuvo la respiración mientras ésta era engullida por el extraño dispositivo, el cual proyectaba sobre la pantalla situada frente al funcionario el contenido de la maleta de mano de Gustav. Este permaneció esperando alguna reacción por parte del policía, que continuaba analizando con extrema atención su documentación, como si sucediera algo extraño.

En ese momento, sonó el teléfono del agente de aduanas. Inmediatamente, accionó un botón bajo su mesa y la cinta de los equipajes se detuvo.

Gustav se quedó sin respiración. Naturalmente, la bolsa podía contener un localizador o una alarma accionada con un escáner para avisar al funcionario de que el sujeto era peligroso. Obviamente, también su identidad falsa podía estar bajo busca y captura. No sabía nada con certeza. Pensó en escapar, pero mantuvo la calma y optó por esperar. Si había sido detectado, todo estaba perdido, y tampoco merecía la pena actuar ahora. Por otro lado, también podía ser una falsa alarma. En realidad, el agente se había separado un poco y parecía hablar con su interlocutor con bastante buen ánimo, al menos aparentemente. No parecía que le estuviesen indicando nada extraño.

Al cabo de unos minutos eternos, el funcionario de seguridad se reincorporó a su asiento frente el monitor. Lo contempló durante unos segundos y se dirigió entonces a Gustav:

—¿Es suya esa bolsa, señor? —dijo señalando el scanner.

—Sí, señor agente —contestó el hombre con un hilo de voz.

—Pues tenga cuidado, por favor, que voy a arrancar de nuevo la cinta y a veces se engancha la bolsa con los flecos de goma de la salida.

—Descuide —respondió Gustav, acercándose a la cinta.

El ruido del dispositivo al funcionar de nuevo invadió el andén, mientras Gustav retiraba con una mano su bolsa de la cinta del scanner.

Había conseguido pasar.

Casi acertó a sonreír mientras caminaba por la larga plataforma del andén hacia su vagón. Con toda probabilidad, era uno de los hombres más buscados del Asia Central, se escapaba con un estuche en su cuerpo que contenía un secreto de Estado, y acababa de pasar sin problemas un control de equipaje y aduana internacionales. La seguridad soviética no había salido bien parada en esta ocasión.

Localizó el vagón y tendió el billete a la azafata que custodiaba sonriendo la escalerilla de acceso.

—Compartimento 8 —dijo la chica con voz agradable, bien modulada—, pasillo de la derecha, señor, bienvenido.

—Gracias.

El hombre subió despacio los dos pequeños escalones y, agarrado a la barandilla vertical del vagón, giró la cabeza casi a su pesar, mirando por última vez hacia la entrada del andén, tal vez esperando ver un grupo de policías o agentes dirigiéndose hacia él en tromba para detenerle. No vio a nadie.

Abrió la portezuela de su compartimento, y se acomodó en el exiguo espacio, que incluía dos pequeñas literas, una ducha, lavabo y retrete, una silla con un tablero oscilante como mesa, y una ventana amplia al exterior, cubierta por una gruesa cortina ondulada. En resumen, un billete y alojamiento de primera. Miró su reloj. Eran las 14:30 h.

El tren comenzó a moverse, de manera casi imperceptible. Partían por fin hacia Berlín. Obedeciendo a un extraño impulso, Gustav descorrió las cortinas de la ventana y abrió la pequeña ventanita abatible, que daba al exterior. Asomó la cabeza como pudo y de nuevo miró hacia la entrada de la estación.

Al principio no vio nada específico, pero al cabo de un par de segundos distinguió a una persona que corría hacia el andén. Solo veía una figura moviéndose entre la gente, pero él nunca había creído en las casualidades. Pronto el vagón giró ligeramente y Gustav perdió el ángulo de visión correcto. Ya no podía ver nada. Con el pulso acelerado, reflexionó durante una décima de segundo. Naturalmente, en una estación era frecuente ver a gente retrasada correr hacia los andenes, pero aquella figura volaba hacia su posición y movía los brazos sospechosamente, como si diera órdenes. Tal vez había sido detectado. La maldita chica del pelo naranja, seguramente. En ese momento escuchó el ruido de la cerradura de la pequeña puerta de su camarote que alguien intentaba abrir con sigilo. Entonces actuó.

Los dos hombres que manipulaban la puerta escucharon un tremendo ruido, por lo entraron finalmente, ya sin contemplaciones, en el coche—cama. Dentro del pequeño recinto, el estruendo del viento era ensordecedor. Y todo estaba lleno de cristales rotos.

Naturalmente, no había nadie.

En el exterior, Gustav, aferrado a su pequeña maleta, se arrastraba como podía, reptando sobre las traviesas de las vías cercanas, procurando ocultarse entre los enormes vagones. La caída no había sido demasiado dura, pero la rotura de la ventana con el codo no había sido completa y algunos cristales le habían provocado arañazos en la espalda y en las manos. Incorporándose ya, pero agachado aún entre los trenes, se consiguió acercar a la vía de un andén diferente, en donde recompuso su figura. Ya completamente de pie, sin dudar un segundo subió de un salto desde la vía al andén, se alisó el traje y caminó con completa naturalidad, mezclándose entre los escasos pasajeros que llegaban o partían desde esa plataforma. Nadie pareció extrañarse, y nadie tampoco

se dirigió a él para pedirle explicaciones. La clave era la naturalidad y el gesto de la cara, que indicaba a las claras que todo iba bien. No era peligroso ni necesitaba ayuda. Había salido de las vías, pero daba igual, sería un encargado o un revisor o el responsable de mantenimiento. A nadie le interesó lo más mínimo.

Sin volver en ningún momento la mirada, Gustav continuó andando a paso vivo pero sin urgencias hacia la salida del andén. Subió por una corta escalera junto con otros pasajeros y entró en el vestíbulo principal de la estación. Solo entonces simuló observar un panel indicador, mientras su visión periférica observaba el andén nº 5 de donde había salido. El tren hacia Berlín no parecía haberse detenido. Esto era completamente lógico. Por supuesto, podían haber parado el tren accionando una alarma o simulando una emergencia, pero no era necesario, siempre era mejor no llamar la atención. Aparte de eso, se habrían lanzado como lobos en su búsqueda. Lo que ignoraba era cuántos eran, ni si tenían hombres desplegados por la estación. Ni siquiera sabía si eran policías, militares o, —la peor opción— los servicios secretos soviéticos. Claro que nadie lo había abordado por ahora, lo que parecía indicar que no había un gran operativo, dentro del recinto al menos.

“Tengo que largarme de aquí —pensó—. Ahora mismo”. Sin mayores reflexiones, se encaminó a la puerta principal, por donde había entrado hacía una hora aproximadamente. Si estaban desplegados en las inmediaciones, elegirían la puerta de salida para capturarlo. Era el momento idóneo. Lo cogerían dos personas y sin llamar demasiado la atención, lo meterían con rapidez en uno de sus coches. Visto y no visto. Él podría resistirse, pero no merecía la pena. Claro que la otra posibilidad —sobre todo si era la policía— era que simplemente no dispusieran de personal preparado en la estación. Al fin y al cabo, su presencia hoy aquí había sido inesperada, al menos eso pensaba.

“Bueno —pensó con resignación—, dentro de un segundo voy a salir de dudas. Si me capturan, soy hombre muerto, pero si consigo atravesar la puerta y largarme, los dados seguirán volando por el aire. La partida continuará”.

Decidió utilizar la amplia puerta giratoria, desde la cual accedía la gente cargada de maletas, ralentizando el avance de la rotación de las amplias hojas, dándole a él tiempo para observar cualquier persona que intentara aprehenderle a la salida. Se introdujo en las aspas de la puerta y dejó que las personas que entraban empujaran para entrar, lo que le impulsaba a él a salir. No se veía a nadie en el confín de la puerta. Finalmente, el largo y lento giro terminó y Gustav fue casi empujado a la acera, azotada por la fuerte lluvia y viento. Fuera, la visibilidad era escasa. A lo lejos, se oía el son melancólico de un violinista ambulante, lo que daba un cierto encanto dramático a la escena. Y justo en ese momento, Gustav se dio cuenta de lo que sucedía. Parado de pie a un metro de la puerta quedó paralizado por el pánico.

Lo habían cazado: tenía una persona a su espalda. Se habían movido con extraordinaria agilidad y sigilo.

—Lo siento, inglés —dijo la mujer situada detrás de él, con voz carente de inflexión.

—Sí, Katia —contestó al cabo de unos segundos Gustav, mientras se daba la vuelta lentamente—, yo también lo siento.

Lo último que vio, antes de ser introducido a la fuerza en un coche sin distintivos, fue la aparición en la escena de un hombre maduro de extraños dientes prominentes que, visiblemente satisfecho, abrazó por la espalda a Katia y la besó dulcemente en la boca.



Época actual

( Año 2012... )

Desde el atril de los conferenciantes, el ponente de la inminente charla observó a los asistentes, que eran, en su mayor parte, directores y ejecutivos de importantes empresas multinacionales de Automoción, Bienes de Equipo o Aeronáutica. Habían acudido de todas partes del mundo, sobre todo de Europa, para asistir al seminario titulado *Digital Manufacturing*, organizado por la Universidad Complutense de Madrid, y en el que participaban como profesores los principales especialistas internacionales en el campo de la Fabricación Asistida por Ordenador.

Arturo Goikolanda era una de estas personas. Ingeniero vasco de la Escuela Superior de Bilbao, había ampliado estudios en Manchester y en el MIT de Boston. Después de trabajar en empresas de alta tecnología, a los 40 años, había creado su propia empresa, *Network Approach*, con sede central en Madrid. En la actualidad, siete años más tarde, la empresa tenía una plantilla de 150 personas y trabajaba para empresas europeas, estadounidenses y japonesas. Casado muy joven con una compañera de la universidad, había tenido dos hijos. Sin embargo, un accidente de coche truncó su familia de raíz. Su mujer y los dos niños perecieron en un espantoso accidente múltiple acaecido en la autopista Bilbao—Behovia. Él no los acompañaba, aunque durante muchos años maldijo no haber estado también en ese vehículo. Aficionado desde siempre a la filosofía, en los años posteriores a la tragedia, además de centrarse en su profesión, buscó refugio y consuelo en esta disciplina humanística, llegando a publicar dos ensayos. Aunque habían pasado más de diez años desde su viudez, no se había casado de nuevo. Era un hombre rechoncho, amigo de la buena cocina, de verbo y sonrisa fáciles y mirada inteligente. En ese momento repasaba las notas de su intervención. Ya pasaban 5 minutos de la hora prevista para su inicio, las 11 h. Sin embargo, la persona que debía presentarle al auditorio —Luis Antonio Merino, profesor de la universidad y organizador del seminario— no había llegado aún a la sala, lo que era muy raro. Ricardo Blanco, compañero del profesor ausente, se acercó a Goikolanda y le dijo:

—No lo entiendo, Arturo, Luis Antonio es extremadamente puntual. No sé por qué no ha llegado. Y el caso es que no contesta a mis llamadas. Le he llamado a su despacho y al móvil, pero no coge.

—Es muy extraño —contestó el ingeniero, tapando el micrófono con la mano—, porque hace un rato estaba en su despacho, he hablado con él antes de venir. En todo caso, no podemos esperar mucho, la gente se está impacientando. Otra solución, si lo prefieres, es que me presente yo mismo...

—Buff, no..., no lo veo claro, queda poco elegante. Preferiría que fuese el profesor el que te introduzca a la audiencia. Los americanos dan mucha importancia a esos temas.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Mira, si te parece, voy a buscar a Luis Antonio al despacho. Dirígete por favor a los asistentes y diles que retrasamos 15 minutos el inicio debido a un problema técnico. Yo salgo



pitando a por este hombre...

Arturo asintió y desde el atril recabó con los brazos la atención del público. Abrió el micrófono y dijo:

—*Ladies and gentlemen, sorry about the delay. Due to some technical reasons we have to postpone the beginning of the conference 15 minutes. Thank you.*

Se escuchó el característico murmullo de decepción de la audiencia. La mayoría se levantó de la silla para salir a tomar un café o charlar un rato fuera, en el claustro anexo, mientras transcurría el cuarto de hora. Arturo continuó repasando sus notas, sentado en la mesa central de presidencia. Al cabo de unos minutos, sonó su móvil. Era Ricardo de nuevo, el compañero del profesor.

—Arturo —dijo sin saludar, con enorme tensión en la voz—, algo va mal. El despacho está cerrado y no contesta nadie.

—Caramba, pues sí que es raro. Vamos a hacer una cosa: no te muevas de donde estás, y espérame. Voy ahora mismo con un bedel y con las llaves.

Al cabo de unos minutos, las tres personas estaban frente al despacho. Llamaron de nuevo a gritos y aporrearon la puerta del despacho del profesor Merino, pero no contestaba nadie. Sin esperar más, el bedel de la facultad abrió lentamente con la llave maestra la puerta del despacho, escoltado por Arturo y Ricardo. La luz estaba apagada. Ricardo Blanco la encendió con cuidado y entonces, aún en el umbral de la sala, los tres hombres vieron la espantosa escena: al profesor Merino estaba sentado en el sillón de cuero de su mesa, con la cabeza apoyada en el respaldo. La sangre que fluía desde su nuca inundaba el sillón, y goteaba por los hombros y el traje del catedrático. El hombre tenía la boca y los ojos abiertos en un gesto grotesco, teatral, de puro horror. Otra enorme mancha roja se extendía desde su estómago, y comenzaba a caer hasta el suelo, formando un charco que se extendía inexorable por el piso.

—¡Dios mío! —dijo Ricardo conmocionado—, ¡No puede ser! ¿Pero qué es esto? ¡Han matado a Merino!

—¡Han asesinado al profesor Merino! —dijo como un eco el bedel, retorciéndose las manos.

—¡No puede ser, pero si he estado hablando con él hace una hora escasa! —dijo Arturo impresionado—. ¿Pero quién ha podido hacer esto?

Se hizo el silencio durante unos segundos. Los tres hombres miraban fascinados y horrorizados el cadáver. Por fin, Arturo dijo:

—Tenemos que llamar inmediatamente a la policía. Ricardo, hazlo tú desde tu despacho, por favor, que al fin y al cabo eres profesor de la universidad. Y avisa también al Decano. Juan y yo esperamos aquí para que nadie entre en esta sala. Y, por favor, date prisa. Mientras, yo indicaré a Carmela que suspenda el seminario.

Ricardo Blanco se marchó a la carrera. El bedel cerró despacio la puerta, y permaneció allí junto al ingeniero, esperando la llegada de la policía.

—¿Y dice usted que había hablado con el profesor Merino en su despacho a las 10:00 h?

—Sí, señor agente, ya se lo he comentado por la mañana a su compañero —contestó un poco cansado Arturo Goikolanda.

La Policía Nacional había acudido con diligencia al lugar del crimen. Habían acordonado la zona, establecido controles en las entradas y salidas del personal de la Facultad y, por supuesto, examinado al milímetro la escena del asesinato. La policía científica ya había tomado huellas y

recogido evidencias físicas para su posterior análisis. El médico forense también había aparecido, certificando —pendiente de la correspondiente autopsia— la defunción por dos heridas de bala, una en la cabeza, con entrada por el velo palatino de la boca y salida por el occipital, y la otra disparada a bocajarro en el estómago. Ambas mortales de necesidad.

Durante toda la mañana se habían practicado numerosos interrogatorios a todas las personas involucradas incluyendo, naturalmente, a las tres que habían encontrado el cuerpo sin vida. Como parte del protocolo de investigación, se había enviado un expediente preliminar a INTERPOL, organismo internacional coordinador de las principales policías del mundo, por si hubiera similitudes operativas con otros crímenes o pistas en cualquier otro país. Sorprendentemente, la policía alemana, alertada por este organismo, respondió al cabo de dos horas, solicitando directamente la presencia de uno de sus efectivos en Madrid para participar en la investigación. Al parecer, el modus operandi del asesino coincidía con otros casos criminales cuya investigación era coordinada desde Berlín. Aceptada la colaboración desde la policía española, se había presentado en la Universidad Complutense la inspectora jefe Diana Jaeger, perteneciente a la Jefatura Superior de Berlín/Brandemburgo de la policía alemana, con sede en la ciudad de Berlín. Se trataba de una mujer en la cuarentena, atractiva, de aspecto inteligente y extremadamente seria en su trabajo de investigación. Parcialmente debido a su presencia, la policía española había decidido repetir por la tarde algunos de los principales interrogatorios de la mañana, pero estando ahora ella presente. Jaeger entendía bastante bien español, lo que era una ventaja. Uno de las sesiones repetidas era el interrogatorio de Arturo. Eran las 19 h del día del asesinato. Los interrogadores eran el inspector Longarte, de la policía española, y la invitada alemana, Diana Jaeger. Ignorando el aspecto de cansancio del ingeniero, la policía profundizó en la pregunta:

—¿Y de qué hablaron cuando lo vio en su despacho, señor Goikolanda? ¿Lo recuerda?

—Naturalmente, señora agente, no ha pasado tanto tiempo... hablamos de la pequeña presentación que tenía que hacer de mi trayectoria profesional antes de comenzar mi intervención en el seminario. Por supuesto, ya estaba pactada. Pero quería comentarme sobre un pequeño detalle de la misma.

—¿Qué detalle, señor Goikolanda?

—Nada importante. Solo quería saber si debía mencionar mis ensayos sobre filosofía. Yo le contesté que, dado el tema de la conferencia, no lo veía relevante, pero él me contestó que aportaban una visión más completa de mi personalidad y conocimientos y que prefería citarlos, casi por curiosidad. Le dije que no tenía inconveniente.

En ese momento, sonó el móvil del inspector Longarte. Contestó con cara de preocupación y finalmente dijo:

—Disculpe, inspectora. Debo salir de manera inmediata. ¿Puedo pedirle que concluya usted sola el interrogatorio?

—Por supuesto, inspector, no hay problema. Ya no falta mucho, además. Le llamaré más tarde.

El funcionario español abandonó con prisa la sala, y Jaeger continuó ella sola el interrogatorio como si no hubiera pasado nada, ante la impaciencia de Arturo.

—¿Le pareció que estaba nervioso o alterado el profesor Merino, señor Goikolanda?

—No, yo no noté nada especial. Casi lo contrario, lo vi animado, centrado en la organización del seminario.

—¿Y sabe usted si había sido objeto de amenazas antes, o si tenía enemigos?

—Lo desconozco, sinceramente. Piense que mi trato con el profesor Merino ha sido

exclusivamente profesional. Hemos coincidido en varios congresos, seminarios y eventos internacionales en el campo de las Tecnologías de Fabricación, pero nada más. Quiero decir que no era amigo mío en el plano personal, no lo conocía tanto como para decir eso.

—Entiendo —dijo Diana Jaeger en voz baja, mientras parecía revisar sus notas para ver si se dejaba alguna pregunta.

Arturo observó a la mujer, que parecía concentrada. Al contrario que sus colegas españoles, no vestía de uniforme, aunque su atuendo era bastante formal. Era una mujer alta, de buena presencia, morena, con el pelo casi ensortijado. Llevaba puesto un traje azul marino de verano —pantalón y chaqueta—, con blusa blanca y un pañuelo azul claro anudado al cuello. En la posición en la que se encontraba la policía, inclinada hacia delante, el escorzo permitía al joven distinguir con claridad el nacimiento de unos senos llenos y blancos. Arturo recordó la frase de Coco Chanel, “para interesar a un hombre es más efectivo un botón suelto de la blusa que una hora de conversación”. Una observación muy cierta. Y, desde luego, estaba de muy buen ver la alemana.

La mujer pareció satisfecha con las notas que había tomado, y levantó la mirada hacia el ingeniero, mirándolo con un amago de sonrisa, tal vez consciente del escrutinio previo al que la había sometido.

—Y, dígame, señor Goikolanda, usted es asiduo participante en congresos científicos sobre temas tecnológicos, ordenadores, informática, etc.

—Bueno, sí, naturalmente, debo estar al tanto de cualquier novedad técnica que se produzca, aunque nuestro campo de acción es muy concreto. En mi empresa trabajamos solo en el ámbito de la Fabricación Avanzada. Quiero decir que solo usamos herramientas informáticas y de computación que tengan relación con ese tema.

—Entiendo, pero conocerá usted el mundo universitario y científico europeo ¿no?

—Sí, desde luego. Nuestra empresa tiene relación con las principales universidades europeas, incluyendo las de Oxford, Roma, Berlín, y también con los Centros de Investigación aplicada principales de todo el mundo. En su país, por ejemplo, tenemos mucha relación con la red de Centros Tecnológicos Franhauffer, pero nos movemos por todo el mundo, claro.

La policía apuntaba estos datos con rapidez en el papel. Sin poderlo reprimir, Arturo inició un bostezo. El día estaba siendo largo. La mujer dijo con ironía:

—Veo que está usted cansado, señor Goikolanda.

—Lo siento, señora agente, es cierto que la jornada se ha alargado más de lo previsto. Además, llevo bastantes horas sin comer.

—Lo comprendo, ha sido un día muy raro. En realidad, yo tampoco he comido. Pero no se preocupe, estamos terminando.

—¿No ha comido usted? —le preguntó Arturo, sorprendiéndose a sí mismo por su audacia—. Yo pensaba acercarme cuando terminemos a un restaurante que está muy cerca de aquí. Preparan comida típica de Madrid. Si le apetece, estaré encantado de invitarla. Claro que si está ocupada, lo entenderé...

El ingeniero observó a la policía con atención. No sabía por qué la había invitado, no solía hacerlo en absoluto. Y en estos tiempos con las mujeres, sobre todo en el entorno profesional, nunca se sabía. Si la invitación le gustaba, no había ningún problema, pero si no se la esperaba o le incomodaba, la idea de machismo o menoscabo profesional —los hombres siempre pensando en lo mismo— terminaba apareciendo antes o después en el ambiente.

Afortunadamente, Diana Jaeger, la seria policía alemana, obsequió a Arturo con una sonrisa de oreja a oreja, y le dijo complacida:

—Muchas gracias, señor Goikolanda, agradezco su invitación. Veo que los españoles son muy obsequiosos con las mujeres. Acepto su ofrecimiento, aunque no podré quedarme mucho rato, tengo trabajo.

—Por supuesto, por supuesto, no se preocupe. Será una cena rápida y luego la llevaré al hotel en el que se aloja.

La mujer informó por el móvil a su colega, el inspector Longarte, de sus intenciones para la cena (“¡caramba con el ingeniero!, ¡aquí el que no corre, vuela!”), pensó el policía, mientras quedaba con ella a las 22 h para revisar el caso en Jefatura) y salió hacia el restaurante con Goikolanda.

El local era una taberna cercana a la universidad, en donde servían comidas caseras, sin mayores pretensiones. A esas horas —demasiado pronto— estaba prácticamente desierto. Les ubicaron en una mesa para dos, en una esquina discreta. Sonaba una agradable cadena musical española, en la que un locutor cada dos o tres minutos intervenía para asegurar, paradójicamente, que la secuencia musical no tenía nunca interrupciones. El conjunto del restaurante era familiar, e inequívocamente madrileño. Un camarero se acercó a la mesa y les cantó a la carrera los platos. Arturo, después de consultar con la mujer, pidió una ensalada templada de setas para compartir los dos como primer plato, y sendos entrecot de segundo. Un crianza de la casa para beber.

La cena transcurría agradablemente, en un tono neutro, de corte cosmopolita. En un momento dado, Diana Jaeger dijo:

—Veo que le interesa la filosofía, lo cual es curioso para un especialista en temas tecnológicos e informáticos, como usted.

—Así es, me encanta esa disciplina, Y tiene razón, puede parecer extraño en un profesional técnico como yo, pero eso sucede porque tendemos inconscientemente a etiquetar a cada persona y a atribuirle características imaginarias, empaquetadas para la ocasión. Ingenieros sesudos, frailes bonachones, ecologistas liberales, bailarinas ligeras de cascos..., los ejemplos son innumerables. Afortunadamente, las personas somos mucho más complejas de lo que parece. Los clichés, incluso los que son ciertos al aplicarlos al colectivo general, son casi siempre mentira al aplicarlos a personas concretas. No sirven. Como diría Ortega, “cada hombre es una excepción”.

La mujer asentía con la cabeza, un poco abrumada por la facundia de Arturo.

—No puedo estar más de acuerdo con usted —replicó—, sobre los prejuicios que tenemos sobre personas del tipo que sean, a las que clasificamos y ordenamos sutilmente por profesión, razas o nivel social. De hecho, es un error típico en una investigación, el de prejuzgar a las personas por su condición, sin atenerse escrupulosamente a los hechos. La tendencia natural es pensar que es el vagabundo que pasaba por allí el que ha robado una cartera, no el impecable ejecutivo que tal vez también merodeaba por el lugar.

—Así es —remachó Arturo— y, sin embargo, a veces es el ejecutivo, estirado y amable, el autor del delito.

—De todas formas, su caso concreto es especial —dijo Diana—. Una cosa es que le guste la filosofía y otra muy distinta es que haya publicado dos ensayos sobre la libertad y la esperanza, temas por otro lado interesantes.

—Veo que está bien informada —dijo Arturo sonriendo.

—Lo siento, naturalmente no pretendo interrogarle en estos momentos. Mi conocimientos sobre usted se deben al caso que nos ocupa pero, efectivamente, conozco su trayectoria profesional y personal con detalle. Es parte de mi trabajo, espero que no se sienta incómodo.

—No, no hay problema. Es solo que parecer haber mucha diferencia entre lo que usted

sabe de mí, y lo que yo sé de usted.

El camarero les interrumpió sin la menor delicadeza, indicando las excelencias culinarias de la repostería de la casa, toda elaborada in situ. Pidieron dos cuajadas, y dos cafés solos a continuación. Cuando llegaron los postres, Diana pareció tomar una decisión y dijo sin preámbulos:

—Yo soy de origen ruso, aunque mi familia se trasladó muy pronto a Alemania, en donde oposité muy joven con éxito para entrar en la Policía y, tras años de profesión, he llegado al rango de Inspectora Jefe, con mando ejecutivo en la Jefatura Superior de Policía de Berlín/Brandemburgo. Tengo 47 años, soy cinturón negro de Taekwondo, estoy soltera y tengo un hijo. ¿Le parece, señor Goikolanda, que ahora estamos en igualdad de condiciones?

—Desde luego, señora Jaeger, ha sido usted muy amable, y le agradezco su información. Solo espero no haber parecido maleducado.

—Claro que no, ya somos mayorcitos y en realidad la cena ha sido muy agradable. Solo me permito recordarle que lo que le he dicho es privado (aunque es todo conocido por mucha gente, obviamente) y que esto no excluye el hecho de que esté usted inmerso en una investigación criminal por asesinato, sometido por tanto a la autoridad policial competente, es decir, a la policía española. Al fin y al cabo, curiosamente, fue usted la última persona en ver con vida a la víctima.

—No me había fijado en eso —dijo Arturo con cierta aprensión.

—Discúlpeme, no debería haberlo mencionado. Ha sido una tontería por mi parte. Pero puede estar tranquilo, le garantizo que la investigación sigue su curso y usted no debe preocuparse.

—Gracias.

—Y ahora, debo irme. He quedado con mi colega, el inspector Longarte. ¿Puede usted acercarme a la Jefatura?

—Naturalmente.

Media hora más tarde, Arturo dejaba a la inspectora alemana en la Jefatura de la policía de Madrid. Ella bajó del coche, agradeciéndole la cena compartida. Durante unos segundos, él contempló disimuladamente su rotundo trasero mientras caminaba hacia la sede policial.

“Usted no debe preocuparse”, le había dicho la mujer, como si dispusiera de algún dato no revelado que demostrara su inocencia. En todo caso, él no estaba preocupado por la investigación, seguro que todo se aclaraba con rapidez.

Lo que sí le inquietaba —o mejor, le sorprendía— era una extraña y agradable sensación en el estómago que hacía bastantes años que no sentía. ¿Sería posible, después de tanto tiempo?

Buscó en la radio del coche la cadena musical que nunca interrumpía la música y, ambientado por sus sonos, arrancó el coche y se dirigió hacia su casa. Mientras conducía, llevaba el ritmo de la canción tamborileando con los dedos sobre el volante.

La mujer caminaba por el centro de Madrid con rapidez y seguridad, como si tuviera prisa por llegar a algún sitio importante. Era bastante joven, y de estatura y complexión normales. No destacaba en nada, solo era una persona más, andando por la calle. Su único elemento diferencial era un pañuelo colocado a la usanza mora, cubriendo la cabeza, y ocultando parcialmente su rostro. Algunos mechones rubios que escapaban por su cabeza y su piel clara desmentían una posible raza árabe o magrebí. Más bien podía ser francesa o vasca.

Se dirigió, ignorando el ambiente degradado de las callejas cercanas a la Gran Vía madrileña, a un portal en el que llamó al portero automático:

—¿Quién es? —sonó una voz.

—Soy yo —contestó la mujer—. Abre.

El zumbido de la puerta sonó y la señora entró al portal.

Diez minutos más tarde, salía por la misma puerta y con la misma actitud premiosa, caminando con determinación. Al cabo de unos minutos, subió a un autobús. Después de un largo trayecto, el vehículo llegó a la última parada, en la que descendió la mujer.

El ambiente en el barrio de destino era muy diferente al del centro de la ciudad. La suciedad y la basura estaban por todas partes. La carretera estaba mal asfaltada, con baches y charcos oscuros por todas partes, y no había aceras. Toda la vida del suburbio parecía girar en torno a una calle principal cubierta de tierra y piedras, en uno de cuyos extremos había parado el autobús. A lo largo de la vía se levantaban modestas casas de hormigón —en el mejor de los casos— junto a innumerables chabolas de madera y uralita, casi pegadas entre sí ocupando las cunetas y aledaños de la polvorienta carretera. Se podían ver bastantes personas caminando, casi todos flacos, desdentados, mal vestidos, y con dificultad para moverse coordinadamente. Algunos hablaban solos, mientras avanzaban a pie como fantasmas. De vez en cuando aparecían grandes vehículos todoterreno, poderosos y altivos, con sus enormes ruedas y grandes faros, atravesando la carretera sin la menor prevención, lo que despejaba rápidamente el camino de peatones espectrales, y dejaba un reguero de polvo como huella final insultante. En la puerta de muchas de las casuchas, tres o cuatro personas de aspecto desaseado y famélico hacían corrillo en el suelo, en torno a un fuego hecho con palos y listones de madera. Permanecían casi siempre en silencio, observando la hoguera como hipnotizados hasta que —tal vez alguna mofa o broma— sonaban de pronto en el grupito risotadas inanes, seguidas por bravatas y fuertes juramentos e insultos pronunciados con voz quebrada, hasta que todo volvía a la quietud habitual. Los peatones zombis paraban de vez en cuando en alguna de las casetas, en donde eran saludados por las personas del corrillo, una de las cuales le acompañaba a continuación hasta la vivienda en donde completaban la transacción. En muchas ocasiones, el viandante no podía reprimir su necesidad y se inyectaba su reciente adquisición allí mismo, junto a la hoguera y a la vista de todos, entre las sonrisas burlonas de la audiencia.

La mujer era una excepción entre los caminantes. Ella andaba con decisión y sin vacilar.

Algunos se dirigían a ella, pero eran ignorados. Al cabo de diez minutos, llegó a una de las viviendas de hormigón, desatrancó la puerta, y entró. La modestísima casa estaba bastante limpia y constaba de un solo hueco general, que hacía las veces de cocina, salón y dormitorio, más otro con un baño anexo. Tenía agua y luz, y dos o tres ventanas cerradas con listones de madera clavados en los marcos.

Al cabo de media hora, sonaron tres fuertes golpes en la puerta. La mujer tomó la escopeta de caza que tenía sobre la mesa y, apuntando sin miramientos a la entrada, dijo con voz segura:

—¿Quién es?

—Soy yo — sonó una voz nerviosa.

La señora abrió los cerrojos y dejó entrar a un hombre alto, joven, de aspecto desaliñado pero no sucio.

—¿Lo tienes? —dijo sin más.

Ella rebuscó un paquete en un armario y se lo dio, sin responder. Tenía los ojos apagados. El hombre lo cogió, y le dio a su vez un sobre a la mujer. Ella lo abrió delante del hombre y contó el dinero. Asintió con la cabeza al terminar, sin decir nada. Él la miró por unos breves instantes, como embarazado.

—Tengo que irme —dijo solamente.

Se dio la vuelta y se marchó.

La mujer contempló cómo caminaba, alejándose por la carretera. “Otro muerto viviente más —pensó—, en este barrio de mierda”. Cerró y atrancó la puerta y entró de nuevo en casa.

Entonces, sentada en el único sillón, la mujer se derrumbó y ahora sí lloró con amargura, echada sobre el lateral de la butaca, con la cara entre los brazos.

“Me han destrozado la vida, me la han destruido completamente”, pensó. Todo lo que le había importado en algún momento estaba muerto o, peor aún, ya no le pertenecía y estaba en manos de otras personas.

Recordó otra época, hacía ya demasiados años, cuando aún era feliz, antes de que el maldito club destrozara su existencia. Sí, hubo una época de vino y rosas en su vida. Y todo había comenzado hacía muchos años, cuando apenas era un adolescente. ¡Cómo esperaba, tumbada los viernes por la tarde en la cama de su habitación, que él la llamase! ¡Y qué alegría cuando veía su nombre en la pantalla del móvil, brillando como el sol!

—Sí, dígame... —respondía como si no supiese quien llamaba.

—Hola, Cristina, ¿qué tal? Soy Luisan.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien. Oye, bueno, te llamaba para ver si te apetecía venir al cine. Estrenan Minority Report.

—¿Ah, sí? ¡Qué título tan raro! ¿no? ¿Y de qué va?

—No lo sé muy bien, pero es de Spielberg y de Tom Cruise, así que estará bien.

—Vale, perfecto, pues quedamos...

Eran conversaciones banales, pero estaban llenas de expectativas de citas, de besos y de paseos de la mano. Era estupendo saber que importabas a alguien. Era lo mejor.

Las bocinas estridentes, invasivas, de un convoy de grandes todoterrenos la sobresaltaron. Miró a la carretera entre las rendijas de una de sus ventanas. Los traficantes mostraban su poderío, desafiando a quien pudiera pensar en hacerles frente, ya fueran las fuerzas del orden u otras bandas rivales. Pronto los vehículos se perdieron en la noche, entre las miradas de miedo o de odio de los habitantes del barrio.

¡Qué bajo había caído! Estaba en un poblado mugriento, lleno de criminales y de

drogodependientes, trapicheando en una casucha cerrada a cal y canto, defendida por una escopeta de caza. ¡Cómo podían haber cambiado tanto las cosas! Continuó recordando mejores tiempos. Después de un noviazgo rápido, se había casado con él. Y había acertado. ¡Qué hermosos habían sido los primeros años de su matrimonio! Era tan atento, siempre pendiente de todos los detalles. Y vivían en un pisazo de fábula, en Chamartín, en pleno centro de Madrid, con un portero que la saludaba por las mañanas —buenos días, señora— como si fuera una marquesa.

Se levantó del sillón, buscó una botella debajo del fregadero y se sirvió un vaso de ginebra. “Últimamente no puedo dejar de beber”, pensó, mientras se escanciaba el licor. “Pero qué más da. Qué importa ya nada, a estas alturas. Todo va a acabar pronto”.

Volvió a sus pensamientos, que le consolaban y martirizaban a un tiempo. Siempre se había preguntado cuándo habían empezado a torcerse las cosas. Naturalmente, la razón última había sido el club, pero tal vez el nacimiento de Sergio lo había precipitado todo. En cierta manera, rompió el equilibrio de su relación. Lo trastocó todo, y ella —o los dos, mejor dicho— no supo, o no supieron, adaptarse a la nueva situación. Ya no podían salir, ir a reuniones con amigos interesantes, organizar viajes veraniegos a países exóticos, o ir los puentes largos de vacaciones a la Costa Azul. Todo eso había cambiado. Aunque el servicio para el niño paliaba algo la necesidad de dedicación, las cosas cambiaron radicalmente. Él no se acomodó a la nueva vida familiar. Sin duda quería al niño, a su hijo, pero necesitaba mantener su independencia, sus niveles de amistades, reuniones, congresos, cenas elegantes: su vida. Y ella y el bebé eran el lastre que lo sujetaba al aburrido nido familiar, el impedimento permanente para su nivel de actividad cultural y social. Se transformaron en una rémora. Y, visto en perspectiva, eso fue lo que le hizo apuntarse al club, lo que precipitó la desgracia. El maldito club. Ellos, esos odiosos privilegiados, prepotentes como pavos reales, le habían robado a su marido y habían deshecho su familia, hasta sumirlos a ella y a Sergio en la desgracia y la pobreza. Ellos, esa despreciable casta de señoritos estirados, siempre atentos a sus necesidades e intereses, pero ciegos y sordos a las de los demás. Con sus brillantes sonrisas y sofisticados argumentos, lo organizaban todo para su propio placer, divertimento y prestigio, aún a costa de hundir a familias honradas. Y lo peor de todo es que ella había caído también en sus redes, en los brazos de uno de ellos, aunque para entonces su matrimonio ya hacía aguas. Tan solo buscaba en sus besos el cariño que le faltaba en su casa vacía. Y él, su amante secreto, el hombre que afirmaba amarla, se había limitado a utilizarla durante unos meses para dejarla después entre risotadas como si ella fuese una basura que uno abandona en la cuneta de una carretera, para que se la lleve el camión municipal. Para él, para Fernando, ella solo había sido un juguete con el que uno pasa el rato una temporada y después adiós.

Sí, su organización había dinamitado muchos núcleos familiares, y por eso ahora les tocaba a ellos ver la otra cara de la vida, la del sufrimiento y el dolor. Y ya habían empezado a pagar. Pero les esperaba el golpe final, definitivo. Ella se ocuparía de todo, arrancaría la cabeza de la serpiente y los aplastaría, igual que ellos habían aplastado su vida. Lo uno por lo otro.

Rellenó otra vez el vaso de ginebra y le dio un buen trago. Ahora se sentía inspirada. Y no le importaba morir. Era mucho mejor terminar con todo de una vez. Acabar con esta vida infame, que solo era una tortura.

“Y ahora, a trabajar”, se dijo con aire casi triunfal.

Se dirigió al fondo de la habitación. Colgado de una de las paredes, como si fuera un enorme cuadro, un objeto estaba cubierto por una sábana. La mujer se acercó al mismo, apartó de un empujón una silla de niño que estorbaba y retiró el paño, descubriendo un gran panel de corcho con decenas de fotografías clavadas con chinchetas. Imágenes en blanco y negro y en color,



tomadas de distintos periódicos y revistas, algunas borrosas y otras nítidas y encuadradas, pero todas con el mismo tema: sangre y muerte, cuerpos destrozados y rostros tumefactos desde distintos ángulos. Al pie de algunas de las fotos aparecía el nombre del muerto, y un titular efectista que destacaba el sadismo del asesino. Durante unos minutos, las contempló satisfecha. Eran su inspiración. A continuación, se sentó junto a una pequeña mesa cuadrada, en la que había numerosos periódicos y revistas, tijeras y pegamento. Ajena a ello, durante media hora se concentró en redactar un texto a mano en un papel. Cuando pareció por fin satisfecha, se concentró en su nueva tarea: recortar y pegar letras de papel sobre un folio en blanco.

Al cabo de una hora, levantó la hoja y sonrió. Ya estaba listo. Aquello era el principio del fin.

Arturo introdujo su tarjeta identificativa en el torno metálico que daba paso al personal de su empresa, mientras saludaba con la mano al solícito agente que supervisaba el proceso.

—Buenos días, Samuel, ¿qué tal va todo?

—Buenos días, señor Goikolanda —contestó el guardia—. Todo perfecto, gracias.

Se incorporó al ascensor y pulsó la planta veintidós, que estaba íntegramente ocupada por su compañía, *Network Approach*.

—Buenos días, Julia. Hola, Laura. ¿Qué tal? —dijo a las dos secretarias ubicadas en la mesa de recepción del amplio recibidor, bajo un enorme cartel de cristal en el que aparecía grabado el logotipo de la empresa.

—Buenos días, señor Goikolanda —dijeron casi a la vez.

Arturo se dirigió a paso rápido a su despacho, una gran sala en uno de cuyos extremos había una mesa ejecutiva con una butaca de cuero negro, en donde trabajaba habitualmente. Otra zona del recinto era para recibir, y constaba de un área de sillones de cuero y una mesa baja de cristal, y la tercera estaba preparada para reuniones, e incluía una mesa de madera alargada y sillas de cuero marrón para catorce personas, presidida por una enorme pantalla con los últimos adelantos de comunicación multimedia.

Delante del conjunto del habitáculo, se encontraba el despacho de su secretaria, una eficiente norteamericana llamada Linda, que era la única en la empresa que tuteaba a Goikolanda, aparte de los ejecutivos.

—Buenos días, Linda, ¿alguna novedad?

—Buenos días, Arturo. Tienes bastantes mensajes. Te he enviado un resumen en un e—mail, junto con un orden propuesto de llamadas de contestación. Si te parece correcto, lo voy tramitando cuando me lo indiques.

—¿Alguno importante? —dijo.

—He destacado el de la inspectora Jaeger, la agente de policía alemana. Ha llamado a las 8:15 h. Me ha dicho que no era urgente y que simplemente te dejara el recado.

Diana había llamado, era bastante curioso. Arturo sintió un ligero nerviosismo, como el cosquilleo que uno siente cuando va a suceder algo importante. Se volvió con la mayor naturalidad posible hacia su secretaria, que lo observaba sonriente, como evaluando su reacción. Naturalmente, ella había notado algo raro. ¡Por Dios, las mujeres parecían a veces brujas! Y Linda adivinaba sus pensamientos como si los leyera directamente de su mente. Claro que por eso trabajaba con ella. Mejor se lo comentaba abiertamente.

—Es raro lo de la agente. Ella es una de las personas que me han estado interrogando por la muerte del profesor Merino. Aunque es alemana, colabora con la Policía Nacional. Yo formé parte del grupo de tres personas que descubrió el cadáver.

—Sí, me lo ha explicado ella misma. Tal vez quiera algún dato adicional...

—Ya, pero me ha extrañado porque después del interrogatorio cenamos juntos y no me

comentó nada sobre otra sesión de preguntas.

—¿Es guapa?

Arturo miró a su secretaria, un poco extrañado por el comentario. Tal vez era su manera sutil de decirle que había notado su interés. Claro que también había cenado con ella y no había pasado nada. Bueno, alguna vez, estando con bastantes copas, sí que se había puesto un poco pesado, pero la chica le había parado los pies sin miramientos, afortunadamente. Por otro lado, Linda tenía novio y desde luego él no la había seleccionado por su físico. Era atractiva, pero no trabajaba con ella por eso, no era tan idiota. Más bien sucedía que le agradaba su compañía. Como decía Rubén Darío: “sin la mujer, la vida es pura prosa”.

—Sí, bastante guapa —contestó por fin el ejecutivo—. En fin, no es un bellezón, pero no está mal, vamos. Y, ahora que lo pienso, puede que me haya llamado porque se ha enamorado de mí, no me extrañaría mucho, yo engaño bastante.

La risa franca de la mujer rompió la ligera tensión. Le encantaba la facilidad con la que se reían las americanas.

—Desde luego que sí, no lo dudo —dijo la chica aun sonriendo—. Bueno, ya me dirás cuándo le llamamos.

—Ok.

El ingeniero pasó a su despacho, se sentó en su mesa, y abrió el ordenador. Contempló los mensajes pendientes pero, en lugar de iniciar las respuestas, se levantó y se acercó a la ventana. Retiró la cortina y contempló longitudinalmente el paseo de la Castellana, con la enorme urbe de Madrid como telón de fondo. Pareció reflexionar durante unos minutos y volvió a su mesa.

—Linda, pásame con la inspectora Jaeger, por favor.

La sede de la Jefatura de Madrid, situada en la calle Doctor Federico Rubio, era un edificio gris y funcional, acorde con la misión del cuerpo policial. Arturo se identificó en la entrada e indicó que se había citado con el inspector Longarte y con la inspectora Jaeger.

Unos minutos más tarde, entraba en una sala de reuniones pequeña, pero elegante, con unas agradables vistas a unos jardines cercanos. Estaban los dos esperándolo.

Después de los saludos de rigor, el inspector fue al grano.

—Señor Goikolanda, le hemos convocado a esta reunión porque queremos hacerle una propuesta concreta, en relación con el caso del profesor Merino. Pero antes déjeme que le comente algo importante: las autoridades policiales españolas, en coordinación con INTERPOL, ha decidido ceder el mando de las investigaciones del caso Merino a la inspectora jefe Jaeger, aquí presente.

—Entiendo —contestó Arturo—, pero ¿qué tiene que ver conmigo todo eso?

—Inspectora, por favor —terció el inspector, cediendo el uso de la palabra a la mujer policía.

—Señor Goikolanda —inició la agente—, antes de nada, debo decirle que lo que voy a comunicarle a continuación es información policial interna, obviamente confidencial. No puede divulgarla en ningún caso, sea cual sea la respuesta que hoy haga a nuestra propuesta. ¿Está claro?

—Perfectamente claro —contestó Arturo.

—Excelente. El pasado 10 de Julio, fecha del asesinato del profesor Merino, la policía española envió a la alemana, a través del mando conjunto de la sección europea de INTERPOL, un informe sobre el crimen acaecido en la Universidad. Pronto comprendimos, y así se lo comunicamos a las autoridades españolas, que existían coincidencias significativas con otros

casos que investigamos desde Berlín, bajo mi dirección.

—¿Otros casos? —preguntó Arturo.

—Exacto, asesinatos similares, por lo que pueden haber sido perpetrados por la misma persona.

—¿En España?

—No, por supuesto que no. En ese caso, la Policía o la Guardia Civil españolas estarían al tanto. No, son casos europeos. Lo que sucede es que el primer crimen sucedió en Berlín, de ahí que nuestra policía fuera la primera en actuar.

—¿Y de cuántos casos estamos hablando exactamente?

—Otros tres. Uno en Berlín, otro en Roma, y un tercero en Viena. Lamentablemente, el profesor Merino es ya la cuarta persona asesinada en las últimas semanas. Comprenderá nuestra enorme preocupación.

—Por supuesto, me hago cargo. Es una tragedia. Pero no sé cómo puedo ayudar yo, la verdad. Solo soy un ingeniero, no sé nada de estos temas.

—Hay algo que usted aún no sabe. Todas las víctimas tenían algo en común.

—¿A qué se refiere?

—Todas eran profesionales y científicos, especializados en tecnología avanzada. A pesar de la gran juventud de las víctimas —todas tenían en torno a los treinta años— los tres eran ya, como el profesor Merino, personas muy reconocidas en su campo.

—Ya. Y yo también trabajo en el campo de las últimas tecnologías —completó Arturo en voz baja el razonamiento.

—Exacto, así es. Por eso le queremos hacer la siguiente propuesta: trabaje con nosotros en este caso, como asesor técnico. Nos ayudará a ver cosas que a nosotros tal vez se nos estén escapando en aspectos científicos y tecnológicos. Naturalmente, toda la contratación sería transparente y legal, firmaría un contrato con INTERPOL, adecuadamente remunerado, en fin, todo estará en orden.

—¿Y por qué yo? Hay muchas personas especializadas en las últimas tecnologías, y yo no tengo experiencia policial alguna.

—En usted concurre algunas circunstancias que hacen que sea la persona adecuada. En primer lugar, como usted mismo comentó el otro día, conoce el ámbito tecnológico internacional, especialmente el europeo: centros de investigación, universidades, etc., lo que es fundamental en este caso. Además, se ocupa de una rama tecnológica —la Fabricación Avanzada— transversal, que incluye aspectos muy variados, en lugar de estar especializado en un área, como puede ser Visión Artificial, Robótica, Automática, etc., que es lo más frecuente. Usted, en cambio, sabe un poco de todo, lo que le permitirá analizar casos distintos. Y en tercer lugar, sinceramente, tampoco disponemos de mucho tiempo para hacer un largo proceso de selección. Usted está aquí, hoy y ahora. Si acepta, habremos dado un gran paso. Pero piense que deberá ausentarse de su empresa durante algún tiempo.

—¿Algún tiempo? —preguntó Arturo—. ¿Cuánto, exactamente?

—Un mes —intervino esta vez el inspector Longarte—. Si en ese período los casos no se han resuelto, la policía española retomarará el mando de las operaciones en Madrid. Ese es el acuerdo al que hemos llegado con nuestros colegas alemanes. Naturalmente, señor Goikolanda, nosotros le animamos a que colabore con la inspectora y con INTERPOL, contando con todo nuestro apoyo. Lo que deseamos es resolver este caso y todos los demás, claro.

—Gracias, inspector —dijo Diana Jaeger—. Y bien, señor Goikolanda, ¿qué nos responde?

—Pues no sé qué decir..., no va a ser sencillo liberarme de mi trabajo todo un mes...

—Sería una lástima —dijo Diana tal vez con demasiado énfasis, circunstancia apreciada por Arturo, que intervino de nuevo un poco más animado:

—Pero como dijo Atila, “encontraremos un camino. Y si no, lo crearemos”. Denme diez minutos —respondió el ejecutivo.

Las dos personas asintieron con la cabeza. Arturo se levantó, salió de la sala, y estuvo unos minutos hablando con su móvil. Al cabo de ocho minutos volvió al despacho y dijo:

—De acuerdo, acepto. Estoy a su disposición durante un mes, a partir de hoy mismo. Los detalles contractuales pueden coordinarlos con mi secretaria, la señorita Linda Hutton.

—Estupendo —dijo Jaeger—. Bienvenido al club. Y hablaremos hoy mismo con su secretaria, que por cierto, es una persona muy agradable.

—Desde luego que sí —dijo Arturo—. Bueno, ¿por dónde empezamos?

Anocheecía en Madrid. Desde la ventana de la sala habilitada en la Jefatura, en la que trabajaban Diana Jaeger y Arturo Goikolanda, se veía el horizonte urbano de la villa, teñido de morado, con los últimos arreboles aferrados a las torres de la ciudad.

En la sala estaba solo Arturo, ya que la policía alemana había salido, ocupada en otras gestiones. El vasco acababa de revisar los expedientes de los otros tres casos abiertos en Europa. Los había intentado sintetizar en una enorme pizarra blanca, para permitir una visión y discusión rápida de cada caso. “Si no puedo dibujarlo, es que no lo entiendo”, pensó Arturo, parafraseando a Einstein. Todos los crímenes habían sido espeluznantes, atrevidos y, como el de profesor Merino, ejecutados con audacia y precisión. Sin duda el asesino era un profesional o, al menos, eso le parecía a él.

El primer hombre asesinado había sido Otto Jupperlund, berlinés, directivo del Centro de Investigación FPK, especializado en Fabricación Avanzada, y perteneciente al grupo de investigación alemán Franhoffer. Arturo no había tratado con él personalmente, a pesar de haber visitado varias veces el centro FPK, pero sí lo conocía de oídas y había leído muchos de sus artículos. Trabajaba sobre todo en simulación de entornos fabriles complejos. Jupperlund era conocido y respetado en su ámbito de trabajo. Divorciado y con un hijo, tenía 31 años cuando murió. Vivía solo, y era la única víctima cuyo cadáver había aparecido en su casa, una elegante villa de las afueras de Berlín. Lo había encontrado en el salón su asistente doméstica, en medio de un charco de sangre.

El segundo crimen se había perpetrado en Roma. Se trataba de Pietro Rossellini, un empresario del sector tecnológico cuya empresa —Teletechia— cotizaba en bolsa. Era, con mucha diferencia, la víctima más adinerada de los cuatro. Como Ingeniero de Telecomunicaciones, Rossellini había iniciado su carrera en el sector I+D+i de varios Centros de Investigación italianos, y ahora colaboraba asiduamente con la Universidad de Roma, participando en varios cursos Master y posgrado, como ponente especializado en modelos productivos para empresas de fabricación semi—continua.

Su cuerpo había aparecido, precisamente, durante la celebración de un curso de invierno en la Universidad de Roma en el que Pietro Rossellini intervenía. Apareció escondido en el cuarto de limpieza del Departamento de Empresas de la Universidad. La causa de la muerte habían sido sendos disparos en la cabeza y en el estómago.

El tercer crimen se había perpetrado en Viena, en el mes de Abril. Se trataba de Samuel Swarosky, un joven médico austriaco de origen judío, especializado en microcirugía asistida por

ordenador. Dirigía una pequeña clínica especializada en intervenciones cerebrales de precisión. Swarosky publicaba periódicamente artículos en revistas científicas —The Lancet había presentado dos trabajos suyos el pasado año—, pero no gustaba de charlas públicas, cursos, ni congresos que requirieran presencia física. El cadáver había aparecido en su despacho, también con dos tiros en la cabeza y en el estómago. Dejaba mujer y dos hijos.

Arturo Goikolanda terminó de revisar el último expediente de la policía, lo dejó sobre la mesa y se desentumeció, estirando los brazos y el cuerpo, como un gato al sol.

Reflexionó sobre lo que acababa de leer y anotar sobre la pizarra blanca. Las cuatro víctimas eran profesionales de prestigio y habían triunfado aplicando las últimas tecnologías a su ámbito de trabajo. Todos tenían algún contacto con el mundo académico y científico, aunque esto era inevitable en el sector tecnológico, si se quería estar en la vanguardia. También era cada vez más habitual la insultante juventud de los triunfadores. Su estado civil era variado, el español Merino y el austríaco Swarosky estaban casados y vivían con su mujer e hijos, el alemán Jupperlund —la primera víctima— estaba divorciado y vivía solo, y al italiano Rossellini no se le conocía relación estable alguna, tal vez por proteger su ingente patrimonio. Según las investigaciones realizadas hasta ahora, no parecía que las víctimas se conocieran entre sí. Naturalmente, el caso más reciente del español Merino aún podía deparar sorpresas.

Arturo se levantó de la silla y miró por la ventana, en busca de inspiración. “Obviamente —pensó—, lo que tienen los cuatro en común es que son tecnólogos, especialistas en la aplicación de avances técnicos novedosos en su campo de trabajo”, pensó Arturo.

Ya era noche cerrada. Desde la ventana del despacho, la calle aparecía desierta en la sofocante canícula madrileña. Arturo se sentía cansado, después de tanta lectura. Estaba pensando en salir a cenar algo cuando sonó su teléfono móvil. Era Diana Jaeger.

—Hola, Diana —dijo Arturo, que ya tuteaba a la mujer.

—Hola —contestó la mujer—. ¿Has cenado?

—Estaba pensando en salir ahora mismo para hacerlo.

—Estupendo. Quedamos en diez minutos abajo y te acompaño.

Después de una larga búsqueda por la zona, la pareja encontró un restaurante abierto —el Campo de Soria— que no ofrecía a priori mal aspecto. Una excelente cena compuesta por ensalada, conejo en salsa, y algo de fruta confirmaron el acierto. Con los cafés, Diana comentó:

—¿Qué tal los expedientes, Arturo, qué impresión te han causado?

—No he descubierto nada relevante. Es evidente que lo que hay de común en las cuatro víctimas es que todos son jóvenes profesionales de éxito ligados a la tecnología avanzada. Sin embargo, las áreas concretas de aplicación son bastante diferentes. Solo se parecen las del alemán Jupperlund y las del español Merino, es decir, el primer caso y el último. Ambos trabajaban en Fabricación Avanzada, campo más conocido por Manufacturing en el ambiente internacional...

—Tu especialidad, ¿no?

—Así es, de hecho, he estado en el FPK de Berlín varias veces, aunque no llegué a coincidir personalmente con Jupperlund. Claro que ese centro es enorme.

—¿Podían haberse conocido los dos, Merino y Jupperlund?

—Tal vez, pero es más probable que no, lo mismo que me ha sucedido a mí con el berlinés. Piensa que solo en Alemania puede haber 1.500 personas trabajando en *Manufacturing*, y tal vez 1.000 en España. Es imposible que todos se conozcan entre sí. Y ellos eran buenos profesionales, bastante conocidos, pero dada su juventud aún no eran referencias mundiales.

—Ya, eso que dices es interesante.

—Por otro lado, las otras dos víctimas trabajaban en campos muy distintos. El italiano Rossellini en Telecomunicaciones, y el austríaco Swarosky en microcirugía asistida por ordenador, que es una rama especial de la Robótica. Son ámbitos muy diferentes, no creo que tuvieran contacto profesional entre sí, ni con Jupperlund o Merino.

—Entiendo. Según tu teoría, entonces, debería haber otra conexión diferente de la profesional.

—Eso creo. Me parece imposible que los cuatro hayan coincidido en un congreso o en una universidad, no se me ocurre cómo o en cuál. Tampoco sería imposible, claro, pero no es probable. Sin embargo, debe existir algún vínculo claro, y además, debe estar relacionado con el tema tecnológico, pero me parece más creíble que esté ligado con algún aspecto empresarial. Por ejemplo, podrían haber coincidido los cuatro en algún viaje de promoción económica y empresarial, de ámbito europeo, con algún país emergente como India, China o Brasil. Sobre todo en Latinoamérica, son frecuentes los intercambios europeos en los que empresas de la Unión Europea aportan asistencia técnica avanzada, a cambio de contratos o licencias de explotación de recursos locales, por ejemplo.

—Es una posibilidad, revisaremos los viajes organizados por la Comisión Europea de los últimos años, a ver si hay suerte.

—¿No se han detectado relaciones o aficiones comunes entre las cuatro víctimas?

—Bueno, naturalmente que sí. El italiano Rossellini era muy aficionado al fútbol, lo mismo que Otto Jupperlund. Seguramente a Merino también le gustaba.

—Así es, era del Madrid.

—Por supuesto. Y el vienés Swarosky era un diletante musical, y le gustaba específicamente la ópera, que también entusiasmaba al romano. Hay miles de puntos comunes entre cuatro personas, el asunto es dar con algo que una a todos y que sea suficientemente diferencial.

En ese momento, sonó el móvil de Jaeger. La policía se disculpó con la mano y se levantó para atender la llamada.

Diez minutos más tarde, volvió a la mesa y sin sentarse siquiera dijo:

—Tenemos que volver inmediatamente a Jefatura.

—¿Qué sucede?

—Acabamos de recibir un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—Del asesino.

La tensión casi se palpaba en la sala de la Jefatura habilitada para la investigación. Cuatro personas asistían a la reunión. Todos estaban serios y concentrados, sentados en torno a una mesa alargada. Dos de ellos eran Jaeger y Goikolanda y los otros dos Juan Carlos Ferrosa, subinspector de la policía nacional, cedido a última hora por Madrid como apoyo a la investigación, y Susana Maller, psicóloga clínica colaboradora habitual de la policía nacional, especializada en psicopatología criminal. Mientras Diana Jaeger examinaba en silencio la misiva recibida, justo antes de dar comienzo a la reunión, una mínima campanilla de un reloj o de un móvil rompió el silencio. Los cuatro miraron sin querer sus relojes. Eran las once en punto de la noche. Diana intervino:

—Señores, gracias por venir a una hora tan intempestiva. Analizaremos primero los hechos. Subinspector, por favor —dijo mirando al agente de apoyo.

—Gracias, inspectora. Los hechos son los siguientes: a las 22:00 h del día de hoy, hemos recibido un mensaje dirigido al departamento de investigación criminal de la policía nacional, a esta dirección. Iba dentro de un sobre blanco grande con matasellos de Getafe, de ayer mismo. Nada extraordinario, hasta allí. Sin embargo, después de pasar los filtros de seguridad habituales, el contenido del sobre sí ha resultado ser sorprendente.

El funcionario detuvo el discurso para buscar el texto exacto. Lo levantó con su mano derecha y dijo:

— El mensaje que hemos recibido dice lo siguiente: “Nada puede detener la fuerza de quien busca la justicia. El desagravio continuará equilibrando la balanza de lo que fue roto y mancillado. Pronto caerá el quinto, fulminado por los dos proyectiles vengadores. No hay forma de evitarlo. Y esta vez caerá por fin la cabeza de la serpiente, y el monstruo desaparecerá para siempre”.

Un silencio casi reverencial se impuso en la reunión. Las palabras del mensaje eran amenazadoras y creíbles.

—Bueno —dijo Diana, mirando a Juan Carlos—, ¿alguien quiere hacer un análisis preliminar?

—Por supuesto —dijo éste—. El mensaje no ha sido enviado por el típico chiflado al que los crímenes impresionan de tal forma que acaba por pensar que forman parte de su vida o de sus sueños. En absoluto. En mi opinión, de hecho, puede ser perfectamente del asesino.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Arturo.

—Porque incorpora dos mensajes desconocidos para el gran público. En primer lugar amenaza con ejecutar el quinto, lo cual quiere decir que sabe que hay cuatro víctimas previas. Nadie, aparte de la policía, conoce esa relación. También habla de dos proyectiles vengadores, cuando esta información tan detallada no se ha hecho pública. Finalmente, el tono apocalíptico hace suponer que existe un esquema o un plan que relaciona las cuatro víctimas, y que existe una quinta —la más importante—, que pronto morirá. Todo encaja dentro de un plan criminal



elaborado por el asesino y que, en mi opinión, es creíble. Puede ser él.

—Gracias, subinspector —dijo Diana—, estoy de acuerdo con usted, el mensaje es real y puede haber sido escrito por el criminal. ¿Alguien quiere comentar algo más?

—¿Qué formato tenía el mensaje? —preguntó Arturo.

—Buena pregunta —intervino de nuevo el subinspector—. Por supuesto, no estaba escrito a máquina. En realidad estaba formado por letras recortadas de periódicos y revistas, para evitar una posible identificación. Este dato es muy curioso y nos revela la personalidad del asesino.

—¿Ah, sí? ¿Y qué indica?

Los dos policías y la psicóloga se miraron entre sí con una sonrisa. Obviamente, el ingeniero no sabía nada de estos temas, era natural. Juan Carlos Ferrosa siguió hablando:

—Este sistema está copiado de las películas policiacas, ahora no tiene ningún sentido. Ningún profesional lo utilizaría. Para sacar un texto imposible de rastrear no hace falta más que ir a un cibercafé, e imprimir allí la hoja. Incluso desde el propio ordenador personal es prácticamente imposible de relacionar el texto con la impresora. Toda aquella parafernalia valía cuando existían las máquinas de escribir, ya no se utiliza. Por eso es curioso el mecanismo.

—Eso sugiere —dijo Arturo— que el asesino no es un profesional. Pero la ejecución de los crímenes sí ha sido propia de un especialista ¿no?

—El señor Goikolanda se está convirtiendo en poco tiempo en un gran profesional —dijo interviniendo con una media sonrisa la psicóloga Susana Maller—. Efectivamente, existe cierta contradicción entre la planificación y ejecución de los crímenes —perpetrados sin duda por un profesional— y el mensaje y mecanismo de redacción enviado, que revela otro perfil psicológico.

—¿Cuál es ese perfil, en su opinión? —dijo Diana Jaeger.

—La persona que ha enviado el mensaje ha sufrido un agravio inmenso, probablemente por algo que sucedió hace ya algún tiempo, y está invadida por rabiosos deseos de venganza. Atribuye sus males a algo que hicieron sus cuatro víctimas y quiere culminar sus acciones con algo definitivo. El texto redactado sugiere una persona relativamente culta, joven o de mediana edad, que se encuentra en una situación económica o personal muy difícil, y que busca terminar con su vida. Está psicológicamente trastornada, pero no exactamente loca. Creo que es alguien responsable de sus acciones. Y ese alguien puede ser directamente el asesino o tal vez haya organizado todo y contratado a un profesional para perpetrar los crímenes. No lo sé.

—Pero bueno —dijo Arturo—, sea como sea, parece que tenemos en nuestras manos un mensaje del asesino. Es increíble que ese hombre haya decidido contactar con nosotros.

—Ya, disculpe, señor Goikolanda —habló de nuevo la psicóloga Susana—, otro tema relevante que no he mencionado...

—Usted dirá.

—Ha hablado usted de “ese hombre”, refiriéndose al asesino o, al menos, al autor de la nota. Sin embargo, es importante destacar que el autor del texto —y posible asesino— es una mujer.

—¿Una mujer? ¿Por qué lo dice?

—Por el estilo de la redacción. Es casi imposible que un hombre escriba así, aunque naturalmente esto no es un análisis científico, solo se basa en mi experiencia. Algo “roto y mancillado” es una expresión femenina, y el resto del texto —apocalíptico, vengativo, pero justiciero— sugiere claramente una mujer despechada. Creo que sería interesante buscar en las relaciones de los cuatro hombres alguna amante abandonada o despreciada, una antigua novia o secretaria, o tal vez alguien a quien echó de la empresa y que quedó en la calle y que ahora esté en una situación degradada, arruinada, etc. Ese trazo personal y psicológico sería el correcto para la

autora del texto.

—Impresionante... —dijo admirado Arturo.

—Desde luego —dijo Diana Jaeger sonriendo—, aunque debo recordar que todo esto por ahora solo son conjeturas. Aún no sabemos nada concreto, ni podemos probar nada. En todo caso, subinspector, revise por favor la información y busque en el historial de las víctimas una persona que se corresponda con el perfil descrito por la psicóloga.

—Gracias —dijo ésta.

—Pero hay algo que aun no entiendo —dijo de nuevo Arturo—. ¿Es normal que el asesino contacte? ¿Por qué nos ha enviado un mensaje? No tiene sentido.

—Tiene razón —dijo Susana Maller—, no tiene sentido porque usted lo analiza desde un punto de vista racional y, claro, parece absurdo. Pero los asesinos no actúan así. Las personas cuerdas (los psicópatas son un caso distinto) que mantienen vigente un plan criminal durante semanas o meses están sometidas a una presión psicológica brutal. Saben que están haciendo algo perverso pero, hasta un cierto punto, no pueden evitarlo. Necesitan matar por algún motivo poderoso —sexual, económico o de poder, venganza, etc.—, pero su mente les indica que aquello está mal hecho. Esto genera tensiones que desembocan en una degradación física progresiva. Casi siempre necesitan pastillas, alcohol o drogas para sobrevivir. Esto agrava paulatinamente el problema. Lo normal es que vayan perdiendo contacto con la realidad hasta que, si no sucede algo, terminan completamente locos. En estas tremendas circunstancias, llegan a ver como un salida para aliviar su tensión psicológica establecer contacto con la policía. En cierta forma, nos explican lo que están haciendo, buscando justificarse. A la vez, flirtean con la posibilidad de que les detengamos y pongamos fin a su plan criminal. Quieren descansar. Es una posición ambivalente, quieren matar pero quieren también que todo termine de una vez. Por eso envían mensajes.

—Ahora lo veo más claro, es muy interesante —dijo Arturo.

—De acuerdo, entonces, ¿alguien quiere añadir algo? ¿Alguna línea de actuación adicional? La verdad es que es muy tarde, tal vez lo que necesitamos sea descansar un poco todos. El silencio respondió a la pregunta.

—De acuerdo. Nosotros tres —dijo mirando a Arturo y Juan Carlos— nos vemos mañana aquí mismo a las 9 h. En cuanto a usted, señorita Maller, muchas gracias por sus observaciones, permanecemos en contacto.

Con gestos de cansancio, los cuatro se levantaron para marcharse.

Fernando Altuna salió sobre las 8 de la tarde del portal de su casa, situada en el centro de Madrid. Era un hombre alto, de porte atlético, e iba vestido con un elegante traje gris marengo. Caminaba con decisión, sorteando los peatones de las aceras, y sin apenas esperar a los semáforos para cruzar las anchas calles del centro de la urbe.

“Lo que está sucediendo es inadmisibile —pensó contrariado mientras caminaba—, y extrañísimo, no acabo de entenderlo”, se dijo. La reunión a la que ahora acudía era trascendental. Acudían a la misma los principales dirigentes del club, todos los que tenían alguna responsabilidad, fuera territorial o funcional. En ella iban a analizar los últimos acontecimientos. “No podemos descartar una fuga en la seguridad de la organización —pensó Fernando—, antes o después tenía que suceder”. La verdad era que en los últimos años habían crecido demasiado, y eso siempre generaba problemas, gente descontenta con las decisiones, rencillas, distanciamientos, etc. Claro que de ahí a lo que estaba pasando, el salto era abismal. “Maldita

sea, no puedo entenderlo, no me entra en la cabeza”, pensó. Tal vez la información que estaban recibiendo no era correcta. Sus compañeros europeos podían estar equivocados. Tenían que confirmar todo antes de tomar decisiones. Porque algo había que hacer, y rápido.

A unos treinta metros de distancia, desde la acera de enfrente, una mujer cubierta con un pañuelo apresuraba el paso para no perder el rastro del hombre. “Sigue estando igual de guapo que siempre”, pensó, “se ve que la vida del triunfador, hace que uno conserve una imagen atractiva. Justo lo contrario de lo que me ha pasado a mí. Estoy segura que si me viera ahora mismo frente a frente, a pesar de que solo han pasado un par de años, no me reconocería”, pensó con amargura.

De pronto, el hombre desapareció de su vista. La joven del pañuelo avivó el paso, y decidió cruzar la acera, hacia su objetivo, aún a riesgo de ser detectada. Al llegar a la última posición en la que había visto a Fernando, descubrió el lugar por donde había desaparecido. Se trataban de unas pequeñas y elegantes galerías comerciales. Se asomó a la entrada y consiguió verlo de nuevo a unos veinte metros, desapareciendo en un recodo del túnel, esquivando los numerosos viandantes que observaban los escaparates de las tiendas. Sin dudar, la mujer penetró en el viaducto. Al llegar a la curva por donde había perdido el contacto visual con Fernando, se paró y revisó el escaparate de la tienda más próxima, a la vez que giraba la cabeza hacia la trayectoria del hombre. No había nadie. Continuó avanzando hasta rebasar la siguiente curva, pero allí tampoco estaba.

Durante los siguientes minutos, la mujer revisó sin éxito el pequeño centro de compras. Por lo visto, había desaparecido. Se sentó en un banco, e intentó reflexionar. Naturalmente, Fernando podía haber entrado en la galería para acortar el camino hacia otra calle, pero no le llevaba tanta ventaja como para haberlo perdido. Por lo tanto, se tenía que haber metido en alguna tienda, justo en el último tramo del túnel. Volvió sobre sus pasos y revisó más despacio esa zona. De pronto, descubrió lo que había sucedido. Entre dos tiendas, cerca ya de la salida del túnel, había un portal. Caminando rápido, sí que podía haber entrado allí. Era lo más probable. Se acercó y se detuvo junto a la puerta de hierro forjado mientras simulaba atender una llamada del móvil, paseando y hablando frente a la misma. Justo en ese momento, chocó con un hombre vestido con traje gris, pero sin corbata, que le dijo, con inequívoco acento extranjero:

—Disculpe, señorita.

—No hay de qué —contestó la mujer.

El hombre tocó un botón del telefonillo y dijo algo en voz baja. Sonó el zumbido de la puerta y entró. Al cabo de unos segundos, la señora se acercó al botón aproximado que había pulsado el hombre —era uno de los últimos pisos—, encontró lo que buscaba y continuó su camino.

Salió a la calle y caminó a buen paso casi sonriendo, satisfecha. En la pestaña de cristal del botón 7º C, había leído el nombre del propietario: IQ center.

Ya los tenía.

A primera hora de la mañana, aún en su casa, Arturo Goikolanda estaba hablando con Linda Hutton, su secretaria, cuando un minúsculo pitido le avisó de que entraba otra comunicación. Se despidió y devolvió la llamada perdida.

—Hola, Arturo —respondió una voz femenina.

—Buenas, Diana, ¿novedades?

—Así es. Tenemos el informe que ha recabado Juan Carlos Ferrosa de INTERPOL y de la

Policía española, en relación con las posibles mujeres despechadas de las víctimas.

—¿Alguna coincidencia con el perfil que indicó la psicóloga?

—Desde luego. La verdad es que la vida sexual de las víctimas, en algunos casos, ha sido intensa. Algunos tienen un historial, digamos, interesante.

—Entiendo.

—Me gustaría reunirme contigo y con Juan Carlos para revisarlo.

—De acuerdo, ¿cuándo nos juntamos?

—Dentro de 30 minutos en la oficina.

Arturo se dirigió a la sede policial madrileña en coche, aparcó y se presentó en el despacho a la hora convenida. Diana y Juan Carlos estaban ya allí. La mujer inició sin preámbulos la reunión:

—Los datos obtenidos son muy interesantes. La verdad es que en esta ocasión la policía ha trabajado con rapidez. Juan Carlos, por favor, si puedes hacernos un resumen...

—Por supuesto —contestó—. Como recordaréis, el alemán Otto Jupperlund estaba divorciado, el español Merino y el austríaco Swarowsky estaban casados y vivían en familia con sus hijos, y Rossellini, el italiano, estaba soltero y sin compromiso. Pues bien, contra lo que uno podría sospechar, los dos casados —felices en sus matrimonios, según sus allegados— han resultado ser auténticos conquistadores. Por lo visto, se transformaban al salir de casa o en sus numerosos viajes profesionales. En realidad, a pesar de su juventud, su lista de amantes ha sido verdaderamente escandalosa, valga la expresión.

Ferrosa levantó la vista para ver si su mínima audiencia reaccionaba con algún gesto, pero las dos personas permanecieron indiferentes. El policía continuó:

—Ambos han tenido entre cuatro y cinco amantes estables desde que se casaron, lo que nos hace suponer que sus esposas no desconocían sus aficiones extramaritales. Además, el español se había casado dos veces. Swarowsky, en cambio, resultó ser un marido fiel al vínculo, dentro de su peculiar estilo, y permanecía casado con su primera mujer.

—¿Y qué pasa con las otras dos víctimas, el italiano y el alemán ¿Ninguna amante conocida?

—Eso parece. Al menos, la investigación de la policía sobre este tema no ha detectado nada sospechoso. Esto no es demasiado raro, muchas personas son muy discretas en sus relaciones.

—Eso no quiere decir que no las hayan tenido —dijo Arturo—, y que alguna de sus novias no haya podido sentirse despechada.

—Exacto —confirmó Juan Carlos—, así es. Lo que sucede es que la experiencia policial indica que normalmente los problemas de venganzas por despecho se dan en personas del perfil de Merino o Swarowsky.

—No entiendo por qué, la verdad —dijo Goikolanda.

—Es fácil. Este tipo de personas tan liberales tienen una visión de las mujeres muy mediatizada por el sexo y por el interés. Ven sus relaciones como un acuerdo, como una transacción comercial. Normalmente, sobre todo cuando se hacen más mayores, pero también en gente más joven, el acuerdo consiste en que ellos pagan, y ellas cumplen en la cama. Otras veces, simplemente se hacen compañía en cenas o viajes, pero todo es siempre aséptico y claro. El problema surge cuando la amante de turno piensa que hay algo más, es decir, que él la quiere tanto que va a dejar a su esposa para casarse con ella. Ellos nunca hacen eso. En este caso, es fácil imaginar el despecho inmenso de la dama de compañía cuando él la sustituye tranquilamente por otra al cabo de uno o dos años. Y estos tipos no son muy sutiles con las mujeres, no las consideran

un asunto importante para ellos. Probablemente sus abandonos serán fulminantes, como cuando uno despide a un empleado. Ignorarán completamente sus lágrimas cuando las abandonan.

—Vale, entendido —dijo el ingeniero—. Nos centramos en los casos cuyo perfil de conducta tiene más probabilidad de haber provocado despechos entre sus amantes, es decir, en el español y en el austríaco.

—Muy bien —dijo Diana—, los analizaremos a ellos, por ahora. ¿Qué tenemos, entonces?

—Hemos hecho una lista con las relaciones de los dos hombres, incluyendo su situación económica después de ser abandonadas por las víctimas. Empecemos por Swarosky. El informe incluye relaciones tuyas con dos secretarias —la señorita Smicht, y la señora Landenn— de su clínica. Con una estuvo un año y con otra dos, aproximadamente. Sin embargo, ambas continúan trabajando en el mismo puesto en el centro médico, lo que no sugiere una relación posterior tormentosa, ni haber quedado en la ruina en absoluto.

—Continúe, por favor —dijo.

—A continuación, cuando él contaba unos 26 años, inició una relación con una española, la cual se prolongó durante dos años. Al parecer, la conoció durante un congreso en Lloret.

—Bonito sitio para un congreso científico —dijo Arturo con intención.

—El nombre de la mujer —continuó Juan Carlos ignorando el comentario— era Samantha Martínez y, con toda probabilidad, se dedicaba entonces a la prostitución de alto standing. Aún no ha sido localizada. Dada su condición de española, y nuestro desconocimiento de su situación actual, es una de las principales sospechosas. Continuamos investigando desde España, claro.

—¿Alguna más? —dijo Diana, que tomaba notas de todo lo que oía.

—Sí. En la actualidad salía con una colega de profesión, a la que había conocido en el ámbito laboral. Es una profesional de prestigio, no parece sospechosa, al margen de que no es española, por lo que sería bastante difícil que hubiera redactado nuestro mensaje.

—Estoy de acuerdo. Centrémonos en Samantha, por ahora. ¿Y qué hay del otro, de Merino?

—A ello voy. El profesor de la complutense José Antonio Merino ha estado casado dos veces, y ha tenido un total de cinco amantes conocidas. La relación extramarital más estable, que coincidió en el tiempo parcialmente con su primer matrimonio, la ha mantenido con una colega de la Universidad, concretamente con la profesora Laura Setién, catedrática de Ética en la facultad de Filosofía, y también felizmente casada. Estuvo con ella unos tres años, y su separación no parece haber afectado demasiado a ninguna de las dos partes, que siguen trabajando en el mismo centro de enseñanza superior. No es sospechosa, a priori al menos. Merino ha mantenido otras dos relaciones con ayudantes universitarias bastante más jóvenes que él. Ambas han durado poco (cuatro y seis meses) y, en ambos casos, la promoción profesional ha sido generosa, así que se suponen que no estarán descontentas. Las otras dos relaciones —las últimas—, han sido con ejecutivas de empresas participantes en congresos organizados por su departamento. Con la última estaba ya casado en segundas nupcias. Desconocemos si las separaciones fueron traumáticas, pero ambas siguen trabajando en sus compañías con normalidad, aparentemente al menos. Desde luego, no han quedado con problemas económicos.

—Es decir —concluyó Diana—, que por ahora no hay ninguna sospechosa clara.

—En esta lista no, desde luego —dijo en voz baja Juan Carlos.

—¿Y qué hay de su actual mujer? —dijo Arturo—. No estaría muy contenta con la situación, ¿no?

—Desde luego que no. En principio, si descubrió ya después de casada las andanzas de su marido, lo lógico sería haberse divorciado. Pero tal vez ya lo sabía y no le importaba, o quizás

han llegado a algún tipo de pacto entre los dos. Cualquiera sabe. Llevan ya dos años casados y no parece que les vaya mal, en apariencia.

—Puede ser, aunque hay mil posibilidades. Yo tampoco la descartaría como sospechosa.

—Estoy de acuerdo —dijo Diana.

El silencio cayó de pronto sobre el grupo. Todos parecían reflexionar sobre lo que habían oído, intentando encajar todas las piezas o descubrir un nuevo punto de vista útil para la investigación.

—¿Y qué hay de la primera mujer? —dijo de pronto Arturo.

—Por supuesto —respondió Juan Carlos Ferrosa—, disculpadme, se me había olvidado comentarlo. También la hemos investigado y en realidad es un caso interesante, lo que sucede es que ha pasado ya algo de tiempo desde la separación y suponemos que de haber querido vengarse lo habría hecho entonces.

—Adelante, por favor —dijo Diana.

—José Antonio Merino se casó en el año 2004 con su novia de siempre, Cristina Audicana. Ambos eran muy jóvenes. Vivieron aparentemente felices durante unos pocos años, tuvieron un hijo y después se divorciaron, en el año 2009. Parece que la separación no fue excesivamente amistosa, aunque cumplió todos los requisitos legales. La mujer obtuvo la custodia del hijo, Sergio Merino, y el usufructo de una segunda vivienda que poseía el matrimonio pero, a cambio, las condiciones económicas fueron leoninas. El profesor disponía de abogados, y su esposa solo era una mujer normal sin grandes recursos. En resumen, la esposa no quedó en la indigencia, pero sí en una situación económica delicada.

—Y ¿qué fue de ella? —preguntó Diana Jaeger— o, mejor dicho, de ellos. El niño será aún joven, debe tener ahora siete u ocho años.

—Así, es. Sin embargo, no disponemos de datos aún. Seguimos investigando.

—Esa no es buena señal, ¿no? —dijo Arturo.

—No, no lo es, nos sucede lo mismo que con Samantha. Sin embargo, tampoco debemos avanzar hipótesis. Pensad que pueden haber cambiado de país (esto no es raro en casos de divorcio) o incluso de nombre, o simplemente haber muerto y lo descubriremos más tarde. Sin duda daremos con ellos, pero necesitamos más tiempo.

—De acuerdo —concluyó la policía alemana—, esperaremos más datos. Por ahora, entonces, la línea de investigación abierta por la psicóloga nos ha dado una principal sospechosa, Samantha Martínez, y otras dos mujeres —sus dos esposas—, a las que debemos seguir investigando.

Los dos hombres asintieron. Era un buen resumen de la situación. A continuación, discutieron sobre otras líneas diferentes de la investigación (viajes comunes de las víctimas al extranjero, intercambio de cartas y correos electrónicos, congresos comunes en sus profesiones, etc.) y dos horas más tarde, Diana dio por terminada la reunión.

La oscuridad se había adueñado hacía horas de las calles de Madrid. Las farolas proyectaban sus débiles luces en las avenidas, casi desiertas a esas horas de la noche. La mujer del pañuelo esperaba a su objetivo como una planta carnívora espera al insecto para devorarlo. No se había apresurado desde que a última hora de la tarde había averiguado el punto de reunión exacto. Sabía que tenía tiempo de sobra, las reuniones del club siempre eran largas, en torno a las tres o cuatro horas. Además, muchos de los asistentes preferían abandonar el local de noche, sin testigos ni espectadores indeseados.

Eran las 01:10 h de la madrugada. El cónclave estaba durando más de lo previsto, tal vez debatían algo importante. Llevaba más de dos horas de vigilancia. Afortunadamente, había podido colocarse en una cafetería próxima, leyendo un libro, hasta las 00:30 h, momento en el que el local había cerrado. A partir de ese instante, se había instalado discretamente en el coche, aparcado en las cercanías. No tenía sentido permanecer en la acera de pie a esas horas, llamando la atención. Finalmente, cansada de esperar, había salido a la calle, y en ese momento llevaba diez minutos acodada en un discreto hueco de la pared, fumando un cigarrillo como quien espera a alguien para volver a casa o tal vez para iniciar una larga noche de juerga.

Palpó una vez más el cuchillo de monte que llevaba metido por dentro del pantalón, cubierto por una funda de cuero. No era la primera vez que lo utilizaba, ya que el barrio era un sitio peligroso para una mujer sola y, sobre todo al principio, cuando se instaló allí, los ataques de los indeseables eran frecuentes. Pero ella era una mujer decidida y pronto su fama de manejar el cuchillo —y la escopeta en su vivienda— unida a su evidente falta de recursos, le dieron inmunidad en la zona. Ni los traficantes se metían con ella, ¿para qué?

Hoy iba a matar a un hombre. Iba a ejecutar a la persona a la que había amado durante un año, aunque tal vez no tanto como a su marido, a Luis Antonio. Pero también había sido feliz con Fernando, siempre tan guapo y seguro de sí mismo. Además, fue la única persona que la entendió cuando Luisan la dejó tirada, en la calle prácticamente, con un hijo pequeño y sin recursos económicos más allá de una miserable pensión alimenticia. Los primeros meses habían sido terribles, había estado completamente hundida, sin fuerzas para nada y casi sin dinero. Por supuesto, trabajó en lo que pudo conseguir, sobre todo acompañando a personas mayores y limpiando casas. Fue entonces cuando apareció él, Fernando, el responsable nacional del club al que tanto odiaba. Un día que acompañaba a Luisan en una visita al niño, Fernando la invitó sin más a un café y allí empezó todo. Fueron unos meses estupendos, en los que la vida volvió a brillar, entre viajes y fiestas continuas y promesas de amor eterno. Además, el hecho de vivir separados, como si fueran novios, hacía que la relación no se oscureciera con la rutina. Fue una etapa brillante.

Hasta que un buen día, cuando menos se lo esperaba, todo saltó por los aires. Descubrió a Fernando con otra: con su sucesora. Fue a la salida de un bar en el centro de la ciudad. Salían Fernando y la mujer, a los dos de madrugada, riendo a carcajadas, agarrados como lapas, entre besos continuos. Ella, que había ido a una cena de amigas, se paró frente a ellos, interrumpiendo su paso.

—¿Qué coño es esto, Fernando? ¿Quién es esta tipa?

Siempre recordaría la mirada de Fernando, entre contrariada y displicente. En ese momento comprendió que no la amaba, que probablemente no la había amado nunca. Seguramente, llevaba saliendo con otras desde el inicio de la relación. Ella solo era una más, otro juguete.

—Solo es una amiga, Cris, así que no me montes una escenita, ¿vale? —respondió Fernando—. Además, yo tengo mi propia vida y hago con ella lo que quiero, así que no me mires con esa cara. Yo no soy nada tuyo. Solo salimos de vez en cuando. Hala, apártate, que me voy con esta chica tan guapa —añadió guiñando el ojo—, ya hablaremos otro día.

Ella se apartó, aturdida. El mundo se acababa de derrumbar de nuevo. ¡Cómo podía haber sido tan estúpida! Los hombres de aquella organización eran monstruos sin sentimientos y sin valores de ningún tipo, que solo aprovechaban sus ventajas naturales en beneficio propio, sin importarles el daño que infringían a terceras personas.

Aquella noche se la pasó llorando en su casa, anticipando el dolor de la separación y maldiciendo a aquellos hombres y su organización, de la que algún día tomaría venganza.

Habían pasado ya dos años desde aquello, pero por fin el castigo se había iniciado. Y hoy le tocaba a Fernando. Hoy aquel tipo iba a recibir su merecido, igual que había muerto su exmarido. Hoy se cerraría el círculo, y el maldito club quedaría herido de muerte. La muerte del máximo responsable —Fernando— los derrumbaría para siempre.

Su plan era asaltar a su ex amante ahora mismo, en unos minutos, en cuanto apareciera por la puerta, matarlo y volver a su domicilio en el barrio. Luego, por la mañana recogería a sus hijo de los servicios sociales —ese día podía hacerlo— y, a mediodía, avisaría a la policía y a los medios de comunicación de que había cumplido su amenaza. Y cuando las fuerzas del orden fuesen a por ella, los recibiría atrincherada gallardamente, mostrando que estaba armada y era peligrosa. Sin duda sería una gran noticia, una asesina acorralada en un barrio de drogadictos. Y cuando los periodistas y cámaras de televisión enfocaran su miserable chabola, ella leería su manifiesto sobre el maldito club, sacando todas sus miserias a la luz, dinamitándolo completamente.

Y, para terminar, la despedida: dos tiros de escopeta para Sergio y para ella misma pondrían punto final a su existencia. La vida había sido una auténtica mierda. Mejor irse de una vez.

Pero antes haría lo que tenía que hacer.

En ese momento, sonaron pasos en el portal. Ellos nunca salían juntos, por motivos de seguridad. Se acercó a la puerta. ¡Bingo, era él! Se acercó velozmente mientras el hombre empujaba la pesada puerta de hierro para salir, con aspecto cansado.

La mujer cayó sobre él como una sombra surgida en la noche. En una fracción de segundo, sacó el puñal de su funda y levantó su brazo. Solo entonces, demasiado tarde para actuar, él comprendió lo que iba a suceder, mientras escuchaba aterrado una voz extrañamente familiar.

— Ahora toca morir —dijo alterada.



El coche de policía camuflado volaba por las calles de Madrid. Una estridente sirena portátil colocada sobre el techo operaba el milagro de abrir un corredor de paso entre el denso tráfico matutino de la urbe. Algunos vehículos se subían a las aceras, intimidados por el poderoso ulular del dispositivo, mientras otros permanecían estáticos, sin saber cómo reaccionar y eran esquivados con pericia por Juan Carlos, que conducía entre los obstáculos manteniendo una velocidad de vértigo.

Sentado en el asiento de atrás, Arturo Goikolanda intentaba no mirar hacia el exterior, ni pensar en el hecho de que se podían matar en cualquier momento, probablemente dentro de muy poco. Intentó, no obstante, confiar en la habilidad de su compañero Juan Carlos, experimentado en estas lides. Trató de concentrarse en lo que le iba diciendo desde el asiento del copiloto Diana Jaeger, girando su cabeza hacia atrás. La mujer parecía ajena al enloquecedor trayecto, y hablaba entre los frenazos y acelerones con toda tranquilidad, como si estuvieran yendo con sus hijos a una comida campestre, en un bonito domingo de sol.

—Toma, Arturo —dijo—, ponte esto por favor.

—¿De qué se trata?

—Es un kit para civiles, lo utilizamos para nuestros colaboradores. Solo se trata de un par de prendas con distintivos. No te preocupes, tú no tendrás ningún riesgo, vas a permanecer fuera de la acción. Se trata solo de una precaución.

Goikolanda tomó el paquete, envuelto en plástico transparente. Parecía pesado. Lo rasgó y desplegó: se trataba de un chaleco antibalas y una camiseta amplia, para colocar sobre el mismo, de color brillante, fosforito, en la que se veían las siglas de la policía española.

—¿Un chaleco antibalas?

—Colócate ambas cosas, por favor, Arturo. Es solo una norma interna, no hay ningún peligro.

El hombre, con cara seria, así lo hizo, intentando concentrarse para hacerlo bien debido a los movimientos del vehículo. Finalmente, dijo con voz un poco enfadada:

—Ni siquiera sé hacia dónde vamos.

—Está bien —dijo Diana Jaeger—, siento haberos llamado con tanta urgencia —Juan Carlos tuvo ocasión de mirarla de reojo, asintiendo—, tal y como le he indicado a Juancar, nos dirigimos al poblado del Pozo, supongo que conocéis la zona mucho mejor que yo.

—Desde luego —intervino el conductor, ya algo más relajado después de haber abandonado la zona más urbana del trayecto—, se trata de un extenso poblado de chabolas, sin apenas servicios mínimos de transporte e higiene, utilizado mayoritariamente por delincuentes, traficantes y consumidores para operar con comodidad. Es una zona peligrosa, obviamente. En ella se esconden de manera temporal personas de toda ralea, desde capos de la droga hasta mafiosos o tratantes de prostitutas. Allí se sienten seguros, porque las fuerzas del orden apenas nos presentamos, salvo en casos aislados.

—Casos aislados como éste —dijo con voz un poco temblorosa Arturo—. ¿Vamos a algún sitio concreto?

Los dos policías se miraron con inteligencia. Era normal que el civil tuviera algo de miedo. De hecho, habían discutido antes de ir la necesidad de que les acompañara o no, concluyendo que lo hiciera, ya que la misión no parecía tener peligro, y como los acontecimientos se estaban precipitando, preferían no separar el equipo ahora que todo parecía terminar. Un pequeño detalle u observación podía ayudar ahora y Diana no quería sorpresas.

—Por supuesto, hay otros equipos de la policía desplegados en la zona —dijo—, así que estaremos bien protegidos. Además, los habitantes del poblado nunca se meten con las fuerzas del orden, no les conviene en absoluto.

—Entiendo —dijo algo más tranquilo el ingeniero.

—Y, por supuesto —continuó la mujer—, vamos a un punto concreto del poblado. Nos dirigimos al hogar de Sergio Merino.

—¿Sergio? —dijo Arturo— ¿El hijo del profesor?

—Exacto, lo hemos localizado. Bueno, al menos creemos que es él, ya que hay varias coincidencias. El niño está bajo un programa de amparo a menores de los Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid. La tutela legal, sin embargo continúa ejerciéndola la madre, bajo una serie de condiciones. No disponemos aún de todos los datos, pero según los servicios asistenciales de la Comunidad, la mujer vive en una chabola del barrio del Pozo.

—¿Su madre vive habitualmente en este barrio? —preguntó Juan Carlos.

—Así es. Y debe ser bastante conocida por allí. Se trata de una joven medio loca, de buen entorno pero venida a menos, que vive del trapicheo en una casucha miserable atrancada y cerrada con maderas en las ventanas, y recibe a los visitantes indeseados con una escopeta de caza. Alguna vez la ha disparado, incluso, aunque por esta zona no es algo extraño. La gente la deja en paz, porque no maneja demasiado dinero, y vive al día. No dispone de documentación ni nada semejante. Esta fuera del radar de la administración y del Estado. Es básicamente una inadaptada, una outsider. Seguramente, estará mal alimentada y beberá más de la cuenta, pero no parece sufrir ninguna drogadicción, ni tampoco viste o se porta de manera degradada. En resumen, se mantiene a flote como puede, pero es previsible que padezca enfermedades mentales, como esquizofrenia, delirios u otros desórdenes. Solo así es posible sobrevivir en ese barrio.

—Y si es la persona que fue abandonada por Merino, su perfil coincide exactamente con la mujer que buscamos —dijo Arturo.

—Desde luego —asintió Juan Carlos.

—Efectivamente —apuntaló Diana—, la posibilidad de que esa persona sea Cristina Audicana, la primera mujer del profesor Merino, es enorme.

—Y, por tanto, de que sea la autora del mensaje, ¿no? —preguntó Goikolanda.

—Así es, parece muy probable. Por eso creo que la tenemos, y de ahí la prisa por actuar. Además, no hay que olvidar que ha amenazado con actuar de nuevo, con volver a matar. Hay que detenerla antes de que lo haga.

El vehículo penetraba ya en el poblado, y atravesaba, ahora algo más despacio, la larga carretera polvorienta y pedregosa. La mayoría de los transeúntes se apartaban con indiferencia, aunque algunos se paraban para mirar su paso con curiosidad, o incluso con aire de amenaza. Al cabo de unos minutos de trayecto, aparecieron a lo lejos las inconfundibles luces de un grupo de coches policiales, formando un amplio despliegue en torno a una pequeña casa, con varios uniformados fuera de los coches, observándolo atentamente a los escasos curiosos que se acercaban hasta allí, y que desaparecían al instante.

El vehículo camuflado se detuvo allí. Diana y sus compañeros bajaron del coche y se dirigieron al agente de policía al mando de la operación.

—Buenos días, oficial. Soy Diana Jaeger, inspectora responsable de la investigación. ¿Cuál es la situación?

—Buenos días, inspectora. No hay nadie en la casa. Está vacía. No hay rastro de la mujer ni del niño. Pero la vivienda está habitada, desde luego. Antes o después aparecerán.

Juan Carlos y Diana intercambiaron una mirada. Nadie en su sano juicio se presentaría allí con aquel despliegue policial visible desde kilómetros. Todo el barrio estaría hablando de aquello.

La habían perdido.

Los tres investigadores se retiraron un poco para comentar la situación. Arturo dijo:

—¿De verdad pensáis que aparecerán los dueños de la chabola?

—Por supuesto que no —respondió Juan Carlos—, tendría que estar loca. Maldita sea, se nos va a escapar de entre los dedos.

Se hizo un momento de silencio. El trío contemplaba el desolado poblado, lleno de miseria, perros flacos vagabundeando, hogueras en cada esquina y espectros humanos en busca de su próxima dosis.

—¿Cómo accede toda esta gente al barrio? —preguntó el vasco—, no creo que vengan en coche.

—Muy buena pregunta, Arturo. Creo que hay un autobús que viaja desde el centro —dijo el policía, con acento de duda.

—Compruébalo ahora mismo, por favor —le dijo Jaeger.

El funcionario mantuvo una conversación telefónica de varios minutos, y al terminar dijo con excitación:

— Exacto, hay un autobús que para a unos doscientos metros de aquí, en la calle principal. Casi todos los drogodependientes lo utilizan para acercarse a la zona. Es de suponer que el chico y la madre también lo hagan.

—De acuerdo —dijo Diana—, si viene por ese medio se puede intentar el contacto cuando baje del mismo. Tal vez haya suerte y no hayan visto nuestro pequeño festival de luces. Por favor, Juan Carlos, organiza ahora mismo el repliegue de todos estos coches. Que se vayan inmediatamente de aquí. Debe parecer que abandonamos completamente la zona. También quiero cobertura de policía secreta en la parada más cercana a esta chabola.

—¿Qué instrucciones debo dar a estos agentes?

—Solo deben detener a la mujer. Por supuesto, sin estridencias, algo rápido, meterla en el coche y volando a Jefatura.

—¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó Arturo.

—Tenemos que largarnos, Diana —respondió Juan Carlos, llevando la iniciativa—. Si nos quedáramos de vigilancia cerca de la parada nuestro aspecto nos delataría como si lleváramos un cartel colgado del cuello. Somos tres personas bien vestidas y alimentadas, limpios y esperando en un coche.

—Tienes razón —respondió Diana—, mejor nos vamos. Dejaremos a los secretas hacer su trabajo.

El hombre se dirigió al oficial de policía al mando, y organizó de nuevo la situación. Unos minutos más tarde, los coches de policía abandonaban el lugar, dejando una larga estela de polvo sobre la calle principal del barrio.

El ambiente en el despacho de la Jefatura era tenso. Apenas habían hablado en las últimas cuatro horas que habían transcurrido desde su vuelta del poblado. La sospechosa no se había presentado, ni sola ni con su hijo. Los agentes de incógnito no se podían mantener de manera indefinida en esa zona, la posibilidad de ser detectados aumentaba exponencialmente con el tiempo, lo que comprometía su seguridad. Pronto tendrían que levantar la vigilancia in situ y pensar en otra estrategia.

Los dos policías y el colaborador revisaban maquinalmente las pruebas y esquemas de trabajo del caso, intentando aprovechar el tiempo o hallar indicios adicionales.

En ese momento sonó el móvil de Diana Jaeger.

La policía alemana contestó de inmediato, se retiró a una esquina de la sala y, mientras caminaba arriba y abajo, escuchó a su interlocutor durante varios minutos, sin apenas hablar, salvo palabras de asentimiento de la conversación y aclaraciones mínimas. Por fin colgó y se dirigió a sus ayudantes:

—La tenemos.

Los dos hombres alzaron sus puños en señal de triunfo, y se abrazaron, cogiendo también de las manos también a la alemana. Pronto surgieron las preguntas.

—¿Y cómo ha sido la detención? —preguntaron casi a coro—. ¿Dónde está ahora? ¿Ha dicho algo?

—Vale, os contaré lo que sé, por ahora: ha sido detenida al abandonar el autobús, una vez en el barrio. Los agentes la han reconocido enseguida, ya que los asistentes sociales la habían descrito muy bien, es una señora joven, delgada y suele ir con un pañuelo en la cabeza.

—Eso no quiere decir que sea ella, es decir, Cristina Audicana —apuntó Arturo.

—Por supuesto —contestó la mujer—. En fin, en cuanto la han visto, la han dejado caminar unos metros (iba en la dirección de la chabola, por cierto), le han dado el alto con discreción y, entre dos compañeros, la han metido en el coche. Vienen hacia aquí con ella.

—¿Cómo ha reaccionado a la detención? ¿Ha dicho algo? —preguntó Juan Carlos.

—No ha dicho nada y, por lo que me indican, ha caído en una especie de letargo, parece estar un poco ausente, como ida. Sin embargo, según el agente al mando, en el momento de la detención, contestó cuando la llamaron por su nombre, Cristina. Y ya sabéis que la reacción inicial es la única que no puede simularse. Todo parece indicar que es ella.

Los tres guardaron silencio de nuevo. La última frase quedó resonando en la sala, con un tono que sabía a triunfo. Tal vez lo habían conseguido. Arturo pensó que en realidad no le había parecido tan difícil resolver un crimen. Y no habían tardado demasiado. Para mayor satisfacción, él pensaba que había aportado su granito de arena. Tal vez tenía razón Juan Carlos y él podía llegar a ser un buen policía, quizás tenía el instinto necesario...

De nuevo el móvil interrumpió el efímero silencio. Diana contestó, asintió e informó a sus compañeros:

—Ya está aquí. La han llevado a la sala de interrogatorios.

—¿Qué plan tenemos ahora? —preguntó el colaborador, sospechando la respuesta.

—Arturo, ya sabes que apreciamos enormemente tu participación pero en esta fase de la investigación no puedes ayudarnos. Los interrogatorios deben ser ejecutados por funcionarios policiales, y deben cumplir una serie de garantías jurídicas muy estrictas. Debemos ser cuidadoso con los derechos de la sospechosa para no malograr la investigación. El departamento jurídico está gestionando todos los aspectos legales, la orden de detención, la presencia de abogados, etc. para que no haya ningún cabo suelto. Ningún civil puede intervenir, por ahora.

—Es decir, que ya no estoy en el caso... —balbuceó Arturo.

—De eso nada. No estás en esta fase concreta del caso. Del resto ya lo veremos. Piensa que esta detención tal vez aclare el asesinato de Merino, pero los otros tres crímenes aún permanecen abiertos.

—Efectivamente —asintió Arturo—. Pero si es verdad que todos los asesinatos están relacionados, y ella ha participado en uno, obviamente nos deberá aclarar cuál es la conexión. Puede que ella sea una de las piezas del puzzle, y que pertenezca o al menos conozca la trama mayor, responsable de toda la organización general de los casos.

—Así es —dijo secamente el policía madrileño—. Ya piensas como un poli —añadió sonriendo esta vez.

—En resumen —continuó Diana, sonriendo también—, lo que te pido es que te cojas unas horas libres, y que esperes noticias. Si todo va bien, las novedades se producirán pronto. Vete a casa, date una buena ducha, o ve al cine, a cenar, en fin, pasa el rato como te parezca, que nosotros te llamamos en cuanto el asunto esté encarrilado y entonces hablaremos de cómo continuar, si es necesario. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, Diana, vosotros mandáis. Espero vuestras noticias.

Los dos policías salieron de la sala con la expectación dibujada en sus rostros. Comenzaba la fase final.

El ingeniero abandonó también la Jefatura unos minutos más tarde. No tenía ningún plan específico, más allá de ir a su casa, cenar algo, ver la televisión o escuchar música un rato y acostarse. Pero mientras buscaba su Audi A5 granate en el parking, se dio cuenta que estaba tremendamente cansado. En los últimos días la tensión había sido constante, y las reuniones nocturnas también. El mero hecho de recordar su cama le hizo sentirse aún más somnoliento. Y no encontraba el maldito coche, aquel aparcamiento era enorme y al llegar no se había fijado en la ubicación.

“Que le den dos duros al coche —pensó—, de todas formas estoy demasiado cansado para conducir, mejor cojo un taxi”.

Tuvo suerte y consiguió parar uno alzando la mano en la propia entrada del edificio de la policía. El trayecto no era largo, y pronto llegó a su casa. Una vez allí, se sintió mejor, más relajado. Recordó vagamente una reflexión de Goethe, “cuando he estado trabajando todo el día, un buen atardecer me sale al encuentro”. Fue a su habitación, se quitó allí los zapatos y se tumbó sobre su cama, mientras pensaba qué ponerse para cenar. Antes de quedarse dormido, se coló en su cerebro el rostro de la policía alemana, sonriendo y acercándose a sus labios...

Una extraña música, familiar e invasiva, invadió su placentero sueño. Durante unos segundos pensó que estaba en un concierto, al que había acudido con una bella mujer a la que no veía con claridad, pero que tenía el pelo de Diana Jaeger. Le preguntó dónde estaban, y ella se giró, mostrando el rostro de Cristina Audicana, de pronto con un pañuelo y una sonrisa asesina...

—¡Nooooo! —gritó, mientras se despertaba.

El maldito teléfono sonaba a todo volumen con una versión descalabrada de la Patética de Tchaicowsky. Arturo tardó aún unos segundos en ubicarse, y finalmente atendió la llamada.

—Sí, dígame.

—Hola, Arturo —dijo Diana—, ya veo que has aprovechado para dormir bien esta noche.

—¿Qué hora es? —preguntó el ingeniero con inocencia.

—Las nueve y diez de la mañana —respondió la mujer—. Escucha, se han producido

novedades importantes en el caso. Estoy ahora mismo organizando una reunión general para las 11:30 h, y quiero que estés presente, aunque sea en calidad de invitado, ya que va acudir el comisario, el gran jefe, que obviamente será el que tome las decisiones que considere oportunas.

—Por supuesto, seré discreto, pero entiendo que yo intervengo si se me pregunta.

—Exacto, contesta con naturalidad, pero di solo cosas de las que estés razonablemente seguro.

—No te preocupes. ¿La reunión será en la sala de siempre?

—No, iremos a una más grande. Pregunta por mí en la entrada de Jefatura y te informarán.

—De acuerdo.

El ingeniero se despreczó del todo. “Se han producido novedades importantes”, había dicho Diana. Sonaba muy prometedor, tal vez la joven del pañuelo había cantado de plano, y los crímenes estaban resueltos o en vías de solución. Se sorprendió sintiendo que le daba pena terminar con su labor de colaboración. Lo que no tenía claro es el porqué. No sabía si le gustaba el trabajo de investigación o si lo que más bien le gustaba era la investigadora. Sonrió interiormente. “Por favor, Arturito, a tu edad”, pensó. En todo caso, lo que era cierto ahora mismo es que se moría de hambre. Se dio una buena ducha y, a continuación, se preparó un desayuno inglés, con huevos, tostadas y bacon. Al terminar, se sentía ya recuperado.

A las 11:25 h estaba en la entrada de la sede policial, en donde el vigilante le indicó la sala de la reunión. Llegó allí, llamó y entró. Era una cámara amplia, con una mesa alargada para doce o catorce personas. Diana se acercó y le dijo:

—Hola, Arturo, me alegro de verte, tienes mejor aspecto ahora.

—Me ha venido bien dormir de un tirón.

—Siéntate aquí, por favor, en seguida empezamos.

Todo el mundo se fue acomodando. En total, unas diez personas. Unos minutos más tarde, la mujer policía alemana tomó la palabra:

—Señores y señoras, señor comisario, gracias por venir hoy aquí. El objetivo de la reunión es el de informar por parte del equipo de investigación que dirijo sobre la situación exacta del caso Merino y los crímenes relacionados en Europa, de los que entiendo que está todo el mundo al tanto. Como saben, la cobertura administrativa del caso corre a cargo de la sección europea de INTERPOL, servicio policial al que yo reporto oficialmente, contando con la colaboración de nuestros colegas españoles. Por eso he considerado conveniente informar aquí en Madrid primero, de manera que mi informe a INTERPOL proponga líneas de actuación futuras consensuadas por la policía española.

La mujer detuvo un momento el discurso, por si acaso alguien quería intervenir o matizar. “Vaya discurso ha soltado la alemanita —pensó malévolamente Arturo—, se ve que el tema es importante para ella, desde luego”.

A partir de aquí, Diana Jaeger revisó la historia y pormenores del caso, desde los asesinatos de Jupperlund, Rossellini y Swarosky en sus respectivos países, hasta el reciente del profesor Merino en la Complutense de Madrid. Comentó por encima las distintas líneas de actuación del caso, hasta llegar al momento en el que se recibió el mensaje en la sede de la policía, lo que permitió centrar la búsqueda inmediata en una mujer, la cual finalmente había sido detenida e interrogada hace unas horas.

—En realidad —continuó Jaeger— hasta ayer mismo pensábamos que esta mujer era la clave que relacionaba los asesinatos. Y en cierta forma ha sido así, pero no como pensábamos. De hecho, ahora sabemos que la detenida, identificada como Cristina Audicana, primera esposa del profesor Merino, no mató a su exmarido. Lamentablemente, a pesar de ser inocente, la señora se

ha negado a declarar y parece ausente, como si todo esto no fuera con ella.

—¿Y cómo saben —preguntó el comisario Semper, que coordinaba el caso desde Madrid — que Audicana no es la asesina? Era la principal sospechosa, la mujer despechada, etc.

—Así es. Lo que sucede es que durante esta noche se han producido novedades relevantes que nos han permitido dar un vuelco en el caso.

—Continúe, por favor.

—Hacia las cuatro de la madrugada de hoy mismo, en la comisaría de Chamberí, un hombre identificado como Fernando Altuna ha presentado una denuncia contra Cristina Audicana, por agresión con arma blanca. Al parecer, la detenida le atacó en un portal de Madrid la pasada noche con un cuchillo de monte, y lo amenazó de muerte.

—Y falló, obviamente —intervino Juan Carlos.

—No exactamente. En realidad, Cristina le abordó y llegó a levantar el cuchillo para clavárselo, pero en el último momento se arrepintió y desistió. Sencillamente, no pudo hacerlo. ¿Por qué? Para contestar a esta pregunta, he invitado a la reunión a nuestra colaboradora Susana Maller, profesional especializada en psicopatología criminal. Adelante, señorita Maller, por favor.

La doctora se concentró unos segundos antes de hablar y dijo con voz segura:

—Básicamente, lo que sucedió es que Cristina Audicana no es una asesina. Todos los seres humanos podemos matar en un momento dado, pero esperar a una persona para asestarle una puñalada y vengar así una afrenta de hace años requiere un perfil psicológico especial. Según mi primer contacto y exploración de esta señora, mi opinión preliminar es que se trata de una persona que sufre una esquizofrenia relativamente severa, agravada por problemas con el alcohol y uso de tranquilizantes. Sin embargo, se trata de alguien responsable de sus actos, no es una psicópata o una loca en el sentido popular del término. Yo más bien hablaría de una persona rota afectiva y económicamente. Puede hacer cosas raras, ya que vive en un mundo propio suyo que incorpora algunos datos imaginarios, pero aún discierne la realidad y sabe que hay cosas que están mal, como matar, sin duda alguna. Por eso cuando levantó su cuchillo para clavárselo al hombre, se mente racional se impuso y le impidió culminar el crimen. Le ha sucedido algo parecido a las personas que se encuentran bajo hipnosis. Un hombre o mujer durante una sesión de hipnosis pueden hacer cosas más o menos extravagantes, pero no actos malvados u obscenos, contrarios a su moral profunda.

—Es decir —comentó Diana—, que Cristina ha estado en las últimas semanas como hipnotizada.

—Bueno —contestó la psicóloga—, es un símil poco científico, pero puede valer para entender su actual situación. Desde luego, está muy confusa. Su mente esquizoide le hace ver la realidad distorsionada. Probablemente, achaca al hombre al que atacó la responsabilidad de muchos o todos sus males, aunque no sea en absoluto así. Sin embargo, ella se lo cree a pies juntillas, por eso lo asaltó.

—¿Y por qué no atacó antes a su exmarido, al profesor Merino, cuando la dejó hace muchos años? —preguntó el jefe de la policía.

—Naturalmente —contestó la psicóloga—, no conozco las circunstancias concretas de aquella separación, pero en principio la respuesta es muy sencilla: entonces estaba bien, no estaba perturbada. Lo normal es que una persona no ataque a otra de la que se separa. Si Cristina Audicana era una persona sana en ese momento, en absoluto pensaría en eso.

—Entiendo —concluyó el jefe—. ¿Y por qué ha atacado a Fernando Altuna? ¿Qué relación tenían?

—Fueron amantes hace un par de años —contestó Diana.

—¿Cómo sabemos eso?

—Porque hemos estado hablando con el hombre esta noche. Ha sido él el que nos ha contado su relación con Cristina, y su separación posterior, mal asumida por la mujer.

—¿Y ha hablado también del profesor Merino? —dijo el invitado Arturo, sin poderse contener, recibiendo una mirada admonitoria de Diana.

—Ha dicho que lo conocía, pero no demasiado. Que habían coincidido en algún evento, y que ya se enteró hace una semana de su muerte, que lo sintió mucho, etc.

—Ya, no parece muy sincero —dijo el comisario.

—Pues no —contestó Diana—. De hecho, ha mentido como un bellaco. Afortunadamente, hemos averiguado la relación que tenían por otro medio.

—Siga, por favor.

—Después de la detención, en plena madrugada, el departamento jurídico ha conseguido el orden de registro del domicilio de Cristina. Nos hemos presentado allí en plena madrugada, casi al amanecer, y hemos descubierto, entre otras cosas, la clave de la relación entre las víctimas. No solo de las españolas, sino de todas las demás.

—¿También de las europeas? —dijo Arturo Goikolanda emocionado— Pero eso es increíble, es lo que estábamos buscando. ¡Por fin! ¿Y cuál es la relación?

La policía alemana sonrió ante la reacción de Arturo, por otro lado comprensible. Dirigiéndose a la audiencia, dijo:

—Es el club IQ. La chabola de Cristina estaba llena de referencias a esta organización.

—¿Y qué demonios es eso? —saltó Juan Carlos que también estaba excitado por la información.

— Es una asociación de personas de inteligencia superior. IQ significa *Intelligence Quotient*, o Coeficiente Intelectual, es decir, un número que mide la inteligencia. Para pertenecer a este selecto club, debe acreditarse un coeficiente superior a 150 puntos. Básicamente, ser un genio, alguien excepcionalmente brillante.

El silencio invadió la sala. Todos los presentes digerían la información.

“Maldita sea, era bastante sencillo —pensó contrariado Arturo—, deberíamos haber encontrado esa relación antes. Era cierto que todas las víctimas eran jóvenes profesionales que utilizaban tecnología avanzada, pero habían algo aún más claro que las unía: todos eran personas muy inteligentes. Como diría Shakespeare, “a veces el diablo nos engaña con la verdad”. De pronto reparó en algo, y preguntó:

—¿Pero el club IQ es secreto, o algo así? Se supone que la policía —en fin, nosotros al fin y al cabo— ha investigado todos los datos de las víctimas. Esto incluirá sus aficiones, clubes a los que pertenecían, etc. ¿Por qué no ha aparecido nunca nada del tema?

—Efectivamente —respondió Diana—, revisamos todas sus aficiones y nunca apareció nada sobre esta sociedad. Aunque aún estamos investigando, parece que Club IQ es solo un nombre genérico de estas asociaciones de gente muy dotada intelectualmente. El nombre de la asociación a la que pertenecían las víctimas es Metis. Al parecer, se trata de una escisión de la sociedad IQ llamada *International Society for Philosophical Enquiry*, fundada en Australia, y una de las más exigentes con el nivel de sus miembros. El club australiano, por supuesto, es legal, está registrado, y tiene entre sus objetivos la promoción de la cultura, el conocimiento y el bien de la humanidad.

—¿Y la sociedad Metis? —preguntó el jefe de la policía.

—Es un club opaco. Ni siquiera puede decirse que sea ilegal, simplemente no está



registrado en ningún sitio, ni constan en ninguna parte sus estatutos, ni sabemos de lo que hablan en sus reuniones.

—Y supongo que Fernando, al igual que las víctimas, pertenece a ese club —dijo lanzado Arturo.

—Exacto, de hecho es uno de sus miembros más importantes en España. Ostenta el máximo grado de Diplomado.

—¿Y qué dice de su club? Supongo que algo dirá del mismo...

—Desde luego. De hecho, hemos hablado con él de este tema hace tan solo un rato. Lo que dice es que Metis es un club privado sin mayores pretensiones, y que solo buscan entablar relación con personas afines, como si fuera un club de montañeros o de gimnasia. La diferencia es que ellos son personas con un cerebro un poco diferente, especial, superior si se quiere, pero la idea es la misma: juntarse con hombres y mujeres que tienen algo en común, en este caso, su inteligencia.

La mujer tomó un vaso de agua y dio un buen trago. Continuó hablando.

—En nuestra opinión, desde luego, la sociedad no es tan inocente como dice. Más bien pensamos que es un potente foro de influencia internacional, algo similar a lo que fue el siglo pasado la masonería, u otras sociedades secretas.

—¿Pero hacen actividades ilegales? —preguntó Arturo.

—No, yo no lo creo, no directamente al menos. Simplemente, se pasarán información, se harán favores, etc. En realidad, nada claramente ilegal.

—¿Y el resto de las víctimas? ¿Sabemos si pertenecían también a ese club?

—Eso es lo mejor —contestó Juan Carlos—. Nuestros compañeros europeos nos han confirmado que al menos Jupperlund y Rossellini, según han confirmado algunos de sus amigos, pertenecían a un Club IQ. Aún no sabemos a cuál.

—Pero bueno, eso es ya muy relevante. Y esta vez se han movido rápido nuestros colegas de INTERPOL.

—Así es, jefe.

De nuevo se produjo una pequeña pausa. Al cabo de unos segundos, el jefe rompió el silencio:

—Lo que no acabo de ver es que tiene que ver todo esto con el ataque de Cristina a Fernando.

—Nada —dijo sin dudar Diana—. La mujer atacó a su examante por despecho. Seguramente, el detonante de su crisis fue el leer en el periódico sobre el asesinato de Merino, su exmarido. Ella pensó, en su delirio, que era una venganza organizada contra el club, y quiso participar también en ella. De hecho, increíblemente, acertó de pleno, y consiguió localizar en Internet el resto de los asesinatos relacionados, utilizando la información de que disponía del club, que era abundante, por motivos obvios. Estaba obsesionada con el club Metis. Parece que para ella eran la personificación del mal. Según los textos encontrados en su casa, en su imaginación, los miembros de esta asociación se dedicaban a destruir familias inocentes como la suya. Y recordaba muy bien sus reuniones y los grados que tenían sus miembros. Por eso hablaba en su mensaje de cortar la cabeza de la serpiente —el Diplomado Fernando— con su ataque.

—En resumen, una perturbada nos ha dado la clave de la relación que unía las víctimas, el maldito club internacional de listos —concluyó el comisario al mando de forma descarnada.

Nadie dijo nada, aunque todos estaban básicamente de acuerdo. Los asesinatos permanecían impunes, pero el avance en el enfoque de la investigación era muy obvio. Arturo Goikolanda pensó en decir abiertamente en voz alta “¿y ahora qué?”, pero decidió callarse y

esperar que los responsables de la investigación llevaran la iniciativa. Él solo era un invitado.

—¿Qué propone usted, señorita Jaeger? —dijo Semper— ¿Qué deberíamos hacer?

—Naturalmente, continuar con la investigación, considerando los nuevos datos, es decir, partiendo de la sociedad Metis, que es lo que tienen en común todas las víctimas. Quiénes son, en dónde operan, relaciones internacionales, aficiones, contactos, todo lo que pueda explicar que cuatro de sus miembros hayan sido asesinados en estos últimos meses.

—Investigar a personas tan brillantes puede resultar complicado —dijo Juan Carlos, sin poderlo evitar—, habrá que ir con pies de plomo.

—Siempre hay que ir con pies de plomo, Ferrosa —lo cortó secamente el comisario de la policía, y añadió, mirando a Diana—: ¿Qué necesita?

—Mantener la actual estructura en Madrid, incorporar apoyo en Italia y Austria, renovar la cobertura del caso por parte de la sección europea de INTERPOL y disponer de un mes adicional a partir de ahora mismo.

El comisario Semper sonrió. Le gustaba aquella alemana de planta garrida. Era guapa y decidida, y hablaba con claridad, sin excesos, pero sin quedarse tampoco corta.

—De acuerdo, señorita Jaeger. Hablaré personalmente con INTERPOL para organizarlo todo. Puede contar con ello.

Diana Jaeger asintió en su dirección, agradeciendo sin palabras la confianza. El comisario al mando dijo entonces:

—Señores, gracias por su asistencia. La reunión ha terminado.

Arturo miró a Diana y sonrió. El caso seguía en marcha.

El agente secreto británico Gustav Sheldon llevaba casi dos días caminando por las dunas del desierto Kyzyl—Kum, en Uzbekistán, a temperaturas asfixiantes que alcanzaban los 50 °C al mediodía.

Se detuvo un instante. Estaba completamente agotado. Levantó trabajosamente la vista y contempló una vez más los innumerables montículos de arena que se sucedían indefinidamente en la lejanía, como las olas de un mar pardo y eterno. Aquel paraje seco parecía no tener fin, y él estaba perdido en uno de los mayores desiertos del planeta, con un trozo de mapa arrugado en la mano, una cantimplora casi vacía colgada del hombro y unas inútiles monedas de oro pegadas con esparadrapo a la tripa, después de haberlas mantenido escondidas durante años en la cárcel. A sus 52 años, el antaño espía inglés luchaba por la vida, caminando por el infierno uzbeko.

Después de 25 años preso, había conseguido escapar del Centro de Internamiento de este país. Nadie sabía la ubicación exacta de esta institución carcelaria, aunque sí que estaba cerca de la ciudad de Uzun—kuduk.

“Nadie me ha seguido. Me he escapado de una cárcel, pero no me persiguen. ¿Dónde están los guardias?”, pensó Gustav, sin sorprenderse demasiado. Era evidente que prácticamente le habían dejado marchar, ya que para ellos solo era un estorbo. Después de tanto tiempo, la situación en el país había cambiado radicalmente en relación con la que él había conocido, en los años 80. La URSS había desaparecido hacía mucho tiempo, y Uzbekistán era hoy un país independiente y moderno, que mantenía relaciones diplomáticas y comerciales con todo el mundo, incluido EEUU, aunque la nación seguía perteneciendo a la órbita rusa. Eran otros tiempos, también para los espías. En realidad, los propios funcionarios del Centro de Internamiento habían cambiado muchas veces desde su reclusión, hace veinticinco años. El presidio hoy era una sede carcelaria antigua, mal mantenida y ubicada en un sitio caluroso e incómodo. Estaba condenada a desaparecer. Y muchos de los internos que permanecían aún allí eran viejas glorias políticas, represaliadas por un régimen, el soviético, que ya en los años 80 había empezado su descomposición. Seguramente, la actual justicia uzbeka ni siquiera sabía con precisión quiénes eran o qué hacían allí los pocos presos antiguos que quedaban.

Naturalmente, no siempre había sido así. Los primeros años de su estancia allí habían sido muy duros. Las visitas del maldito Ratón —el novio de su antigua amante, Katia, más conocida como agente Alecto—, eran constantes. Durante muchos meses, pensó que no sería capaz de sobrevivir. Aquel funcionario de dientes prominentes, loco y endurecido disfrutaba torturando. Iba de celda en celda, con sus malditos instrumentos —mazas, cuchillas y hierros de distintas formas y tamaños—, ensañándose con sus víctimas en busca de información que podían o no conocer. Daba igual. Y durante sus sesiones, los gritos de los torturados resonaban en la galería, aumentando el pavor del preso que esperaba su turno para el tormento. Los suicidios entre los internos eran constantes, a pesar de las precauciones de los funcionarios, que no permitían a los reclusos tener objetos cortantes ni cordones o sogas. Y, por supuesto, los que quedaban vivos arrastraban

tremendas secuelas. Gustav hacía tiempo que no miraba su rostro en un espejo, pero a juzgar por las cicatrices que lo surcaban —las notaba abultadas y retorcidas como sarmientos de carne blanda— su aspecto no debía ser muy agradable, más o menos como el de los otros presos. Además, había perdido la visión de un ojo, tenía problemas de audición debido a los golpes recibidos, y las fracturas mal soldadas de sus dos fémures dificultaban su caminar.

“Era un maldito infierno, y aquel hombre era el diablo”, pensó Gustav mientras un viento cálido le daba en la cara. Y la mujer llamada Alecto —ya no era Katia— era la que le había entregado, la que había abierto la puerta del Tártaro, y le había empujado con una sonrisa en los labios para que cayera al abismo del terror. Sorprendentemente, sin embargo, ya ni siquiera la odiaba. En los primeros meses sí, pero ahora ya no le importaba aquella maldita traidora. Solo deseaba que alguien le hubiera dado su merecido, tal vez en alguna de sus acciones profesionales y que, sencillamente, no existiera ya. Apartó el pensamiento de su mente, ni siquiera quería darle eso, ni siquiera un leve recuerdo para ella.

Hizo visera con la mano, esquivando la poderosa luminosidad del desierto. A lo lejos, se veían algunas casas, o al menos eso era lo que parecía. Tal vez fuera la ciudad de Uzun—kuduk. Era una población modesta, pero una de las principales de la zona.

Agitó la cantimplora. Apenas quedaba agua. Sin beber, avivó el paso hacia allí, renqueando entre las dunas.

Al cabo de media hora, el perfil de las edificaciones de la ciudad se veía ya con claridad en el horizonte. El inglés se detuvo, dio el último trago de agua y tiró la cantimplora. A continuación, compuso sus ropas como pudo, ordenó y escondió sus monedas de oro y siguió caminando. Unos minutos más tarde, alcanzaba las primeras calles del extrarradio, apenas estrechos callejones flanqueados de pequeñas casas de adobe o mampostería, en cuyas entornos algunos niños jugaban, sentados en el suelo o corriendo detrás de una pelota de trapo. Las mujeres, desde las ventanas de sus hogares, contemplaban extrañadas al hombre aquel que parecía provenir del desierto, y se alegraban al ver que seguía su camino. Unos minutos después, el caminante llegaba a la calle principal de la población, una vía pavimentada, y en donde ya se veían coches, tiendas y cierta animación.

—Buenos días, señor —dijo a un lugareño al llegar en el idioma uzbeko—, ¿sabe usted dónde me podría alojar? Soy extranjero, europeo.

La modesta ciudad de Uzun—kuduk tenía una característica de enorme valor en aquella zona: el aeropuerto. El plan de Gustav era sencillo: escapar a Europa en avión. Pero para ello necesitaba papeles —que no tenía—, o un funcionario poco atento que le permitiera pasar sin hacer preguntas. Estaba seguro de que se podría hacer, pero necesitaba información. En un hotel, habituado a tratar con extranjeros, siempre podía uno informarse sin levantar sospechas.

—El hotel Furkat está en el centro de la ciudad —contestó el paisano—, siga esta calle y lo encontrará.

—Gracias, señor. Y una cosa más, ¿dónde puedo asearme un poco?

—Tenemos un pequeño pozo en la calle Uldul—mehz, a cerca de aquí. El acceso al mismo es libre, y dispone de un cubo para sacar el agua. Puede usted utilizarlo, siempre que no la desperdicie.

—Por supuesto, señor, es usted muy amable.

Gustav Sheldom se encaminó hacia allí, y, después de refrescarse y asearse un poco, una hora más tarde localizó el hotel. En recepción, preguntó a un hombre joven por el director del establecimiento.

—Mi padre es el director —contestó el joven—, pero ahora no está. Tal vez pueda

ayudarle yo mismo, señor.

—Si no le molesta, preferiría hablar con él directamente —contestó Gustav, mientras manoseaba con sus dedos de manera ostentosa una de sus monedas de oro—, se trata de un tema, digamos, un poco sensible...

Los ojos del recepcionista seguían la moneda como hipnotizado.

—Por supuesto, hablaré con él, señor. ¿Desea usted un café mientras espera?

—Gracias.

Unos minutos más tarde, apareció en la recepción del hotel Furkat un hombre delgado de unos cincuenta años, vestido con una larga túnica granate, y amplia sonrisa de mercader.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

El inglés observó al director con ojo clínico. Este era el momento central de su fuga. Si acertaba con su interlocutor y este era la persona adecuada, tenía amplias posibilidades de culminar su escapatoria. Pero la estepa uzbeka estaba llena de personajes de toda calaña. Los ladrones, timadores y engañabobos abundaban en la zona. Por no hablar de las bandas de asaltantes, malhechores que mataban por un miserable puñado de soms uzbekos. Otro riesgo posible, y no desdeñable, era que su interlocutor fuera con la información a la policía, tal vez a cambio de alguna pequeña recompensa. No podía fiarse de nada ni de nadie. Pero tampoco podía dudar. Este era el momento crucial. Sin perder la compostura, con seguridad y mirando a los ojos de su interlocutor, dijo:

—Necesito volar a Europa lo antes posible. Sin preguntas, ni papeles. Pagaré el precio necesario en monedas de oro, en mano y ahora mismo. ¿Puede usted ayudarme?

El hombre mantuvo la mirada de Gustav durante unos segundos. Evaluó sin prisa sus posibilidades. Seguramente —seguro, en realidad—, podía organizar su fuga, pero también podía atracarle de manera inmediata —estaba en su casa— y hacerse con su oro. Por otro lado, tenía claro que un hombre con aquel rostro venía del Centro de Internamiento, y con aquellos tipos no convenía jugar. Y con este, específicamente, aún menos. El tipo tenía mala catadura, y miraba como un maldito halcón. Probablemente fuera un espía, o incluso un asesino a sueldo. Mejor pájaro en mano. Tomó su decisión. Distendió su rostro en una sonrisa fenicia, y dijo:

—Por supuesto, señor, está usted en buenas manos.

El hombre de Uzun—kuduk resultó ser la persona adecuada.

En los días posteriores gestionó con soltura el corto viaje del inglés en avión hasta la populosa ciudad de Samarcanda, en donde le había procurado ropas, alojamiento y, tras una agobiante espera de 48 horas, un pasaporte inglés más que aceptable —a nombre de Lucas Chester— y un billete para Munich, en un avión de Lufthansa. Claro que a cambio había recibido diez “águilas” americanas de oro puro que probablemente habían resuelto toda su vida, o casi.

Desde Samarcanda, Gustav se embarcó sin ningún problema en el avión hacia Munich y, después de un largo viaje, se acercaba a su destino. En ese momento la poderosa nave alemana, oscilando ligeramente como un trasatlántico en el mar, enfilaba la pista de aterrizaje. En unos minutos posó las ruedas en la pista.

—¿Turismo o trabajo, señor Chester? —preguntó el funcionario teutón de aduanas, sosteniendo el pasaporte de Gustav en la mano.

—Un poco las dos cosas —respondió el inglés—. Mi familia tiene una empresa de extracción de antracita cerca de Tashkent y yo he ido a visitarla. Después he aprovechado para hacer algo de turismo, ya sabe, Samarcanda, el desierto Dyryl Kum, lo típico...

El agente contempló el rostro del antiguo espía y lo comparó con el del pasaporte, que por cierto estaba poco manoseado para la fecha de expedición, pero no tanto como para resultar

sospechoso. Lo que sí era llamativo era el rostro del tipo. “Habría sido un incendio”, pensó, mientras le decía:

—Gracias, señor Chester, adelante por favor.

Gustav atravesó la aduana sin nada que declarar, y se dirigió a la salida del aeropuerto. Tomó un taxi y le dio la dirección:

— A la embajada del Reino Unido, por favor.

El coche inició su carrera, mientras el inglés se arrellanaba en el asiento del vehículo. Lo había conseguido. La fuga había terminado.

El aspecto exterior del edificio de la nueva sede de la Inteligencia exterior británica, ubicado en Vauxhall Cross en Londres, no podía ser más llamativo. Gustav Sheldom lo observó asombrado desde la calle. La nueva política de transparencia pública adoptada por el MI6 tenía estas cosas: todo estaba a la vista. Faltaba una hora para su reunión allí con los nuevos responsables del Servicio Secreto de su Majestad, por lo que decidió pasear hasta entonces.

Su vuelta al Reino Unido había sido un bombazo dentro del Servicio. Aunque muchos de sus antiguos compañeros ya no estaban allí —jubilados, trasladados, etc.—, su historia era muy conocida en el ambiente profesional. En su momento, su caso llegó a tener resonancia internacional, el diplomático desaparecido en Uzbekistán, etc., aunque obviamente la URSS negó taxativamente saber nada, y el Ministerio británico de Exteriores, después de algunas quejas poco entusiastas, dio el caso por perdido. Veinticinco años más tarde, el espía había vuelto.

La diplomacia de su país le había recibido casi como un héroe. En los últimos días había participado en distintas recepciones y fiestas de bienvenida, en una de las cuales el Ministro de Exteriores se había acercado a saludarle. Había aprovechado para comunicarle que se estaban planteando la concesión de una distinción al mérito y al valor para reconocer su valía y resistencia en todos estos años. También le había asegurado que en el Servicio —que había cambiado mucho en estos años— contaban con él. En cuanto estuviera disponible, después de descansar unos días, querían mantener una reunión en la nueva sede del Servicio de Inteligencia Exterior (también conocido como MI6) para hablar con él y ver cómo reubicarle en el puesto adecuado. Se pondría en contacto con él el actual jefe operativo de los agentes, señor Ronald Maugham, para hablar de este asunto...

Gustav miró su reloj. La hora había llegado. Aunque Londres le parecía ahora una ciudad mucho más ruidosa y asfijante que hace dos décadas, el paseo —un nuevo placer— se le había hecho corto. Se dirigió al edificio, subió las escaleras y entró.

Cinco minutos más tarde, estaba instalado en una enorme sala de reuniones en donde cuatro o cinco personas, sonrientes y pulcras, lo miraban como si fuese el superviviente de un holocausto nuclear.

Después de las presentaciones de rigor y saludos de bienvenida, Ronald Maugham le dijo:

—Señor Sheldom, le reitero mi orgullo por contar de nuevo con su presencia en nuestras filas. Lamentablemente, salgo de viaje en unos minutos, por lo que voy a dejarle en manos del jefe de organización Richard Paterson, quien le comentará la nueva estructura y misión del Servicio actual, de manera que pueda usted reubicarse y vayamos avanzando en la definición de sus funciones a partir de ahora. En todo caso, ¿quiere usted hacerme alguna pregunta antes de que retome mis obligaciones, señor Sheldom? No tema, puede usted aclarar lo que desee, estamos en una reunión interna, todo somos gente de la casa...

—¿Cualquier tipo de pregunta, señor? —inquirió Gustav.

—Por supuesto que sí. Adelante, agente, no se preocupe, estamos entre amigos.

Gustav miró a aquel hombre vestido de punta en blanco, flanqueado por tres hombres sonrientes. Eran los nuevos jefes. Los tiempos, en efecto, habían cambiado mucho. Aquellos tipos parecían burócratas o diplomáticos y hablaban sin decir nada y sonriendo como los políticos, no como los antiguos agentes del Servicio que él había conocido, secos y duros, pero siempre claros y dispuestos a la acción, sin concesiones a la galería. En todo caso, así estaban las cosas, no tenía sentido comparar épocas pasadas y presentes. Mirando a su interlocutor, dijo:

—Cuando fui capturado en Uzbekistán, hace veinticinco años, estaba cumpliendo una misión. Se trataba de hacerse con una evidencia física —un estuche—, resultado palpable de un extraño programa genético que estaba siendo desarrollado por Uzbekistán y que había despertado mucho interés entre los grupos armados locales. Me gustaría saber qué fue de todo aquello.

Los hombres que lo rodeaban, sentados en la misma mesa, se quedaron mirándolo con la boca abierta como si hubiera hablado un fantasma. Aquel tipo —un agente de campo de los años 80, al fin y al cabo—, les pedía explicaciones a ellos —funcionarios del máximo rango del Servicio Secreto— sobre una operación de hace dos décadas, como si hablara del tiempo que va a hacer en Sussex el próximo fin de semana. El jefe de organización Paterson intervino por fin, con gesto admonitorio:

—Señor Sheldon, entiendo que tal vez desconoce algunas normas actuales del Servicio. La información que usted nos solicita está clasificada, no podemos hablar de ella bajo ningún circunstancia. Le sugiero que envíe una petición específica de información por el canal reglamentario, y le garantizo que la estudiaremos con todo...

—Entiendo —le cortó Sheldon con voz muy fría—, señor Paterson, no hace falta que continúe, conozco las normas.

Gustav se levantó con la furia contenida dibujada en su rostro desfigurado. Observó a aquellas cuatro personas, que le observaban un poco impresionadas por su aspecto y por su repentino gesto de enfado. Continuó:

—Y déjeme que añada algo, señor Paterson. En mis tiempos, cuando el Responsable de Operaciones del Servicio autorizaba verbalmente a un agente de campo a hacer cualquier pregunta, no se refería al maldito canal reglamentario, precisamente.

—¿Pero cómo se atreve, Sheldon? —le dijo Paterson en voz también bastante alta—, guarde la compostura, por favor, está usted delante del jefe de todos los agentes de inteligencia exterior de Gran Bretaña, debe guardar respeto.

—Pues con el debido respeto, señor —continuó Sheldon dirigiéndose siempre a Peterson, y mascando las palabras—, reitero mi afirmación anterior. Yo no he solicitado hacer preguntas, ha sido el señor Responsable de Operaciones el que me ha autorizado, e incluso animado a que lo haga. Y le recuerdo, señor Jefe de Organización, que he pasado veinticinco años de mi vida preso en una celda en mitad del desierto, en condiciones infrahumanas, torturado y despreciado como un perro, solo por pertenecer al Servicio de su Majestad.

—Ya basta —interrumpió el jefe Maugham en un tono seco, nuevo, que no admitía réplica.

El silencio se hizo al instante, y Gustav lentamente volvió a su asiento. Ronald Maugham tomó de nuevo la palabra:

—No estamos aquí para discutir o pelear entre nosotros. No lo voy a consentir de ninguna de las maneras. Señor Sheldon, pida disculpas al señor Paterson por su tono poco apropiado.

Gustav Sheldon levantó despacio la mirada hacia el hombre, clavó en él sus ojos de hielo y dijo con un tono frío:

—Le pido disculpas, señor.

—Las acepto —contestó este con rapidez.



—Gracias, señores —zanjó Maugham—. Y en relación con la cuestión de la pregunta, creo que el señor Sheldom tiene razón. Yo mismo le he animado a hacerlo, eso es indudable, aunque eso no quiere decir que pueda enterarse de secretos que no le competen.

En ese momento se volvió a uno de los dos agentes y le dijo:

—Por favor, William, cancele mi vuelo y cámbielo por otro posterior.

—Sí, señor —dijo el interlocutor saliendo de la sala.

El jefe de agentes del Servicio cambió de postura en la silla y continuó hablando:

—El programa genético que Uzbekistán, entonces en el seno de la URSS, desarrolló a principios de los años ochenta consistía en la búsqueda de un instrumento potenciador de la inteligencia. Buscaban alguna manera de conseguir que los niños, desde su nacimiento, fuesen extremadamente inteligentes. Aplicado este procedimiento en masa, en un par de décadas, el país estaría lleno de personas intelectualmente superiores. Un pueblo así se impondría con rapidez en el mundo, su potencial sería inmenso. No tardaría en destacar en todo los ámbitos, y terminaría siendo con el tiempo el líder mundial. La nación nº 1 del mundo: ese era el sueño de aquellos dirigentes soviéticos uzbekos.

Nadie osaba interrumpir a Maugham, que continuó al cabo de unos segundos:

—El estuche que usted robó —según averiguamos mucho más tarde—, contenía la expresión genética de la inteligencia. Era la cadena de ADN que era implantada en la secuencia genética de los fetos, y que se suponía que les hacía ser después, al desarrollarse, bebés superdotados. Todos los indicios nos indican que estuvieron muy cerca del éxito, o incluso que lo lograron directamente. Sin embargo, sucedió algo muy extraño. Aunque aún permaneció activo bastante tiempo después de su detención, el programa fue al final cancelado. El Centro Genético secreto que usted visitó fue desmantelado completamente, y los responsables científicos y políticos del mismo fueron depurados. Simplemente desaparecieron, no quedó apenas nadie de aquella época. Tan solo sobrevivieron, como siempre, algunos dirigentes políticos, incluyendo personal de apoyo del servicio secreto uzbeko. En todo caso, fueron trasladados y sus identidades ocultadas con celo. En algunos casos, incluso fueron expulsados del país, aunque es imposible saberlo con seguridad.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué cancelaron el programa? —preguntó Sheldom.

—No lo sabemos —contestó el dirigente—. Pudieron pasar muchas cosas. Tal vez, sencillamente, no tuvieron éxito y lo desecharon. O quizás se quedaron sin dinero. La verdad es que aquella época fue muy revuelta, con continuos cambios en la cúpula del poder. Piense que cuando usted fue capturado, el régimen soviético presidido por Gorbachov, se caía en pedazos. De hecho, al cabo de poco tiempo, Boris Yeltsin subido sobre un carro de combate, proclamaba la independencia rusa y el fin de la URSS. Por lo tanto, desconocemos quiénes controlaban, a finales de los años 80, el Programa Genético. Tal vez, en un momento dado, nuevos dirigentes marcaron prioridades diferentes y cancelaran todos los programas previos... es imposible saberlo, pero de lo que sí estamos seguros es de que todo fue desmantelado.

Gustav Sheldom permanecía completamente quieto. Su cara era una auténtica máscara, no manifestaba ninguna emoción, como una esfinge en medio de una tormenta de arena en el desierto. Durante tres o cuatro minutos eternos, la sala quedó en completo silencio. Los agentes actuales respetaban los intensos recuerdos del veterano. Por fin, Gustav preguntó con una voz apenas audible:

—¿Qué fue de ella?

El responsable de operaciones miró durante una fracción de segundo al jefe de organización, y contestó:

—La agente soviética Alecto desapareció de la circulación durante aquella época, tal vez 3 ó 4 años después de que usted entrara en la prisión del desierto. No tenemos constancia de que haya muerto. Puede que sí y puede que no. Lo que está claro es que la mujer desapareció de nuestros radares. Apagón informativo completo. Algunos agentes nuestros conocedores de la zona afirman que el hecho de ser entonces la amante de Rustam, alias el Ratón, uno de los principales jefes de la inteligencia uzbeka de aquel momento, le pudo facilitar algún tipo de acuerdo o salvoconducto, pero solo son especulaciones, en realidad estamos desinformados.

Gustav Sheldom miró al jefe de los servicios secretos británicos con un punto de gratitud en los ojos. Al final aquel petulante se había saltado las malditas normas, en beneficio suyo. Tal vez no fuera un burócrata, después de todo. Y él no necesitaba saber más, era más que suficiente.

—Gracias por su información, señor —dijo Gustav—. Por mi parte, estoy dispuesto a revisar ahora con el señor Paterson la nueva estructura del Servicio.

—¿Seguro que no desea descansar? —dijo Maugham—. Tal vez no sea ahora buen momento.

—No hay problema, señor, ya he descansado suficiente estos últimos años. Ahora mismo estoy completamente preparado.

Los dos funcionarios se miraron. El veterano era duro como una piedra, desde luego.

Richard Paterson sacó sus carpetas y ordenó los papeles, colocándose junto a Gustav, dispuesto a empezar a trabajar.

Por su parte, Ronald Maugham abandonó la estancia y se dirigió a su despacho cuando sonó su móvil. Era el Coordinador de Seguridad e Inteligencia, máxima autoridad de la Inteligencia británica. Quería saber cómo había ido la entrevista con el antiguo agente.

—Como ya le dije, señor —dijo Maugham—, hoy solo quería presentarme y dejarlo en manos de Peterson para que se vaya centrando un poco.

—¿Cómo lo ha visto? —preguntó—, ¿alguna impresión preliminar?

—Bueno, en realidad la reunión ha sido más larga de lo que había planificado. El hombre no se ha contenido, me ha hecho preguntas directas sobre aquella época y el programa genético uzbeko. También se ha interesado por la mujer.

—¿Se lo ha contado?

—Por supuesto que no. Sin su autorización, no puedo hacerlo.

—¿Y el hombre está sereno —dijo con acento preocupado el dirigente—, está entero, después de tantos años en prisión?

—Sí, se encuentra bien. Solo se ha alterado cuando Paterson le ha sugerido que haga sus preguntas por el canal protocolario del Servicio.

—No me extraña, Paterson es capaz de exasperar a cualquiera, la verdad. Por lo demás, ¿le ha encontrado bien?

—Sí, eso creo. Les he dejado trabajando a los dos, de hecho.

—Excelente. Escuche, Ronald, tenemos que avanzar en este tema de manera discreta y rápida. No quiero que se nos adelante el equipo de Madrid. Vamos a lanzar el asunto ya. Espere si quiere unas horas para ver qué dice Paterson de Sheldom y, si no hay problema, convóquele para mañana mismo y hágale la propuesta.

—De acuerdo, como usted diga, señor. Le mantendré informado.

Ronald Maugham programó una reunión con Paterson a las 17 h. Prepararían entonces la siguiente reunión con el superviviente de Kyril Kum.

Y soltarían la bomba.

Gustav Sheldon, agotado después del largo día de trabajo, paladeaba a las once y media de la noche un coñac francés en el salón de su casa. Se sentía un poco desconcertado. Después de un día en el que había conocido muchas novedades, la llamada que acababa de recibir hacía un par de horas de Maugham, jefe de operaciones de los agentes británicos, le había descolocado. Le había convocado para mañana a las nueve en punto, en la misma sede del MI6, para tratar de un tema de extraordinaria importancia. ¡Pero si acababan de estar hoy mismo, por la mañana! La situación le recordó otra llamada similar que recibió hace ya muchos años del entonces jefe del servicio, mientras estaba en plena faena con una chica, y que desembocó en la misión que había terminado en la prisión uzbeka.

“Bueno, después de tantos años de inactividad, parece que voy a volver a lo grande”, pensó con un punto de humor y cinismo a la vez. Terminó la bebida y se metió en la cama.

Al día siguiente, a las nueve en punto, estaba en la misma sala de la sede de Vauxhall Cross del día anterior, lo que daba a la escena un aire de deja vu, casi jocoso. Pero el ambiente no era informal en absoluto.

Había seis o siete personas en la estancia, incluyendo a Maugham y Paterson. El resto tenía aire militar o policial tal vez.

—Gracias por venir de nuevo, señor Sheldon —inició Maugham asumiendo el liderazgo de la reunión—. Las personas que nos acompañan son todas de confianza, del Servicio y del Ministerio.

Gustav no preguntó de qué ministerio venían —Interior o Exteriores—, ya que no le interesaba lo más mínimo y tampoco quería parecer estúpido. El jefe continuó hablando:

—En la reunión de ayer no le contamos toda la verdad, señor Sheldon. Espero que entienda que no siempre resulta posible dar toda la información disponible.

Todas las alarmas de Gustav se encendieron. No le había gustado lo que acababa de oír. Naturalmente que no le habían dado toda la información de que disponían. Ya lo sabía, conocía su profesión. Pero el hecho de que lo enfatizara significaba que algo iba mal, no hacía falta ser un lince para saberlo.

—Continúe —dijo en un tono lo más neutro posible.

Ronald Maugham rebuscó en una carpeta que tenía sobre la mesa hasta que encontró lo que buscaba. Se trataba de una fotografía. La miró un instante y la colocó frente a Gustav, sobre la superficie de la mesa.

—¿Lo reconoce, señor Sheldon?

El agente observó la fotografía. Se trataba de un hombre de unos setenta años, acribillado a balazos, caído en el suelo en una posición inverosímil, sobre un charco de sangre. Un asesinato a tiros, obviamente.

Levantó la mirada hacia Maugham y enarcó las cejas en un gesto de interrogación.

—Fíjese bien, señor Sheldon —insistió el jefe.

Entonces se dio cuenta. Notó una fuerte sensación en el pecho, no sabía si de emoción o de alivio. No era fácil reconocerlo, habían pasado muchos años, y la foto tampoco era perfecta. Pero era él, sin duda. El maldito torturador había caído finalmente. Después del daño que había infligido a tanta gente durante años, alguien había ajustado cuentas con el Ratón y lo había freído a balazos. Lástima que no había sido él mismo.

—Durante años soñé con esta cara —dijo simplemente—. Solo recordarlo me dan escalofríos. Espero que se pudra en el infierno.

—No me extraña que le den aún escalofríos, señor Sheldon. Era un hombre malvado,

como pocos he conocido. En todo caso, volvamos al asunto de la reunión, si no le importa. Esta foto nos la entregó hace un par de semanas un agente nuestro de Brasil. Desconozco cómo se hizo con ella. Como acaba de ver, el hombre muerto es el agente Rustam, alias el Ratón, alto funcionario de la inteligencia soviética uzbeka de hace más de dos décadas. No lloramos su muerte, naturalmente, pero hay algo que nos inquieta, y es que no es el primer crimen parecido que se ha producido en las últimas semanas.

Maugham rebuscó entre sus papeles y entregó a Sheldom las fotos de otros cuatro hombres muertos a tiros.

Gustav revisó las caras de las víctimas, pero no las conocía. En cada caso, en el pie de la foto, aparecían debajo sus nombres: Jupperlund, Rossellini, Swarkovsky, Merino... tampoco le sonaban de nada.

—No los conozco —dijo.

—Ya, entiendo, eso suponíamos. En realidad, las víctimas no tienen, aparentemente, relación con el Servicio, ni con el nuestro ni con el uzbeko actual, ni conexión alguna con personajes como el Ratón, al menos que nosotros sepamos, claro. Son jóvenes profesionales europeos de prestigio, del ámbito de la tecnología avanzada: ingenieros, médicos afamados, etc. Pero todas las víctimas tiene en común algo que resulta bastante curioso.

—¿Qué es? —preguntó Gustav.

—Que han sido asesinados por la misma persona.

Gustav, en un tic profesional inevitable, tomó de nuevo las fotografías de los cuerpos acribillados y las observó con atención. Efectivamente, el modus operandi del asesino había sido similar: un tiro en la cabeza y otro en el estómago. Salvo al Ratón Rustam, que había resultado acribillado, los otros podían haber sido muertos por la misma persona.

—Podía ser, aunque necesitaría más datos, claro.

—Pronto dispondrá de todos los datos que necesite, agente Sheldom —dijo Maugham.

—¿Qué quiere decir?

—Queremos que investigue estos asesinatos, y que atrape al asesino.

—Pero, ¿por qué yo? —dijo en voz un poco demasiado alta Gustav, entre el completo silencio de la sala—. Además, no tengo experiencia en investigaciones de esta naturaleza. Y hace mucho que estoy fuera de la actividad profesional, no hace falta que se lo diga. Me están pidiendo que busque una aguja en un pajar. El asesino es sin duda un profesional a juzgar por las imágenes, lo que quiere decir que no habrá dejado rastros claros. Los candidatos a criminal son muy numerosos, en realidad existen cientos de personas capaces de asesinar así, en cualquier parte del mundo. Sicarios, agentes secretos, policías corruptos, la lista es interminable. Yo no tengo capacidad para lanzar una investigación así.

Algunos de los presentes se intercambiaron miradas de inteligencia al escuchar a Sheldom. El jefe Maugham cedió el uso de la palabra a uno de sus compañeros, diciendo:

—Agente, le presento a Matheus Cornell, jefe de la brigada de investigación criminal de apoyo del Servicio. Adelante, Mathew, por favor.

—Buenos días, agente Sheldom. Todo lo que acaba de decir es cierto. Lo que sucede es que no será necesario investigar quién cometió los asesinatos, porque ya hemos identificado al autor de los crímenes.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—La agente Alecto, señor. Ella ha matado a todas esas personas.

Gustav Sheldom se quedó sin palabras, paralizado. En la sala nadie decía nada. Todos asumían que el agente necesitaría tiempo para digerir la información. Al cabo de un minuto,

Gustav dijo:

—Pero ayer me dijeron que la mujer había desaparecido sin dejar rastro, que nadie sabía nada de ella...

—Y era parcialmente cierto, agente —contestó de nuevo Maugham—. Pero la realidad es que siempre hemos sospechado que en su momento no se retiró del todo, y por eso hemos mantenido una línea de investigación y persecución abierta para intentar localizarla, pero debo reconocer que, salvo algunos indicios, nunca hemos conseguido saber su ubicación exacta. En resumen, siempre hemos estado cerca, pero nunca hemos tenido evidencias físicas suyas. Es una mujer inteligente y cuidadosa.

—Sin embargo —adivinó Sheldom—, con estos crímenes la situación ha cambiado.

—Exacto, más concretamente, con el asesinato de Rustam. En ese momento supimos inequívocamente de su existencia.

—¿Cómo saben que ha sido ella la asesina?

—En eso no hemos tenido la menor duda. Naturalmente, usted nunca lo supo, pero Alecto llegó a ser una profesional reconocida —y temida— dentro del servicio soviético. Mathew, por favor...

—La agente Alecto —inició el aludido en tono magistral— fue la principal encargada de las ejecuciones del servicio secreto territorial uzbeko durante tres años y medio. Se inició siendo aún muy joven. Su aspecto poco sospechoso le permitía acercarse a sus víctimas con facilidad, sin levantar sospechas. Tenemos documentadas un total de 18 ejecuciones perpetradas por ella en ese período de tiempo. Mataba a sangre fría, con rapidez y profesionalidad. Una auténtica especialista.

Gustav escuchaba, intentando distanciarse de lo que estaba oyendo. Obviamente, la chica ya cometía asesinatos cuando eran amantes. Prefirió no pensar en ello. Además, Katia ya no existía. Ahora solo existía Alecto, la maldita traidora, la que le había enviado al infierno sin pestañear siquiera.

—Naturalmente —prosiguió Matthew—, conocemos todos los detalles sobre sus métodos para matar, incluyendo el modus operandi, la altura y ángulo de sus disparos, cómo coloca los cuerpos, etc. Seguro que conoce el sistema.

—La firma —dijo Gustav en voz baja.

—Sí, la firma, lo que hace un asesinato personal e intransferible. En este caso, la identificación fue prácticamente inmediata, ya que los precedentes —sus ejecuciones— eran numerosísimos. Con la primera revisión visual de las fotos supimos que era ella. En cualquier caso, lo hemos estudiado con todo detalle, y hemos concluido que los cinco asesinatos son obra suya. No hay lugar a error.

—¿Y por qué tienen tanto interés en atraparla? Al fin y al cabo, imagino que cada policía local estará al tanto de los cinco asesinatos y habrá establecido una investigación. Es su cometido.

—Naturalmente, las policías de los países están investigando los crímenes. Pero déjeme que conteste primero con claridad a su pregunta: queremos atrapar a la agente Alecto porque pensamos que puede haberse quedado con el secreto de la inteligencia.

—Piensan que se lo llevó cuando cancelaron el programa... —dijo Gustav en voz baja.

—Creemos que sí. Ella y Rustam eran los candidatos más claros para hacerlo, si es que el programa genético tuvo algún éxito, claro. En realidad, esta posibilidad nos ha preocupado siempre, por eso llevamos años detrás de los integrantes del Servicio uzbeko de aquella época, sobre todo los que desaparecieron al cancelarse el programa genético. Específicamente, teníamos localizado al Ratón Rustam en Brasil, y pensábamos que Alecto le podía haber acompañado,

aunque a ella nunca pudimos detectarla. Además, tenemos otro dato importante: periódicamente, en esa área geográfica, se han venido produciendo contactos entre grupos paramilitares entre los cuales circula el rumor de la venta de un arma definitiva, algo nuevo. ¿Le suena?

—Desde luego, algo parecido fue lo que inició las investigaciones en la estepa asiática.

—Exacto, por eso pensábamos que Rustam y Alecto, que podían haberse llevado el secreto genético de la inteligencia, lo estaban intentando vender al mejor postor en Latinoamérica con discreción.

—Todo encajaba.

—Sí, pero el asesinato del maldito Ratón a manos de Alecto ha convulsionado la situación. Ya nada es igual. Ahora no sabemos a qué atenernos. Rustam estaba localizado, le podíamos detener cuando quisiéramos. Pero ahora el secreto —suponemos— está en manos de esa mujer, de la cual desconocemos casi todo. Tampoco sabemos por qué está matando tanta gente. Tal vez esté sucediendo algo importante que ignoramos. En todo caso, estamos ante un asunto de la máxima prioridad nacional. Si el secreto existe, ahora está en manos de Alecto. Debemos encontrarla y neutralizarla de inmediato.

—¿Y qué sabemos de los otros cuatro crímenes? ¿Hay alguna pista sobre su conexión con esta historia?

—Sinceramente, tuvimos noticia de los otros crímenes casi por casualidad, a través de una circular enviada por la policía de Madrid a INTERPOL, solicitando información de asesinatos limpios con disparos en rostro y estómago. Uno de nuestros agentes del grupo de coordinación con la policía, que conocía la historia, se interesó y nos envió las fotos. Como le decía, muy pronto sospechamos que había sido ella la asesina.

—¿Y cuál es la relación entre los casos?

—Honradamente, no lo sabemos. En principio, las víctimas europeas no parecen tener relación alguna con la antigua inteligencia soviética uzbeka. Son profesionales de éxito, gente bien preparada, triunfadores. Una posibilidad es que hayan estado relacionadas con el posible proceso de venta del secreto genético. Tal vez eran mediadores y las cosas se torcieron, en fin, algo habrá sucedido, pero no sabemos qué.

Gustav Sheldon interrumpió sus preguntas. Su mente asimilaba a toda velocidad la información. Ahora veía con mayor claridad la situación. Pero aún quedaba un flanco abierto.

—Ha dicho que la policía investiga los crímenes...

—Ah, la policía..., sí, por supuesto —dijo Maugham—. Naturalmente, nosotros no vamos a entorpecer las investigaciones, todo lo contrario. Al fin y al cabo, estamos en el mismo bando. Vamos por partes: en Brasil, las fuerzas de seguridad casi han abandonado el asunto, lo consideran una venganza, un crimen más de algún sicario. Sin embargo, aquí en Europa la situación es distinta. La línea de investigación actual más avanzada está centralizada en un equipo ubicado en Madrid, dirigido por una policía alemana llamada Diana Jaeger, y coordinado por INTERPOL. Hemos hablado con ellos, les hemos comunicado nuestro interés en los casos, y hemos creado un mecanismo de coordinación entre su equipo y el nuestro. Próximamente, vamos a comunicarles nuestra certeza de que la autora de los crímenes (de los cuatro que investigan) es una antigua agente soviética de origen uzbeko, y les solicitaremos en contrapartida sus novedades. Naturalmente, la información será dosificada con arreglo a los criterios de seguridad habituales. En paralelo, nosotros continuaremos con las investigaciones, por supuesto.

“Por supuesto”, pensó Gustav. Las relaciones de los servicios secretos con las distintas policías no siempre eran fluidas. Los agentes del Servicio eran hombres resolutivos. Lo primero era la seguridad nacional y lo segundo, las leyes. Si Alecto era localizada, las acciones de captura

se tomarían a nivel muy alto, dando prioridad a los intereses nacionales. Esto significaba, normalmente, que un comando de especialistas la capturaría a cualquier precio. Como solían decir en la etapa de formación de los agentes, cuando entras al asalto en una casa no tienes tiempo para informar de los derechos a los que te reciben a tiros.

—Si acepto el caso —dijo Gustav pensativo— supongo que dispondré de un equipo de apoyo.

—El mejor, se lo garantizo —respondió de inmediato Maugham—, y tendrá todo el soporte del Servicio.

La sala quedó en completo silencio. “Y ahora debo tomar la decisión —pensó Gustav—. Si acepto, las próximas semanas las dedicaré a perseguirla”. Recordó su sonrisa cuando la conoció, y su pelo rizado, y su ojos negros... “Adiós, Katia —pensó—. En realidad, hace mucho tiempo que te fuiste. Cada grito de dolor y de rabia que he dado en estos años te ha matado. Ahora eres Alecko, la agente asesina, la persona que me vendió. Ahora eres una criminal. Y voy a ir a por ti”.

—Acepto la misión —dijo Gustav con voz segura.

2ª parte



# 1

—¿Y cómo es la vida en Alemania? —preguntó Arturo Goikolanda a Diana Jaeger—. ¿Es un buen sitio para vivir?

La mujer abrió las manos y compuso un gesto que indicaba que la pregunta era muy amplia, excesiva para una respuesta rápida.

Se encontraban en una cafetería de la madrileña calle de Fuencarral, sentados en una mesita tomando sendas infusiones: ella de menta, él de té. Venían de la tienda especializada Vino & Compañía, ubicada en la cercana plaza Olavide, en donde Diana, aconsejada por Arturo, acababa de comprar un pack de dos botellas de un excelente Marqués del Riscal, para un regalo de compromiso.

—Hombre —respondió la mujer—, Alemania es un lugar muy civilizado. Si consideramos las posibilidades que ofrece hoy el mundo, será uno de los mejores destinos con los que puede soñar un ser humano.

—Hummm, buena respuesta. Desde luego, sin duda es preferible vivir en Berlín que en un pueblo de Angola. Pero yo no me refería a algo tan profundo. Pensaba más bien en los aspectos cotidianos, el estilo de vida, la comida, las costumbres... Veamos, si comparamos Berlín, tu ciudad, con Madrid, ¿cuál te gusta más?

La mujer pareció pensar unos segundos la respuesta y dijo finalmente, con aire de triunfo:

—Es que son distintas. No se pueden comparar. En Alemania la gente tiene otro estilo, es más ordenada y respetuosa, no sé... habla en voz más baja, por ejemplo.

—Ya —interrumpió Arturo con acento escéptico—. El alemán “cabeza cuadrada”, ciudadano ejemplar y trabajador incansable. Y ahora me vas a decir que en una taberna cervecera de Munich, después de trasegar unas cuantas pintas, los alemanes habláis en voz baja. ¡Anda ya! Por no hablar de las fiestas que montan tus compatriotas en la Costa Brava...

—De acuerdo, al final todo el mundo se parece, estoy de acuerdo. Pero yo te digo que los españoles habláis demasiado alto. En algunos restaurantes o bares hay que gritar para hacerse entender. En Berlín la gente vuelve la cabeza cuando alguien sube el tono.

—Eso es porque sois unos sensibles...

La mujer sonrió ante la ligera pulla del vasco. Lo observó unos segundos. El hombre era bajito y regordete, pero desde luego tenía su encanto, incluso con sus extrañas y ridículas citas. Además, siempre parecía estar de buen humor. “Como los gnomos”, se dijo con malicia. Sonrió ante la similitud, incluso física. Sí, le caía bien. Qué pena que la vida fuera tan complicada.

Arturo sonrió también ligeramente, contento al ver el gesto complacido de Diana. La verdad es que la chica era simpática. Y, por cierto, estaba francamente buena. No le importaría tener un lío con ella. Claro que era policía, lo cual dificultaba las cosas, pero también añadía morbo. Se la imaginó metiéndose en la cama — mientras él le esperaba ya acostado— en ropa interior y con un pistola en la liga... se le escapó la sonrisa tonta mientras imaginaba la escena.

—¿En qué piensas? —preguntó ella con cara de inteligencia—. Debe ser algo divertido.

—Bah, no te lo creerías si te lo contara.

—Te equivocas, sí me lo creería —dijo ella con voz de flirteo.

“¡Por Dios, que parecen leer el pensamiento”, reflexionó Arturo un poco alarmado.

El timbre ratonero y molestón de un móvil hizo dar un respingo al hombre, e interrumpió la escena. Diana, impávida, lo cogió y, retirándose un poco, habló en voz muy baja durante unos minutos. A continuación, volvió a la mesa y dijo:

—Era Juan Carlos. Me dice que acabamos de recibir por correo el *dossier* sobre los crímenes que nos prometieron los ingleses.

—¿Lo ha leído? ¿Tiene alguna novedad importante?

—Lo ha ojeado. Y sí, tiene novedades relevantes. Por lo visto, nuestros amigos espías han identificado al autor de los crímenes.

—¿Una agente secreta soviética? —dijo Arturo con los ojos muy abiertos.

Los tres investigadores se encontraban en la sala de trabajo habitual de la Jefatura, con tres copias abiertas del dossier enviado por los agentes ingleses.

—Uzbeka, para más señas —dijo Diana.

—Pues yo no sé ni dónde demonios está Uzbekistán, la verdad —dijo Arturo.

—Yo tampoco —apuntaló Juan Carlos—. Me suena que está por Asia.

La alemana no pudo menos que sonreír ante el alarde de ignorancia. Asia era un poco grande para ubicar algo en ella...

—Te suena bien, Juan Carlos. Está en la estepa del Asia Central. El lugar de origen de mi familia no está excesivamente alejado de allí, a menos de mil kilómetros hacia el norte, lo cual en Asia no es demasiado. Mis abuelos y mi madre son de Tyukalinks, un pueblo cercano a Omks, en el sur de Siberia. Justo debajo de esa zona está Kazajistán, y más al sur aún, está Uzbekistán.

—Eres siberiana —dijo un poco asombrado Arturo.

—Soy alemana, amigo mío. Pero sí, mi familia materna proviene de esa zona. Yo solo he estado por allí un par de veces, visitando a mis abuelos. Lamentablemente, tanto ellos como mis padres murieron hace años y no he vuelto nunca.

—¿Y qué tal es todo aquello? —preguntó Juan Carlos con tono de cierto interés.

—Sinceramente, prefiero Berlín. En esa zona hace habitualmente un frío espantoso. Y siempre hay nieve por todas partes, la vida se hace dentro de las casas. Tienes que ser nativo de aquella región para que te guste.

—¿Y conoces Uzbekistán? —preguntó Arturo.

—Solo el aeropuerto de Tashkent, la capital. En una ocasión pasé allí una noche, en un transbordo internacional. Es decir, no conozco nada.

El silencio se impuso de pronto en la sala. Verdaderamente, el informe inglés era impactante. Era sencillamente increíble que una mujer de la antigua inteligencia soviética —la tal Alecto, desaparecida hace años— se hubiera presentado de pronto en Europa para liquidar en unas semanas a varias personas de brillante trayectoria profesional.

—Es una cosa rarísima, la verdad, no lo entiendo —se lamentó en voz alta Arturo—... ¿Qué hace aquí una antigua espía rusa?

—Bueno —inició Juan Carlos tímidamente—, el informe da alguna pista, de hecho habla de un extraño programa genético de aquella época en el que pudo estar involucrada la agente.

—Sí, es cierto —dijo Arturo Goikolanda—, pero lo que está claro es que la inteligencia inglesa se reserva información. En mi vida he leído un informe más ininteligible. Si yo quisiera

ocultar información redactaría un texto como el británico. Es una obra de arte. Heráclito el Oscuro la habría firmado sin dudarlo.

—¿Heráclito, el de Panta Rei? —dijo Juan Carlos.

Arturo abrió los dos ojos como platos, mientras observaba al policía. ¿Sería posible que aquel funcionario sobrio y gris hubiera leído al gran filósofo heleno?

—¡Sí, señor, Juan Carlos —contestó emocionado—, el de Panta Rei, es decir, todo fluye! No sabía que te gustara la filosofía...

—Bueno, sinceramente, ha sido casualidad. Mi hija tuvo esa lección en el colegio anteaayer y nos contó la historia a Sonia, mi mujer, y a mí. También creo que dijo algo de un río o de la corriente, ¿no?

—Nadie se baña dos veces en el mismo río —dijo Arturo con acento magistral.

—Eso es, exacto, muy buena frase. Bueno, yo de filosofía no sé mucho, más bien casi nada, pero reconozco que estos tíos eran ingeniosos.

—Sí, es cierto —dijo el vasco un poco desilusionado con los magros conocimientos reales de su compañero—, eran personas muy interesantes. Y tú al menos te has fijado en lo que decía uno de ellos. Mira, tal vez le puedas contar a tu hija que a ese hombre, a Heráclito de Éfeso, lo apodaban el Oscuro por lo intrincado de su lenguaje. En una ocasión...

—Perdón, muchachos —dijo Diana con un carraspeo—, siento interrumpir, pero tal vez deberíamos centrarnos en nuestro asunto. Luego nos cuentas lo de Heráclito, Arturo, seguro que es muy interesante...

—Por supuesto —dijo este un poco azorado—, lo siento, volvamos al tema que nos ocupa. Yo comentaba hace un momento que no entendía por qué una espía rusa está en Europa matando gente joven sin relación aparente con la antigua URSS. Suena extraño, ¿no?

—Desde luego que suena extraño —dijo Diana—, pero es lo que está sucediendo, y los motivos pueden ser muchísimos. Por ejemplo, puede suceder que la agente necesite dinero y que haya aceptado un encargo para matar a esos tipos. En fin, que se haya convertido en una asesina a sueldo, sin más. O que haya perdido el juicio (lo cual no sería el primer caso en exagentes secretos)..., ¡qué sé yo! Lo que está claro es que existen mil posibilidades y explicaciones, y no merece la pena elaborar ahora conjeturas. Lo que tenemos que hacer es seguir investigando. En este momento disponemos de varias líneas de investigación importantes que debemos analizar.

—¿Lo del programa genético que comentaba Juan Carlos puede ser relevante? —preguntó Arturo.

—No lo sé —contestó la alemana—, sinceramente, pero es una posibilidad. Los ingleses han sido muy escuetos en su informe. Mencionan un programa genético innovador, con potencial militar, pero no dicen en qué consistía exactamente. Tampoco indican la relación de Alecko con el mismo. No sabemos si simplemente lo conocía, o si formaba parte de la seguridad del programa, o si lo comercializaba en Europa, o incluso si era una usuaria...

—Son muchas preguntas y pocas respuestas —dijo Juan Carlos con aire práctico—. Y creo que tenías razón con lo que decías hace un minuto, Diana. Lo que tenemos que hacer es investigar. Disponemos de algunos caminos a seguir muy claros...

Se hizo un silencio breve, mientras los tres reflexionaban sobre cómo abordar la investigación, sin olvidar o retrasar nada, pero sin perder el tiempo explorando cosas baldías o metiéndose en callejones sin salida. No siempre resultaba fácil identificar las líneas de acción correctas.

—Metis y Uzbekistán —dijo sin inflexión Diana—. Esas son nuestras líneas de acción.

El pequeño grupo permaneció callado, mientras las tres palabras flotaban en el aire. “¡Qué

admirable capacidad de síntesis la de la alemana!”, pensó admirado Arturo, “tenía razón Robert Burton, *solo la brevedad conquista*”.

—Estoy de acuerdo —exclamó por fin Juan Carlos—. Son las dos áreas de trabajo más claras. ¿Cómo nos organizamos? ¿Nos coordinamos primero con los ingleses? —dijo con un tono irónico, mirando a Diana.

—Por supuesto que no —dijo como un relámpago la mujer—. Ellos trabajarán de manera autónoma completamente, con sus propios canales de información y su dinámica interna. No van a esperarnos, ni a regalarnos nada.

—Bueno, nos han dado un informe... —dijo en voz baja Arturo.

Juan Carlos miró a Diana Jaeger y contestó al ingeniero:

—Diana tiene razón, Arturo. Tú no conoces a la gente de los aparatos de Inteligencia. No me refiero a los ingleses, sino a los de cualquier país. Están acostumbrados a regirse con reglas especiales, hechas solo para ellos, aduciendo criterios de seguridad, asuntos importantísimos y vitales que afectan a todo el país y que los simples mortales nunca entenderemos. Incluso dentro de un mismo país los servicios secretos y la policía no siempre se llevan bien. Si encima hablamos de países diferentes, la cosa es aún más tensa. Es mejor no fiarse de ellos. Es verdad que nos han pasado un dossier, pero puedes estar seguro que no han incluido en el mismo todo lo que saben. Nosotros trabajaremos por nuestro lado, con nuestros informadores y recursos, y nos coordinaremos a posteriori. Pero piensa que cualquier información que le demos al MI6 deberá estar aprobada por las autoridades policiales españolas y europeas. De hecho, nuestros equipos de la Jefatura de Madrid están ya preparando el dossier de respuesta, con nuestros datos. En principio, además de dar la información general más relevante, sobre la relación entre las víctimas les vamos a decir que todas pertenecían a algún tipo de asociación cultural que aún estamos investigando.

—Entiendo —dijo el vasco un poco sorprendido—, cumplimos aportando información, pero no damos aún detalles —en este caso sobre la naturaleza del Club IQ— y así investigamos nosotros primero, sin interferencias.

Ambos policías sonrieron a la vez, mientras le miraban. Desde luego, el civil iba involucrándose cada vez más en la dinámica del trabajo policial.

—Cada vez tienes más cara de polizone —dijo Juan Carlos.

Arturo sonrió ante el comentario.

—¿Y qué plan de trabajo tenemos entonces? —preguntó—. ¿Qué investigamos primero?

—Todo a la vez —respondió Diana—, que no podemos perder ni un minuto. Hay que avanzar en paralelo, e ir coordinando los temas sobre la marcha. Vamos a repartirnos las tareas, si os parece.

—Perfecto —dijo Juan Carlos—, ¿cómo lo hacemos?

La mujer se tomó unos segundos para reflexionar y contestó con seguridad:

—Arturo investigará el club Metis que, al fin y al cabo, son de su mismo entorno profesional —y añadió mirándole con cierta sorna—: seguro que te entiendes estupendamente con ellos.

—¿Y voy a llevar la investigación yo solo? —preguntó el ingeniero en tono lo más neutro posible.

El otro policía, Juan Carlos, miró a la mujer interrogativamente. La pregunta era pertinente, desde luego. En principio, Arturo solo era un civil, no tenía permiso para investigar por su cuenta. Lo lógico era que trabajara con alguien de la policía, por si acaso cometía algún error.

—Por ahora, sí —contestó la alemana—. Pero no vas a hacer labor de campo, no te preocupes. Tal vez algo de teléfono, y en ese caso te pido que lo hagas con discreción. En resumen, lo que quiero es que utilices sobre todo Internet para recabar datos sobre los famosos clubes IQ, qué tipo de personas se apuntan, a qué se dedican, quiénes son sus cuadros dirigentes. A continuación, céntrate en el momento en que se produjo la escisión del club inicial para crear el Metis. Esa será la clave, ya que es evidente que todas las víctimas se apuntaron a ese nuevo club por algún motivo, tiene que haber algo que se nos escape y que sea una relación muy clara entre ellos. Y para investigar, utiliza toda la capacidad de la red, desde los foros tradicionales como Facebook, Twitter o LinkedIn, hasta los blogs especializados científicos o económicos que probablemente uses tú mismo. Y naturalmente, métete en los foros, bitácoras y blogs de superdotados. A las personas inteligentes les gusta presumir y mostrar su capacidad, y eso solo lo pueden hacer con gente similar a ellos. Seguro que los ‘listos’ utilizan sesiones telemáticas particulares para contarse sus descubrimientos e inquietudes, o simplemente para demostrar lo brillantes que son. Y me jugaba algo a que la escisión del club Metis fue algo impactante y emocionante para ellos en su momento. Probablemente, el tema fue la comidilla de la comunidad de superdotados durante semanas. Y esa información puede ser un filón para nosotros. Quiero que bucees en esas conversaciones y que extraigas de allí todo lo que necesitamos. Analiza lo que dijeron sin dejarte nada: opiniones, cotilleos, lo que sea. Quiero saberlo todo. Y tienes 3 días.

Arturo sonrió internamente ante la avalancha de tareas que se le venía encima. Desde luego, se le veía que a la policía le gustaba mandar. Y tenía que reconocer que lo que le había pedido (u ordenado, más bien) era una idea excelente. Seguro que encontraba algo sobre el club Metis en la inmensa maraña de información, opiniones, datos y conversaciones que flotaban en Internet, la malla informática mundial. La clave era centrarse en la fecha de la escisión. Y dedicar al asunto muchas horas, claro.

—De acuerdo —dijo con sobriedad—, por mi parte no hay problema. Me parece bien lo que has dicho.

La teutona se esponjó satisfecha, complacida por haber quedado bien en su papel de líder de la reunión. Continuó.

—Excelente. Mientras tanto, Juan Carlos y yo iremos a Uzbekistán, e investigaremos in situ la situación. Es mejor no esperar milagros, pero nunca se sabe. Tal vez por allí alguien aún recuerda a esa mujer. Iremos a la policía, y también al Departamento de Exteriores. Al fin y al cabo, la mujer pertenecía teóricamente al cuerpo diplomático soviético. Le pediré hoy mismo al jefe Semper que nos indique los contactos y que nos allane el camino, para que nos atiendan correctamente.

Diana miró su reloj, con aire de urgencia. Eran las 17:30 h. Esta tarde estaba ya perdida para contactar con nadie. Semper iniciaría sus gestiones a primera hora de la mañana y ellos podrían volar a Tashkent como muy pronto al mediodía de mañana.

—Juan Carlos —dijo mirando a su compañero—, saldremos mañana a primera hora de la tarde. Estaremos allí dos días y quedaremos de nuevo aquí mismo al tercer día, a las 8 de la mañana, para compartir la información con Arturo, y ver las nuevas líneas de acción. ¿Todo el mundo tiene claro lo que hay que hacer?

Los dos hombres asintieron. Les esperaban días de mucho trabajo.

El autobús de la ruta 23 hacia Westbourne Park giró pesadamente hacia la acera, y se detuvo en la céntrica parada londinense de Vauxhall, en donde un numeroso grupo de personas lo esperaban, arracimados en la marquesina, eludiendo la lluvia. Gustav, haciendo cola con el resto de la gente, accedió al vehículo al cabo de unos minutos y pagó acercando su tarjeta Oyster al lector, escuchando el familiar pitido de retorno. Avanzó después por el atestado medio de transporte, buscando una ubicación al fondo. La gente observaba su rostro y retiraba inconscientemente la mirada. Hasta ahora, el agente no había sido consciente del repulsivo aspecto de su cara, plagado de cicatrices, ya que en prisión la estética era irrelevante. Por eso le sorprendía y molestaba los gestos de sorpresa y rechazo de la mayoría de las personas, desconocidos o no, cuando lo veían por primera vez. “Tal vez deba recurrir a la cirugía estética para normalizar un poco mi aspecto”, pensó. Al fin y al cabo, cuando era joven muchas mujeres lo consideraban bastante guapo. Sonrió internamente ante el pensamiento. De eso hacía mucho tiempo. Ya tenía 52 años, y era evidente que su aspecto físico no era ya el de antes, mucho menos con las cicatrices. Pero tampoco era tan viejo. Quizás podría intentarlo aún con alguna mujer. Naturalmente, al salir de la prisión había visitado ya algún local de luces rojas: alcohol, reservados de cortinas opacas, risas y muchachas complacientes. Sorprendentemente, a pesar de la larga abstinencia, la experiencia con las chicas no le había resultado demasiado agradable. En realidad, nunca le habían gustado las prostitutas, con sus ridículos fingimientos y halagos cuando departían con sus clientes, a los que trataban como a mandriles inanes sedientos de sexo. Claro que, por su parte, los hombres trataban a las putas con indisimulado desprecio, como si fueran muñecas hinchables con las que uno podía hacer lo que le viniera en gana. Todo la transacción mercantil sexual era, en suma, desagradable y ramplona. No merecía la pena, salvo casos excepcionales. Y salir de la cárcel, desde luego, lo había sido. Pero él buscaba más bien una compañera estable, una mujer normal, para compartir su vida. Suponía que no sería nada fácil a su edad y con los traumas y taras que probablemente arrastraba después de su largo período de prisionero, pero se podía intentar. ¿Por qué no?

Encontró un asiento libre al fondo. Desde allí contempló las calles lluviosas de la ciudad, atestadas de coches y llenas de ruido. Atravesaba Edgware Road, en Bayswater. Desde allí se podía contemplar el imponente oasis verde de Hyde Park, justo a la altura del Speakers corner, desde donde uno podía pronunciar el discurso de su vida ante los muchos o pocos paseantes del parque, generalmente indiferentes. Gustav sintió un aguijonazo de nostalgia y de tristeza. En su juventud había jugado con la idea de hablar en esta tribuna e incluso llegó a escribir una pequeña conferencia que nunca llegó a presentar. No recordaba ni de qué trataba el discurso, seguramente de alguna tontería propia de los dieciocho o veinte años. Mientras contemplaba la avalancha de coches que saturaban las vías urbanas entre una neblina difusa, haciendo avanzar a paso de tortuga al autobús de dos pisos, sintió ganas de llorar. “Me han robado la juventud —pensó—, y nadie me la devolverá ya jamás, pase lo que pase. Solo soy un hombre extraño y viejo que no sabe ni quién

es. Un agente secreto fuera de sitio, que busca a una asesina a la que un día amó. Toda la situación es como para tirarse por un balcón”.

El giro rapidísimo del bus londinense para acercarse a una nueva parada sorprendió a Gustav, que tuvo que agarrarse a la barra del asiento que tenía delante. Este movimiento lo espabiló de sus negros pensamientos. “Bueno, si he sobrevivido a la cárcel, seré capaz de adaptarme a la vida en libertad, digo yo. La vida siempre sigue, y lo pasado, pasado está”, reflexionó con algo más de optimismo.

Al cabo de unos minutos, el poderoso vehículo de dos alturas se acercaba ya al área de Paddinton. Aunque faltaban un par de paradas para llegar a su casa —situada en Westbourne—, Gustav decidió apearse, y realizar el resto del trayecto a pie. Andar libre por la ciudad era algo que le encantaba, incluso en días lluviosos como este. Había pasado demasiado tiempo encerrado y vagar sin rumbo por las calles le parecía un privilegio. Además, Paddinton le parecía un barrio muy agradable, con sus calles llenas de parterres y sus casas bajas de tejados empinados, como las de los cuentos. Casi todas contaban con un pequeño jardín de acceso, una verja de hierro, y cuatro o cinco escalones de acceso hasta la puerta de entrada. Todo inconfundiblemente británico.

Abrió su paraguas y caminó con decisión hacia su barrio, inclinando su cuerpo hacia delante para protegerse mejor de las gotas. “Han borrado información relevante sobre Alecto”, se dijo de pronto, como si la idea hubiera aterrizado en ese mismo momento sobre su cabeza, casi con vida propia. Al parecer, su cerebro de agente secreto se había activado, y había llegado a esa conclusión.

Una ráfaga de viento aplastó su paraguas, combando durante unos segundos la tela hacia adentro, mientras el hombre sujetaba la varilla con las dos manos.

Naturalmente, lo que acababa de decirse a sí mismo no era una novedad. Cualquier idiota sabía que muchos de los agentes secretos de la antigua URSS se habían acogido a un programa internacional de Protección Integral a Personas, en virtud del cual se les había incorporado a la vida civil con discreción y de la manera menos traumática posible. A la comunidad internacional no le convenía dejar en la calle a cientos o miles de exagentes soviéticos, vendiendo sus secretos al mejor postor. Había que ordenar la reconversión de la inteligencia soviética y ese programa era una buena alternativa. El acuerdo formal había sido tomado en la última cumbre del G—8 a la que había asistido Gorbachov representando a la URSS, ya en práctica desintegración. Gestionado por uno de los innumerables organismos internacionales de cooperación de Servicios de Inteligencia, se ofreció a los agentes soviéticos que lo deseaban cobertura legal para iniciar una nueva vida, siempre que se comprometieran a no difundir los secretos que conocían y otras condiciones similares. La mayor parte de los agentes había aceptado el ofrecimiento, aunque fueron también numerosos los que se habían incorporado sin más a los nuevos servicios secretos de las nacientes Repúblicas. Alecto había pertenecido al primer grupo. Al desaparecer el KGB se había acogido al programa de Protección a Personas, se había hecho con una nueva identidad y destino geográfico, y, en el año 1991, había desaparecido. Esta información la conocía ya desde el primer día de la investigación —hacía una semana—, ya que constaba en los archivos clasificados del MI6 relativos a los exagentes soviéticos.

Gustav consiguió girar la muñeca mientras sujetaba el paraguas para ver su reloj. Eran las 19 h. La lluvia no cesaba y él en realidad no tenía prisa, así que entró en un Pub cercano —el Lion’s Paw—, y pidió una pinta de cerveza:

—*Would you rather like bitter o lagger, sir?* —dijo el camarero.

—*Lagger, please.*

Una vez sentado en una esquina del local, con su jarra apoyada en la mesa, Gustav volvió

a sus pensamientos. Sonaba *Die in your arms*, del insufrible Justin Bieber.

Había algo que le molestaba en relación con la información que le habían entregado sus compañeros del MI6 sobre la exagente, y en la que se describían sus labores oficiales dentro del engranaje soviético. La información se detenía a partir del año 1991. Es decir, le contaban lo que él ya sabía, pero nada más, y lo que le preocupaba por insólito era el nivel de clasificación de la información. En los servicios de inteligencia de todo el mundo la información se clasificaba en 4 niveles, dependiendo de su nivel de peligrosidad para el Estado: Nivel 1: Restringida, que era la que no debe mostrarse a la opinión pública para evitar riesgos a la seguridad; Nivel 2: Confidencial, que era información cuya difusión se consideraba ya ‘peligrosa’ para la seguridad del país; Nivel 3: Secreta, cuya divulgación podía causar ‘daños gravísimos’ a la estabilidad y seguridad del Estado; y Nivel 4: Alto Secreto, que era aquella información cuya publicidad podía literalmente ‘quebrar’ al Estado entero, por lo que no debía ser divulgada bajo ningún concepto. La salvaguarda de todo este entramado de datos correspondía en cada país, naturalmente, a los servicios de inteligencia. En el Reino Unido existían varias agencias de inteligencia, pero las más importantes eran: el MI6 o Inteligencia exterior (a la que pertenecía él mismo), el MI5 o Inteligencia interior, y el DIS o Inteligencia militar. La coordinación de todas las agencias de inteligencia británicas correspondía al JIC, básicamente un comité formado por técnicos, representantes de los ministerios y el propio presidente del Gobierno.

La información relativa a Alecto a cuyo contenido había podido acceder era de Nivel 2 ó Confidencial, pero se especificaba que existía información de mayor nivel de clasificación (Secret o incluso Top Secret) no accesible. ¿Por qué existía esta información sumamente sensible sobre Alecto? No lo sabía. Sin embargo, todo indicaba que el programa de Protección a Personas al que se había acogido esta mujer tenía mayor calado que el de un simple agente soviético al que le habían recolocado en una ciudad uzbeka con otro nombre y encargado de la seguridad de un supermercado. De eso nada. La agente asesina había negociado algo mejor con el Comité del Programa Integral de Protección, y seguramente, a cambio de una información delicada e importante de la naturaleza que fuera. Y todo esta información sensible constaría en los archivos de su propia organización MI6, pero no podía acceder a ella. Eran las reglas.

Sintió un ramalazo de frustración, al que calmó con un largo trago de cerveza rubia. Era increíble, perseguía a una asesina en serie y no podía averiguar datos relevantes sobre ella, tal vez incluso su paradero actual. “Maldita sea, tengo que buscar una solución”. Intentó poner la mente en blanco. Se concentró en la música. Ahora sonaba *Someone like you*, de Adele, con su poderosa voz de *soul*. Era de las pocas canciones que le gustaban ahora mismo. ¿Qué había sido de grupos como Duran Duran, o U2? Eran muy buenos, pero ya no se oían en absoluto. Por no hablar de Michel Jackson o de Witney Huston, que se habían quedado en el camino, muertos siendo aún jóvenes. Mientras seguía escuchando la canción de amor imposible de Adele, una idea fue germinando en su cerebro. No debía buscar en el canal oficial de datos, allí todo estaba cerrado a cal y canto. Debía encontrar una vía alternativa para encontrar información. Alguien que conociera a Alecto y que estuviera dispuesto a hablar, de manera natural y sin clasificación o impedimento alguno.

La canción terminó y, durante los breves instantes de silencio que precedieron al inicio de la siguiente, el cerebro de Gustav ya tenía una idea clara y concreta: debía salir de viaje.

Las respuestas no se encontraban en Londres. Estaban en Uzbekistán, y allí era donde debía ir.



Vista desde el aire, desde la minúscula ventanilla del avión, la ciudad de Tashkent no parecía haber cambiado demasiado en estos últimos años. Desde luego, había ganado en amplitud, pero el característico perfil bajo de las edificaciones se mantenía, y también seguía dominando el *skyline* la esbelta torre de la televisión. Sin embargo, había bastantes zonas nuevas, con edificios modernos de arquitectura más audaz que los sempiternos bloques de hormigón, y también más zonas verdes, al menos eso le pareció en una ojeada rápida.

En realidad, solo habían pasado cuatro meses desde su furtiva salida de Uzbekistan, y ya volvía a entrar en este país. Por supuesto, en aquel momento no se había detenido a observar la ciudad. El tiempo era algo muy extraño, reflexionó el agente, durante décadas su vida en prisión había sido una sucesión de insípidas rutinas idénticas entre sí y en pocos meses, en cambio, su existencia había cambiado de manera radical. Ahora era un hombre libre. Aún le costaba asimilar este concepto. Naturalmente, no habría problema alguno en relación con su pasaporte. Todo había sido ya explicado y pactado con las actuales autoridades uzbekas. Él era ahora un respetable diplomático inglés, y el gobierno de su Graciosa Majestad, por su parte, renunciaba a pedir explicaciones al gobierno uzbeko por su largo cautiverio que, en todo caso, Uzbekistán no reconocía. Por lo tanto, no habría preguntas ni aclaraciones.

En efecto, después del aterrizaje, Gustav atravesó sin incidencias el control de pasaportes y tomó desde la salida del terminal un taxi para el hotel Poytaht, ubicado frente a la plaza Amir Timur, en pleno centro de Tashkent. El trayecto hasta el mismo duró en torno a una hora, a pesar de que apenas 15 km. separaban el aeropuerto de la ciudad. La modesta urbe había crecido mucho en estos años. Desde la parte trasera del vehículo, Gustav comprobó que el tráfico y el ruido era incesantes, con bocinazos, vehículos que se cruzaban sin ton ni son de un carril a otro de las vías y, sobre todo, se dio cuenta que habían surgido por todas partes, como de la nada, modernas autopistas de varios carriles, que se cruzaban en anchos *scalextrix* sobre puentes y pasos elevados. Aquello parecía Manhattan en pequeño. Era obvio que la ciudad de Tashkent que él había conocido había muerto. Veinticinco años era demasiado tiempo.

Anochece cuando llegó a la recepción del hotel. Se registró y encargó un coche de alquiler para las 8 de la mañana del siguiente día. Ahora cenaría en el Hotel y se acostaría pronto. Mañana era un día importante. Si las cosas le salían bien, avanzaría enormemente en la investigación. En caso contrario, comenzarían las dificultades. Mientras subía hacia su habitación en el moderno ascensor de cristal del Poytaht, desde donde se veía durante el ascenso el majestuoso vestíbulo del hotel, recordó otro día también en Tashkent, hacía mucho tiempo, cuando subió con ella a otra habitación del modesto hotel Commodore. La congoja le atenazó. Habían pasado casi treinta años desde aquel día. Él había decidido marcharse, y ella le había dejado. ¿Habría cambiado algo si él se hubiera quedado con ella, aquí en Tashkent, o donde fuera? ¿Le faltó valor, o aquello fue un acierto? Por Dios, ¿cuándo se había convertido ella en una asesina? ¿Mientras estaba con él? Había pensado muchas veces en ello. Tal vez si en aquella habitación del Commodore él se hubiera ofrecido para compartir su vida, todo habría cambiado y ella no habría tomado el camino oscuro, lo que en su profesión por cierto no era tan difícil. Quizás, si él la hubiera cortejado aquel día, todo habría sido distinto. Ella podía haber sido hoy una honrada funcionaria con horario de oficina en el Foreign Office, casada con el agente Gustav Sheldon, y con tres hermosos hijos —dos chicos y una chica— que habrían crecido felices en una hermosa casa de campo en Chelsea, y que ahora estudiarían en la universidad.

Sí, tal vez todo habría sido así. O tal vez no. Ya daba igual.

Mejor no pensar. Lo único que importaba era que él había vuelto para seguir su rastro.

El día siguiente amaneció con un cielo límpido, azul y frío. A pesar del mapa que había encontrado en el salpicadero del coche de alquiler, le costó más de una hora salir de Tashkent y tomar la carretera secundaria que llevaba hacia Chirchick. En el mostrador de la empresa de arrendamiento de vehículos había despreciado con un gesto de desdén la oferta de instalación de un navegador portátil, y ahora estaba arrepentido. Lo había hecho, en parte, porque aún no conseguía familiarizarse con los nuevos artilugios electrónicos e informáticos. Por otro lado, en sus tiempos todo se hacía con mapas y nunca había tenido mayores problemas, pero la gran ciudad actual lo había engullido con sus nuevas carreteras, sus dobles sentidos y sus direcciones obligatorias. Un auténtico laberinto. Pero ya había conseguido salir de la urbe. Ya estaba en la dirección correcta, hacia el Noreste.

Pronto la carretera se hizo más estrecha, con mucho menos tráfico y un ambiente más rural. Casi todos los pueblos que atravesaba eran apenas un conjunto de casas bajas, sencillas, aglomeradas en torno a la carretera, que hacía las veces de calle mayor. Hacia el lado opuesto a la vía, las edificaciones estaban abiertas hacia el horizonte a través de un terreno amplio en el que pastaba algún caballo, junto a perros y a esporádicos patos. Los lugareños que se encontraban paseando —o sentados— junto a la carretera levantaban la mirada cuando pasaba el coche, y algunos movían incluso el brazo en señal de saludo.

Al cabo de una hora, dejó a su izquierda la población de Chirchic y siguió hacia el este, por una carretera vecinal. Diez minutos más tarde, justo al culminar una pequeña cuesta, hacia la derecha, apareció el letrero que estaba buscando. Era una señal vieja, cuadrada, de un verde descolorido con las letras blancas oxidadas, aunque legibles. Decía, sin mayor indicación, Yoskandar, y su posición marcaba un camino estrecho.

El veterano agente siguió la pequeña vía, llena de baches y piedras, y al cabo de unos quinientos metros, vislumbró la casa.

Se trataba de una casona de campo, fea, gris, de estructura robusta, planta cuadrada y tres pisos con amplios ventanales. Estaba circundada por un terreno amplísimo de hierba corta, ganada al bosque que se veía al fondo. Desde la posición de Sheldon, el conjunto se recortaba sobre montañas nevadas que parecían el telón de una película de los años veinte. En una esquina del terreno se veía un río, que serpenteaba por la hacienda y se perdía a lo lejos.

Gustav acercó el vehículo a la granja y lo detuvo frente a la entrada. Los perros ladraban con fuerza pero sin moverse, seguros desde su posición. Al cabo de unos segundos, una señora de mediana edad salió por la puerta principal y acalló a los animales. El agente inglés salió del coche y se presentó:

—Buenos días, señora Krechenv, soy Gustav Sheldon. Hemos hablado hace unos días.

—Por supuesto, señor Sheldon. Bienvenido a nuestra humilde morada. Acompañeme, por favor.

La señora guió al hombre por un pasillo, hasta un salón amplio, decorado de manera clásica y elegante, aunque algo anticuada, con amplios sillones color burdeos y mesitas de caoba. Por la abertura que dejaban dos solemnes cortinones, podían verse las lejanas montañas de picos blancos.

—Siéntese, por favor, señor Sheldon. Avisaré a la señora de que ha llegado. ¿Tomará un té, quizás?

—Por supuesto, muchas gracias.

La dama abandonó la estancia, dejando solo a Gustav. Para rellenar el tiempo, se levantó, retiró las cortinas y contempló a sus anchas el áspero paisaje de la estepa asiática. “Después de

tantos años —pensó Gustav—, ha terminado aquí, en una casa de campo perdida en el Asia Central. ¡Qué extraño es el destino!”.

El sonido de unos pasos lentos, sincopados con otro ruido —un andador, seguramente—, hicieron volver al sillón al inglés. Al cabo de un par de minutos, la puerta se abrió y la vio. Se levantó y sonrió al contemplarla. Recordó el lejano día en que la veterana diplomática francesa le había presentado a Katia en una fiesta en la embajada gala. Había pasado mucho tiempo. Era ya una anciana, arrugada, enjuta y debilitada, pero en sus ojos aún brillaba la inteligencia.

—Veo que el tiempo ha sido clemente con usted, señora Pagot —dijo Gustav—, está guapísima.

La señora sonrió con ternura ante el cumplido, y dijo:

—Mi querido agente inglés... siempre tan galante y zalamero, me alegra comprobar que algunas cosas no cambian.

Los dos se abrazaron con cariño y se acomodaron después en sendos sillones, mientras les servían el té. Hablaron de temas impersonales durante un rato —ambos era diplomáticos, conocían el educado arte de la conversación banal—, hasta que se hizo un pequeño silencio y Gustav dijo sin más preámbulos:

—Amiga mía, necesito cierta información confidencial.

—Entiendo —dijo ella en voz muy baja, y añadió—... pero antes dime, Gustav, ¿quién te hizo eso?

—¿A qué se refiere?

—A tu rostro.

—¡Ah, por supuesto! Me lo hicieron aquí, en una prisión uzbeka ubicada en pleno desierto Kyzyl Kum.

—Tuvo que ser horrible —dijo la dama.

—Desde luego que sí, aunque fue hace mucho tiempo. Pero lo peor ha sido que he estado allí encerrado veinticinco años.

—¡Dios mío, veinticinco años, eso es muchísimo tiempo! ¿Y te han liberado ahora?

—No exactamente. En realidad, escapé hace unos meses, volví a Inglaterra y ahora soy de nuevo un hombre libre, con pasaporte diplomático como antaño.

La mujer permaneció pensativa, con el rostro demudado por el impacto de la noticia. En una fracción de segundo pensó que el hombre que estaba delante de ella, un viejo amigo, había perdido media vida. Los mejores años, toda su juventud, robados impunemente por un régimen político que ya ni siquiera existía. El mundo era muy injusto.

—Escucha, Gustav —dijo de pronto—, tú y yo siempre nos hemos llevado bien, fuimos buenos amigos en un momento, y en un lugar en el cual la amistad era como el oro, muy difícil de encontrar.

—Así es, por eso estoy aquí.

—Y en el nombre de esa vieja amistad, quiero ser clara contigo. Yo entiendo perfectamente tu situación. Te han arrebatado media vida, y eso es espantoso, nadie lo sabrá nunca mejor que tú. Pero si has vuelto a Uzbekistán para vengarte, si por casualidad me estás solicitando información para localizar a alguien y ajustar viejas cuentas, te digo con todo cariño, pero también con la mayor firmeza, que puedes marcharte en este preciso instante. Yo estoy ya harta de violencia y de venganzas, y no voy a contribuir de ninguna manera a que la rueda del dolor siga girando. Lo pasado, pasado está. Yo hasta aquí he llegado. Ahora solo miro hacia el futuro. Ya ves, tengo ochenta y seis años y me interesa más el porvenir que lo que ya sucedió. La vida es curiosa, desde luego.

La señora tomó un sorbo de té y miró directamente a los ojos de Gustav, mientras sostenía la taza. El agente sostuvo la mirada, y sonrió ligeramente, mientras pensaba que la vieja dama mantenía aún su gran presencia personal.

—Sinceramente, señora mía, me alegra que diga eso. Porque yo no he venido aquí en busca de venganza. Debo reconocer que durante los primeros años de encierro sí deseaba la revancha, pero hace mucho que olvidé todo aquello. Ahora mismo aquellas personas que me capturaron y torturaron me son indiferentes. Simplemente, intento olvidarlas, y de esto hace ya muchos años.

—Entiendo —dijo con cautela la señora Pagot, esperando que continuase hablando.

—Sin embargo, ha sucedido algo que no esperaba y a mi vuelta a Inglaterra me he visto involucrado en una misión.

—¿Una misión? —dijo la mujer con aire divertido—, ¿en serio? ¿En el bando habitual?

—Por supuesto —dijo Gustav con tono ofendido—. Continuo siendo británico, *madame*. Y no soy tan viejo, aún puedo trabajar.

La señora miró al inglés sonriendo. Aquello la había interesado enormemente, era impresionante...

—Por supuesto que no eres tan viejo, Gustav, eres un hombre muy joven, desde mi punto de vista. Lo que sucede es que no consigo visualizar la escena de tu vuelta al trabajo después de tantos años. Supongo que habrán cambiado mucho las cosas en Londres...

—Desde luego que sí, aquello no se parece en nada a lo que yo conocí. Ahora son distintos, más fríos y técnicos, no lo sé... hay menos pasión, menos aventura. Todo el mundo va a las reuniones con sus omnipresentes teléfonos móviles y con la tabletita esa...

—I—pad.

—Eso, el I—pad..., por lo visto, la Verdad con mayúsculas está escondida en esas pantallas ya que todo el mundo las observa con actitud reverencial, mientras se intercambian información y mensajes secretos con la persona que tal vez tengan delante, o quizás a dos metros de distancia. Sí, todo es muy distinto, desde luego que sí.

—Pero eso no ha impedido que un hombre como tú, es decir, un cincuentón que lleva veinticinco años separado del servicio, que ignora las últimas técnicas básicas para operar en el servicio secreto (electrónica, internet, comunicaciones, etc.) y que incluso desconoce la actual estructura de la compleja inteligencia británica, se haya presentado de pronto en Vauxhall Cross, sede del MI6, y entre cientos de jóvenes talentos, entrenados y agresivos, haya obtenido una misión —dijo la señora con ironía—. Has tenido suerte, querido amigo.

—Muy bien, señora Pagot, nunca he podido competir con su inteligencia, veo que voy a tener que contarle toda la historia.

—Excelente, en realidad no tenía nada que hacer hoy en todo el día.

El inglés miró de manera instintiva el recinto en el que se encontraban, buscando algún dispositivo de escucha. Lo que iba a contar era extremadamente importante. Toda precaución era poca. La señora Pagot rió con ganas al ver la actitud de su amigo.

—Gustav, querido, estamos en mitad de la nada, en un sitio que no figura ni en los mapas, dentro de un país irrelevante en el concierto internacional. La gente no sabe ni donde está Uzbekistán. En esta residencia perdida vivimos diez o doce viejos, de los cuales solo tres o cuatro —si me incluyes a mi— están en sus cabales. Es poco probable que un servicio de inteligencia de ningún país se haya preocupado de intervenir las comunicaciones o de instalar servicios de escucha. ¡Por Dios, Gustav, desde este salón solo se oyen mugidos de vacas desde hace años!

—Lo siento, tiene razón, es que estoy desentrenado, antes era más perceptivo.

—Es posible —dijo con desdén la señora—. Y ahora, ¿vamos con la historia?

El agente inglés obedeció, y comenzó la narración. Habló y habló, como pocas veces lo había hecho en su vida. Contó en realidad la historia entera de su juventud, desde el momento en el que la propia señora Pagot le había presentado en la embajada francesa a la bella y jovencísima agente soviética Katia Oster. Prosiguió con su historia de amor con la chica, a la que luego abandonó, y su posterior vuelta a Uzbekistán al cabo de tres años, para investigar un extraño Centro Biológico uzbeko que buscaba —al parecer— el secreto de la inteligencia.

Interrumpieron la charla para comer y más tarde, de nuevo, para merendar, mientras el inglés, lanzado, continuaba la historia describiendo su huida del Centro a través del desierto y su captura posterior —con chivatazo de Katia incluido—. Llegaron luego los años de encierro (con las torturas al principio), los largos años de rutina después, hasta su reciente fuga de la prisión y su vuelta a Londres, en donde se había reincorporado al servicio, y se había enterado de las terribles andanzas de su exnovia. Supo horrorizado que, rebautizada Alecto, había sido durante años ejecutora en el KGB y que, a la caída del régimen soviético, al parecer la habían recolocado anónimamente en algún sitio, utilizando un programa de Protección a Personas de máximo nivel. Durante años no se había sabido de ella, hasta que ahora había vuelto: lamentablemente, se había convertido en una asesina. Alecto había vuelto y había matado a una serie de personas. Nadie sabía por qué. Y ahora él — su examante— debía encontrarla y detenerla. Esa era su misión.

Aunque aún era temprano, el sol caía ya sobre el horizonte, pintando de naranja brillante las escasas nubes del cielo uzbeko. El salón en el que ambos se encontraban estaba ya prácticamente en penumbra cuando Gustav Sheldom terminó de contar su historia. La señora Pagot había escuchado todo sin interrumpir, salvo algunas precisiones menores o aclaraciones rápidas. Ahora, una vez concluida la narración, parecía inmóvil, encogida en su sillón, envuelta en las crecientes tinieblas del salón, como si quisiera desaparecer tragada por la oscuridad. De pronto, dijo:

—Enciende la luz, por favor, Gustav. Está todo demasiado oscuro.

El hombre se levantó y pulsó el interruptor de una pesada lámpara de pie. La luminosidad invadió la estancia. Sentada en su sillón, la señora Pagot parecía aún más anciana de lo que era. El inglés casi sintió compasión por ella. Se había presentado aquí, prácticamente sin avisar, había invadido su casa y su intimidad y había reabierto de manera brutal su pasado, recordando asuntos y personas que tal vez ella había decidido olvidar para siempre. Sí, puede que hubiera hablado demasiado.

—¿Cómo está, amiga mía? —preguntó con solicitud—. Tal vez he sido demasiado descriptivo. Creo que me he emocionado y me he pasado con la narración.

—No, querido, no es eso. No es que lo hayas contado mal. Son los propios hechos los que son excesivos. Y siento que la vida no te haya sonreído. Ni a ti, ni a Katia.

“Katia no, ahora es Alecto”, pensó Gustav, aunque no dijo nada. No quería discutir con la anciana. Además, ellas dos eran amigas al principio, a pesar de la gran diferencia de edad.

Transcurrieron unos minutos en los que ninguno de los dos habló una sola palabra. El agente no quería forzar a su amiga. La mujer hablaría cuando le pareciera bien. Si es que sabía algo, claro, lo cual era imposible de predecir. Ahora tenía muchos años, pero estando aún en activo, fue posiblemente la diplomática mejor informada de toda el Asia Central. Era hija del embajador francés en Uzbekistán. Siendo muy joven, se enamoró de un uzbeko y se casó con él, por lo que se quedó a vivir en Tashkent. Su matrimonio no impidió su incorporación al servicio diplomático de su embajada, en donde muy pronto alcanzó un enorme prestigio. La muerte años más tarde de su marido en un accidente de moto, hizo que se volcara aún más en su trabajo.

Durante los años sucesivos, que fueron varias décadas, desarrolló una formidable red de influencias y contactos, tanto entre los países europeos como en los uzbekos y soviéticos. Su don de gentes, diplomacia natural y prodigiosa inteligencia le permitieron ocupar un lugar privilegiado entre la diplomacia occidental, incluyendo los servicios secretos. De ella se decía que lo sabía todo sobre Uzbekistán. Tal vez fuera cierto y tal vez no.

—Deduzco que tus colegas de la inteligencia británica no sueltan prenda sobre Katia, ¿no es así?

—Así es. Bueno, no es que lo oculten todo. Me han dado la información que le he contado, pero existe una parte del informe que no puedo ver. Acceso restringido.

—¿A qué nivel has accedido?

—Al nivel 2.

—Entiendo. Y piensas que en el nivel más secreto siguiente está la ubicación actual de la mujer, ¿no es así?

—Puede ser —respondió Gustav—, aunque puede que no, es imposible saberlo. No sé lo que dirá el informe, pero es una posibilidad.

—Sinceramente, no lo creo —dijo con seguridad la señora Pagot—. Un nivel 3 de seguridad son palabras mayores. Esos datos están grabados a fuego, apenas se modifican, por motivos obvios. Como mucho, se puede pensar que se incluyó en el nivel 3 del dossier el destino inicial de la chica, pero ya sabes que los destinos van rotando, por lo que esta información estaría en todo caso obsoleta después de tantos años.

—Tiene razón, señora Pagot, pero yo no busco que nadie me diga su destino actual. Eso es demasiado. Pero sí que me sería de gran utilidad para la investigación saber si el primer destino de la mujer fue Sudamérica. De eso hace muchos años, amiga mía.

—Entiendo —respondió la dama.

La señora permaneció pensativa, evaluando lo que iba a decir. Efectivamente, de eso hacía muchos años. Aunque se lo dijera no podría considerarse en absoluto una traición a su amiga. Por otro lado, Katia había vivido una vida especialísima, pero ella no amparaba en modo alguno asesinatos y parecía que la exagente había superado todos los límites. Decidió contestar. Katia había sido su amiga, pero Gustav también, y el inglés estaba en su mismo bando.

—Ella no se fue con Rustam, Gustav —dijo con voz clara.

Gustav quedó impresionado. La mujer no solo tenía una memoria extraordinaria, sino que había adivinado sin la menor vacilación lo que en realidad quería saber Gustav. Verdaderamente, era una dama muy especial. Y hablaba de datos clasificados, a los que Gustav no tenía acceso, como si comentara lo revuelto que está el tiempo esta primavera.

—Supongo que está usted segura de lo que acaba de decirme, señora mía —dijo sonriendo Gustav.

—Naturalmente, querido. El destino que ella negoció fue otro. Me temo que en ese momento la parejita no se llevaba demasiado bien.

—Me encantaría conocer esa historia, aunque no tenga relación directa con el caso.

—Sí, entiendo bien lo que dices —dijo la señora sin comprometerse.

Gustav no añadió nada más. No hacía falta. Estaba seguro de que la mujer decía la verdad. Evidentemente, la dama había seguido la trayectoria de Katia, y recordaba perfectamente lo que había sucedido. Tal vez incluso Katia contactara con ella cuando cayó la Unión Soviética. Sin embargo, puede que la francesa no supiera, al menos en su momento, que era ejecutora del KGB. Esa información era desconocida incluso dentro del servicio secreto soviético. En todo caso, daba igual. Lo relevante era el dato que acababa de obtener. Era importantísimo. Alecto no había

acompañado al Ratón a Brasil. Seguramente, Alecko había vivido durante todos estos años en Europa o en Estados Unidos, bajo una identidad protegida. Lo que era imposible de saber era dónde estaba —la señora Pagot tenía razón, podía haber cambiado de destino varias veces— y, sobre todo, porqué había salido del anonimato, y había vuelto a matar.

—¿Te quedarás a cenar, querido? —dijo la mujer como si estuviera en una reunión social de un Country Club inglés, después de un partido de golf.

—Por supuesto, madame. En chanté.

—Te prepararemos un dormitorio.

La cena transcurrió en otra estancia, un agradable comedor, recargado pero elegante, presidido por una larga mesa ovalada. La francesa invitó a la comida nocturna a sus más íntimos compañeros de residencia —su familia—, tres personas mayores que les acompañaron y en la que hablaron, sobre todo, de las excelencias de la vida rural uzbeka, y de la importancia de mantener las viejas costumbres. A las nueve y media de la noche, las tres personas se retiraron entre promesas de nuevas invitaciones a ese señor inglés tan simpático. La señora Pagot y Gustav se quedaron de nuevo solos.

—¿Un coñac, Gustav?

—Muchas gracias.

La quietud invadió la estancia. La antigua diplomática rompió el hielo.

—De acuerdo, Gustav. Tú me has contado tu historia y yo te contaré lo que sé. Al fin y al cabo, has venido desde muy lejos para escucharme. Además, supongo que tienes derecho a saber algunas cosas, y más en estas circunstancias. Tan solo un par de puntualizaciones.

—Por supuesto, adelante.

—En primer lugar, yo no juzgo a Katia. Seguramente, lo que me has contado es cierto, pero yo no la juzgo. Era amiga mía y no la perjudicaré con ninguna información detallada. Pero lo que sí que puedo contarte es cómo le fueron las cosas en el ámbito personal (supongo que es lo que a ti te interesa) durante aquellos años, desde que tú te fuiste hasta que cayó la URSS y ella pudo negociar su desaparición, en el año 91.

—De acuerdo, hasta ahora me parece todo correcto.

—Y, en segundo lugar, quiero que sepas que lo que vas a escuchar puede que no sea de tu agrado.

—Aun así, quiero escucharlo. Y le agradezco su sinceridad.

—Muy bien. Sea, entonces.

Durante un largo rato, la señora Pagot contó a Gustav Sheldom lo que sabía sobre la extraña historia en la que se había involucrado. Parecía excelentemente informada, aunque en ningún momento indicó posibles destinos de la chica —si es que los conocía—, ni detalle alguno que permitiera deducirlo.

El agente apenas interrumpió a la dama en sus explicaciones. Cuando terminó la narración, tenía la cabeza entre sus manos, y las lágrimas arrasaban su rostro.

La mañana estaba fresca y clara. El agente volvía a Tashkent en su coche. Era muy temprano, por eso había dejado sin más una nota de agradecimiento a la señora Pagot, sin atreverse a despertarla. A pesar del frío, llevaba la ventanilla del conductor bajada, y sentía la fragancia del campo en el rostro.

Lo que le había contado la dama le había impresionado. Al parecer, Katia había vivido un infierno en Uzbekistán desde que él se fue. Siempre estaba seria, triste y parecía desubicada,

aunque mantenía la compostura. La señora Pagot no sabía por qué, pero las veces que la había visto personalmente durante aquellos años había quedado conmocionada por el cambio de la mujer. Naturalmente, la vida de una agente soviética era dura, y las responsabilidades de Alecko (la dama, diplomáticamente, no mencionó cuáles eran) eran tremendas, pero ella siempre pensó que era su extraña su relación con ese hombre, Rustam, lo que la estaba minando. “Además — había añadido la señora Pagot misteriosamente—, en aquella época existían informaciones sobre su entorno cercano que hacían sospechar que su situación personal entonces pudiera haber sido extremadamente difícil”.

La extraña elipsis de la dama había descolocado a Gustav. No sabía a qué se referían esa ‘informaciones’, que sugerían una situación personal de Katia ‘extremadamente difícil’. Podían ser muchas cosas, pero de eso hacía demasiado tiempo, era ya imposible intentar averiguar nada.

También le contó que Katia solo mejoró cuando se acercaba el fin de la Unión Soviética, y por fin pudo negociar su salida. Lo hizo de manera personal, sin supervisión de sus antiguos compañeros, y con funcionarios del G—8 distintos a los que hablaron con Rustam. Solo entonces pareció estar más tranquila. Al fin y al cabo, iniciaba una nueva etapa. “A partir del momento en que se fue a su nuevo destino —había dicho la anciana— su vida fue asunto suyo. Esto no quiere decir que no tuviera nunca contacto con gente de nuestro ambiente. Pero ya era otra persona diferente y, como digo, ella deberá responder de sus actos. Por mi parte, esto es todo”.

Una bandada de pájaros cruzó la carretera, frente a su coche. Gustav Sheldom sentía profundamente que Katia hubiera sido tan infeliz, pero también sabía que las de anoche eran las últimas lágrimas que derramaba por esa mujer. Tenía razón la señora Pagot. La responsabilidad de lo que había hecho en su nuevo destino era solo suya, y esto incluía los cuatro crímenes que había cometido. Tampoco se le escapaba la observación de la señora Pagot sobre los posibles contactos de Alecko con gente del Servicio, una vez en su nuevo destino. ¿Con quién habría hablado? ¿Y para qué? ¿Para encontrar a Rustam? ¿O buscaba aún el secreto de la inteligencia? ¿Estaba todo esto relacionado con los crímenes? ¿Alguien le había contado algo que había iniciado la serie de asesinatos? Imposible saberlo.

Gustav decidió poner la mente en blanco, y centrarse en la conducción. Aceleró el coche, y el rugido del motor estremeció la silenciosa mañana rural. En la carretera comarcal, el vehículo parecía volar camino al aeropuerto.



Hacia las 12 h, el taxi paró en la terminal internacional T—4 del aeropuerto de Barajas, en Madrid. Juan Carlos pagó la cuenta, cogió su maleta con una mano y su abrigo en la otra, y se encaminó hacia el interior del enorme vestíbulo. Llovía con bastante fuerza y el viento agitaba la prenda, plegada sobre su antebrazo. En ese momento, sonó su móvil. El hombre se acercó a la protección del enorme alero exterior del pabellón aeroportuario. Allí, a salvo del agua al menos, dejó su abrigo sobre su maleta con ruedas y contestó:

—Sí... hola, Diana, ¿qué tal?, ¿dónde estás?

—Hola, Juan Carlos —contestó una voz como de ultratumba—, estoy enferma.

—¿No fastidies! ¿Y qué te pasa?

—No lo sé, supongo que será una gripe o algo así. Ya temprano por la mañana no me sentía muy bien, pero ahora mismo no puedo ni moverme. Tengo casi treinta y nueve de fiebre. No puedo ir a Tashkent.

—¿Y qué hacemos? ¿Cancelo el viaje?

—No, ya es muy tarde, y tenemos varias citas concertadas allí. Ve tú solo.

—De acuerdo, pero necesitaré algunos detalles sobre las personas con las que hemos quedado.

—Habla con Carmen, la secretaria de Semper. Ella dispone de todos los detalles.

—Vale —contestó Juan Carlos—, así lo haré.

Durante unos segundos, la línea permaneció muda. El policía pensaba con rapidez, por si se le ocurría alguna pregunta sobre algo importante que pudiera necesitar mañana en las entrevistas. No le vino nada de importancia a la cabeza, así que dijo:

—¿Algo más, Diana?

—No. Si quieres, me puedes llamar mañana antes de las reuniones y confirmamos así algunas preguntas.

—Muy bien, así lo haré. En fin, ¡vaya rollo, qué casualidad! Bueno, cuídate, y hablamos mañana.

—Hasta mañana.

El policía, un poco fastidiado por el imprevisto, entró en la T—4 y, después de una larga espera, sacó la tarjeta de embarque de su vuelo de Uzbekistan Airways. La hora de salida prevista eran las 14:40 h. Aunque el vuelo duraba unas siete horas, contando con la diferencia horaria de tres horas de Tashkent, llegaría a esta ciudad bien pasada la medianoche. Le esperaba un largo trayecto.

Había intentado no dormirse en el avión, pero al parecer no lo había conseguido, ya que abrió los ojos y dio un fuerte respingo al sentir el súbito balanceo de la aeronave, debido al viento imperante en Uzbekistán. Miró por la ventanilla y comprobó que la nave volaba ya bastante bajo.

Las luces del área urbana —casas, coches, iluminación— se apreciaban ya a simple vista. Inopinadamente, el paisaje nocturno de la gran ciudad iluminada, circundada por un anillo boscoso oscuro (unido tal vez al bamboleo del avión), le recordó a Juan Carlos la aproximación aérea a la ciudad de Bilbao, a donde viajaba bastante por motivos familiares. “Se lo tengo que contar a Arturo —pensó sonriendo—, seguro que me dice que todas las grandes urbes mundiales se parecen desde el aire”.

Ya en tierra, y a pesar de que venía convenientemente preparado, los infinitos trámites aduaneros necesarios para entrar en Tashkent (papeles de inmigración, declaración de divisas, pasaporte, etc.) se le hicieron eternos y pusieron a prueba su paciencia. Finalmente, cumplimentó todos los trámites, tomó un taxi desde la terminal T—2 y llegó al agradable Hotel Tashkent Palace a las 02:20 h, hora local. Una vez en su cuarto, puso el despertador a las 07:00 h. y cayó derregado sobre la cama.

El día siguiente, después de desayunar, se sentía mucho mejor. Consultó desde su I—Pad la agenda que le había enviado la secretaria de Semper, su jefe. La verdad es que su superior se había movido con rapidez, y había conseguido en un país tan lejano un total de cinco reuniones, dos con funcionarios del Ministerio de Exteriores, y otras tres con agentes locales de Policía, incluyendo un hombre del servicio de información uzbeko. En cuanto a la táctica a seguir en las reuniones, urdida con Diana Jaeger, consistía en ir de frente y solicitar directamente información sobre una exagente del KGB, activa en los años 80, de nombre de guerra Alecto, y sospechosa de varios asesinatos. En paralelo a su búsqueda, la policía española había iniciado contactos entre sus colegas europeos, de cara a obtener información relevante sobre la antigua espía. Por supuesto, todas estas tareas tendrían una eficacia relativa, debido a que ningún país del mundo priorizaba el compartir información, ni siquiera con países amigos, a no ser que el motivo invocado para ello fuera realmente urgente, como sucedía con los casos de terrorismo, narcotráfico, etc. El caso de Alecto era un tema estrictamente policial, por lo que seguramente ningún país se apresuraría demasiado para buscar los datos solicitados. En todo caso, habría que presionar para ello, y por eso estaba Juan Carlos en Tashkent.

Después de acordar los últimos detalles de interrogación con Diana, el policía español se presentó en una de las sedes del Ministerio de Asuntos Exteriores, situada en un edificio de oficinas sin apenas distintivos del centro de Tashkent. En al amplio vestíbulo de entrada, una guapísima recepcionista rubia le sonreía desde el mostrador.

—*Good morning, sir. May I help you?* —le dijo en un inglés cantarín.

Juan Carlos pensó que su aspecto —moreno, bajito y con sobrepeso— debía ser revelador, ya que la mujer no se había molestado siquiera en dirigirse a él en uzbeko. Obviamente, no había la menor posibilidad de que un tipo como él fuera del mismo Tashkent. Contestó rápidamente en el mismo idioma:

—Sí, muchas gracias, señorita. Había quedado con el señor Sergi Vlaus. Soy Juan Carlos Ferrosa, subinspector de la Policía española.

—Ahora mismo le aviso, señor Ferrosa. Y mientras tanto, si es tan amable, acompáñeme por favor a una de las salas de espera... —dijo la recepcionista, levantándose y dirigiéndole a través del pasillo.

Juan Carlos observó apreciativamente a la joven uzbeko que caminaba frente a él. Le sacaría por lo menos veinte centímetros de altura, y era escultural. Contempló durante unos segundos cómo su trasero redondo, enfundado en una falda de tubo, se movía al compás de sus caderas, mientras sus tacones resonaban sin complejos por el suelo de mármol. Lamentablemente, la sala estaba próxima.

—Siéntese, por favor. El señor Vlaus vendrá en seguida —le dijo señalando una habitación con una mesa y varias sillas.

—Gracias, muy amable —respondió Juan Carlos acomodándose.

Quince minutos más tarde, tocaron educadamente a su puerta. “Por fin”, pensó Juan Carlos. Una chica distinta de la anterior, aunque también joven y sonriente, con el pelo pajizo recogido y traje oscuro, le dijo:

—Disculpe, señor Ferrosa, ¿le apetecería tal vez tomar un café?

—Sí, gracias —contestó Juan Carlos, y añadió—: y disculpe, señorita, ¿sabe usted si el señor Vlaus tardará mucho? La verdad es que estoy un poco justo de tiempo.

—Ahora mismo está ocupado —contestó la joven en un tono de voz algo más frío, aunque manteniendo su permanente sonrisa—, pero se reunirá con usted en cuanto le resulte posible.

—Entiendo —dijo Juan Carlos mientras observaba significativamente su reloj—, esperaremos, entonces.

Una hora más tarde, después de haber tomado café, y haber ojeado un par de revistas, Juan Carlos empezaba a estar ya bastante enfadado. Ese día tenía que estar con otras tres personas y estaba perdiendo el tiempo en aquella estúpida sala de espera. Justo cuando iba a salir de la sala y pedir explicaciones sobre la demora, sonaron de nuevo dos golpecitos en la puerta.

—¿Señor Ferrosa? —dijo una nueva mujer joven (esta vez morena) y, como siempre, con la sonrisa en la boca—, si es tan amable de acompañarme... El señor Vlaus le recibirá ahora mismo.

—Excelente —dijo levantándose con decisión Juan Carlos.

En dos minutos llegaron al despacho del señor Vlaus, subsecretario de exteriores del gobierno uzbeko. Una vez allí, le presentaron a otras tres personas que lo acompañaban.

Después de unos segundos de charla intrascendente, se sentaron en torno a una gran mesa, dentro aún de la cámara en la que trabajaba el político. La reunión se inició por fin con la intervención directa de Vlaus:

—Usted dirá, señor Ferrosa, ¿en qué podemos ayudarle?

—Bien..., esto... —inició no muy sereno Juan Carlos, impresionado por el entorno—, las fuerzas de seguridad españolas, de las cuales yo formo parte, estamos trabajando en la persecución de una serie de graves delitos (asesinatos, concretamente), que están siendo perpetrados en distintos lugares de Europa.

—Entiendo —intervino el subsecretario con rapidez—, señor Ferrosa, y seguro que todo eso es muy interesante, pero sucede que hoy apenas dispongo de tiempo, le rogaría que fuera usted al grano. ¿Qué necesita de nosotros?

Juan Carlos se envaró ligeramente, algo molesto por el tono conminativo del subsecretario. De todas formas, él también tenía prisa, así que decidió dejarse de ceremonias.

—De acuerdo, señores, seré breve. Necesitamos información sobre la agente secreta soviética Alecto, que operó en Uzbekistán en la década de los ochenta, y que desapareció hacia el año 1991. Tenemos motivos para pensar que está cometiendo una serie de asesinatos ahora y queremos detenerla.

La sala quedó en completo silencio. Durante medio minuto, sencillamente nadie hablaba, como si lo dicho por el policía español hubiera sido muy inconveniente.

Finalmente, el alto funcionario uzbeko intervino:

—Señor Ferrosa, creo que ha habido algún tipo de equívoco. Quiero pensar que, sencillamente, está usted mal informado. Por si no se ha dado cuenta, se encuentra usted ahora en Uzbekistán. Y este país no tiene ya nada que ver con la antigua URSS. Somos un país

independiente, desde hace muchos años. Las historias de antiguos agentes soviéticos no nos interesan, ni nos atañen en modo alguno. Por otro lado, supongo que sabe usted que esta es una de las sedes del Ministerio de Asuntos Exteriores. Nuestro personal está constituido exclusivamente por diplomáticos, no tratamos ni conocemos al personal de inteligencia que opera bajo el mando del Ministerio de Seguridad e Interior. Ni siquiera podríamos darle noticia sobre los agentes actuales de nuestro país. No digamos de los de un país extranjero, y de hace muchos años.

El subsecretario tomó aire, como si aquella conversación le estuviera incomodando enormemente, y se estuviera conteniendo delante de un maleducado o de un idiota.

Juan Carlos, por su parte, estaba avergonzado ante el rapapolvo público al que le estaba sometiendo el alto funcionario uzbeko. Sus acompañantes, que no habían hablado aún, lo observaban con una media sonrisa en la cara. Obviamente, disfrutaban del espectáculo. Seguramente, por la noche contarían a sus amigos o a su mujer, la cara de vergüenza y agobio que había puesto aquel español, gordito y moreno como un champiñón, ante la reprimenda de Vlaus. Mientras enrojecía, Juan Carlos procesaba con rapidez lo que decía el político. Naturalmente, todo era cierto, lo que estaba diciendo era una completa obviedad. Ningún Ministerio de Exteriores de ningún país del mundo reconocería albergar agentes de inteligencia en sus sedes diplomáticas, a pesar de que todos lo hacían. Y desde luego que Uzbekistán ya no era la antigua URSS. Eso lo sabía hasta un niño. Pero toda la información local soviética de aquellos años no se había movido desde entonces. Casualmente, los antiguos informes estaban aún archivados en los sótanos de antaño, los cuales eran hoy ocupados por la administración uzbeka. ¡Bien que la utilizaban cuando les convenía! Todo aquello era un maldito circo.

—En resumen, señor Ferrosa —culminó Vlaus con gesto grave—, desconozco qué extraño motivo le ha podido llevar a hacernos esa pregunta, pero le comunico que ha sido inconveniente y, si me lo permite, ridícula.

Los hombres que acompañaban a Vlaus sonrieron mientras contemplaban a aquel español que se encogía cada vez más en su asiento. El político culminó su intervención:

—La reunión ha terminado. Señor Ferrosa, haga el favor de abandonar la sala.

El policía pensó en defenderse, pero finalmente optó por morderse la lengua, para no empeorar las cosas. Ya hablaría con sus superiores para aclarar lo que había pasado. Pero ahora mismo era mejor marcharse con la mayor dignidad posible.

La última mujer morena, que había aparecido en la puerta como por arte de magia, le acompañó desde allí hasta el vestíbulo, en donde la bella recepcionista sonriente permanecía trabajando.

—Adiós, señorita —dijo Juan Carlos en un hilo de voz, mientras abría la puerta para marcharse.

La chica no levantó siquiera la mirada de su pantalla de trabajo.

Ya en el taxi, en dirección hacia la sede local de la policía, en donde había quedado su nuevo contacto, el inspector uzbeko Azaretzky, Juan Carlos llamó a Diana, pero nadie contestó. “Ya le llamaré más tarde”, pensó el policía. Consultó su reloj: ya eran las once y cuarto, y había quedado a las once y media. En todo caso, no estaban lejos, en Darhkon Squeare, así que decidió relajarse en el asiento.

Diez minutos más tarde, Juan Carlos pagaba al taxista 45.000 soms por el trayecto, y salía a la carrera del coche para entrar en la discreta sede policial en donde había quedado, apenas un portal con una placa en la entrada relativa al Ministerio de Interior del país. Una vez dentro, sin

embargo, el lugar resultó ser mayor de lo que parecía. Se identificó en un puesto de seguridad, en donde un policía uniformado le pidió sus datos y le entregó a continuación una tarjeta de identificación embutida en un plástico transparente. El policía español enganchó el pequeño objeto a su chaqueta con una mínima pinza metálica. Atravesó después un estrecho torno bajo la supervisión del policía que lo había identificado y se encontró en un vestíbulo presidido por un mostrador en donde tres secretarías atendían a un público inexistente en aquel momento.

—Buenos días, señorita —se presentó el policía a una de las mujeres—, había quedado con el inspector Azaretzky. Soy el subinspector Ferrosa, vengo de España.

—Por supuesto, señor inspector —contestó la joven, promocionando con desenvoltura el rango del funcionario—, ahora mismo le aviso. Puede usted sentarse, si lo desea.

Juan Carlos se acomodó en uno de los sillones cercanos.

Apenas diez minutos después, un hombre en la cincuentena se acercó sonriendo hacia el policía, mientras tendía su mano afablemente:

—¿Inspector Ferrosa? —dijo sin esperar respuesta—, soy el inspector Azaretzky.

—Buenos días, inspector —respondió el español, sin desmentir su nueva categoría—. Gracias por recibirme tan rápido.

Ambos se dirigieron a una sala de reuniones cercana. Después de algunos prolegómenos y cortesías, Juan Carlos inició la cuestión:

—Inspector, he venido de muy lejos para recabar información sobre un tema que preocupa enormemente a la policía española.

—Usted dirá.

—Buscamos información sobre una antigua agente soviética, que operaba desde Tashkent en la década de los 80. Entendemos que han pasado muchos años y desde luego sabemos que hablamos de un país, la URSS, que ya no existe, pero si pudiéramos disponer de algún tipo de información o dato por pequeño que sea, nos sería de gran utilidad. Y teniendo en cuenta que hablamos de un Estado que ha desaparecido, suponemos que no existirá problema alguno para transmitir información sobre el mismo, en fin, parece obvio que ya no hará falta guardar confidencialidad alguna, imaginamos.

El hombre permaneció en completo silencio, lo mismo que había sucedido en la reunión precedente. Sin embargo, al cabo de unos segundos, su respuesta fue muy distinta:

—Supongo que el tema que les preocupa a los españoles es la comisión de algún delito.

—Sí, y hablamos de delitos muy graves —dijo con intención Juan Carlos, en un tono que sugería riesgo de atentados apocalípticos contra la seguridad nacional.

—Entiendo —dijo sin indagar más el policía uzbeko, aparentemente haciéndose cargo de la situación—. Lo que me solicita usted es muy difícil de averiguar. Lo sé porque no es la primera vez que alguien nos pide información de aquella época. Lamentablemente, hablamos de hace más de dos décadas, y todo ha cambiado mucho desde entonces.

—Desde luego, pero apreciaré cualquier ayuda, inspector.

—No le puedo prometer nada pero, en todo caso, voy a hablar con el superintendente, y le daremos una respuesta lo más rápida posible. Dígame, ¿de qué agente estamos hablando?

—De la agente Alecto.

Juan Carlos Ferrosa observó la sutil reacción que el nombre había producido en el policía uzbeko. Había sido una fracción de segundo, pero había sido inequívoca. Aquel hombre sabía algo sobre esa mujer, fuera lo que fuera.

—¿Le suena el nombre, inspector?

El funcionario asiático recuperó el autocontrol inmediatamente y dijo:

—No, en realidad, no. Al principio he pensado en otra persona, pero era alguien distinto. No..., Alecko no me suena, la verdad. En todo caso, déjeme que lo consulte con mi supervisor, y le respondo en una hora. Puede usted tomar un café aquí cerca, mientras espera, al fondo del pasillo está la sala del café.

—Muchas gracias, muy amables —dijo Ferrosa mientras el uzbeko abandonaba la sala.

El policía español fue a la pequeña habitación en la que había una cafetera y agua caliente para el té. Juan Carlos solo se sirvió un vaso de agua fría y en diez minutos volvió a la sala.

Una hora más tarde, cumpliendo el horario previsto, el inspector uzbeko entró de nuevo en la sala y le dijo a Ferrosa:

—Lo siento, inspector, hemos estado haciendo algunas averiguaciones, y lamento decirle que no disponemos de información alguna sobre la agente que usted mencionaba.

—¿Está usted seguro? —dijo Juan Carlos con voz de extrañeza.

—Desde luego. He hablado con el superintendente hace unos minutos. No hay lugar a error. Nuestro país no dispone de información sobre esa agente soviética.

—Es curioso, la verdad —dijo con intención Juan Carlos—, porque, según tenemos entendido, llegó a ser una persona muy importante dentro del KGB. Pensábamos que la información sobre ella sería muy abundante.

El inspector uzbeko miraba con expresión neutra a Ferrosa, sin intentar justificar la ausencia de información. Parecía limitarse a contar lo que su jefe le había dicho. A Juan Carlos le caía bien aquel polizonte veterano que, al menos, le había escuchado y que ahora se limitaba a hacer de parapeto. No iba a decirle nada, de eso estaba seguro. Se le veía en la cara. Juan Carlos decidió marcharse, sin más.

—En fin —dijo—, veo que no tenemos suerte. Me parece que mi largo viaje va a resultar inútil.

—Bueno, nunca se sabe, señor inspector —dijo misteriosamente el uzbeko.

—¿Por qué lo dice?

—A veces la noticia es la ausencia de información —y añadió con rapidez—. Señor Ferrosa, le ruego me disculpe, debo irme ya. Mi secretaria le acompañará hasta la puerta.

—Por supuesto, muchas gracias por todo.

El arroz *Pilay* —plato típico uzbeko— estaba resultando una auténtico descubrimiento. Se trataba de un guiso con aroma a cús—cús y abundante arroz. “Es una especie de paella esteperaria. Tiene un sabor raro, pero está buena. Muy buena, diría yo”, pensó Juan Carlos, cómodamente sentado en el restaurante Sundunk, en la zona este de Tashkent. Una amiga de su mujer, que había visitado la zona, se lo había recomendado y, efectivamente, era un local pequeño y agradable, con una buena cocina y ambiente familiar. Pidió un café *expreso* para culminar la comida. Justo cuando revolvía el azúcar en el café que acababan de traerle, entendió lo que había querido decir el inspector Azaretsky. La noticia era la ausencia de noticias. Naturalmente. Aquello no era normal. Era imposible que los uzbekos —herederos del KGB, en realidad— no dispusieran de información sobre una antigua agente de Tashkent. Lo que sucedía era que no se la podían entregar. ¿Y por qué no? Porque Alecko era especial. De alguna manera, había un pacto de silencio sobre ella, y eso explicaría la sutil reacción del policía uzbeko. Aquel hombre era de la misma generación que Alecko y Tashkent no era tan grande. Seguramente, había oído hablar de ella mil veces. Tal vez incluso la había conocido, a pesar de pertenecer a cuerpos de seguridad del Estado diferentes. Por eso se había sorprendido. “Por qué preguntará este extranjero por Alecko”, se

habría preguntado el uzbeko.

—La cuenta, por favor —dijo en inglés Juan Carlos escribiendo con la mano en el aire, para que le viera el camarero.

—Ahora mismo, señor.

Todo encajaba. Por la mañana tampoco le habían facilitado la más mínima información. Era evidente que Alecto había llegado a algún tipo de pacto con el Estado cuando abandonó el servicio secreto, cuando se desmoronó el KGB. Pacto de silencio, de oscuridad, de desinformación. Lo que no sabía es cómo lo había hecho, o porqué. Era muy extraño.

Miró el papel de la cuenta que le acababa de entregar el empleado. Pasó por encima los extraños caracteres cirílicos (ahora se suponía que utilizaban los caracteres latinos, pero en muchos sitios continuaban con el tradicional alfabeto de origen ruso), y se paró en la cifra final: 64.000 soms. Hizo un cálculo mental, podían ser unos 20 o 22 euros. Buen precio.

El timbre de su móvil interrumpió su reflexión. Era Diana Jaeger. Por fin.

—Hola, Diana, ¿qué tal estás?

—Buenos días, Juan Carlos. Me he levantado bastante mejor, gracias. Tú, ¿qué tal por allí?

—Regular. Estoy terminando de comer y, hasta ahora, no he obtenido nada de nada. Y lo peor es tengo la impresión de que algo raro sucede. Creo que hay un pacto de silencio sobre Alecto, o algo parecido.

—No vas descaminado. En realidad, te llamaba porque tenemos noticias sobre nuestra querida agente.

—¿Qué noticias?

—Los colegas europeos de Semper nos han echado una mano. Ha hablado con algunos jefazos y le han dicho, confidencialmente, que Alecto se acogió en su momento a un programa especial de Protección a Personas, el cual incluía el cambio de identidad, destino, trabajo, etc.

—¿Cómo los de Protección de Víctimas y Testigos? —pregunto el policía.

—Exacto, muy parecido, pero adaptado a las circunstancias del personal de inteligencia. Por lo visto, no debió ser muy raro en aquella época. Piensa que cuando cayó el KGB quedaron decenas o centenares de agentes sin trabajo, todos ellos con información reservada, y sin ningún control. Muchos fueron recolocados en los servicios de los nuevos países, pero a bastantes se les ofreció una “pista de aterrizaje” a cambio de su discreción: nueva identidad, otro trabajo y ubicación y, por supuesto, destrucción de todo su historial profesional.

—¡Maldita sea, ahora lo entiendo todo! ¡Por eso aquí todo el mundo se ha hecho el sueco! He hecho el bobo preguntando por ella. He estado indagando sobre una fantasma sin pasado, como el que pregunta por el tiempo que va a hacer mañana.

—Lo siento, tienes razón. En todo caso, no es que no tenga pasado. Más bien deberíamos decir que sus datos son inaccesibles. Su pasado está oculto, es confidencial. Nivel 3, información Secreta. Nos podemos despedir de obtener dato alguno.

—¡Estupendo! Bueno, y ¿qué hago yo ahora aquí?

—Nada. Te vuelves para España. La secretaria de Semper ya lo ha organizado todo. Te mandará por correo electrónico los detalles. Sales en tres horas, así que debes apresurarte. Bueno, nos vemos en Madrid.

El majestuoso Airbus aterrizó en la capital de España a las 10 de la noche, hora local. Para Juan Carlos Ferrosa eran las dos o las tres de la mañana, por lo que optó por ir directo a su

casa para acostarse. Hacía una hora que había recibido un mensaje de Diana convocándoles a él y a Arturo Goikolanda a una reunión de coordinación, a las 9 h del día siguiente, en la sede policial madrileña.

Cuando llegó a casa, su mujer estaba aún despierta, pero sus hijos estaban ya acostados. Aunque su ausencia había sido de apenas dos días, su esposa, emocionada, lo recibió como a un emigrante que llegaba a su patria tras una larga ausencia. Sería la falta de costumbre. Él la abrazó y sonrió complacido por la efusión de su compañera. Después intentó contestar a sus rápidas preguntas sobre el país y sobre el viaje, pero su cansancio era tan obvio que la mujer decidió postergar el interrogatorio. Ambos se acostaron.

Al día siguiente, después de una noche de sueño y un buen desayuno, Juan Carlos se sentía ya recuperado. Fue en coche a las sede de la Jefatura, y a las 9 en punto se presentó en la sala habitual, en donde ya se encontraban Diana y Arturo.

—Puntualidad británica, amigo mío —dijo Arturo—. ¿Qué tal la estepa? ¿Has pasado mucho frío?

—Buenos días, señor y señora. Y no, no he pasado frío. Claro que no he andado mucho por la calle, la verdad.

—Hola, Juan Carlos —dijo la inspectora alemana—. Siento que hayas tenido que ir solo, sobre todo para no obtener nada.

—No importa.

—Bueno, ¿comenzamos la reunión?

Los dos hombres se sentaron y sacaron la documentación que iban a utilizar en la misma, especialmente prolija en el caso de Arturo.

La inspectora Jaeger comenzó la reunión explicando al ingeniero vasco el estéril viaje en solitario de Juan Carlos, así como los nuevos datos de que disponían sobre Alecto, proporcionados por los colegas europeos de su jefe, Semper. Arturo estaba impresionado.

—Es decir, que nuestra agente se acogió en su momento a un programa especial de Protección a Personas, específico para agentes secretos, y que incluía cambio de identidad y ocultación administrativa completa. Dicho en otras palabras, en estos momentos es indetectable.

—Así es —dijo Diana—, ni siquiera sabemos cómo se llama ahora mismo, o dónde vive, o en qué trabaja o si ha muerto..., no hay forma humana de localizarla.

—Pero bueno —dijo Juan Carlos—, este tipo de programas deben de tener algún tipo de seguimiento. Si no fuera así, la persona protegida, desde su nueva identidad, podría hacer lo que le viniera en gana.

—No tiene porqué —intervino Arturo—, piensa que la persona ‘nueva’ también está sometida a la ley, trabaja, paga impuestos, etc. En realidad, es idéntica a otra cualquiera, salvo por el hecho de que no tiene pasado, ¿no es así? —dijo mirando a Diana.

—Por supuesto —dijo la inspectora—. De hecho, se conocen casos de personas protegidas con una nueva identidad que han terminado delinquiendo, y que han sido detenidos y juzgados, y que han acabado en la cárcel. No, no tienen ventajas adicionales al hecho de tener una nueva identidad y de no tener pasado en absoluto. Por supuesto, dependiendo del programa también pueden disponer de protección física, escolta, etc., pero este no es el caso.

—¿Pero nadie les hace un seguimiento posterior? —insistió el policía—. ¿El programa no incluye algún tipo de vigilancia a la nueva persona?

—Sí, desde luego —dijo la inspectora—. Y en el caso de los exagentes soviéticos, con mayor motivo. A algunos de ellos se les asignó en su momento, a través del MI6 británico, según me ha comentado Semper, personal de ‘contra vigilancia’.



—Ya, entiendo la jugada —dijo Juan Carlos—, contra vigilancia para su propia protección. Y ya de paso, controlaban sus movimientos...

—Exacto. Pensad que eran personas que disponían de información confidencial. Alecto o el Ratón Rustam, por ejemplo, conocían a toda la cúpula del KGB, y podían recitar sin despeinarse los nombres de 20 ó 30 funcionarios secretos uzbekos, además de infiltrados, agentes dobles, etc. Adicionalmente, dominaban la estructura y organización completa de los servicios secretos, y por supuesto tuvieron en distintos momentos acceso a documentación clasificada..., en fin, nadie quería que se fueran de la lengua, por eso suponemos que sus marcajes fueron especialmente férreos.

—Pero... —dijo Arturo, en tono pretendidamente jocosos, anticipando lo que venía a continuación.

—Pero... —continuó Diana, siguiendo el juego—, todos los datos recabados sobre ellos son a su vez confidenciales. Van a su fichero de Nivel 3, es decir, terminan siendo información clasificada como secreta, no hay forma humana de acceder a ella. Por lo tanto, por ese camino no vamos a ninguna parte.

—A no ser que relacionemos a Alecto con los crímenes. Teóricamente, la nueva persona, se llame como se llame, puede ser investigada.

—Por supuesto, el problema es que, como no sabemos quién es, tenemos que llegar a ella de otra manera. A través de su antiguo oficio no obtendremos nada. Es como si tuviéramos que investigar una serie de crímenes empezando desde el principio, sin saber quién es el asesino, aunque por supuesto, en realidad sí que lo sabemos.

—Esto supone un cambio en la estrategia de búsqueda —dijo Juan Carlos.

—Así es —confirmó Diana—, debemos reorientar la investigación. El camino de las actividades de la agente Alecto está cerrado, obstruido, pero hay otras vías, y las utilizaremos.

La sala quedó en silencio, mientras la última frase quedaba suspendida en el aire. Al cabo de un minuto, Diana dijo:

—Pero antes de esto, debemos revisar los datos que ha obtenido Arturo durante su investigación en estos dos días. Adelante, por favor —dijo moviendo la cabeza en su dirección.

El ingeniero asintió y comenzó su presentación:

—Bueno, como sabéis, mi trabajo ha consistido en explorar a través de Internet, los clubes de superdotados, de personas con un coeficiente intelectual (IQ en su versión inglesa) muy superior al normal, para relacionarlos con el club Metis, con el cual a su vez parecían estar relacionadas todas las víctimas.

—¿Y bien? ¿Has obtenido algo interesante?

—Enseguida lo veréis. Lo que he averiguado, en primer lugar, es que todos ellos pertenecieron antes a otros clubes IQ, es decir, de personas de inteligencia superior.

—Bueno —dijo Juan Carlos—, es no es demasiado raro, supongo. Quiero decir, que para este tipo de personas eso será como una afición, como pertenecer a un club de judo, o de ópera.

—Así es. Además, como sabéis, cada uno vivía en un país diferente. El ingeniero alemán Otto Jupperlund en Berlín, el adinerado empresario del sector de las telecomunicaciones Pietro Rossellini en Roma, el joven médico judío Swarosky en Viena, y Merino, el profesor de la Complutense, en Madrid. Y de hecho, cada uno era miembro de una asociación de superdotados distinta, normalmente de la más famosa de su país. No os aburro con los nombres de los clubes, hay muchos y no os dirán nada. Os anticipo, además, que, por lo que he leído estos días en las redes sociales, estas asociaciones parecen bastante transparentes y abiertas, todo lo contrario que los típicos clubes misteriosos como los de masones u otro similares, con extrañas reglas y códigos

ocultos. Estos clubes IQ son muy distintos. Parecen más bien centrados en preparar actividades para grupos, viajes, etc., todo bastante inocente en el fondo. Al menos, eso es lo que me ha parecido después de haber entrado en algunas redes sociales y hablado con algunos de sus miembros. En todo caso, naturalmente, no pretendo ser un especialista en un par de días.

—Por supuesto —atajó Diana—, ya lo sabemos, solo se trata de dar impresiones, por ahora. ¿Qué más has averiguado?

—Ahora viene lo más interesante. Una vez introducido en las redes sociales, he ido preguntando, con la mayor discreción posible, por el club Metis.

—¿Y qué te han dicho la comunidad de ‘listos’? —preguntó con retranca Juan Carlos.

—Bastante poco. En realidad, es aquí cuando empieza el hermetismo y el silencio. La mayor parte de la gente no conoce en absoluto este club, o finge no saber nada del mismo. Tan solo algunos veteranos recuerdan su fundación. Pero al parecer todo fue muy confuso. Ni siquiera estos recuerdan exactamente porqué se creó, ni quiénes lo fundaron. Tan solo uno de los participantes de los foros me ha dicho que, en su momento, la jugada se contempló como una escisión de personal ‘elitista’ de distintos clubes IQ, y se les identificó como personas que querían crear un nuevo club ‘especial’, constituido por los mejores de cada asociación de superdotados.

—Una especie de club IQ de élite —dijo Juan Carlos—. Lo mejor de cada casa.

—Sí, esa era la idea, al menos es lo que ha comentado el tipo éste.

—¿Eso es todo? —dijo Diana con voz decepcionada.

—No, sigo con la historia. Os decía que todo fue muy confuso y, en efecto, al día de hoy, el club Metis ni siquiera tiene página WEB. A pesar de estar operativo y de tener sedes en varios países del mundo, la organización no se anuncia en Internet.

—El club de “los más listos entre los listos” ni siquiera tienen página WEB —dijo Juan Carlos en tono irónico—. No les interesa mucho la publicidad, por lo visto.

—No, no les interesa nada que se les conozcan. Como dice el viejo proverbio chino, “uno no puede ser golpeado si no puede ser tocado”. Ellos van a su aire. Y bueno, por mi parte, llegado a este punto —ayer mismo—, pensé que había llegado al final de mi investigación. Sin embargo, recordé a un viejo amigo mío especializado en técnicas de intrusión telemáticas.

—Ya —dijo Ferrosa—, un pirata informático.

—Bueno, llámalo como quieras. El asunto es que le he contado el caso y gracias a él he conseguido información relevante sobre el club. Se trata de una de la primeras páginas Web que realizaron al principio, muy poco tiempo después de su fundación, hará unos 8 ó 10 años. La página en cuestión duró muy poco tiempo (en torno al mes), ya que la cancelaron y borraron completamente, pero mi amigo ha sido capaz de rastrearla, localizarla y me ha enviado la información correspondiente.

—Bueno —dijo Diana Jaeger, omitiendo con naturalidad el hecho de que la información se había obtenido ilegalmente—, esto sí que es interesante. ¿Y qué decía?

—La página en sí, no demasiado, lo mismo que dicen las de todos los clubes IQ. Misión, objetivos, etc. Todo previsible. Pero sí que incluía algo relevante.

Arturo se detuvo y miró a sus interlocutores, que esperaban ansiosos la noticia. Prosiguió:

—En la información de la WEB aparecen los miembros del Comité de Dirección de Metis de aquel momento.

—¡Estupendo! —interrumpió Juan Carlos—. Los socios fundadores, nada menos...

—Así es. En total, un comité formado por siete personas.

—Y no me digas que están los cuatro allí —dijo Diana, asombrada—. Es demasiado.

—Los cuatro —dijo Arturo con aire triunfal—. En el comité de dirección inicial. Y eso no

es todo. También aparece en la WEB una mínima reseña de cada persona. Yo he leído los datos de nuestros cuatro amigos. Obviamente, se trata de información conocidísima para nosotros...

—Bueno, es normal —inició Diana.

—... salvo un dato —retomó Arturo—, que curiosamente, ignorábamos.

—¿Y ese dato es? —intervino Juan Carlos.

—El dato que figura allí y que desconocíamos hasta ahora es que las cuatro víctimas hablaban ruso.

—¿Los cuatro hablaban ruso? —dijo extrañada Diana.

—Como lo estoy diciendo. Casualmente, un alemán, un italiano, un austríaco y un español hablan ruso, hasta el punto de presumir de ello en su currículo para el club de listos. Es increíble. Pero es un nexo de unión clarísimo entre los cuatro.

De nuevo se instaló el silencio en la pequeña sala de reuniones. Casi se podía escuchar el pensamiento de las tres personas evaluando y analizando las posibilidades de todo lo que ahora sabían sobre las víctimas y sobre su asesina. Durante tres largos minutos nadie dijo una sola palabra. Finalmente, Diana rompió el hechizo:

—De acuerdo, debemos investigar este aspecto de las víctimas. Si sabían ruso, es porque vivieron allí en algún momento de su vida. ¿Cómo se nos ha escapado antes este dato?

—No han estado viviendo años en Rusia, Diana —dijo Juan Carlos con seguridad—. Estoy seguro. Se les ha investigado con todo detalle. Han viajado profesionalmente por todo el mundo, pero su lugar de nacimiento y residencia estaba ubicada en su país original. Rusia no aparece por ninguna parte.

—Bueno —intervino Arturo—, pueden haber aprendido ruso por su cuenta en sus respectivos países. No es frecuente, pero es posible.

—Bueno, podía ser, pero hay otra posibilidad —dijo Jaeger.

—¿Cuál?

—Que lo hayan aprendido en casa, que sea su lengua materna.

De nuevo el silencio. Notaban que se acercaban cada vez más a algo importante.

—Es decir, que sus padres sean rusos —confirmó en un mínimo susurro Arturo.

La posibilidad era real, e importantísima. Era un vínculo muy claro, un hilo del que tirar para averiguar la verdad. Pero había que confirmarlo. En los siguientes minutos, Diana organizó las tareas de la investigación, asignando deberes a cada uno de los investigadores. Tenían mucho que hacer. El primer punto era averiguar todo sobre los progenitores de las cuatro personas. Padres, madres, o personas que les hubieran podido educar, como tíos, abuelos, o incluso empleadas de sus casas. Tenían que saberlo todo y de manera muy rápida. En paralelo, debían investigar a las tres personas adicionales (había siete en total) que aparecían en el comité fundacional del club Metis. Cuatro miembros del club habían muerto, se trataba de localizar y proteger a los otros tres de manera preventiva.

—Y otra cosa importantísima que tenemos que organizar ya —dijo Diana con voz autoritaria—, y de la que me gustaría que te ocuparas tú inmediatamente, Juan Carlos.

—Tú dirás —dijo éste.

—Estuve hablando ayer con Semper, el jefe. Como podéis imaginaros, después del fiasco del viaje a Uzbekistán, está que trina. No puede ser que andemos mendigando información como si fuéramos apestados. Piensa que las cosas se pueden hacer de otra manera, y yo estoy de acuerdo. En fin, me ha pedido que organicemos a la máxima urgencia una reunión con el otro equipo de investigación, el de los ingleses, planteándoles directamente que estamos haciendo el auténtico ridículo al no compartir información. Si hay algún problema con ellos, intervendrá él

personalmente. Quiere que nos veamos cara a cara, que nos conozcamos y que actuemos de manera conjunta, hasta donde sea posible. Por favor, Juan Carlos, organiza inmediatamente la reunión, mencionando que es un encargo directo de Semper. Y debemos hacer todo esto muy rápido, cuanto antes. Ha muerto gente y pueden morir más personas aún. No es momento de dudas. Tenemos que atrapar a esa mujer. Yo, mientras tanto, tengo otros asuntos urgentes que atender relacionados con Alemania. Quedamos en hablar en las próximas horas. A la tarea, y suerte.

—¡Cómo se ve que la policía alemana tiene dinero a mansalva! —dijo Arturo Goikolanda al traspasar en su coche, junto a su jefa, Diana Jaeger, la verja de entrada de la casa madrileña de la inspectora.

El ingeniero reflexionó mientras accedían a la vivienda. La relación personal que mantenía con la alemana se encontraba en una situación equívoca. Por supuesto, durante la investigación, ella mandaba sin miramientos y su vínculo era completamente profesional, pero después, en la calle, mantenían una confianza y amistad que empezaba a convertirse en algo más. Ambos se gustaban, eso era obvio, aunque no habían ido más allá. Esta noche, sin embargo, la mujer le había invitado a su casa a cenar. Y él había accedido encantado. Tal vez dieran un paso más. Nunca se sabía.

La residencia en la que se alojaba temporalmente la mujer era amplia y elegante. Se trataba de una pequeña villa urbana de dos plantas, que incluía un jardín de unos trescientos metros cuadrados, con un corto camino pavimentado desde la verja de entrada hasta la puerta principal, junto a la cual había espacio para ubicar algunos coches. El terreno tenía el césped bien cuidado, una zona amplia de flores y una tupida pared natural de arbustos altos junto al vallado exterior —verjas de hierro forjado sobre un murete de hormigón—, destinada a dar mayor intimidad a la vivienda.

Arturo aparcó junto a la entrada, y ambos entraron en la casa. Por dentro, el edificio era espectacular, con un soberbio vestíbulo decorado al estilo clásico —alfombras, jarrones, cuadros, grandes lámparas—, en el cual convergían las habitaciones.

—La verdad es que la casa es impresionante —comentó Diana—. Por lo visto, estaba habitada hasta poco por el embajador alemán, pero se ha marchado a otro destino y ha quedado libre, al menos durante unas semanas. Ha sido una casualidad que la ocupe una modesta funcionaria como yo.

—¡Qué desilusión, yo pensaba que en Alemania todo lo hacíais así, a lo grande!

—Sí, no estaría mal, pero no.... Sírvete una copa, si quieres —dijo Diana señalando un mueble—bar del salón—, mientras ultimo la cena. Serán diez o quince minutos...

—¿Quieres que te ayude en algo? —dijo el ingeniero.

—No, no hace falta, quédate aquí con tu bebida, admirando el salón y luego pasamos al comedor principal de la casa.

—De acuerdo.

Un rato más tarde, ambos estaban ya sentados a la mesa en una majestuosa habitación ovalada, de unos cincuenta metros cuadrados, con muebles de época, cuadros de batallas navales, lámparas de bronce, y cortinones de tela cubriendo los ventanales. Diana, centrada en su papel de anfitriona, había preparado en una de las esquinas de la enorme mesa un acogedor espacio para dos comensales, con mantelería de lino y cubiertos de plata y cristal.

Sobre la mesa, una soperá reluciente contenía el primer plato de la cena.

—Señor Goikolanda —dijo la inspectora con aire de chef—, prepárese para degustar el entrante, que es la especialidad de la casa: ¡*Gemüsesuppe!*

—¿Cómo? ¿Gemuspe...?

—Más o menos. Bueno, básicamente se trata de una sopa de verduras y carne. Es un plato muy típico de Alemania, aunque en realidad en cada casa se prepara de una forma. Más o menos, como puede pasar con la paella en España.

—Entiendo. La verdad es que tiene una pinta estupenda.

El vasco comió con apetito no solo la sopa, sino el plato posterior principal, que eran medallones de solomillo a la sidra en cama de manzana y el postre, *Apsfelstrude* o tarta de manzana con helado de vainilla. El vino, aportado por Arturo, fue un Marqués de Riscal del 2002.

La cena transcurrió apaciblemente, entre alabanzas a la cocinera, anécdotas policiales de la inspectora —que era una buena narradora de peripecias profesionales— e historias y motivaciones de un escritor amateur. Diana parecía muy interesada en saber qué había llevado a Arturo a escribir ensayos sobre filosofía, al fin y al cabo, una disciplina desacreditada en la actualidad. El ingeniero se explayó sobre el tema, destacando el inmenso valor de los eternos principios filosóficos, intelectuales y éticos, máxime en los tiempos que corrían. Al fin y al cabo, ¿qué era el hombre? se había preguntado desde siempre el ser humano. Pues bien, según Francis Bacon —continuó Arturo—, “un hombre es lo que sabe”. No lo que come, como dicen algunos ignorantes, y ni siquiera “lo que piensa” que decía el gran Pascal, no. Un hombre es lo que sabe. Eso es lo más importante. ¿Y eso es todo? Desde luego que no —prosiguió lanzado el vasco—. En absoluto basta con saber algo. El conocimiento —ni siquiera la sabiduría— son suficientes, si no están acompañados de la acción. Sí, la acción, los hechos, eso —ahora sí— es lo que importa de verdad. Al fin y al cabo, como decía Goethe, “el verdadero sabio no es el que sabe dónde se encuentra el tesoro, sino el que va allí y se hace con él”. Esa es la persona que sabe vivir, la que ha interpretado correctamente el hecho mágico de la existencia. El que vence es el que ha actuado, el que encuentra el tesoro.

— Por eso —continuó el ingeniero— me atrevo a corregir a Bacon. Yo afirmo que un hombre no es “lo que sabe”, ni “lo que piensa”. Nada de eso: un hombre es lo que hace. O, dicho con mayor precisión aún: el hombre acaba convirtiéndose en lo que hace. He ahí el secreto.

La inspectora permanecía mirándole arrobada, como el que escucha a un mago o a un demiurgo y al ver que finalizaba ya su discurso, aplaudió en silencio pero de forma clara.

—¡Bravo! —dijo por fin—, en realidad no sé si tienes razón en lo que acabas de explicar, pero merece la pena escucharte solo por la pasión que pones en tus palabras. Parecías un senador romano, ¡qué sé yo!, Terencio, por ejemplo.

Arturo negó con la cabeza, mientras sonreía complacido ante las observaciones de su compañera de trabajo, y pensaba malévolamente que Terencio se retorcería en su tumba si escuchara su nueva profesión. La inspectora entonces pasó a un tema más mundano:

—¿Tomamos el café en el salón?

—Por supuesto.

Unos minutos más tarde, ambos se encontraban sentados en un enorme sillón tapizado en color mostaza, al que algunos cojines azul oscuro daban un punto de contraste. Ya habían degustado el café y se encontraban sentados uno al lado del otro, girados, mirándose a los ojos, en una actitud cada vez más obvia.

—Oye, Arturo —dijo la mujer—, yo quería comentarte una cosa.

—Adelante, te escucho.

—Bueno, solo quería decirte que trabajar contigo ha sido un placer, ha sido muy

agradable. Quería que lo supieras.

—Muchas gracias —contestó Arturo—, lo mismo te digo. Para mí está siendo estupendo.

—Pero el caso es que parece que voy a tener que regresar a Alemania por un asunto grave. El otro día me lo anticiparon y aún no está todo decidido, pero es posible que tenga que volver inmediatamente por un motivo profesional muy grave.

—Caramba, espero que no sea algo malo para ti, me refiero personalmente...

—No, se trata de un antiguo caso que parece que se ha complicado, y que solo yo puedo enderezar. Es un tema sensible para Alemania, no te puedo decir más.

—Entiendo, y yo no necesito ni quiero saber ningún detalle, por supuesto. Ni siquiera soy policía. Pero ya me fastidiaría que te marcharas ahora, la verdad.

—Aún no es definitivo, pero es bastante posible.

La música que sonaba de fondo se adueñó de la estancia, a pesar de sonar a muy bajo volumen. Parecía el preludio del Anillo de los Nibelungos. La pareja no hablaba. Arturo acercó su cara a la de Diana y buscó sus labios. La mujer colaboró y se besaron despacio, tanteando al principio y con más pasión después. Diana buscó una mayor cercanía, y se acomodó sobre el hombre, sentándose sin ceremonias encima, a horcajadas, mientras Arturo movía sus caderas con las manos, remedando el acto sexual. Después abrió desgarradamente la camisa de la mujer y buscó sus pechos con las manos, sin dejar de besarla. Los jadeos eran ya bastante evidentes. El hombre dijo con la voz un poco ronca:

—¿Vamos a la cama?

La mujer contestó afirmativamente con la cabeza, se levantó y ambos, cogidos por la cintura, se encaminaron al dormitorio de Diana.

En ese momento, una especie de grito gutural, como un lamento prolongado y triste, invadió la casa. La pareja quedó paralizada. Arturo dijo:

—¿Pero qué demonios ha sido eso?

De nuevo el extraño sonido, como la queja triste de un animal herido, rompió la magia del momento. Soltando a su pareja, Diana dijo con gravedad pero sin estridencias ni miedo alguno:

—No te preocupes, Arturo, no pasa nada. Se trata de Engel. Es mi hijo.

—¿Tu hijo? Lo siento, Diana, no sabía que vivías aquí con él. Pensaba que estabas sola. No lo sé, creí que tu hijo era ya mayor, bueno, solo era una suposición, lo siento, me he portado como un estúpido...

—No te disculpes, es normal que no supieras nada, lo podía haber mencionado yo, pero no lo he hecho. Acompáñame, te lo voy a presentar.

—¿Seguro que es lo que quieres, Diana? Yo estaría encantado, pero tal vez no sea ahora mismo la mejor ocasión para conocernos...

—Estoy segura. Acompáñame, por favor.

Guiando al hombre, Diana subió las escaleras hacia el piso superior, hasta llegar al dormitorio del joven. Este se encontraba sentado en su cama en pijama, y al ver a su madre se levantó y la abrazó, mientras ella le decía en voz baja palabras de consuelo en su idioma.

Arturo permaneció en el umbral de la habitación, sin atreverse a entrar, contemplando al escena. El hijo de Diana era un hombre alto y de excelente constitución física. Además, era guapo, con bastante parecido a su madre. En la penumbra, Arturo solo entreveía la expresión complacida del joven abrazado a su madre, que estaba de espaldas al vasco. Al contemplarlo, el hombre comprendió el problema del muchacho.

Diana se soltó en seguida de Engel, y se volvió hacia Arturo, diciendo en su lengua:

—Mira, Engel —dijo mirando a Arturo con actitud inequívoca de presentar a dos personas

—, cariño, este es mi amigo Arturo, le he invitado a cenar:

El chico se acercó al invitado de su madre, balanceando trabajosamente su cuerpo de lado a lado, y abrió su mano hacia Arturo, diciendo en alemán, con voz entrecortada y gangosa:

—Hola..., Arturo..., yo soy Engel.

—Engel... —dijo Arturo sonriendo, y señalándose a sí mismo, mientras decía en español —: yo soy Arturo.

El joven, contento, festejó las extrañas palabras de su invitado con una risotada sincera e inane, mientras le daba la mano con fuerza. A continuación, Diana le invitó a meterse a la cama, y el joven obedeció, saludando a su nuevo amigo desde el lecho. La madre le susurró algo al oído y se fue. Inopinadamente, mientras veía la escena, Juan Carlos pensó que le habría dicho algo dulce. Había sonado como “Saitu”, cualquiera sabe qué significaba. De lo que estaba seguro es que lo había pronunciado con enorme cariño.

La pareja salió sin hacer ruido de la habitación y volvió al salón. Esta vez no hubo arrumacos.

—Siento la interrupción, Arturo —dijo un poco triste Diana—, normalmente duerme de un tirón toda la noche.

—No te preocupes —dijo sonriendo Arturo—. No sabía que tenías un chico con limitaciones. No te resultará fácil cuidar de él estando sola.

—Sí, bueno, normalmente hay una cuidadora en casa. Engel no se vale por sí solo, de hecho, solo puede andar unos pasos. Pero hoy no estaba la chica, ha sido una excepción, una casualidad.

—En fin, tal vez sea mejor que me vaya —dijo el vasco.

—Sí —corroboró la mujer con tristeza—, supongo que sí. Pero bueno, seguramente nos veremos mañana o pasado, ¿no?

—Por supuesto.

Arturo cogió su abrigo y se dirigió hacia la puerta, acompañado por Diana. Antes de salir, se volvió y, sin decir nada, cogió la cabeza de ella con las dos manos y le dio un largo beso en la boca. Cuando terminó, la miró y le dijo:

—Adiós, princesa.

Ella no consiguió contestar, sorprendida por la efusión, aunque su cara delataba su emoción. Apenas levantó una mano hacia él, en un saludo mínimo, intentando no llorar.

Unos segundos más tarde, se oyó el sonido de la puerta al cerrarse. Diana permaneció de pie sin moverse un par de minutos y, a continuación, se fue a su habitación.





*05 de marzo de 2012, 17:00 h*

Los tres miembros del equipo habitual de investigación de Madrid, el jefe Semper, y el subinspector Bartolomé Sánchez, enlace policial con las policías europeas, se encontraban reunidos en el “aula noble” de la Jefatura madrileña. Por fin habían conseguido la reunión de coordinación con el equipo inglés. Los británicos acudían desde Londres a Madrid, en un gesto de buena voluntad, para poner en común los resultados de las investigaciones, y conseguir así la detención de la exagente Alecto, antes de que volviera a matar a alguien.

“Seguramente —pensó Semper—, los ingleses se han dado cuenta, como nosotros, de que existe la clara posibilidad de que esa mujer esté lista para perpetrar un nuevo asesinato, y necesitan disponer de toda la información para evitarlo. Por eso han venido tan rápido”. En cualquier caso, aunque faltaba cerca de una hora para que llegaran, había preferido que el grupo suyo se reuniera antes, por si había alguna duda en relación con la reunión.

—En resumen —insistió Goikolanda—, tenemos que ser sinceros con el otro grupo de investigación, y contarles todo lo que sabemos.

—Por supuesto, Arturo —reiteró Diana—, pero piensa también que nuestro máximo interés es que ellos nos den información relevante. No sé si me explico...

El resto de policías sonreían al escuchar a la alemana. Desde luego que se explicaba, sobre todo teniendo en cuenta que el único civil presente —el ingeniero— no tenía experiencia alguna en estas lides y era mejor aclarárselo todo no sea que cometiera algún error. Los agentes secretos británicos tenían fama de ser como muros —firmes e impenetrables— a la hora de compartir información. Su tendencia natural era el silencio, lo llevaban en la sangre, y eso se aplicaba incluso en casos como este en los que los respectivos superiores habían acordado previamente no reservarse datos. Este asunto de la exagente soviética asesina estaba volando muy alto y todo el mundo (sobre todo los altos mandos de Interior) quería detener de una vez a la mujer, antes de que la historia se filtrara a la prensa, y los periodistas se lanzaran en tropel como buitres carroñeros sobre el suceso, lleno de violencia y personajes interesantes y malvados. Nadie quería más muertes, y tampoco publicidad, sino rapidez y hechos comprobables. Los ministros de interior de España y del Reino Unido estaban al tanto del caso y esperaban resultados inmediatos. No había más remedio que actuar con franqueza y diligencia.

En ese momento, sonó el móvil de Diana Jaeger, que recibió la mirada fulminadora de Semper, que odiaba estas interrupciones.

—Lo siento, señor —dijo la mujer mirando al responsable de la investigación—, se trata de la línea urgente, debo responder.

—Está bien, señorita Jaeger, pero dese prisa, por favor.

Diana contestó la llamada, hablando inmediatamente en alemán, mientras se levantaba para

atender la llamada fuera de la sala.

Los asistentes continuaron matizando alguno de los datos que iban a presentar a sus colegas ingleses, para no contradecirse después en la reunión.

Diez minutos más tarde, Diana entró a la sala de nuevo, se acercó a Semper, y le dijo en voz baja:

—Disculpe, señor, ¿podría hablar con usted a solas un momento?

—¿Ahora mismo?

—Sí, por favor, es urgente.

—De acuerdo.

Las dos personas salieron entre la disimulada expectación de las tres personas que permanecían allí, que intentaron en los siguientes minutos no hacer referencia a su extraña ausencia.

Al cabo de unos minutos volvió el jefe Semper con aspecto muy serio, tomó asiento y dijo:

—Señores, las autoridades alemanas se han puesto en contacto con la inspectora Jaeger, y le han comunicado que debe partir inmediatamente hacia su país debido a un motivo muy grave, vinculado con la seguridad nacional de la república federal. Por lo tanto, no estará presente en esta reunión. Sin embargo, si necesitamos su concurso en las próximas horas, estará disponible telefónicamente, en la medida de lo posible. Por otro lado, como saben, el grupo inglés está a punto de llegar. El subinspector Ferrosa, en ausencia de nuestra colega alemana, liderará la reunión. ¿Alguna pregunta?

Nadie contestó, ni solicitó ningún tipo de aclaración. La sala estaba en completo silencio. Aquel asunto de Diana parecía muy serio, pero ellos tenían sus propias preocupaciones. En ese momento, sonó el teléfono interior de la sala. Semper lo cogió. El mensaje fue breve. El policía apenas asintió y colgó.

—Los ingleses ya están aquí —dijo sin más.

La policía española levantó la barrera de entrada de la Jefatura central, dejando pasar al coche sin distintivos —cortesía de las fuerzas de seguridad locales— en el que venía el grupo de investigadores de la inteligencia británica. Comenzó a llover en ese momento con bastante fuerza. Una vez traspasado el umbral, el conductor inició el corto trayecto que había desde allí hasta la entrada principal del edificio, en donde el jefe Semper los esperaba. En ese momento, Gustav contempló por la mojada ventanilla del coche como una mujer, de mediana edad y buena planta, abría su paraguas y se dirigía con decisión hasta la garita de los policías de la entrada, probablemente para solicitar un taxi. Los ojos expertos del agente inglés pensaron, de manera inconsciente, que aquella dama no parecía una policía española, y sí tener una extraña urgencia en abandonar la sede. La escena desapareció de su mente cuando vio a un hombre alto, de aspecto seco, vestido de paisano, esperándolos en la puerta. Sin duda, el comisario Semper, responsable último del equipo de investigación español. Gustav achinó los ojos, como intentando penetrar en la mente de aquel hombre con el que iban a reunirse ahora mismo. Parecía duro de roer. Menos mal que estaba en el mismo bando.

Unos minutos más tarde, los dos equipos de trabajo se encontraron en la sala de reuniones principal de la Jefatura madrileña. Por parte de los ingleses habían acudido, además de Gustav Sheldom, Richard Paterson, el poderoso jefe de organización del servicio británico, y otro agente de campo llamado Mathew Bonald. Después de las presentaciones, frases de bienvenida y comentarios varios en un inglés muy básico, Semper excusó a Diana Jaeger, jefa operativa del

equipo español, que había tenido que volver a su país por motivos ineludibles, aunque estaba localizable por vía telefónica si fuera necesario. Juan Carlos Ferrosa —subinspector de reconocido prestigio— le sustituiría por ahora hasta que la situación de Jaeger estuviese clara. A continuación, una vez todos sentados, Semper comenzó la reunión, hablando en castellano, pero utilizando el servicio de traducción simultánea de la policía. Todos los ingleses se colocaron los cascos.

—Señores, durante los tres días que durará su estancia en Madrid todos los que estamos reunidos en esta sala, sean españoles o ingleses, deberemos ser capaces de compartir con fluidez información sobre el caso Alecto, y de establecer un mecanismo de coordinación eficaz de las acciones de nuestros respectivos equipos, con el objetivo último de capturar a la exagente soviética, antes de que pueda matar a más personas. Nuestra misión, por lo tanto, es impedir, cueste lo que cueste, que se produzcan más crímenes. Espero de todos ustedes cooperación y lealtad.

Unos segundos más tarde, con el retorno de la traducción, las cabezas de los representantes británicos, con Gustav a la cabeza, asintieron, mirando al responsable español. Éste prosiguió:

—El objetivo concreto de la reunión de hoy es el de conocernos, y mantener una breve sesión introductoria en la cual ambos equipos indicarán, de manera sucinta, la situación de las investigaciones a la fecha, sin omitir detalle relevante alguno, de tal manera que consigamos todos ponernos al día al menos de lo más importante que ha averiguado cada equipo de trabajo. En los próximos días desarrollaremos los detalles, pero hoy se trata de reubicar nuestra posición investigadora, con la información del otro equipo investigador. La duración de la sesión será de 90 minutos. Al término de la misma, hacia las ocho de la tarde, les invitaremos a cenar en un local próximo a la Jefatura y a continuación les llevaremos a su hotel para que puedan descansar hasta mañana. ¿Está todo claro?

Todos los asistentes confirmaron por gestos su acuerdo.

—Excelente —dijo Semper—. Entonces, como deferencia, comenzaremos nosotros a explicar la situación de nuestra línea de investigación, sin ahorrar detalle alguno. Subinspector Ferrosa, adelante, por favor.

Juan Carlos consultó sus papeles y comenzó con seguridad su intervención, describiendo en orden cronológico los detalles que habían ido descubriendo sobre las sucesivas víctimas de los asesinatos (un alemán, un austríaco, un italiano y un español, todos jóvenes triunfadores provenientes del sector tecnológico), incluyendo el último viaje —infructuoso— que había realizado él mismo, para descubrir a través de la Policía europea que Alecto se había acogido a un programa de Protección Integral a Personas en los años 90, lo que hacía imposible acceder a cualquier dato pasado sobre ella, al menos de manera oficial. Terminó su intervención explicando que el club al que pertenecían todas la víctimas era de superdotación intelectual (un club IQ), y que habían localizado su sede española.

En este punto, los ingleses, que no paraban de tomar notas, cruzaron miradas de inteligencia entre ellos, asintiendo con miradas sorprendidas a veces y cómplices otras.

Juan Carlos terminó explicando las últimas investigaciones de Arturo Goikolanda sobre el pasado común de todas las víctimas (otro club IQ, fundado por ellos a cuyo comité de dirección pertenecían, junto a otras tres personas) y la sorprendente revelación de que todos ellos hablaban ruso.

El equipo británico acogió esta información con enorme sorpresa, matizando con cuestiones rápidas alguna de las palabras de Juan Carlos, y mirándose y hablando entre ellos con

vehemencia y gestos de asombro. Obviamente, estos datos eran desconocidos para ellos y muy relevantes. Por fin averiguaban el nexo de unión —documentado, demostrable—, es decir, la relación final que unía a las víctimas. El *puzzle* empezaba a encajar.

El responsable del equipo inglés, Richard Paterson tomó la palabra:

—Señores, les estamos muy agradecido por la precisión y claridad de su exposición. Nos han aclarado cuestiones enormemente relevantes para la investigación. Ahora comprobarán también que por nuestra parte disponemos de información muy valiosa que vamos a compartir encantados con ustedes. Agente Sheldon, por favor, cuando quiera.

Gustav, mientras ordenaba sus papeles, pensó que, aunque fuese su compañero, no soportaba a aquel petulante redicho de Paterson. En todo caso, olvidándolo al instante, se concentró en lo que iba a decir al resto del equipo. Los datos revelados por los españoles habían sido muy sorprendentes y supondrían un enorme avance para la investigación. Sin embargo, como era de esperar, la información de que disponían en el servicio secreto inglés era mucho más completa que la de la policía española. Había muchas cosas que en Madrid no sabían y él debía comunicárselas de inmediato, para trabajar todos a la vez a partir de ese momento. Decidió coger el toro por los cuernos y comenzar por algo importante y desconocido para los españoles:

—Alecto fue mi novia hace muchos años.

El silencio en la sala fue absoluto durante unos segundos. Arturo Goikolanda, el único que no utilizaba auriculares, se quedó literalmente con la boca abierta, y Semper y Juan Carlos Ferrosa, que habían esperado el retorno de los dispositivos de traducción, se unieron pronto a la enorme sorpresa.

—¿Su novia? —acertó a decir por fin Arturo—. ¿Ha sido usted amante de la principal sospechosa de estos crímenes?

—Así es. Fue hace mucho tiempo, en Tashkent, cuando aún existía la URSS. Ambos éramos jóvenes agentes, ella soviética y yo británico. Abandonamos la relación al cabo de unos meses. Luego ella me traicionó y he permanecido encerrado por su culpa veinticinco años en una prisión uzbeka en pleno desierto. Lo menciono por si acaso alguien tiene alguna duda de mi afán por atraparla. No soy su mayor admirador, créanme.

El equipo español, con Semper a la cabeza, estaba en estado de shock. Aquella información era importantísima, increíble. Aquel tipo inglés —alto, delgado, de aspecto endurecido y con la cara llena de cicatrices— disponía sin duda de datos relevantes y directos sobre la sospechosa. Y ellos habían estado dando palos de ciego...

—¿Por qué no nos cuenta toda la historia desde el principio, agente Sheldon? —dijo Semper con suavidad.

—Por supuesto —respondió éste.

El responsable español, previa consulta al resto del equipo, decidió cancelar la cena prevista y ordenó por teléfono que les trajeran una colación ligera —sándwiches, Coca—Cola, frutos secos— para comer algo durante esta primera sesión, sin interrumpirla, ya que estaba resultando sumamente importante, y era mejor no perder el tiempo.

El relato de Gustav Sheldon fue muy completo. Describió su noviazgo en Tashkent, pero también cómo volvió al cabo de tres años para buscar evidencias en un Centro Genético Uzbeko, del que robó información genética de un programa puntero de mejora de la inteligencia.

—¿El famoso programa que mencionaban en su dossier era para mejorar la inteligencia, ha dicho usted? —le interrumpió Ferrosa.

—Exacto. No sabemos exactamente cómo, ni si lo consiguieron finalmente, pero sí que ese era el objetivo. Hablamos de finales de los años 80.

Gustav contó el detalle del robo de la cápsula y su posterior huida por la estepa y el desierto uzbekos y la posterior traición de Alecto que le llevó a prisión durante largos años. También mencionó la existencia de un Comité de Dirección del programa genético, con el Ratón Rustam a la cabeza, y en el quizás había estado también la agente Alecto, por aquel entonces novia de Rustam. Narró cómo algunos años más tarde, con el desmoronamiento de la URSS, la comunidad internacional —a través del G—8 con toda probabilidad— incluyó a varios exagentes soviéticos, entre ellos el Ratón Rustam y Alecto, en un programa especial de Protección Integral a Personas, , lo que incluía nuevos destinos, trabajo e identidad. El hombre fue enviado a Brasil y había estado localizado durante todos estos años de manera “no estándar” por el MI6.

Semper miró con disimulo a su compañero Ferrosa. La manera “no estándar” que mencionaba el agente Sheldom era lo que su jefe Semper había llamado “contra vigilancia” al hablar del seguimiento del MI6 sobre algunos exagentes soviéticos. Ambos eufemismos significaban lo mismo, es decir, encubrían un seguimiento ilegal. Ninguna agencia estatal o servicio policial podía seguir a las personas acogidas a un programa de protección a personas. Pero las agencias secretas tenían sus propias reglas. Habían considerado que el Ratón Rustam era un hombre potencialmente peligroso y habían decidido no perderlo de vista. Con Alecto, sin embargo, este seguimiento no había sido considerado necesario.

Gustav continuó indicando que, puesto que no la habían seguido, no sabían cuál había sido el destino de Alecto durante todos estos años, aunque algunas informaciones solventes aseguraban que no había sido el mismo que el de Rustam. Parece que se fue en solitario. Finalmente, soltó el último dato importante:

— Hace unos meses, el Ratón Rustam apareció muerto en Brasil. Su asesinato destapó el caso de Alecto. Él fue la primera víctima de la exagente soviética.

—Entiendo —dijo lúgubrementemente Semper—. Por eso identificaron a la agente Alecto como la autora de los crímenes. Nosotros desconocíamos que había otro muerto añadido a la lista de víctimas.

—Así es, señor —contestó Gustav.

La noche había caído ya sobre Madrid. El agente Sheldom terminó su intervención expresando las principales incógnitas y posibilidades que la muerte del Ratón había abierto: ¿Habían descubierto los antiguos uzbekos el secreto de la inteligencia? ¿Lo tenía Alecto, o el Ratón? ¿Una vez liberados de la URSS, lo habían intentado vender? ¿Algo salió mal y por eso ella lo mató? ¿Pero, sobre todo, por qué habían esperado tantos años? ¿Había pasado algo recientemente que había empujado a la exagente a iniciar la serie de crímenes? ¿Y quiénes eran el resto de víctimas? Eran demasiadas incógnitas y pocas respuestas.

El ambiente en la reunión, sobre todo desde la explicación de Sheldom y su larga lista de cuestiones a aclarar, era de tensión y enorme cansancio por parte de todo el mundo. Eran las once de la noche. El día había sido largo y estaban agotados.

—Creo que será mejor que les acerquemos al hotel, señor Paterson —dijo Semper, conscientes del ambiente de fatiga general—. Y al resto del equipo español le pido que se vaya a sus casas. Necesitamos algunas horas de sueño para procesar toda esta información. Podemos reunirnos aquí de nuevo a las 08:00 h de mañana.

—De acuerdo —dijo el policía inglés Paterson, levantándose de la silla con ademán de cansancio.

*06 de marzo de 2012, 00:00 h*

El responsable del equipo de Madrid decidió no cumplir su propia orden, y permaneció en su despacho de la sede central de la policía. No había tiempo para irse a la cama. Se encontraba en ese estado de nerviosismo que precede a las grandes revelaciones en un caso. Su mente estaba en alerta máxima y sabía que algo iba a suceder. Se levantó de la silla de su despacho y miró por la ventana, hacia las calles mojadas de Madrid. Llovía de manera intermitente. No pasaban demasiados coches por la carretera a esas horas, y tampoco se veían apenas peatones en las aceras. La visión de las calles desiertas, alumbradas por las farolas en la noche de lluvia, le calmó un poco. Intentó centrarse en lo esencial. Su instinto de policía le indicaba claramente que había algo que iba mal, que no encajaba en la investigación, una pieza que estaba suelta, fuera de sitio, y que amenazaba con hacer descarrilar toda la investigación. Por eso, justo al término de la reunión, había dado instrucciones muy precisas al equipo de policías de guardia que le acompañaba. Debían realizar un par de comprobaciones con carácter inmediato, e informarle a continuación, sin dilación.

Hacía cinco minutos que disponía del resultado de sus comprobaciones. Eran reveladoras y muy importantes. En realidad, eran sencillamente críticas, pero el problema era que no sabía qué hacer con ellas.

Una de las opciones, la más sencilla y probablemente la más sensata, era meterse a la cama y esperar a mañana, comentar esta información con el equipo de trabajo y actuar en consecuencia. La otra, era despertar ahora mismo al Secretario de Interior, comunicarle las novedades y sospechas, y tomar acciones inmediatas. Inmediatas y, desde luego, caras. Una movilización general, y sin pruebas definitivas. No sabía qué hacer. Tal vez fuera mejor esperar.

Recordó otra época, hacía demasiado tiempo, cuando era joven e idealista. Un policía vocacional. Le venía de familia. Su padre y unos de sus tíos también habían pertenecido a la Policía Nacional. Les había oído contar aventuras desde que era un crío. Como aquella en la que su padre, paseando de paisano por una calle madrileña, escuchó los gritos desesperados de un joyero al que acababan de robar:

—¡Al ladrón, que se escapa! —gritaba, señalando a un joven que corría hacia la posición de su padre como alma que lleva el diablo.

Su padre hizo como que se apartaba dejando franco el camino al joven que volaba pero cuando se acercó le puso la zancadilla y el atracador, desequilibrado, se dio de bruces con el pavimento. A continuación, se lanzó como un gato encima, lo inmovilizó y esperó a los refuerzos de sus compañeros. Siempre recordaba cómo el dueño de la tienda le había agradecido con lágrimas en los ojos su intervención y cómo él había rechazado la recompensa —un pequeño brillante— que le rogaba que aceptara.

—Me limité a cumplir con mi deber —solía decir al terminar la historia, como un héroe de película americana.

El jefe Semper sonrió al recordar aquella sencilla —pero significativa— historia. Esas decisiones eran fáciles de adoptar. El ladrón que se escapa, el policía que lo detiene. Pero después, según fue subiendo en el escalafón policial, comprobó que las cosas no siempre eran tan sencillas. Ahora algunas de sus decisiones afectaban a mucha gente y casi siempre para mal, ya que con frecuencia debía recortar recursos policiales en los barrios que más lo necesitaban, o cerrar investigaciones importantes para las que no había ya presupuesto y, lo peor de todo, plegarse a las condiciones de sus superiores, manejados casi siempre por los políticos, en aras de futuros ascensos. Había que sonreír y obedecer. En fin, era lo que le pasaba a todo el mundo, no

merecía la pena darle más vueltas. Al fin y al cabo, él también tenía una familia y, desde luego, tenía que vivir como cualquiera.

Y ahora tenía que tomar una decisión. Notó un cosquilleo en las manos. Maldita sea, al alto funcionario de Interior al que debía dirigirse no le iba a gustar recibir aquella llamada en mitad de la noche. Pero Semper en su fuero interno sabía que aquello era lo correcto, incluso sabiendo que si algo salía mal las consecuencias para él serían dolorosas: su carrera quedaría interrumpida en seco. Pero no podía quedarse de brazos cruzados esperando lo peor.

Suspiró y puso su móvil encima de la mesa, como si al verlo todo fuera más fácil. Era la una de la mañana.

Iba a llamar al secretario.

Tumbado en la cama del hotel, Gustav Sheldom no podía dormir. Después de la maratónica sesión de esta tarde, las piezas del rompecabezas encajaban mucho mejor, a pesar de las grandes lagunas que aún persistían en la investigación.

Pero había algo que no le dejaba dormir. No sabía aun lo que era. Cuando intentaba pensar en ello, se le escapaba de entre los dedos. Era algo suelto, un detalle que su subconsciente procesaba una y otra vez.

Por supuesto, estaba desentrenado para llevar una investigación, después de tanto tiempo inactivo. No estaba intelectualmente en forma. Sin embargo, había descubierto que su cerebro, antaño despierto y analítico, estaba recuperándose y cada vez se sentía mejor.

Por eso sabía que el detalle que le molestaba pronto saldría a la luz. Su experiencia le decía que para acelerar la revelación debía revisar las sensaciones y datos que había sentido en las últimas horas. Pero ahora estaba demasiado cansado e inquieto para hacer eso. Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Miró a la calle. Desde la enorme altura en la que se encontraba su habitación, en el poderoso edificio del Hotel Eurostar, en pleno Paseo de la Castellana, se contemplaba una privilegiada vista nocturna del Madrid metropolitano, como una estampa bíblica del tradicional nacimiento navideño, pero de tamaño real, con sus infinitas y diminutas luces — casas, farolas, coches — perdiéndose en la lejanía. Mientras observaba las calles mojadas, recordó la cara estupefacta de Arturo Goikolanda al preguntarle: “¿Ha sido usted amante de la autora de los crímenes?”. Tenía razón el vasco al extrañarse, ya que él mismo no entendía cómo había pasado todo aquello.

Sin poderlo evitar, su mente recordó sus noches de intimidad con Katia en Tashkent, hacía mucho tiempo. ¡Era tan hermosa y estaba tan llena de vida! Ellos solo eran dos jóvenes, viviendo su amor en su apartamento o en un hotel... solo eso. Esta vez Gustav no intentó esquivar el recuerdo. ¡Qué guapa era, con su sonrisa y con su hermoso cuerpo blanco, fuerte, deseable! Inopinadamente, sonrió. Era un bello recuerdo, pero habían pasado casi treinta años. ¿Cómo sería ahora físicamente Katia? “Estará en torno a los cincuenta”, pensó. Seguramente habrá tenido hijos y con el paso del tiempo habrá ganado algunos kilos, como casi todo el mundo. Su cuerpo será menos flexible, y su rostro estará más flácido, menos terso. Sus ojos estarán ya rodeados de pequeñas arrugas y se habrá cortado el pelo. Pero tal vez esté aún guapa, algunas personas se mantienen atractivas a esa edad. O tal vez no, quizás se haya convertido en una de esas señoras derrotadas y grises, de anchas cinturas y pañuelo en la cabeza, que a los cincuenta parecen ser las abuelas de todo el mundo. En todo caso, de una forma u otra, seguro que no la reconocería si la viera por la calle, lo mismo que le pasaría a ella si se encontrara ahora mismo cara a cara con aquel tipo seco y triste en el que se había convertido él, con un rostro desfigurado por las



cicatrices y gesto cansado.

—Bueno, se acabó —se dijo a sí mismo en tono muy bajo, pero con determinación—, fin del capítulo de melancolía y autocompasión—. Katia ya no existe, y Alecko es una asesina a la que hay que capturar. El resto no importa.

Un poco aliviado por haber cortado con su nostalgia, decidió meterse a la cama y olvidarse de todo hasta mañana. Se acostó y mirando al techo cerró los ojos e intentó poner la mente en blanco, buscando el sueño. Al cabo de dos o tres minutos, parecía ir quedándose dormido.

Entonces sucedió.

Como si hubiera recibido un rayo del cielo, Gustav Sheldon abrió los ojos completamente y de un salto se incorporó sobre la cama. Acababa de darse cuenta de lo que le estaba molestando. El maldito detalle. Era algo revelador, trascendental. El corazón le latía con fuerza cuando encendió la lamparita de noche de la cama. Cuanto más lo pensaba, más claro lo veía todo. Comprendió en un instante las consecuencias de lo que estaba pensando y sin querer se hizo un ovillo sobre la cama, agobiado por las circunstancias. Pero pronto se rehízo. Se acercó al baño, se remojó la cara y como un autómatas se lanzó sobre su ordenador portátil. Tenía que hacer algunas comprobaciones inmediatamente, ahora mismo.

Quince minutos más tarde, ya disponía de la información que había estado buscando. Le temblaba todo el cuerpo. Miró el reloj. Era casi la una de la noche. Tenía que hablar con Semper en este preciso instante. Buscó su número en su móvil y pulsó el botón de llamada.

Semper dio un respingo, sobresaltado al ver cómo el teléfono móvil que acababa de dejar sobre la mesa, sonaba con un zumbido sordo y bailaba sobre el tablero como si tuviera vida propia. Alguien le llamaba. Era Sheldon.

—Agente Sheldon, buenas noches —respondió.

—Parece que no le he despertado, señor Semper.

—Así es —respondió con sequedad el policía español—. ¿Qué sucede, agente?

—Necesito hablar con usted ahora mismo —dijo Gustav—. He obtenido una información relevante que debemos compartir inmediatamente.

Semper reflexionó en silencio durante unos segundos. Aquel tipo inglés había pasado por muchos trances en su vida. Esta misma tarde, el agente había contado muchos de ellos —robos, persecuciones, amor traicionado, torturas, cárcel— con sencillez, objetividad, y sin alardear lo más mínimo. Era un tipo duro, un verdadero agente secreto británico, de los de antes. Por otro lado, le estaba llamando a él mismo, y no a su jefe Paterson, lo cual era bastante curioso y revelador. Tal vez no se fiaba de su propio equipo, no era algo tan extraño. En todo caso, si este hombre decía que tenía información importante, seguro que era cierto, así que merecía la pena escucharle. La llamada pendiente al secretario de Interior tendría que esperar.

—De acuerdo, Sheldon. Vamos a hacer lo siguiente: le enviaré ahora mismo un coche de la policía al hotel. Usted baje ahora mismo al vestíbulo de entrada para que le recoja y le traiga aquí. Nos vemos en un rato en Jefatura.

—De acuerdo.

Cuarenta minutos más tarde, ambos hombres estaban sentados en un sillón del despacho de Semper. Les habían traído café.

—Muy bien, Sheldon, ya estamos reunidos, usted dirá —dijo en tono amigable el policía español.

—Quiero que vea esto, señor Semper —dijo el agente inglés mostrando una hoja en la que aparecían algunas imágenes y textos.

—¿De qué se trata?

Gustav Sheldon no contestó, y se limitó a dejar que el hombre observara el papel que acababa de dejarle. Observó su expresión mientras lo hacía. Leyó en los gestos de su rostro cómo, poco a poco, la información se abría paso en su cerebro hasta comprenderlo todo.

—Naturalmente, ahora lo entiendo todo —dijo Semper, mirando ahora a Gustav, que se limitaba a asentir con la cabeza, con cara de circunstancias.

—No parece muy sorprendido.

—Bueno, es que ya disponía de algunos indicios. Pero esto es mucho peor de lo que pensaba —dijo enfadado Semper, mientras golpeaba violentamente con sus dos puños la mesa, haciendo saltar las tazas de cafés sobre sus platillos, en un tintineo ominoso.

El policía se levantó y comenzó a pasear por su despacho como una fiera enjaulada. Su cerebro funcionaba ahora a toda velocidad. Sheldon por su parte, permanecía sentado en el sillón con aspecto tranquilo. Sabía que había acertado alertando a Semper. Era un buen policía y actuaría con celeridad, sin estridencias, pero con diligencia.

—Está bien, agente Sheldon —dijo Semper ordenando sus pensamientos—, ahora no podemos perder tiempo. Hay que actuar con rapidez. Propongo que organicemos ahora mismo una teleconferencia con los representantes políticos de nuestros respectivos países, para que ellos den luz verde a todo lo que debemos hacer y si es posible, aporten información adicional.

—Entiendo, es una buena idea. Llamaré ahora mismo a Paterson para que venga aquí y se ponga de inmediato en contacto con el Foreign Office para el asunto de la teleconferencia.

—Excelente. Le enviaré un coche a su compañero. Y celebraremos la reunión telemática. Ahora, esta noche. A las 03:00 h.

—¿Algo más? —preguntó Sheldon.

—Sí. La conferencia durará en torno a una hora y si necesitamos información adicional puede llevarnos dos horas adicionales el obtenerla. Una vez dispongamos de todos los datos, y nuestros jefes políticos estén avisados, quiero una reunión de todo el equipo investigador español e inglés aquí mismo en Jefatura a las 07:00 h, para informar de la situación del caso, y planificar las acciones a seguir.

Gustav Sheldon sonrió. Desde luego, a Semper no le gustaba perder el tiempo. Iba a poner en marcha una maquinaria política y policial considerable, en un tiempo record, sin dudar ni un momento. A Semper no le pasó desapercibida la sonrisa, y le dijo sonriendo a su vez:

—Si ya sé que a veces me lanzo, pero es imprescindible aprovechar la inercia favorable cuando llega.

—Estoy de acuerdo.

—Y, por cierto, —añadió Semper—, otro tema...

—Usted dirá —dijo Gustav.

—Muchas gracias por su información. Es usted un gran investigador.

—De nada, señor. Creo que hemos tenido suerte.

—Tal vez. Y ahora, adelante con todo lo que hemos hablado.

*06 de marzo de 2012, 07:00 h*

El ambiente en la sala de reuniones de la Jefatura era de nerviosismo y expectación. Los equipos inglés y español permanecían sentados, esperando a los dos máximos responsables, Paterson y Semper, que al parecer habían estado reunidos por videoconferencia con sus responsables políticos durante la noche. Todo el mundo estaba con una taza de café humeante en la mano, sin ganas de hablar. Ni siquiera Sheldom conocía exactamente qué decisiones habían tomado en relación con el caso, ni lo que les dirían ahora.

Por fin, los dos hombres entraron en la sala. Ambos tenían aspecto de estar agotados, aunque Paterson parecía llevarlo mejor. Semper, por el contrario, además del gesto de cansancio, tenía el traje arrugado y aparentaba estar de un humor de perros.

El policía español dio comienzo a la reunión.

—Señores, ha habido novedades importantes en el caso.

El grupo miraba a Semper intentando adivinar por su tono de voz si las noticias eran buenas o malas. Era imposible saberlo.

—El inspector Paterson —continuó Semper con voz clara— y yo mismo hemos mantenido esta misma noche una reunión telemática con los respectivos Secretarios de Interior de nuestros países, durante la cual se han adoptado una serie de decisiones que a continuación detallaré. Pero antes, déjenme que les cuente una novedad importantísima: como resultado de una reciente información adicional aportada por el agente Sheldom esta misma noche, además de otros datos que yo mismo había descubierto, hemos conseguido por fin localizar a la exagente soviética Alecto.

De nuevo, los asistentes permanecieron durante unos segundos en silencio, asimilando la información. Finalmente, Juan Carlos Ferrosa, dijo lo que todos estaban pensando:

—¿Han localizado a Alecto, señor? ¡Pero eso es extraordinario! ¿Y dónde está? ¿Se le puede detener?

—Un poco de calma, por favor. Cada cosa a su tiempo. Pronto contestaré todas las preguntas pero, antes, quiero compartir con ustedes la información que nos ha permitido confirmar la ubicación actual de Alecto.

—¿Información? —dijo Arturo Goikolanda—. ¿Y cómo puede ser, señor? Se supone que todos los datos de la agente son secretos. ¿No es así?

Ferrosa y el agente inglés Bonald miraron con cierta acritud al ingeniero. No era de buen tono interrumpir así a los jefes, y menos con obviedades. Si Semper decía que tenía datos, significaba que los había conseguido por algún medio. Además, no se podía hablar así a un jefe de la policía... Claro que Goikolanda era un civil, y no conocía bien las reglas.

La media sonrisa de Semper ante la intervención de Arturo indicó que pensaba algo parecido a lo que opinaban sus colegas. En todo caso, dijo:

—Efectivamente, como muy bien nos acaba de recordar nuestro amable colaborador civil, Arturo Goikolanda, los datos sobre Alecto están clasificados.

—Disculpe, señor Semper, no pretendía cortar su exposición... —dijo Arturo en voz baja, un poco avergonzado.

—No pasa nada —interrumpió con rapidez Semper—. Como les decía, hace unas horas nos hemos reunido con los responsables políticos de nuestros respectivos países. Después de conocer los nuevos datos descubiertos sobre Alecto, han decidido proponer a sus superiores la apertura del expediente de la exagente.

Esta vez nadie se atrevió a preguntar. El silencio era completo. Estaba claro que Semper había preparado a conciencia su intervención, e iba a decir las cosas a su manera.

—Como saben, el procedimiento de desclasificación de documentos es largo y tedioso.

Sin embargo, en este caso, el hecho de que hayan pasado más de veinte años desde la apertura del expediente nos ha facilitado mucho las cosas. Los ministros han contactado esta misma noche con el comité permanente de seguridad de la Unión Europea, que es el organismo competente en la custodia de ficheros e información secreta sobre las personas, y este, considerando la situación y el tiempo transcurrido, ha decidido aplicar al caso el protocolo de urgencia, idéntico al que se aplica a los casos de terrorismo, grandes criminales y narcotráfico.

—Veo que Europa ha mejorado su organización bastante en estos últimos años —dijo Sheldom con ironía—. Esto sí que es velocidad en la toma de decisiones.

—Sí —dijo sonriendo por primera vez Semper—, así es. Esta vez la administración ha respondido con celeridad. El expediente ha sido desclasificado, y hemos podido tener acceso completo a los datos que constan sobre la exagente.

Los asistentes se rebulleron nerviosos en sus asientos. Por fin iba a contar lo que habían averiguado.

—Como saben —prosiguió Semper—, esta información no puede copiarse ni difundirse en modo alguno, así que no dispongo de copias del fichero. Por lo tanto, les contaré verbalmente los principales apuntes que aparecen sobre la exagente soviética. No es una información extensa, pero verán que es muy interesante.

El policía tomó un par de cuartillas escritas a mano, y comenzó su exposición:

—Ekaterina Orsten, o Katia Oresten nació en el año 1964 en Muynak, un pueblo del norte de Uzbekistán. Huérfana de madre desde muy pequeña, al morir su padre, a la edad de 18 años, emigró a la capital de la república, Tashkent, en donde fue muy pronto reclutada por el KGB. Su carrera interna fue fulgurante. Su aspecto inocente unido a sus excepcionales condiciones físicas y psíquicas fueron determinantes. A principios del año 1984, a los pocos días de cumplir 20 años, era nombrada ejecutora de la agencia soviética para el área suroeste de la URSS.

El murmullo en la sala fue perceptible. Arturo Goikolanda y Juan Carlos Ferrosa intercambiaron miradas y pequeños gesto inequívocos. Las sospechas sobre Alecto eran ciertas. No solo no había sido una agente más en el KGB, es decir, una espía normal de legación diplomática dedicada tranquilamente a obtener información de otros países. En absoluto, nada de eso. Ahora quedaba claro que había sido una asesina especializada a cargo del KGB, una agente que se dedicaba a ejecutar objetivos, sin preguntar nada más. Una máquina de matar. Por eso estaba resultando tan difícil atraparla. Iban detrás de una especialista en eliminación física de objetivos humanos.

En la sala, solo Gustav Sheldom permanecía completamente impasible. No movía ni un músculo, no había la más mínima expresión en su rostro que denotara lo que pasaba por su cerebro. Semper le había mirado de reojo al indicar el dato de su incorporación al cargo dentro del KGB. Principios de 1984. Gustav la había conocido más tarde. Por lo tanto, la chica con la que había escapado como un adolescente de la fiesta en donde la había conocido era ya una asesina profesional. La dulce joven a la que había llevado a casa en su coche, entre risas nerviosas y azoradas miradas cómplices era ya la fría ejecutora del KGB.

Pero Sheldom permaneció inalterable.

—Por otro lado —continuó Semper—, según estos datos, a principios de los años 80 la república de Uzbekistán funda un Centro Biológico puntero buscando la promoción genética de la inteligencia. En el Comité de Dirección del mismo, aparecen los pesos pesados soviéticos del momento, en total cinco personas, incluyendo al Coronel Rustam, alias Ratón o Conejo. Son los miembros de este selecto Comité los que diseñan la estrategia del centro, y reclutan a los primeros voluntarios.

—¿Los primeros voluntarios? —preguntó sin querer Arturo.

—Así es. Durante varios años hicieron pruebas con humanos, pero desconocemos la naturaleza de las mismas. En este aspecto el documento no aporta novedades. En todo caso, lo que sí sabemos es que a finales del año 1984, la propia Katia Orsten se incorporó a los experimentos. No sabemos en qué consistieron las pruebas. Suponemos que fue captada por el Ratón Rustam, que en aquel momento era su amante.

Semper se detuvo un instante, rebuscó entre las dos o tres cuartillas que estaba consultando, y continuó:

—Durante los siguientes años, hasta la caída del régimen soviético, en el año 91, la agente Alecto desempeña su labor con aplicación y eficacia. El número de víctimas atribuido a ella durante esos años se eleva a cincuenta y seis.

—¡Cincuenta y seis personas asesinadas! ¡Por Dios santo! —dijo Arturo con la voz afectada—, ¿pero eso es normal?

—En absoluto —respondió en esta ocasión Paterson—, y de hecho es una cifra mucho más alta que la que manejábamos hasta ahora. Y es que es muy raro que un especialista en este campo, lo que vulgarmente se conoce como ejecutor, elimine a más de dos objetivos al año. Además, sus carreras son siempre muy cortas, de tres o cuatro años a lo sumo. El riesgo de detección aumenta exponencialmente con el número de casos. Pero Alecto intervino de forma intensiva, y durante siete años. Fue una auténtica máquina de matar. Un maldito robot. Seguramente, todo el servicio secreto terminó teniéndole pavor.

Juan Carlos Ferrosa recordó la cara del último policía con el que se había entrevistado en Tashkent, cuando le mencionó el nombre de Alecto. Ahora lo entendía. ¡Por supuesto que habría oído hablar de ella! Como cualquier persona relacionada con la seguridad en Uzbekistán y que tuviera más de 40 años. Seguramente, en el ámbito diplomático y de los servicios secretos y policiales correrían mil historias de terror sobre ella: Alecto, el maldito cyborg asesino del KGB. “No me extraña que se quedara helado al oír su nombre”, pensó Juan Carlos.

—Por otro lado —continuó Semper—, desde el punto de vista personal, su terrible trabajo no le impidió concebir a dos hijos, ambos varones. El primero nació en el año 1985 y el otro, tres años más tarde, en el 88. El documento no da más detalles sobre su descendencia.

Semper detuvo su discurso y bebió un sorbo de agua, mientras observaba al grupo. Gustav Sheldom estaba ahora completamente pálido. Aquello estaba siendo una tortura para él, obviamente. El policía español decidió acortar la información, aunque ya no quedaba mucho.

—Finalmente, como todos sabíamos, ella fue una de las agentes que se acogió al programa de Protección Integral a Personas, diseñado por los servicios centrales del Grupo G—8, y cuyo protocolo firmó también la Unión Europea. Aunque no consta específicamente en el archivo, no parece que se fuera con su pareja (si es que se mantenía la relación, que no lo sabemos), el Ratón Rustam, que se dirigió a Brasil. De hecho, el destino inicial al que fue asignada Alecto estaba muy alejado del continente americano. Se fue a Europa. El programa la envió a una agencia de seguridad semi—pública, ligada al gobierno austríaco, con sede en Viena. En años sucesivos se recogen en el expediente un par de traslados de la mujer en este mismo país pero, como suele suceder, la información no se ha actualizado desde hace más de cinco años. Es lo habitual, cuando ha pasado ya mucho tiempo, los agentes consideran que no merece la pena realizar un seguimiento tan estrecho. Se supone que la persona protegida ya se ha reintegrado en la sociedad. Lamentablemente, en este caso no ha sido así.

—¿Puedo hacer una pregunta, señor Semper? —indicó con humildad Arturo, escarmentado del rapapolvo anterior.

—Por supuesto, señor Goikolanda, adelante.

—¿Consta en el expediente que Alecto se acogiera a algún trato especial, alguna condición o cláusula diferente del protocolo que firmaron el resto de exagentes soviéticos?

Semper negó con la cabeza. La pregunta era inteligente, desde luego. Una de las posibilidades que habían estado manejando era que Alecto —o incluso Rustam— hubieran negociado alguna condición especial a la firma del programa de protección a personas. Tal vez incluso un exilio dorado. El motivo más obvio era el de haber descubierto el secreto de la inteligencia. Teniendo en cuenta que ambos podían haber tenido acceso al mismo, la simple sospecha de que lo podían haber descubierto les habría bastado para haber negociado condiciones especiales. Era una posibilidad. Pero el expediente no decía ni una sola palabra sobre nada de esto.

—Negativo —contestó Semper—. No se menciona nada especial en el expediente.

Tras unos minutos de silencio, Juan Carlos Ferrosa preguntó la pregunta más obvia de todas:

—Supongo que lo que sí mencionará el expediente es la nueva identidad de la agente Alecto.

—Naturalmente que lo indica. Ahora mismo, disponemos de todos los detalles. Ya sabemos quién es. Pero antes de decírselo, quiero que echen una ojeada a la siguiente información que me entregó Gustav Sheldom ayer —o mejor dicho, hoy mismo, hace cinco o seis horas— y que puso en marcha la reunión de las que les he hablado y el proceso de desclasificación del expediente de la exagente soviética.

Gustav Sheldom parecía haberse rehecho ligeramente, e intentó colocarse derecho en su silla. Semper le había pedido que hiciera copias del documento mencionado, ahora entendía por qué. Entregó una hoja idéntica a cada participante.

El inglés Bonald, Arturo Goikolanda y el subinspector Juan Carlos Ferrosa observaron durante unos segundos el papel. En la parte superior del mismo aparecía la foto de una chica joven, guapa, sonriente, que miraba con seguridad a la cámara. Se trataba de una foto de Katia Orsten, tomada por Gustav en el año 1984. Un viejo recuerdo. En la parte inferior de la hoja aparecía una foto de la mujer policía alemana que había dirigido hasta ahora el equipo de investigación español, y que acababa de marchar a Alemania por motivos ineludibles.

Aunque la diferencia de años era muy grande, el parecido entre ambas personas era sorprendente. Poco a poco, la verdad se fue abriendo paso en cada persona que miraba el papel. Un minuto más tarde, Semper confirmó lo que ya sabía todo el mundo.

—Señores, Diana Jaeger es Alecto.

## 6

Arturo Goikolanda no pudo contener la súbita arcada y vomitó sobre la misma mesa de reuniones. Todos los asistentes se retiraron con rapidez, esquivando la masa pastosa, amarillenta y grumosa que se extendía por la elegante mesa de caoba. El ingeniero, avergonzado, contuvo con éxito los siguientes espasmos estomacales y salió disparado hacia el servicio, entre gestos de disculpas.

Una vez en el cuarto de baño, un poco más aseado, el vasco contempló en el espejo su rostro pálido y demacrado y, apoyado en el lavabo, rompió a llorar incontroladamente.

Mientras hipaba y movía espasmódicamente la cabeza de arriba abajo, entre sollozos, pensó que era imposible imaginar algo peor. Se había enamorado, o casi, de una de las más repugnantes asesinas de todos los tiempos, un robot frío, infalible, despiadado y cruel. Y hace tan solo un par de días la había besado, en su propia casa. Había besado al monstruo.

—Tus colegas —le dijo de pronto el inglés, que había aparecido como por arte de ensalmo en la puerta del cuarto de baño —me han contado que erais bastante amigos. Supongo que erais más que eso, pero ya da lo mismo.

Arturo contempló en silencio a aquel extraño agente cincuentón, serio, flaco y con la cara marcada por terribles cicatrices. Sí, pensó, aquel hombre también era una víctima de Alecto. Igual que él.

—Si te sirve de algo —prosiguió Gustav—, te diré que sé cómo te sientes. En realidad, yo mismo, a pesar de que han pasado muchos años, también sigo teniendo ganas de vomitar. Pero ya no me queda nada dentro. Y déjame que te diga algo: no debes culparte por haberte fijado en ella como mujer. Tú no tienes la culpa de nada. Solo ella es la mala de la película. No hagas como yo que, durante años, pensé que debía haber habido algún error, que la que había sido mi amante no podía ser tan malvada. Por supuesto, más tarde supe que no era así, y comprendí por fin la verdad: la mujer guapa y simpática de la que me había enamorado era una completa falsedad. Todo aquello era solo una actuación, un fraude. A mí, y tal vez a ti, simplemente nos engañó. Porque el ser humano real, el de verdad, no era el que nos besaba o hablaba de amor, sino que era la alimaña que salía a matar. La que descerrajaba sin pestañear a sus víctimas un tiro en la cabeza y otro en el estómago. Esa era ella, y esa es ella ahora mismo. Una asesina despiadada. Hay que capturarla y encarcelarla de por vida. La otra no existe, es falsa. Cuanto antes asimiles esa verdad, antes te recuperarás.

—Tal vez tengas razón—dijo Arturo con tristeza y un hilo de voz.

—Y ahora, amigo mío, escúchame bien —prosiguió Sheldom—. Ya sé que estás hecho polvo, pero el tiempo en estos momentos es importantísimo, es vital. Ahora mismo, tú dispones de la última información actualizada sobre Alecto. Tú, sobre todo, y también tus colegas, pero en mucha menor medida. Tenemos que cazar a esa mujer antes de que mate de nuevo. Te pido que vuelvas de nuevo a la sala en la que estamos reunidos y que nos cuentes todo lo que sabes. Hay que detener a esa mujer. La Diana Jaeger que tú conocías ha muerto, Arturo. Pero Alecto está

suelta y debemos atraparla.

—De acuerdo —dijo Goikolanda con los ojos apagados—. Volvamos a la reunión.

Diez minutos más tarde, el grupo, ubicado en una sala distinta, continuaba la sesión. Algunos se habían cambiado de ropa. Semper observó al ingeniero, que sentado a la mesa como el resto, tomaba una infusión de manzanilla. Parecía aún bastante alterado. Le sonrió, y decidió darle unos minutos antes de interrogarle. Tomó de nuevo la palabra.

—Amigos, siento haber tenido que dar una noticia como esta. Entiendo que para los que habéis trabajado con ella en los últimos días el anuncio ha sido impactante. Pero debemos continuar. Nuestro objetivo es atrapar a la asesina. Pero, antes de continuar, ¿alguien tiene alguna pregunta, o necesita alguna aclaración adicional? ¿Ha quedado claro el camino que ha llevado la investigación en las últimas horas?.

Insospechadamente, el agente de campo inglés Bonald, que apenas había intervenido hasta ahora en la reunión, preguntó con bastante seguridad:

—Discúlpeme, comisario Semper, pero yo aún no logro entender cómo han conseguido descubrir a Diana Jaeger. ¿Qué les hizo sospechar de ella?

“Naturalmente —pensó Semper—, es lógico que el inglés no lo entienda, ya que no lo he explicado en absoluto. Y el resto del equipo también estará in albis, pero solo él ha hecho la pregunta. Está claro que estamos demasiado cansados y nerviosos, no pensamos con claridad”.

—Señor Bonald, muchas gracias por su pregunta, que es muy oportuna. Han sido dos los hechos que nos han movido a sospechar de la señora Jaeger. Ambos han sido muy recientes. En primer lugar, Jaeger recibió ayer mismo en su móvil una extraña llamada de Alemania. Estábamos aquí mismo, en Jefatura, a punto de empezar la reunión con ustedes. Me pidió permiso para contestar y yo se lo di. Hasta ahí no había nada raro. Pero cuando comenzó a hablar comprobé que era una llamada falsa.

—¿Cómo pudo saber eso, señor? —preguntó Bonald.

—Porque hablaba sola.

—¿Perdón, señor?

—Diana Jaeger estaba hablando sola por teléfono. En el otro lado de la línea no había nadie. Ella estaba situada muy cerca de mí, y yo tengo un oído excelente. Podía escuchar perfectamente a los dos interlocutores, pero solo hablaba uno de ellos. No había nadie en el otro lado. Sin embargo, ella preguntaba y respondía cómo si alguien estuviera conversando con ella. Por eso, cuando me pidió permiso después para abandonar España y volver a Alemania empecé a sospechar. Aunque le concedí la autorización, le pedí que mantuviera el móvil operativo por si surgía alguna pregunta. Después de la reunión, les pedí a mis colegas de comunicaciones que localizaran el móvil. No tardaron demasiado. Estaba en España. Obviamente, no había volado a Alemania.

—¿Entonces, podemos saber dónde está ahora, señor?

—No, Bonald. Obviamente, se ha deshecho del móvil. No es ninguna novata.

—Sin embargo, ella no tiene por qué saber que hemos averiguado su identidad. En principio, usted la dejó marchar a Alemania, no tenía por qué haber sospechado nada. Lo de la llamada fue algo insólito, un error imprevisible.

—Ella ya sabe que la hemos descubierto —dijo sin más Semper—. Adelante, Gustav, cuéntales tu parte.

—Como cualquiera puede imaginar —inició el inglés—, el motivo por el que Diana Jaeger dijo que se volvía a Alemania era para no coincidir conmigo en la reunión. Yo la habría reconocido inmediatamente, claro está. El asunto, sin embargo, es que tardó bastante en organizar



su partida y conseguí verla en la garita de salida, justo cuando abandonaba la Jefatura. Nuestro coche entraba en ese instante. Ella abrió un paraguas y no la vi con claridad, pero su imagen quedó grabada en mi subconsciente. Horas más tarde, ya acostado, me di cuenta como en una revelación de que la mujer a la que había visto por unos instantes era Katia —perdón, Alecto—. Conmocionado, me levanté de la cama, y busqué en Internet una foto de Diana Jaeger, a la que no conocía (aparecían fotos de archivo de todo el equipo de investigación español en la Intranet de INTERPOL). Comprobé que eran la misma persona. Hice el fotomontaje con una vieja foto suya de entonces y mostré a Semper el mismo documento que acaban de ver ustedes.

—Así es —culminó Semper—. Además, como pueden ustedes imaginar, adicionalmente yo llamé a sus supervisores alemanes para comprobar la llamada. Y me dijeron que no sabían nada. Por supuesto, Diana Jaeger contaba con que la descubriéramos en cuestión de días, o de horas. Sabe perfectamente que vamos tras ella. Les recuerdo que es una agente de élite, para lo bueno y la malo. Se ha limitado a desaparecer.

De pronto, como si hubiese esperado a disponer de un minuto de silencio, el teléfono de la sala sonó con estridencia. Cogió Semper.

—Semper, dígame.

El policía escuchó durante medio minuto el mensaje y dijo:

—De acuerdo. Avisen al Comisario Jefe del GEO. Preparen la intervención inmediata.

Acto seguido colgó y dijo al grupo.

—Diana Jaeger ha encendido de nuevo el móvil. Hemos conseguido localizarlo. Está en Móstoles, en la calle Río Guadalquivir, junto a un polígono industrial. Vamos hacia allí ahora mismo. Nosotros iremos en dos coches patrulla. Sheldom y Goikolanda, conmigo. El resto, en otro coche. Aclaro que nadie tiene permiso para realizar acciones operativas, por lo que permanecerán en segundo plano, siempre a mis órdenes. La eventual detención de Alecto será ejecutada por un comando del Grupo Especial de Operaciones de la policía, que ya están en camino y van a acordonar la zona. ¿Está todo claro, señores?

Todos el mundo asintió sin decir nada. La adrenalina y la tensión flotaban en el ambiente.

—De acuerdo, entonces —dijo Semper—. Vamos a por ella.

La comitiva de coches de policía atravesó como un relámpago las calles de Madrid. En uno de los vehículos se encontraban Semper, Goikolanda y Sheldom. Todos se habían colocado protecciones antibalas y distintivos fosforescentes de la policía española. Un agente especializado conducía, con el comisario como copiloto, y los otros dos hombres sentados detrás.

—¿Dónde está Móstoles, exactamente? —preguntó Gustav en un inglés simplificado y cadencioso, mientras se agarraba entre bamboleos a la manilla lateral del coche.

—No está lejos —contestó Semper en la misma lengua, con sorprendente soltura—. Es una población mediana, ubicada a unos 15 ó 20 km. al suroeste de la ciudad. Llegaremos en veinte minutos.

—¿Usted cree que encontraremos allí a Alecto? —dijo Gustav de nuevo, mientras un frenazo lo impulsaba hacia delante, comprimiendo el cinturón de seguridad.

—No lo sé, la verdad. Es muy raro que haya encendido el móvil, sabiendo que lo podemos localizar, pero a veces suceden cosas así. Cualquiera puede tener un descuido, y no sabemos en qué situación emocional se encuentra, incluso puede haber bebido o tomado algún tranquilizante. En fin, es imprevisible, pero vamos a salir muy pronto de dudas.

—También puede ser una trampa —dijo Gustav en voz baja—. Ella no solía tener

descuidos, por lo menos hace algunos años.

El conductor giró de manera repentina para incorporarse a la entrada de la autovía de Extremadura, lo que provocó que los tres ocupantes del coche se desplazaran hacia un lado como marionetas, aunque sin consecuencias, ya que iban bien sujetos por los cinturones.

—En cinco minutos llegaremos al destino, señor —dijo el conductor con voz neutra.

—De acuerdo, gracias —contestó Semper.

A continuación, el jefe se puso en contacto con los GEO (Grupo Especial de Operaciones) que habían rodeado ya la casa de Móstoles desde la cual provenía la señal del teléfono móvil. No había signos de haber nadie dentro, todo estaba en apariencia tranquilo.

Dos minutos más tarde, los coches celulares llegaron a la zona. Allí estaban ya más de veinte vehículos de las fuerzas de seguridad, entre los cuales se movía un amplio contingente de policías nacionales. Alguno de ellos aún colocaba barreras de seguridad en zonas del entorno próximo. Eran las primeras horas de la mañana de un día límpido, abierto, y de intenso frío. Las luces de las furgonetas oficiales parpadeaban e iluminaban el área, dando un ambiente de tensión a la escena. El área en la que se hallaban estaba a caballo entre el núcleo urbano, con elegantes edificios residenciales y zonas verdes, y el arranque de un área industrial de Móstoles, fea y gris, llena de altos pabellones con techumbre de uralita para talleres de fabricación, y almacenes con amplias bahías de acceso y material de todo tipo en su interior.

La casa de la que provenía la señal era de apenas un cubo de hormigón, gris, cuadrado, y de escasa altura. Estaba ubicada en una manzana de edificios medio vacía, con apenas dos o tres construcciones anexas, desangeladas, que parecían abandonadas. En medio del bloque se abría una explanada de cemento en la que se oxidaban media docena de coches abandonados, junto a restos de basura y viejos electrodomésticos desvencijados.

La policía había acordonado ya toda la manzana y las calles adyacentes. A unos cien metros, los curiosos comenzaban a acercarse, atraídos por el espectáculo.

Semper se acercó el Jefe de Unidad de las fuerzas especiales, inspector jefe Ferraz.

—Inspector, buenos días —dijo extendiendo la mano.

—Buenos días, señor —contestó este saludando primero militarmente y estrechando luego la palma del policía.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Semper.

—Todo parece tranquilo. Esta zona está prácticamente deshabitada. El edificio objetivo es pequeño, dos pisos, pero de estructura compacta. Hemos dado el aviso por megafonía, pero nadie ha contestado.

—¿Se puede entrar?

—Desde luego. Lo haríamos simultáneamente por las ventanas delanteras y traseras. Es una casa pequeña. Sería suficiente con echar un par de granadas lacrimógenas y entrar por los dos lados a la vez. En principio, se trata de una operación sencilla. El tiempo estimado de la operación es de treinta y cinco segundos. Sería visto y no visto.

Semper permaneció pensativo unos segundos. Allí no parecía haber nadie, pero era mucho mejor no fiarse. Y Alecto era una especialista, era muy improbable que hubiera tenido un descuido. Naturalmente, tampoco podía descartarse. Todo podía suceder. Tal vez estuviera en aquel mismo instante observándolo desde algún lugar de la casa.

Diana Jaeger observó al policía Semper. Comprobó que el funcionario español estaba en una posición segura, pero con contacto visual con la casa. Le gustaba aquel policía, alto, sobrio,

con los nervios bien templados. En ese momento, hablaba con otro hombre uniformado de aspecto recio, de unos cuarenta años, pertrechado con equipo de asalto y aire tranquilo. Sin duda, el jefe del comando de las fuerzas especiales.

“Tal y como pensaba, me han detectado con enorme rapidez —pensó Jaeger—. Tan solo unas horas, un tiempo record. Es obvio que Semper es un tipo inteligente. Claro que ha podido tener ayuda de mi viejo amigo inglés. Está dentro de lo posible, aunque ahora eso es lo de menos. Ya da todo igual”.

La mujer, que se protegía del frío matinal con una chaqueta de cuero negro con capucha de piel, se acercó aún más a la gente que, desde la barrera de la policía, contemplaba el espectáculo del despliegue de las fuerzas de seguridad, ubicados a unos cien metros de distancia. Estirando el cuello entre las personas que estaban delante de ella, como un espectador curioso más, intentó localizar a Gustav Sheldom o a Arturo Goikolanda. Sin duda, ambos conocían ya su identidad real. Sintió una pequeña punzada de dolor por Arturo. El ingeniero era un buen tipo. Había cometido un error imperdonable al dejarse cortejar por él. Debería haber cortado la situación de raíz pero, simplemente, no había podido. ¡Era tan agradable que un hombre se fijara en ella! Aún recordaba cómo la había besado al despedirse. Sí, había sido un beso agradable, una buena forma de decir adiós. Solo esperaba que el vasco consiguiera recuperarse de la gran impresión que le habría causado saber la verdad. Al fin y al cabo, solo era un civil. Era inteligente y simpático, pero todo este ambiente no era para él. No estaba preparado para moverse en este mundo de violencia y muerte. Otra cosa diferente era Gustav.

“El maldito agente inglés”, pensó, con una media sonrisa. Este sí que era como ella. Ahora estaba en el otro bando —en realidad, siempre lo había estado—, pero siempre había pensado que eran parecidos. Ayer había conseguido verle a través de la ventanilla mojada de su coche, durante una fracción de segundo, cuando entró a la Jefatura madrileña proveniente de Londres. Le pareció que tenía la cara marcada por cicatrices —recuerdo de la prisión de Kizil Kum, sin duda—, pero aún conservaba su atractivo. Seguía siendo guapo y moreno, aunque estuviera más mayor. Como decía el viejo dicho británico, haciendo referencia a las cualidades del hombre ideal, “*tall, dark and handsome*”. Sí, Gustav siempre había sido alto, moreno y guapo. El perfecto inglés.

Diana no consiguió ver a ninguno de los dos hombres y pronto desistió. En realidad, ni siquiera sabía si estaban allí.

Semper y el jefe del comando seguían hablando. “Van a entrar en la casa, sin duda”, pensó. “Han evaluado la situación, y en cuanto aseguren el lugar penetrarán como un ciclón, arrasando todo lo que encuentren dentro”.

Una ráfaga de aire frío azotó su cara, moviendo hacia atrás ligeramente su capucha.

“Es hora de marcharse”, pensó.

Un minuto más tarde, una moto de alta cilindrada arrancaba y se dirigía como una centella por la carretera, en dirección Móstoles, dejando atrás el despliegue policial.

Alecto abandonaba la escena.

—No me fio —dijo Semper después de reflexionar unos minutos, ante la mirada expectante del jefe de unidad del GEO—, el sitio está demasiado tranquilo. Y esa mujer sabía que íbamos a venir aquí, lanzados a por ella. Puede ser una trampa.

—¿Qué quiere que hagamos, comisario? —preguntó el jefe de las fuerzas especiales.

—Creo que lo mejor es asegurar el lugar antes de entrar.

—Eso llevará su tiempo.

—Ya lo sé, inspector, pero si la exagente está dentro es mejor cerciorarse de que no nos está preparando ninguna sorpresa. Y si no hay nadie, aún con mayor motivo. Es mejor no precipitarse. Además, si por casualidad está en la casa, no podrá escapar.

—De acuerdo. Lo prepararé todo de inmediato.

Semper miró la casa objetivo, de nulo valor estético. El sitio no estaba mal elegido para establecer un piso franco. Poca gente alrededor y buenas comunicaciones. No era imposible que hubiera estado aquí una temporada, de manera clandestina. Habría disfrutado de un amplio margen de movimientos. Y desde luego, podría haber preparado una bomba como comité de recepción. Mejor comprobar bien el lugar. Lamentablemente, el jefe de los Geos tenía razón. Eso llevaría tiempo. Tendrían que hacer barridos electrónicos de frecuencias, comprobar si había rayos infrarrojos, alarmas, sensores de sonido, de luz, de movimiento, y finalmente un mapa térmico básico del área. Adicionalmente, una vez descartado un artefacto explosivo, era imprescindible simular una entrada física, ya fuera con un robot o con un animal. Si el objetivo esperaba el momento de la entrada del comando para accionar un arma o incluso inmolarse, lo haría con la entrada simulada, y esto salvaría la vida de los agentes especiales.

Semper miró su reloj de pulsera. Eran las 10:30 h. Iban a perder un tiempo valioso. Varias horas, como mínimo. Maldita sea.

## 7

*06 de marzo de 2012, 11:30 h*

Diana Jaeger tomó la desviación hacia Tres Cantos, población del norte de Madrid, desde la carretera N—607 en la que se encontraba. Iba en coche. Había dejado la moto aparcada en Móstoles y había tomado en esa misma ciudad un automóvil alquilado. La motocicleta era un medio de transporte flexible y veloz, pero siempre era más seguro cambiar de vehículo con frecuencia, para evitar una detección indeseada o casual.

Al cabo de un minuto, llegó a su destino, muy cercano a la carretera nacional: el Hotel Foxa. Aparcó el coche en la explanada exterior al establecimiento, tomó la pequeña maleta que llevaba en el capó, entró al edificio y subió el tercer piso. Accedió a una habitación con su tarjeta electrónica y allí, con rapidez, se cambió de ropa.

Diez minutos más tarde, Diana Jaeger salió del cuarto vestida con un traje gris oscuro, blusa blanca y zapatos de tacón mediano. El maletín, unas gafas negras y una peluca de rizos oscuros completaban su nuevo aspecto de ejecutiva de negocios alemana. Entró al ascensor y pulsó el botón correspondiente al salón de reuniones Navalcan. Una vez allí, comprobó que la

puerta del recinto estaba abierta. Era una sala pequeña, coqueta, pensada para presentaciones o juntas de alto nivel, y dotada de la última tecnología (cámaras, sistemas de proyección, servicio de traducción simultánea, Wifi, videoconferencia, etc.). Su capacidad era para 15 ó 20 personas. La exagente soviética entró con naturalidad, cerró la puerta desde dentro y se dirigió a la mesa central, la de los ponentes. Abrió su maletín, extrajo de él un pequeño objeto, levantó la tapa del falso suelo más próxima a la posición del conferenciante principal, adosó el dispositivo por la parte de abajo y volvió a dejarla como estaba.

Era increíble lo sencillo que era colocar un artefacto explosivo hoy en día en cualquier sitio. Hoteles, tiendas, parques, gimnasios, daba igual el tipo de recinto que fuese, las medidas de seguridad eran irrelevantes. Naturalmente, la clave era la sorpresa, es decir, que nadie esperara un atentado. Si era así, como sucedía en este caso, cualquier persona con un mínimo de experiencia en seguridad podía instalar un dispositivo electrónico o explosivo cuando le viniera en gana, casi en cualquier lugar.

Diana abandonó el salón y volvió al ascensor, hasta llegar de nuevo a su habitación. Una vez allí, volvió a cambiarse de ropa, utilizando por si acaso prendas distintas a las de su llegada. Era curioso cómo la gente recordaba a las personas por su atuendo. Por eso lo mejor para pasar desapercibido era cambiarse de ropa con frecuencia.

“Bueno, ya está todo listo —pensó—. Ha sido más sencillo de lo que había previsto”. Sí, mucho más sencillo. Ni siquiera había tenido necesidad de utilizar su personaje—tapadera de ejecutiva extranjera supervisando el sistema de proyección y los micrófonos del salón. Lo pensaba haber usado si alguien del servicio la encontraba en plena faena en el salón Navalcán. Se imaginó la escena:

—Disculpe, señora —le diría la camarera del hotel al encontrarla en la sala—, no sabía que estuviera ocupado el salón. Venía a hacer la limpieza.

—Buenos días, señorita —le contestaría tranquilamente Diana, mientras adosaba el explosivo plástico en el falso suelo—. Estoy revisando la infraestructura audiovisual del salón. No tardaré demasiado. ¿Le importaría volver en media hora?

—Por supuesto.

Ni siquiera había hecho falta. Nadie había entrado a interrumpirla. En fin, todo estaba ya preparado. Mañana sería el gran día. Por supuesto, en investigaciones posteriores sería sin duda identificada por las cámaras de seguridad, pero para entonces eso no tendría ya ninguna importancia.

Po otro lado, esperaba que su pequeño montaje de Móstoles mantuviera ocupado al equipo de Semper durante las próximas horas. Asegurar el lugar, comprobar huellas, identificar y entrevistar testigos, la larga serie de tareas rutinarias de la policía hasta darse cuenta de que todo era un señuelo. Pronto comprenderían porqué.

Y ahora tenía que partir. Su hijo la esperaba en otro de sus pisos francos, atendido por una cuidadora. Además, aún debía ocuparse de un tema importante antes de mañana, que era el día definitivo. Sonrió con tristeza. Después de tantos años, por fin llegaba el momento en el que todo quedaría resuelto para siempre. Se sentó un instante sobre la cama. Ya ni siquiera sabía lo que sentía. Era como si se hubiese ido vaciando por dentro hasta quedar convertida en un cuerpo hueco, sin sentimientos, sin sustancia vital. Ni siquiera sentía el odio que durante todo este tiempo le había permitido sobrevivir, hasta ejecutar su venganza. Ya no notaba nada. Casi había completado todas las fases de su plan, pero se había secado interiormente. Era una cáscara vacía, un organismo vivo que se arrastraba y comía y respiraba, pero al que nada importaba ya. Lo único que le consolaba era que dentro de veinte o treinta horas por fin todo habría acabado. Cada detalle

estaba planificado cuidadosamente. Iba a terminar el ciclo de eliminaciones que había iniciado hace unos meses, y cumplir con su venganza y con su deber. El momento del desenlace había llegado. Miró sus manos. Tal vez fueran las manos de un monstruo, o tal vez las de un ángel justiciero. No lo sabía. Pero daba igual a estas alturas. Lo único que tenía claro es que ella iba a hacer lo necesario, lo que había decidido desde hacía mucho tiempo y solo entonces podría descansar para siempre. Mañana era el día.

Iba a matar a sus dos hijos.

*06 de marzo de 2012, 20:00 h*

Semper observó desde el coche policial sin distintivos aparcado en la calle la nueva casa a la que la policía estaba vigilando discretamente. Eran las ocho de la tarde y se acababan de encender las farolas de la calle. Estaban en el barrio de Salamanca, una de las zonas más exclusivas de Madrid, con edificios elegantes y caros, ocupados por personas adineradas, empresarios o profesionales liberales de éxito. El piso presuntamente ocupado por Alecto era el 7º—A, cuyo salón daba a la calle y tenía las luces encendidas. Tal vez estuviera allí, sin saber aún que había sido localizada.

El policía reflexionó en silencio. La revelación de Goikolanda sobre el hijo discapacitado de Diana Jaeger había sido impactante, y clave para la actual localización.

Por otro lado, la irrupción del Grupo Especial de Operaciones de la policía hace unas horas en la casa de Móstoles había confirmado que el recinto estaba vacío. Tampoco había indicios claros de presencia humana continuada y aunque obviamente continuaban las investigaciones —no se podía dejar ningún cabo suelto— él estaba convencido de que aquello había sido una distracción diseñada por Alecto, algo destinado a desviar la atención de su búsqueda. Pero él no era ningún novato. Por eso mientras las fuerzas especiales planificaban la violenta entrada en la casa de Móstoles, él había organizado y lanzado la persecución policial a gran escala de la exagente soviética. Y ahora iban a por ella con todo, decenas de policías en pos de la criminal. Además, algo le decía a Semper que si no la cogían en las próximas horas la situación se aceleraría y la perderían. El comportamiento de la asesina era el de una persona que está cerca de su último acto. Diana Jaeger se había revelado como Alecto y eso era la señal inequívoca de que no había vuelta atrás. A sus espaldas, solo dejaba tierra arrasada. Quemaba las naves. Ya no tendría escapatoria, solo buscaba su final, su última actuación. Y él debía impedirle por todos los medios.

—¿Una magdalena, señor? —le dijo el policía que tenía en el asiento contiguo, el del conductor.

—¿Perdón? —respondió Semper, distraído.

—Que si quiere comer algo, señor. He traído un paquete de magdalenas para entretener el hambre mientras esperamos.

El jefe sonrió. Ya no estaba acostumbrado a las largas vigilancias desde un coche, apostado en la calle largas horas sin que suceda nada. Hacía años que no intervenía en una. Pero él también llevaba comida o libros en sus tiempos. Todos los policías lo hacían.

—Gracias, agente, muy amable —contestó—. Tomaré una.

Mientras masticaba el bizcocho, repasó cómo habían localizado a Alecto. No había sido fácil hacerlo tan rápido, pero la información aportada por el ingeniero vasco había sido muy útil.

Naturalmente, Alecto disponía de varios pisos francos en Madrid y los alrededores, como corresponde a una especialista que ha planificado todo con tiempo. Uno de ellos era la residencia del antiguo embajador —el que había visitado Arturo Goikolanda, que era la residencia oficial de Diana Jaeger en Madrid— y que naturalmente ya había sido registrado hacía muchas horas, sin éxito. Tampoco habían perdido mucho tiempo revisando los nombres utilizados en los alquileres, ya que serían sin duda falsos. Por ese camino no obtendrían nada. Pero había una circunstancia que ni siquiera ella podía evitar: la silla de ruedas de su hijo. Y esta había sido la pista que había conducido a su localización. Para cambiar de piso franco, Alecto tenía que utilizar un medio de transporte adecuado para la silla. Lo más lógico era utilizar una compañía especializada para ello. En Madrid no había demasiadas, unas seis o siete empresas homologadas. Durante varias horas, decenas de agentes policiales había estado revisando los registros de los servicios realizadas por todas ellas y había saltado la chispa por fin. Hacía relativamente poco se había producido un traslado de dos personas —una de ellas en silla de ruedas— desde la residencia anterior de Diana Jaeger, la del embajador, hasta el piso que ahora estaban vigilando. No habían conseguido hablar aún con el conductor de la furgoneta de transporte especial —al parecer, estaba ilocalizable—, por lo que faltaba aún la identificación visual, pero estaban razonablemente seguros de que las dos personas que habían ido en el vehículo hasta allí eran Alecto y su hijo. Y ahora estaban ellos —la policía— allí, vigilándolos. Si la mujer ponía un pie en la calle sería detenida inmediatamente, ya que pesaba sobre ella una orden de busca y captura internacional. Sin embargo, aún no disponían de la orden judicial de entrada en el piso. Por lo tanto, tocaba esperar. Lo fundamental ahora era no precipitarse y, sobre todo, no cometer ningún error.

El contingente policial de vigilancia era amplio —pensó Diana Jaeger, mientras observaba la calle desde la casa, durante una fracción de segundo, por una rendija de la cortina—. Tres coches en total, tal vez diez agentes. Semper había actuado con sorprendente rapidez. Su pequeño escenario de Móstoles no le había entretenido demasiado. Naturalmente, el hilo que les había llevado hasta allí era su hijo. Goikolanda les habría contado lo de la discapacidad de Engel. Había sido una estúpida. Debería haberse citado en otro sitio con el ingeniero, no en su propia casa. Claro que, en su momento, la idea de estar con él allí (y dormir luego juntos, claro) le había parecido excelente. Era lo malo de mezclar los sentimientos y la profesión. Un error de libro. En fin, ahora daba igual. Lo único que contaba ahora era que estaba en una casa rodeada por la policía. Tenía que escapar ya, inmediatamente, antes de que consiguieran una orden judicial, entraran como un huracán, y la atraparan como a un conejo.

Sacó una tarjeta de su bolso e hizo una llamada telefónica. Después, se sentó tranquilamente en un sofá. Había que esperar.

La furgoneta de transporte especial habilitada para sillas de ruedas de Traslados Móviles se detuvo frente al portal de la casa vigilada, se arrimó todo lo posible a la derecha —la carretera era ancha y dejaba paso de sobra para otro coche— y encendió las luces de emergencia, indicando que se detenía en una posición algo irregular, supuestamente para esperar a sus pasajeros.

Semper observó el vehículo y alertó al equipo de vigilancia. Parecía que Alecto se movía de sitio. Había otros dos coches camuflados frente al portal, y dos retenes adicionales de policía uniformada controlando los accesos a pie o en coche de las vías de entrada a la vivienda. De

aquella zona no podía escaparse ni una mosca sin que ellos lo permitieran. Mucho menos aquella enorme furgoneta.

El policía sintió la adrenalina correr por sus venas. Este momento era clave, había que extremar ahora la prudencia. Se trataba de detener a la exagente en el preciso instante en el que saliera del portal con la silla de ruedas, e intentara meterse en la furgoneta. Serían unos cuatro o cinco metros en los que había que practicar la detención. Pero no podían aparecer antes en la escena, es decir, junto al portal, para no alertar a la mujer. Y obviamente si se colocaban demasiado lejos, la mujer se metería en el coche especial. Por supuesto, no podría ir muy lejos, ya que las salidas estaban controladas, pero era mejor no arriesgarse. Si Alecto se veía acorralada podría tomar rehenes o amenazar con una bomba, o simplemente intentar salir a tiros de allí. No, lo más limpio era la detención a la salida del portal. Visto y no visto.

Semper dio las últimas instrucciones para organizar la captura. Los agentes se fueron colocando en posición de salida, con las armas y las esposas preparadas, pero aún dentro de los vehículos. Todos observaban atentamente el salón de la vivienda. Un minutos más tarde, se apagó la luz de esa habitación. Diez segundos después, los policías salían sin miramientos de los coches y tomaban posiciones en las inmediaciones del portal, evitando el contacto visual desde el interior. Dentro de unos pocos instantes aparecería la mujer. Habría que detenerla como sea.

La exagente apagó la luz de su casa desde el ascensor que conducía directamente al garaje, con el mando a distancia. A su lado, apoyado en su hombro, Engel no parecía en absoluto nervioso, pero tampoco sonreía por la aventura, ni siquiera al contemplar el extraño bigote y gafas de su madre, o la corbata que llevaba. Más bien se le veía indiferente o incluso apático. Al abrirse las puertas del ascensor, Diana cogió al joven en volandas y atravesó casi a la carrera, resoplando por el esfuerzo, los cincuenta metros que les separaban de su coche, un atractivo mercedes deportivo CLK plateado. Al llegar, abrió las puertas y colocó a su vástago en el asiento del copiloto, tomando ella el volante. Arrancó con velocidad y se encaminó a la salida, que daba a una calle perpendicular a la de su portal.

Junto al portal, pasaron varios minutos, pero no aparecía nadie. Algo iba mal. De pronto, escucharon el ruido del ascensor que bajaba. Podía ser ella.

“Todo el mundo preparado”. —Dijo Semper por el micrófono en un susurro—. “A mi orden, la derribamos. Garrido y Ansola, los primeros, inmovilizar los brazos y al suelo. El resto, encima, que ni siquiera respire”.

Una persona apareció en la puerta del portal. Semper no pudo observarla con claridad, solo era una sombra que salía por una puerta. Pero desde luego era una mujer, iba vestida con ropa deportiva y capucha, aunque no llevaba silla de ruedas. En una fracción de segundo, Semper pensó que podía ser ella que vigilaba la entrada o el acceso de la silla a la furgoneta. Maldita sea, tenía que ser Alecto. Dio la orden.

—A por ella.

Los policías saltaron encima en cuanto puso el pie sobre la acera. La mujer ni siquiera supo cómo había llegado hasta el suelo, simplemente se vio aplastada por un vendaval de agentes enormes, que la redujeron y esposaron dejándola aterrorizada sobre la acera. Semper le retiró la capucha.

—Maldita sea, no es ella —dijo con irritación.



Durante unos segundos solo sintió cómo la frustración le subía por la garganta y le invadía la boca, impidiéndole pensar con claridad. Después de un minuto, sin embargo, normalizó la respiración y su cerebro volvió a funcionar. La furgoneta había sido otro maldito señuelo. Se tiró como un loco sobre el micrófono interno de la policía y, a voz en grito, dio la orden a los agentes uniformados que controlaban los accesos:

—Cerrad las calles. A todas las unidades, cierre inmediato de los accesos, que no pase nadie hasta nueva orden.

La fila de coches que atravesaban el control establecido en las calles de acceso era ya respetable, a pesar de que se movía con bastante rapidez. Los agentes observaban atentamente todos los coches que salían pero, después de la inspección ocular, dejaban pasar a la mayoría de vehículos. Tan solo algunos habían sido retenidos, y estaban inmovilizados junto al área en la que estaban montadas las barreras. Concretamente, había allí una furgoneta de transporte industrial con tres ocupantes y un coche grande en el que viajaban una mujer de mediana edad y un hombre joven.

El agente encargado del acceso acababa de dar paso a un Audi A4, en el que viajaba una familia. A continuación, se acercó al área de chequeo el siguiente coche de la fila, un Mercedes plateado CLK. Se detuvo suavemente en el punto de control y el piloto bajó la ventanilla del coche, para facilitar que el agente observara el interior del vehículo.

“Dos hombres en un coche deportivo, y no se aprecia nada inusual”, pensó el agente de policía. No había ninguna coincidencia con lo que buscaban. Ni era una furgoneta o vehículo industrial, ni los ocupantes eran una mujer y un hombre joven.

—Adelante, pueden seguir —dijo.

El coche se alejó con un suave ronroneo, y se perdió en el tráfico nocturno de la gran ciudad. El funcionario de policía reparó entonces en los gestos que le estaba haciendo desde hace unos segundos el sargento Méndez desde la furgoneta policial de apoyo, situada a unos metros de las barreras de control. Vio cómo se acercaba hasta su posición:

—Atención, Salgado, nuevas órdenes del comisario. Se cierra el control. Cierre total de los accesos, de manera inmediata.

—A sus órdenes, mi sargento.

El agente Salgado se colocó con ademán autoritario frente a la fila de coches, e indicó con su palma extendida que, a partir de ese momento, el paso estaba prohibido. A continuación, cerró la vía con las barreras de plástico en las que se leía: POLICÍA NO PASAR. Infructuosamente, el control quedaba cerrado a cal y canto.

*07 de marzo de 2012, 05:50 h*

El sonido del teléfono móvil de Semper —un timbre estándar, que subía progresivamente de volumen— despertó al comisario, que dormía en su casa madrileña, un pequeño chalet ubicado en Pozuelo, población próxima a Madrid. Después de casi 40 horas sin dormir, el policía había atendido el consejo de sus compañeros y se había ido a casa a descansar toda la noche. Para conciliar el sueño, a pesar del cansancio, había tenido que recurrir a una pastilla de Orfidal. La fuga de la exagente de la casa vigilada del barrio de Salamanca le había conmocionado. El policía sentía que tenía ganas de matar a alguien, pero no sabía a quién. Tal vez a él mismo. La mujer había huido limpiamente, llevándose además con ella a un hombre inválido, y todo delante de sus propias narices. Era simplemente increíble. Afortunadamente, la pastilla había hecho su efecto, y finalmente Semper había descansado unas horas, hasta que el móvil lo había sacado de su sueño. Miró el reloj de pulsera, apoyado en su mesilla de noche. Faltaban diez minutos para las seis de la mañana. Aún no había amanecido.

—Semper —dijo respondiendo al dispositivo con la voz más alerta que pudo simular—. Dígame.

—Buenos días, señor. Disculpe que le moleste —dijo Juan Carlos Ferrosa—, pero ha habido novedades.

—Adelante.

—Uno de los nombres utilizados por Alecto para alquilar el piso de Móstoles se repite en una vivienda alquilada en San Sebastián de los Reyes. Firmó el contrato hace dos meses.

“¡Síííí!, ¡por fin un golpe de suerte!”, pensó exultante Semper. Aunque bien mirado no era tanta casualidad, casi era lo más lógico que podía suceder, ya que era imposible no cometer nunca un error. Antes o después todo el mundo tenía una pequeña distracción. Obviamente, Alecto utilizaba varios nombres falsos, y con ellos hacía todas las gestiones necesarias para vivir sin ser detectada. Alquilar las casas, contratar transportes, o comprar comida con una tarjeta de crédito. Pero antes o después, cuando uno ha hecho muchas transacciones, se termina por repetir alguna de las identidades anteriores. La policía, en su acecho de los pisos, disponía ya de varias de las identidades falsas que había ido utilizando. Durante largas horas, el equipo de especialistas informáticos de la Policía Nacional había barrido las bases de datos de contratos inmobiliarios de la zona, hasta que finalmente se produjo el milagro. Una tal Lara Sandel —una de las identidades falsas de Alecto—, había alquilado el mencionado piso de San Sebastián de los Reyes. Claro que podía ser una casualidad, podía no ser ella. Ferrosa pareció leerle el pensamiento.

— Por supuesto, hemos comprobado inmediatamente el asunto. Hemos localizado al propietario, y le hemos llamado en mitad de la noche. Imagino que le hemos dado un susto de muerte, pero era imprescindible. Nos ha confirmado que la persona que alquiló el piso le pagó

tres meses por adelantado, en metálico. No discutió el precio. Se trataba de una mujer de mediana edad y buena planta, de aspecto extranjero.

—¿Le mencionó algo sobre un hijo discapacitado? Accesos a la vivienda, cualquier detalle.

—Negativo. Pero puede que simplemente lo comprobara in situ. La vivienda dispone de acceso para minusválidos. Disculpe, señor, un momento, por favor.

Se produjo una pequeña pausa. Ferrosa parecía atender otra llamada, pero mantenía en línea al comisario. Al cabo de unos segundos, retomó la conversación.

—¡Bingo, señor! —dijo emocionado—. Acaba de respondernos el propietario del piso. Hace unos minutos le hemos enviado la foto de Aleto por correo electrónico para que la identifique. La ha reconocido sin dudarle. Es la persona que le alquiló la casa. Ya la tenemos.

—Excelente —dijo Semper, mientras pensaba en silencio sobre el curso a seguir en la acción.

Naturalmente, debían presentarse de nuevo en aquella casa, como habían hecho la otra vez. Esta vez no escaparía. El problema es que ahora manejaban información de hace dos meses, y desconocían el uso que estaba dando a ese piso franco. La exagente era astuta y Semper estaba harto de trampas. Una de las posibilidades era que la mujer hubiera repetido a propósito el nombre falso con objeto de ser detectada y enviar de nuevo la investigación y a la policía a un camino muerto. Una nueva distracción, mientras ella ejecutaba su misión, su delirio asesino en otro lugar. Sofisticado, pero no imposible. También pudiera ser que simplemente estuviera allí, sin más. No podía evaporarse en el aire, necesitaba una vivienda. Era obvio que ellos tenían que ir allí, por si acaso estaba dentro. El problema era qué hacer después, si entrar en la casa o no. En Móstoles solo había entrado al comprobar que no había nadie, y que era una zona aislada, pero en este caso, al igual que el anterior de la casa del barrio de Salamanca, se trataba de un área residencial. Los servicios jurídicos policiales, después del fiasco de la reciente fuga de Aleto, habían elaborado una posible estrategia legal para conseguir entrar en una casa presuntamente ocupada por la mujer, sin disponer de la autorización del juez. Se trataba del hijo minusválido. El argumento era que el joven discapacitado corría peligro al estar al cuidado de una asesina peligrosa —y tal vez enajenada—, aunque fuese su madre. Había que salvarlo antes de que le sucediera algo. En estos casos, es decir, cuando existía peligro inminente para alguien que estuviese dentro de la morada, la policía podía forzar la entrada de un piso habitado, prácticamente a discreción. Otra cosa es que este análisis resistiera los avatares de un juicio, incluyendo los implacables argumentos de un abogado. Siempre existía el riesgo de que se considerara la irrupción violenta en el piso un abuso policial. Y las consecuencias de que un juez considerara ilegal la entrada serían demoledoras. La detención sería a su vez ilegal, y así sucesivamente. La exagente soviética quedaría libre. Todo el trabajo por la borda.

El carraspeo de Juan Carlos Ferrosa por el auricular sacó a Semper de sus reflexiones. Tenía razón el subinspector. Ahora había que actuar.

—De acuerdo, Ferrosa. Organice el cerco a la vivienda de inmediato. Avise de nuevo a los GEO. No quiero que se mueva ni una hoja en el entorno de la casa. Si está dentro, no escapará. Yo iré allí en una hora.

—De acuerdo, señor, ahora mismo.

Esta vez el cordón policial establecido alrededor de la casa de San Sebastián de los Reyes fue completo. En unos pocos minutos, sin aviso de ningún género, la policía bloqueó todos los

accesos, carreteras, caminos, aceras, cualquier vía que circundara el edificio estaba siendo cerrada por un férreo control policial. Frente al portal de la vivienda, el despliegue fue aún mayor. Un impresionante dispositivo de coches y furgonetas de la policía, con sus sirenas de luz conectadas, y la parafernalia de barreras, señales y precintos tomaban completamente la calle. Era una demostración de poderío, una exhibición de fuerza policial. El mensaje para Alecto era sencillo: el juego había terminado. Si la exagente estaba en la casa con solo mirar por la ventana debía entender que se le habían acabado las opciones: o se entregaba, o entrarían a por ella. Ahora no había forma humana de huir. Y en esta ocasión habían comprobado, por si acaso, que no había ascensores directos a garajes, ni salidas traseras. Si estaba allí, estaba atrapada.

—¿Cree usted que estará dentro, comisario? —preguntó en inglés Gustav Sheldom.

Semper se limitó a enarcar las cejas, sin contestar. No hacía falta. Nadie sabía si estaba allí. Aunque la lógica le indicaba que la mujer no podía haber organizado demasiados pisos francos en la ciudad. Habría sido absurdo. Debían ser tres o cuatro, como mucho. Y este era el tercero que visitaban. En algún sitio tenía que estar.

—¿Qué opina usted, agente? —le devolvió la pregunta de pronto Semper.

—No creo que este piso sea un señuelo —respondió Gustav—. Pienso que sí es un piso suyo, y que seguramente esté operativo. Por supuesto, ella podía haber repetido a propósito uno de sus nombres falsos para que la encontremos, pero me parece demasiado riesgo. La transacción se hizo hace dos meses. Entonces no tenía forma humana de saber cómo se iban a desarrollar las cosas, ni cuándo íbamos a descubrir la coincidencia. ¿Para qué arriesgarse con algo así? ¿Cómo sabía entonces que esto iba a distraer nuestra atención? Podía haber tenido el efecto contrario y propiciar su detención. No, el contrato que hemos descubierto no es una trampa. Creo que solo fue una distracción suya, un pequeño error.

“El argumento de Sheldom es inatacable”, pensó Semper. Dejar un señuelo con dos meses de anticipación era absurdo. Lo más lógico era que no fuera así.

—Sí, tal vez tenga razón —dijo el policía español—, pero eso no significa que ahora esté allí dentro.

—Por supuesto que no. Pero aunque ella esté fuera, si han estado viviendo aquí, al menos debería estar el chico... —dijo Gustav—. No va a estar dando vueltas por ahí.

—Puede ser, pero también puede estar en otro sitio.

Llevaban más de una hora de cerco a la vivienda. No se veían luces en la misma. Tampoco había respondido nadie al aviso de megafonía. El comisario dudaba si dar a los GEO por fin la orden de entrada o no. Las ganas de acabar con la tensión eran inmensas, pero también sabía que precisamente ahora era cuando había que actuar con calma, sin precipitarse. Si estaba allí, ya habían ganado, la mujer estaba atrapada, no tenía sentido correr demasiado en este momento.

—Disculpe, señor —le dijo un agente de policía—, tiene usted una comunicación. Le están mandando algo al ordenador.

Semper siguió al funcionario hasta la furgoneta central en donde disponían de un equipo de comunicaciones y control. Allí, otro agente le tendió un teléfono seguro y le mostró la pantalla. En ella aparecía, escaneado, un papel medio roto con unas frases escritas a mano.

—¿Comisario Semper? —dijo una voz al teléfono.

—Sí soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy el inspector Lorenzo Temprano, señor. Dirijo el equipo de reconocimiento del piso franco descubierto en el barrio de Salamanca.

—De acuerdo, dígame, inspector.

—Creo que hemos encontrado algo interesante —continuó el interlocutor—. ¿Le

importaría mirar a la pantalla, señor?

—Ya lo estoy haciendo. Es un trozo de papel roto. No veo bien lo que pone.

—El papel proviene de un cuaderno que probablemente pertenece a la sospechosa. Tiene varias páginas escritas, suponemos que en ruso, ya que parecen caracteres cirílicos.

—Puede ser también uzbeko —dijo Semper.

—Perdón, señor, ¿cómo dice?

—Digo que el idioma del cuaderno puede ser ruso, como usted dice, pero también uzbeko. Es la lengua nativa de la sospechosa, aunque también domina el ruso, el alemán, el inglés y el español. Seguramente, mezcla ocasionalmente palabras, como sucede con frecuencia con personas multilingües.

—Entiendo. En todo caso, la importancia del papel —por eso lo hemos escaneado— es que incluye una fecha y un lugar. Y está destacado con un círculo.

—¿Y qué dice?

—La fecha es 03—07—12, y debajo aparece Tres Cantones.

Semper observó con más atención el papel. Efectivamente, sabiendo lo que decía era más fácil de leer. Era una letra pequeña y angulosa.

Reflexionó en silencio: 3 de julio de 2012, Tres Cantones. Faltaban cuatro meses para esa fecha, y el lugar no le sonaba.

—¿Han averiguado a qué se refiere?

—Estamos buscando referencias para Tres Cantones. Por ahora, solo nos ha aparecido una calle y una cafetería de Medina de Pomar, un pueblo de Burgos.

“¿Una cafetería de un pueblo de Burgos?”, pensó Semper, “¿Y a qué va a ir allí Alecko en julio? Es muy raro.”

—Por favor, agente —le dijo directamente a uno de sus subordinados, tapando el auricular—, llame a Gustav Sheldom y a Ferrosa, dígales que vengan aquí.

Dos minutos más tarde los dos hombres, dentro de la furgoneta de comunicaciones de la policía, observaban en la pantalla del ordenador el extraño mensaje.

—¿Es su letra, Sheldom? —preguntó Semper.

—Sí, desde luego —contestó el inglés sin dudar, a pesar de la pequeñez de las letras—. Lo ha escrito ella.

—¿Os dice algo el mensaje?

—*March, 7th, 2012* —bisbiseó en inglés en voz baja Gustav, mientras miraba la pantalla—, Tres Can—to—nes... supongo que será algún lugar.

—Maldita sea, ¿qué es lo que ha dicho, Sheldom?

—Que debe ser algún lugar, pero yo...

—¡ANTES, agente!, ¿qué fecha ha leído?

—Bueno, la que ha puesto ella, el 07 de marzo. ¿Es hoy mismo, no?

Semper y Ferrosa se miraron. La adrenalina comenzaba a correr por sus venas. Naturalmente, Alecko escribía las fechas a la inglesa, indicando primero el mes y luego al día, al contrario que sucedía en España.

Y la fecha no era un día de julio. Era la de hoy mismo. Algo iba a suceder hoy mismo, tal vez estaba pasando ya.

—¿Señor? —dijo entonces Ferrosa.

—Dígame —contestó Semper.

—No creo que el sitio al que se refiere la mujer sea un bar de Medina de Pomar. Lo más lógico es que se trate de la población cercana de Tres Cantos. La mujer es extranjera, es normal

que haya escrito mal el nombre.

El policía asintió en dirección a su compañero. “Por supuesto que se refiere a la ciudad de Tres Cantos”, pensó Semper. Eso sí que tenía cierta lógica. La población estaba además muy cerca de donde se encontraban, al norte de Madrid. Seguramente, la exagente había alquilado este piso en San Sebastián de los Reyes para moverse hasta ir allí con comodidad.

“Maldita sea —pensó Semper cada vez más alterado—, “Alecto va a hacer hoy algo en esa ciudad. Pero no sabemos qué”.

Desesperado, miró a su reloj. Eran las 8:45 h de la mañana. No había tiempo material para empezar a buscar. En todo caso, había que intentarlo. Aunque fuera una aguja en un pajar.

En la siguiente media hora, el comisario estuvo en la furgoneta, colgado del teléfono informando a sus superiores, solicitando permisos, impartiendo instrucciones, organizando dispositivos de personas, y movilizándolo, en suma, todos los recursos disponibles. Iba a lanzar una batida de enormes proporciones en Tres Cantos. Quería presencia policial significativa en los principales lugares de la población, y también agentes uniformados preguntando por todas partes —ayuntamiento, hoteles, estaciones de autobús o de tren, bares, clubes—, intentando localizar algún evento, presentación, conferencia, concierto, cualquier cosa en la que se podía haber fijado Alecto. Tal vez fuera todo inútil, y simplemente había quedado allí con un compinche, o tal vez iba a asesinar a alguien desconocido. Las posibilidades eran miles. Pero buscarían la maldita aguja en el pajar. Y tenían que hacerlo a toda velocidad, antes de que actuara Alecto.

Después de esta agotadora sesión, Semper miró la casa objetivo. Gustav Sheldom tenía razón. Si la mujer no estaba, existía la posibilidad de que hubiera dejado allí a su hijo. O tal vez no. En todo caso, no era momento para dudar. Tenían demasiadas preguntas sin respuesta, y no disponían de tiempo. Necesitaban certezas, e iban a empezar por hacer lo más obvio.

Reunió a la plana mayor de sus ayudantes, colocados alrededor del comisario, en un corrillo improvisado junto a la furgoneta. Sin más preámbulos, les dijo:

—Señores, prepárenlo todo. Vamos a asaltar la casa.

*07 de marzo de 2012, 09:40 h*

La exagente soviética aparcó su coche en una amplia zona de estacionamiento exterior ubicada frente a la estación de tren de Tres Cantos. El hotel Foxa estaba muy cerca, pero había evitado dejar el vehículo frente a la entrada del establecimiento, ya que prefería llegar allí caminando, por si acaso detectaba algo sospechoso. Faltaban aún veinte minutos para el inicio de la reunión, fijado a las diez horas. Salió del vehículo y comprobó que había abundante presencia policial en la estación de tren. Varias furgonetas de la policía Nacional, con agentes desplegados en la entrada. Aparentemente, solo vigilaban, sin impedir los accesos de la gente.

“Hay muchos motivos que pueden explicar la presencia de la Policía en la estación ferroviaria”, pensó la mujer, “pero, en principio, no creo que exista ninguna relación conmigo. No, no veo cómo podría ser”.

Continuó caminando hacia su destino. Era un paseo corto.

Cien metros antes de llegar al hotel, vio el coche de la policía. Estaba aparcado junto a la entrada. La visión de este vehículo la conmocionó, aunque continuó andando hacia allí sin muestra alguna de nerviosismo.

“¡Es imposible que me hayan detectado! —pensó con inquietud—. No han tenido tiempo

material. Solo hace un día desde que huí del cerco policial de la casa de Salamanca”.

Sintió cómo el viento le daba directamente en la cara. Achinó sus ojos mientras observaba el coche de las fuerzas del orden, como si taladrándolo con la mirada consiguiera saber qué demonios hacía allí. Por supuesto, pensó, siempre existía la posibilidad de que hubieran hallado algún indicio en el registro de la casa abandonada. Al fin y al cabo, ella y su hijo habían salido a la carrera, y no había podido comprobar si el piso estaba completamente limpio. Podía haberse dejado algo, nunca se sabía. Por otro lado, continuó reflexionando la exagente, no debía olvidar que aquí, en Tres Cantos, la estación de tren estaba casi tomada por la policía. En cambio, en el Hotel Foxa, solo había un coche. Si supieran algo, si la policía pensara que en este hotel se alojaba la peligrosa agente Alecto, habrían mandado veinte coches a por ella. No, ignoraban su presencia. Tal vez supieran algo, pero no tenían información detallada. Solo estaban tanteando, y ya era demasiado tarde. Claro que había que andar con cuidado, pero su inminente acción estaba a salvo. Solo quedaba actuar con naturalidad.

Miró su reloj. Eran las 9:45 h. Pasó junto al coche de policía sin que nadie la interrumpiera, y entró al hotel. Dos agentes uniformados estaban en el mostrador de entrada hablando con la recepcionista. Ella saludó a la empleada con la cabeza sonriendo ligeramente, y cogió el ascensor. Los dos policías se volvieron para mirarla justo cuando se cerraba la puerta del elevador. Fue a su habitación, adoptó con rapidez su personalidad alternativa —la ejecutiva de negocios alemana—, y se dirigió al salón Navalcan.

*07 de marzo de 2012, 09:50 h*

El pesado ariete de las fuerzas especiales reventó la puerta de la vivienda al tercer golpe, y el grupo de policías de asalto se metió en la casa con enorme rapidez, cubriendo en escasos segundos todas las estancias de la casa. No había nadie, por ahora.

—¡Atención, policía! ¡Levante las manos! —gritó uno de los agentes al inspeccionar el último cuarto, un dormitorio.

No hubo respuesta. Apuntando con su arma a la cabeza del joven que yacía tumbado en una cama, el agente repitió la orden.

—¡Levante las manos! ¡Policía!

Ninguna reacción. Obviamente, el hombre estaba inconsciente. El policía se acercó y lo comprobó.

—Asegurado, señor —gritó de nuevo el policía—. Hay un civil herido o enfermo, señor.

—De acuerdo —dijo el jefe del grupo—. Llamad a los servicios médicos.

Veinte minutos más tarde, todo el piso estaba acordonado y la policía científica buscaba pruebas, indicios o cualquier cosa aprovechable para localizar a la asesina uzbeka. En el rellano del portal, Semper hablaba por teléfono con Arturo Goikolanda. El ingeniero había sido apartado de la investigación operativa, pero permanecía localizado por si su colaboración era necesaria, como sucedía en este caso. Semper acababa de enviarle por *whatsapp* la foto del joven enfermo.

—Es él, comisario —dijo Arturo con tristeza—. Se trata del Engel, el hijo de Diana Jaeger. ¿Se sabe cómo está, o qué ha sucedido?

—Está muy grave —dijo sin añadir nada más Semper—. Pero los médicos harán todo lo posible.

—Desde luego —dijo en un susurro Goikolanda—. En fin, si me necesita para algo más...

—Por ahora, no. Muchas gracias.

Junto a Semper, Gustav Sheldom había realizado también una rápida revisión ocular del piso, en busca de alguna evidencia o pista inmediata. Era obvio que Alecto había pasado allí la noche, incluso la cama de su dormitorio estaba aún deshecha. Y la presencia de su hijo lo confirmaba. Por otro lado, apenas había ropa en los armarios, ni maletas.

—Esto es mucho peor de lo que pensaba, comisario —dijo Sheldom en voz baja.

—En efecto, es espantoso. Es obvio que la mujer ha entrado en una fase terminal. No piensa volver, ni escapar, ni desea ya vivir. En realidad, sabe que va a morir en las próximas horas. Por eso ha intentado matar a su hijo.

—Yo también creo que ha decidido acabar ya con todo, incluyendo su propia vida —corroboró el agente inglés—. El asunto es a quién piensa llevarse con ella.

Los dos funcionarios, español e inglés, permanecieron en silencio, reflexionando sobre la situación, con la inquietud en la mirada. Aunque eran de edades similares, ambos en la cincuentena, su aspecto era muy diferente. Semper era de aspecto mediterráneo, aceitunado, corpulento y de estatura media y Gustav Sheldom, en cambio, era alto, pálido, moreno y con aire sajón. Ambos compartían, sin embargo, el estilo alerta e inquisitivo de los buenos investigadores, siempre atentos al detalle significativo, y un intelecto afilado como una katana samurái. Tal vez por eso se caían bien.

El teléfono móvil del comisario sonó con un timbre seco, sin melodía alguna.

—Semper, dígame —contestó.

—Soy el oficial de policía Díez, señor, de las brigadas del operativo de Tres Cantos. Disculpe que contacte directamente, señor comisario, pero dispongo de información urgente.

—Adelante, oficial Díez, no se preocupe, cuénteme todo sin preámbulos.

—Estoy junto con mi compañero, el agente Blanco, en el hotel Foxa, en Tres Cantos. Está ubicado junto a la carretera N—607, cerca de la estación de trenes.

—Continúe, por favor —dijo Semper con impaciencia.

—Siguiendo sus instrucciones, hemos hablado con la recepcionista, y le hemos mostrado una foto de la sospechosa. No está segura, pero puede que haya una coincidencia. Nos ha dicho que hay una señora extranjera de aspecto similar alojada en el hotel desde hace dos o tres días. Está sola, parece una ejecutiva centroeuropea. Curiosamente, mientras nos lo contaba, ha entrado esta mujer. La hemos visto durante un segundo. Su aspecto coincide con la descripción de la sospechosa, señor.

—¿Cómo se llama? —preguntó Semper.

—Angela Krauss. Se va hoy mismo, pero aún no lo ha hecho. Dispone de la habitación hasta las 12 h.

El comisario comunicó a Sheldom las novedades a toda velocidad. Gustav le indicó que comprobaran si ha pasado la noche en el hotel. “Excelente observación”, pensó Semper.

—Buen trabajo, oficial Díez, ahora escúcheme, por favor. Esto es muy importante. En primer lugar, quiero que su compañero permanezca permanentemente en el coche, vigilando la salida del hotel. Si esa mujer abandona el local, debe comunicarlo de forma urgente, pero en modo alguno debe alertar o perseguir a la sospechosa. ¿Ha entendido, señor oficial?

—Perfectamente, señor. Vigilaremos con discreción. No se moverá sin que lo sepamos.

El comisario no pudo evitar sonreír. Alecto había escapado de vigilancias bastante más estrechas. Un solo policía no parecía demasiado para la exagente.

—Otra cosa, oficial —prosiguió el jefe policial.

—¿Señor?



—Quiero que vuelva usted a hablar con la recepcionista y le pregunte dos cosas muy concretas: primero, si esa mujer, Angela Krauss, ha dormido hoy en el hotel. Si no lo sabe, que lo compruebe inmediatamente, es muy importante saberlo ahora mismo.

—De acuerdo, señor, así lo haré.

—Y segundo, quiero que le pregunte por las reuniones que se van a celebrar hoy en el hotel Foxa. Quiero saber todos los detalles: horarios, en qué salón, quién lo ha contratado, si le han indicado que ponga un cartel para orientar a los participantes, tiempo de la reunión, en fin, todo lo que pueda averiguar. Tome nota de todo, es muy importante. A continuación, vuelva al coche con su compañero y me llama desde allí para contarme lo que ha averiguado. ¿Me ha entendido, oficial?

—Por supuesto, señor. Le llamaré en cuanto disponga de esa información.

Semper colgó, y le comunicó a Sheldon lo que había hablado. Ambos hombres sentían que se acercaban a aquella extraña y cruel mujer, a la que ahora sabían capaz de cometer cualquier crimen, sobre todo en esta última fase de locura y destrucción. El comisario confiaba en el inglés y en esta fase se sentía más cómodo con él que con Ferrosa debido a que el policía español había tratado, igual que Arturo Goikolanda, demasiado directamente con Diana Jaeger, lo que sin duda afectaba su objetividad en esta captura final.

—*Wanna a coffe, mr. Sheldon?* —dijo Semper.

—*Sure!* —dijo este sonriendo ante la —tal vez excesiva— soltura idiomática del español.

Ambos hombres se dirigieron a una cafetería situada frente el portal. Se sentaron en una de las pequeñas mesas del fondo. Sabían que disponían de diez o quince minutos de tranquilidad antes de recibir las noticias, que serían determinantes, en un sentido o en otro. En realidad, lo que les había dicho el teniente podía no significar nada. El reconocimiento de la recepcionista había sido muy difuso. Probablemente, el policía había mencionado la buena planta de la sospechosa y eso le había hecho pensar a la empleada en la huésped alemana. Tal vez la mujer fuese solo una ejecutiva en una reunión de negocios. Pero también podía ser ella. La posibilidad, desde luego, existía.

Aprovecharon el escaso tiempo para hablar de temas generales, neutros, como si fueran dos personas que acaban de coincidir en una reunión de negocios, eludiendo conscientemente cualquier mención sobre los avatares del caso.

Ya habían transcurrido casi quince minutos cuando sonó el móvil del comisario. Como siempre, solo timbre, sin música.

—Semper. Adelante, oficial Díez.

—Hola de nuevo, comisario. Estoy ya con mi compañero en el coche. La sospechosa no ha salido del hotel. Y ya tengo la respuesta a sus preguntas.

—Excelente, prosiga.

—La mujer alemana no ha dormido hoy en el hotel. La camarera que ha hecho su habitación ha encontrado la cama hecha y las toallas del baño sin tocar. Cree, sin embargo, que ha estado en el cuarto hace unos minutos, pero que ha vuelto a salir.

Semper tradujo a Sheldon la esencia del mensaje en una frase: la huésped alemana no había dormido en el hotel esta noche. Esta coincidencia era determinante. Sería asombrosa la casualidad de que a una mujer de negocios alemana le hubiera pasado lo mismo. Aunque todo esto no serviría en un juicio, los dos hombres estaban ya convencidos; la mujer del Foxa era Alecto. Pero aún faltaba la segunda parte.

—Y ahora, señor, si le parece, le voy a leer la lista de actividades y reuniones programadas para hoy en el hotel. Son seis en total, le leo en primer lugar el tema y horario

aproximados.

—Léamelo todo despacio, por favor, ya que voy a traducir sus palabras al inglés para otra persona.

—De acuerdo, voy despacito. A las 9 h, una reunión de representantes de embutido de la empresa San Javier; a las 9 h. también, otra de profesores de FP de la Escuela Profesional de San Sebastián de los Reyes; A las 9:30 h, una presentación comercial de ordenadores HP; a las 10:00 h, una reunión de un club privado llamado Metis; a las 10 h también...

—¡Espere! —dijo a voz en grito Semper—. Repítame la última reunión.

—A las 10:00 h, una reunión de un club privado llamado Metis. No sé si he apuntado bien el nombre, creo que sí...

*07 de marzo de 2012, 10:00 h*

En cuanto lo vio supo que era él. Claro que no era excesivamente difícil reconocerlo. Más bien todo lo contrario.

La mujer se encontraba sentada al fondo de la pequeña sala, rodeada de miembros de varios países del club IQ. No había sido difícil inscribirse para esta reunión como observadora de una coordinadora de clubes de superdotados. Naturalmente, ella conocía el club hacía mucho tiempo y participaba en los foros IQ y en los blogs especializados. Era bastante conocida en el ambiente virtual, y no tuvo ninguna dificultad en localizar con antelación esta reunión internacional de Metis, con representantes de varios países. Y es que, en realidad, este club no ocultaba nada ya que no tenía ningún motivo para hacerlo, puesto que sus actividades eran completamente legales. De hecho, en España la organización programaba reuniones con frecuencia, pero solo las publicitaban a través de sus canales exclusivos. Un pequeño sistema de seguridad, efectivo y barato. Y por supuesto, en cuanto ella mencionó la posibilidad de escribir una pequeña reseña interna —solo para clubes similares—, glosando la reunión y los discursos que había escuchado en la reunión, los organizadores la admitieron en la reunión encantados. ¡Las personas superdotadas eran tan presumidas! Siempre estaban deseosos de exhibir su talento, de que todo el mundo supiera que su inteligencia era privilegiada. Eran la versión intelectual de los culturistas de enormes músculos, que visten camisetas ceñidas para resaltar su torso descomunal.

Ella, como observadora invitada, intervenía en cuarto lugar, justo antes de la pausa para el café. Iniciaría su discurso hacia las 11:00 h. Su plan era sumamente sencillo: subiría al atril de los ponentes, comprobaría que su objetivo estaba en la posición adecuada (era el presentador de la reunión, estaba sentado justo detrás) y a continuación comenzaría su discurso, mientras preparaba (sin ocultarse, ¿para qué?) el detonador, un sencillo dispositivo electrónico —similar al de apertura automática de puertas de los coches—, que haría estallar el artefacto. Todo estaba preparado para eliminar exclusivamente a su objetivo, no tenía intención de herir a nadie más, aunque por supuesto nunca se sabía. Al fin y al cabo, una bomba era una bomba, era imposible calibrar la potencia exacta de la deflagración. Por lo tanto, no sabía exactamente cuáles serían las consecuencias, pero a estas alturas que murieran dos o tres personas más le era indiferente. Naturalmente, ella también iba a morir. Eso sí que era seguro, no tenía vuelta atrás, por eso le había administrado a su hijo Engel la masiva dosis de barbitúricos. No quería que en el futuro se sintiera solo, tal vez en una residencia estatal donde solo sería un estorbo, un minusválido al que nadie aprecia. No, era mucho mejor acabar con dignidad, había hecho lo correcto.

El segundo ponente subía en ese momento al atril, dispuesto a iniciar su pequeño discurso. Era un hombre muy joven, pelirrojo, y parecía bastante nervioso.

La exagente se sentía bien ahora, en paz consigo misma. Había vivido una vida intensa y dura, con sus momentos de gloria y de tristeza. Y hoy se cerraba el ciclo de su venganza. Hoy eliminaría el último fleco, el último vestigio de las fuerzas del mal. Naturalmente, ella había matado a muchas personas, pero siempre lo había hecho por algo, nunca por dinero o por motivos personales. En todo caso, todo estaba ya finalizado. Y se alegraba de haber escrito su último mensaje. Solo esperaba que llegara correctamente a su destino.

La voz apresurada, nerviosa del joven pelirrojo se coló en su cerebro. Parecía estar despidiendo ya su rápida intervención. Solo faltaba un conferenciante antes de su intervención. Dentro de quince minutos ella subiría al atril.

La mujer intentó relajarse y poner la mente en blanco, como hacía siempre antes de sus acciones. Todo estaba a punto de terminar.

*07 de marzo de 2012, 10:50 h*

El enorme dispositivo policial iba tomando posiciones alrededor del hotel Foxa, desplegándose en silencio, sin luces o sirenas. Semper lo había decidido así, ya que temía que la presencia policial provocara una huida hacia adelante de Alecto de consecuencias imprevisibles. Acompañados de las fuerzas de asalto del GEO, iban a intentar acceder al salón, para comprobar en la propia escena lo que estaba pasando. Después de muchas discusiones, Gustav Sheldom, con gallardía, se había ofrecido voluntario para intentar hablar con ella. El comisario también había decidido participar, para supervisar la situación in situ. Naturalmente, el riesgo era extraordinario dada la situación límite que estaba viviendo la mujer. Desconocían las intenciones de Alecto. Podía tratarse de un atentado selectivo o de una masacre, era imprevisible. La presencia del inglés no convencía del todo al comisario, pero reconocía que la especialísima relación que había mantenido con ella hacía a Sheldom la persona adecuada para al menos poder entrar en el lugar e intentar, en su caso, convencerla o reducirla. Era una posibilidad pequeña, pero era lo mejor que tenían. Naturalmente, podían intentar el asalto del salón, pero Semper dudaba que Alecto no hubiera previsto esa contingencia. Había muchas formas de saltar todo por los aires si se producía un ataque inesperado, desde explosivos adosados al cuerpo hasta bombas con sensores de movimiento, retardos explosivos con confirmación, etc. Obviamente, la mujer era una especialista y había tenido meses para preparar todas las opciones. No se podía jugar con ella. Y, naturalmente, lo último que deseaba Semper era una masacre. Como opción alternativa, varios tiradores de élite se ubicaron buscando ángulo de tiro sobre el salón Navalcan., que tenía un grupo de ventanas exteriores.

Semper, ubicado junto a la entrada del establecimiento hotelero, pegado a la pared con el resto de policías, habló con el tirador especializado que cubría el ventanal del salón.

—Aquí el comisario Semper, oficial. ¿Dispone de ángulo de tiro? ¿Qué está viendo?

—En este momento tengo una línea visual parcial del salón, señor. La ventana tiene una persiana de láminas ligeramente entornadas y una cortina que deja ver una parte del interior. En este momento tal vez haya veinte personas en la sala. Parece que existe una mesa con un presentador y alguien hablando, puesto en pie. El resto de personas están sentadas. Dentro de mi ángulo visual no veo un perfil similar al de la sospechosa.

—Gracias, oficial. Si en algún momento la localiza, comuníquemelo inmediatamente.

—A la orden, señor, así lo haré.

Semper contempló al grupo de especialistas que lo acompañaban. Vestidos de negro y armados hasta los dientes, el comando de personas con el que iba a entrar al hotel parecía un poderoso batallón de soldados, capaz de arrasar casi cualquier cosa. Hasta Gustav Sheldon, con su pálido aspecto de inglés, parecía temible enfundado en su uniforme oscuro.

—Adelante —dijo Semper—, vamos a entrar.

El grupo entró al hotel. Dos agentes permanecieron en la entrada, custodiando el acceso al ascensor, otros tres iniciaron la subida por las escaleras, y Semper, Gustav y otros dos tomaron uno de los dos ascensores, que estaba en la planta baja, hasta llegar al piso del salón Navalcan.

Una vez allí, Semper apostó a dos agentes en los accesos a la escalera, y los otros dos partieron a los alrededores del salón, para desalojar por si acaso las habitaciones anexas.

Cinco minutos más tarde, con la planta acordonada y controlada, todo en el más estricto silencio, llegaron a la puerta del salón. Desde dentro se escuchaba un pequeño murmullo. Sonaban algunos aplausos tímidos.

Llevada por la inercia, la mujer dio unas simbólicas palmadas al ponente que acababa de terminar su intervención. El momento había llegado. El presentador, desde la mesa central dijo:

—Señoras y señores, ahora es el turno de nuestra invitada, Angela Krauss. Adelante, por favor.

—Gracias —dijo la mujer, levantándose y colocándose en el atril.

La audiencia miraba a la antigua agente con cierta curiosidad. A nadie le sonaba de anteriores reuniones, pero tampoco era de extrañar —pensaron algunos de los asistentes, mientras leían quién era la mujer en la agenda de la jornada—, la tal Angela Krauss pertenecía a algún tipo de coordinadora de clubes IQ. Disponía de 15 minutos de charla, y luego servirían los cafés.

—Señoras, señores —comenzó la exagente soviética con soltura—, mi nombre es Angela Krauss, y soy la responsable ejecutiva de la coordinadora de clubes IQ Euro—Q, con sede en Frankfurt.

La mujer, sin apresurarse, tomó su bolso como si hubiera olvidado algo en él, rebuscó unos segundos, y sacó un pequeño dispositivo electrónico, de tamaño parecido a un mechero.

—Como saben —continuó, mientras se volvía hacia atrás mirando la posición del presentador, que estaba muy cerca, justo detrás de ella—, la duración prevista de mi charla es de 15 minutos. Lamentablemente, creo que no va a durar tanto tiempo...

Esta frase extrañó a la audiencia, pero también atrajo la atención de todos los asistentes, que no entendían exactamente a qué se refería la señora Krauss.

Ella permaneció con el dispositivo electrónico en la mano, mirando con tristeza a la sala, apurando sus últimos instantes antes del final.

—Hola, Katia —sonó de pronto una voz desde el fondo de la sala.

La antigua agente uzbeka, desde el atril, enarcó sus cejas en un gesto de asombro, como quien no puede creer lo que está viendo.

—¿Tú?... ¡No puede ser!. Pero ¿qué demonios haces aquí?

Los presentes miraron hacia atrás y vieron a un hombre alto y flaco, de mediana edad, y vestido de negro como si fuera un policía antidisturbios o similar. Obviamente, el tipo conocía a la chica, y se había presentado de repente, como queriendo sorprenderla. Era una escena muy extraña.

—He venido para impedir que continúes haciendo daño a la gente —dijo Gustav—. Ya es suficiente, Katia, no tiene sentido seguir. Entrégate y podrás descansar.

Semper y otros dos policías permanecían detrás de la puerta, escuchando pero sin intervenir en absoluto. Al llegar allí hacía un minuto, Gustav Sheldon había reconocido la voz de Alecko. Con rapidez, Semper sugirió que esperasen a que terminara su intervención para abalanzarse sobre ella, tal vez en el intermedio, pero las últimas palabras de la mujer hablando del poco tiempo que tenían habían precipitado las cosas. Gustav había decidido entrar en la sala e intervenir, jugándose el todo por el todo.

— El edificio está rodeado, Katia —continuó Gustav con voz tranquila—. No hay escapatoria posible.

Los asistentes, al escuchar estas palabras, comenzaron a removerse con inquietud en sus asientos, evaluando si escaparse o no de estampida, por si acaso aquello empeoraba.

—¡Que nadie se mueva! —gritó con decisión la mujer, mostrando el dispositivo en su mano derecha levantada—. Hay una bomba en la sala y si alguien se mueve un solo centímetro de su sitio, la detonaré y moriremos todos. Permaneced quietos y tranquilos y nadie saldrá herido.

El silencio cayó sobre la sala, cubriéndolo todo como un manto gris. El miedo flotaba en el ambiente y se veía en los gestos aterrados de los presentes, inmóviles en sus sillas, observando de reojo a aquella loca que había salido de la nada, como si fuera una bruja maligna, o un espíritu del infierno. Durante un largo minuto, nadie dijo nada, y el terror y la tensión fueron los dueños de la cámara. De pronto, ella habló:

—Maldito inglés —dijo casi sonriendo, aunque con una tristeza infinita—, jamás podré librarme de ti del todo, ¿verdad?

—Vamos, Katia —dijo Sheldon—, todo ha terminado. Entrégate. ¿Para qué seguir?

—Tú no lo entiendes, Gustav. Ya no puedo parar. Hoy se cierra el ciclo. Hoy termina ya todo.

—De acuerdo, todo termina ya. Pero tú puedes finalizarlo hoy sin hacer ya daño a nadie. Suelta la bomba, Katia, y entrégate. No puedes cambiar todo lo que pasó, pero puedes cambiar lo que va a pasar hoy, aquí y ahora. Déjalo ya, Katia.

—Llegas demasiado tarde, inglés. Ya no puedo parar.

—Nunca es demasiado tarde.

Durante unos segundos, el silencio volvió a la sala. Solo se escuchaba el suave zumbido de la calefacción y de los aparatos eléctricos.

Fuera, justo detrás de la puerta, Semper había escuchado la conversación mientras volvía a contactar, entre susurros, con el tirador exterior que continuaba apuntando al salón con su fusil de mirada telescópica apoyado en el marco de la ventana de un piso próximo.

—¿Tiene contacto visual, oficial?

—Solo en algunos momentos, comisario. Dispongo de una línea de observación muy estrecha. El contacto visual sobre el objetivo va y viene, ya que el objetivo se inclina ligeramente hacia delante y pierdo entonces el blanco.

El policía ya había escuchado lo suficiente. Era evidente que Gustav Sheldon no iba a convencer a Alecko, pues la mujer ya había decidido morir. Entregarse no estaba en absoluto en sus planes. Todos lo sabían, aunque el inglés obviamente intentaba ganar tiempo hablando con ella. Por otro lado, estaba claro que la exagente no había tomado precauciones ante un posible asalto. Según sus propias palabras, había instalado una bomba con accionamiento manual. Era obvio que no esperaba visita tan pronto. En todo caso, el riesgo de que en los próximos segundos la conversación terminara y accionara la bomba era enorme. Decidió que ya era suficiente, y tomó

la decisión:

—Atención, oficial de tiro, aquí Semper —dijo entre susurros—. Le doy la orden de disparo. No necesita confirmación adicional. En cuanto tenga a tiro al objetivo, dispare y neutralícelo. Confirme recepción, por favor.

—Orden de disparo inmediato recibida, señor. Haré blanco en cuanto disponga de línea visual, señor.

En la sala, la antigua agente, desde su atril, también parecía haber tomado una decisión. Miró el dispositivo, y dijo, mirando a Gustav:

—Adiós, querido. Espero que tengas suerte. Yo tengo que irme, lamentablemente.

—Espera —dijo Gustav desesperado—. Solo quiero decirte una cosa más.

—Ya no tenemos tiempo, inglés. Pero te doy cinco segundos.

—Aún te quiero —dijo Sheldon.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Alecto, y empujó casi imperceptiblemente su cuerpo hacia atrás, mientras sonreía, algo confusa por la revelación.

En ese momento sonaron dos disparos sordos, casi seguidos, y la mujer cayó al suelo con la cabeza destrozada, como una marioneta. La sangre cubrió en pocos segundos la moqueta del salón, formando un charco rojo que el tejido no conseguía empapar del todo.

Semper y el resto de policías entraron a la carrera y vieron la escena, haciéndose de inmediato cargo de la situación.

Todo había terminado.

*4 meses más tarde...*

“Por fin ha llegado el calor”, pensó Gustav Sheldom desde el jardín de su casa de campo en aquella mañana de sábado de principios de julio. El día estaba radiante, luminoso, lleno de vida. El agente había cumplido su viejo sueño y había comprado un pequeño *cottage* en el hermoso y accidentado condado de Kent, cerca de Canterbury, suficientemente cerca de Londres, pero alejado del *maremagnum* de la metrópoli.

Gustav contempló complacido el paisaje: lomas de color verde intenso, cubiertas de hierba y arbusto bajo, por las que cruzaban pequeños caminos terrosos, que llevaban hasta los pueblos cercanos, entre pequeños bosques de árboles frondosos, de tonalidad más oscura. Recordó por un momento el árido paisaje estepario y los tiempos en los que solo veía un fragmento de naturaleza —siempre el mismo durante décadas— entre barrotes. Desechó esos pensamientos, que no le llevaban a nada. Ahora era libre y sentía el sol en el rostro.

Habían pasado ya cuatro meses después de la muerte de la exagente soviética, y la policía no había podido aún esclarecer y cerrar todos los crímenes. Aparentemente, tampoco se estaban dedicando excesivos recursos al tema, ya que la amenaza que representó en su día esa mujer había sido obviamente neutralizada, y el tema, además, estaba ahora en manos de funcionarios europeos. Averiguar qué había pasado por la cabeza de la asesina para que hubiera matado a tanta gente era casi una entelequia. Poco a poco, el caso se iba olvidando. Él mismo se sentía mejor ahora, después de la muerte de Aleto, a la que prácticamente había borrado de su mente. No sucedía lo mismo con la imagen de la joven Katia, a la que aún recordaba en alguna ocasión, como si hubieran sido personajes diferentes.

Surgidos del horizonte como espíritus alados, una poderosa bandada de gansos sobrevoló de pronto el cielo. Gustav contempló cómo la gran masa de aves se iba perdiendo en la lejanía, convirtiéndose pronto en un solo punto, y luego en nada, desapareciendo tan rápido como habían llegado.

Observar la naturaleza siempre le había tranquilizado. Sin querer, sin embargo, le vinieron a la cabeza otros temas. Recordó que había hablado por teléfono hacía poco con Arturo Goikolanda, el ingeniero vasco. Le había encontrado mucho mejor, más animado, repuesto ya del trauma que le había supuesto su relación con Aleto. Le había comentado que había vivido buenos momentos durante la investigación, pero que no pensaba ‘ni loco’ volver a colaborar en cualquier asunto que involucrara asesinatos o violencia. Él no estaba preparado para eso, no era como los policías, que estaban hechos de otra pasta. A partir de ahora, se centraría en las Nuevas Tecnologías, que era lo suyo al fin y al cabo. Y había terminado diciendo que colgaba porque tenía prisa, ya que había quedado para cenar con una compañera de trabajo —una secretaria norteamericana, al parecer— con la que se llevaba muy bien y no quería llegar tarde. La llevaba

al Cardigan, el nuevo local de moda de Bilbao, ciudad en la que se había establecido de nuevo, a caballo con Madrid. Gustav sonrió al colgar y pensó que él apenas había intervenido durante el cuarto de hora de conversación. El ingeniero era una auténtica máquina de hablar.

De Juan Carlos Ferrosa, en cambio, apenas sabía nada. Tan solo lo que le había comentado el comisario Semper la última vez que había comido con él, hacía 2 ó 3 semanas, aprovechando un viaje profesional del policía a Londres. Al parecer, Ferrosa seguía trabajando con toda normalidad, y de hecho, por lo que le comentó el jefe, estaba a punto de ser ascendido a inspector. Era un buen policía.

En cuanto al propio Semper, había conseguido mantener su especial relación con él. La verdad es que habían congeniado. Se mantenían en contacto a través de Internet y conversaban con frecuencia. También habían quedado personalmente dos o tres veces, cuando tenían ocasión. En realidad, le había sorprendido lo mucho que se parecían, a pesar de que sus vidas habían sido bastante distintas. Pero tenían en común que ambos buscaban la verdad y también que los dos mantenían un punto de vista pragmático y algo cínico de la existencia. Esta visión incluía su enfoque del caso Alecto, sobre el que habían hablado varias veces, y que oficialmente era ahora responsabilidad de INTERPOL. Aún recordaba la última conversación que había mantenido hacía poco con el comisario, en un restaurante de Canterbury, cerca de allí.

—Me han dicho que te han nombrado oficial de enlace con INTERPOL para el caso Alecto, ¿no? —había preguntado el inglés.

—Así es, Gustav. De hecho, he tenido que presentarme allí, en sus oficinas centrales de Lyon, para revisar todo el expediente con el oficial encargado del caso. A partir de ahora, la responsabilidad de esclarecer todos los puntos pendientes será exclusivamente suya.

—Ya. ¿Y qué impresión te han causado? ¿Conseguirán aclarar todos los temas pendientes del caso?

Semper dirigió una mirada significativa a Sheldom, cómo si le hubiese preguntado una cosa sumamente obvia. Comenzó a sonreír con sorna, hasta que los dos hombres rieron abiertamente.

—Entiendo —dijo con diplomacia Gustav—, no lo ves muy claro, ¿no?

—Más bien no. En realidad, estoy seguro de que el caso nunca se resolverá del todo. Está sencillamente muerto, en manos de unos funcionarios a los que el asunto no les interesa lo más mínimo. Todo estará olvidado en unos meses.

—Bueno, al menos me consuela saber que descubrimos lo más importante. Específicamente, averiguamos quién era el presidente de mesa en la reunión del club, el objetivo de Alecto.

—Pues sí, aunque casi se nos escapa la relación —dijo Semper.

—Desde luego. Aún no acierto a entender cómo no reconocí al joven de manera inmediata. Es sencillamente increíble.

—No, no lo es. Tú estabas en una situación de máxima tensión y exclusivamente pendiente de la mujer. Y después de su muerte, aún peor, con más presión. Viviste un episodio durísimo, traumático, no lo olvides.

—Menos mal que estabas tú allí.

—Así es, y eso que yo no había conocido al Ratón Rustam en persona, aunque había visto su foto muchísimas veces. Por eso en cuanto vi al joven que estaba presidiendo la mesa, lo reconocí inmediatamente: era su hijo. La verdad es que es una auténtica fotocopia de su padre, incluyendo los dientes prominentes, aunque no tanto como su progenitor.

La conversación se había interrumpido por la presencia de una sonriente y rolliza



camarera que les retiró entonces los platos, entre amables preguntas sobre su grado de satisfacción con la comida. Solicitaron los cafés y la empleada se retiró dejándoles solos de nuevo.

—Todavía me cuesta pensar —reinició la conversación Gustav— que hubiera ido allí solo para matar al hijo de Rustam, exclusivamente movida por el odio que sentía hacia ese hombre. Es difícil de creer, tanto trabajo solo para eso.

—Así es, pero las venganzas son así, brutales, ciegas, injustificadas. Los hijos a veces pagan los pecados de los padres. Ha sido una constante a través de la historia. Sucede en las guerras, en las conquistas, en las venganzas, el afrentado quiere eliminar la estirpe completa de la persona a la que odia, y le mata a ella personalmente, pero también a toda su familia.

—Es espantoso.

—Piensa, además —prosiguió el policía español—, que estamos hablando de una persona ya lanzada por la senda del mal. De hecho, acababa de matar a su propio hijo, a Engel.

—Es verdad, finalmente no se pudo salvar al muchacho. Qué tragedia. Otra muerte más de la lista.

Gustav observó cómo su amigo Semper le miraba fijamente. Algo le rondaba la cabeza al policía español, eso estaba claro, pero no se decidía a hablar. ¿Para qué —parecía pensar— serviría ahora escarbar en el dolor, o en la tristeza? No, era mejor dejar las cosas así. Otra muerte más en la lista. Sin más.

La mente de Sheldom regresó a su casa de Kent, en donde se encontraba. El viento impactó agradablemente en su cara, tirando hacia atrás su corto cabello. Se sentía bien al aire libre, disfrutando de la campiña inglesa en esta mañana de sábado.

No sabía si abrir o no la carta que había recibido el día anterior. Naturalmente, estaba cerrada y venía sin remitente, pero él sabía que era ella quien se la enviaba. Desconocía por qué se la había hecho llegar ahora, varios meses más tarde, aunque en el fondo daba un poco igual. Tampoco sabía qué mensaje contendría la misiva. Suponía que algo importante, aunque en ocasiones la gente que va a morir escribe para la posteridad cartas extrañas, inconexas, llenas de razonamientos confusos, reflejo de su espíritu agitado, y olvidan los hechos objetivos e interesantes (por qué se suicidan, dónde está el dinero, etc.). Tal vez en esta ocasión sucediera lo mismo. No sabía qué pensar o qué hacer. Teóricamente, debía entregar la carta inmediatamente a la INTERPOL para que ellos se hicieran cargo de la nueva información relativa al caso, la clasificaran y la utilizaran en beneficio de la investigación. Sonrió lentamente solo por pensarlo. Naturalmente, no pensaba hacer eso. La otra posibilidad era destruirla sin más. Al fin y al cabo, la mujer estaba muerta, nada de lo que le contara afectaría ya demasiado a la vida de nadie, afortunadamente. ¿Para qué volver sobre el mismo tema, una y otra vez? ¿Para qué seguir sufriendo, recordando una vida llena de violencia y de dolor y de odio? No merecía la pena. Por eso, para iniciar una nueva fase en su vida solo tenía que quemar la misiva y olvidar a la maldita mujer. Adiós para siempre.

Por supuesto, la otra opción que tenía era leer la carta. La Caja de Pandora, tal vez. O quizás no. Tal vez fuera, por el contrario, la única manera de conocer la verdad y de cerrar por fin —y de una vez por todas— las heridas de su corazón.

Contempló cómo las copas de los lejanos árboles bailaban con el viento y suspiró. Seguramente, no era la opción más sensata (mucho que perder y poco que ganar), pero siendo sincero, no podía hacer otra cosa. Debía leer la condenada carta y prepararse para sufrir. Maldita agente soviética.

Con la decisión en la mirada, el inglés volvió a su casa, tomó la carta, se sentó en su sillón

favorito, junto a la ventana, y rasgó el sobre. El mensaje decía lo siguiente:

*Querido Gustav:*

*Siento aparecer en tu vida como un fantasma al que nadie ha invitado, después de varios meses desde el final. Dejé el envío organizado así, para darte tiempo a asimilarlo todo.*

*Ya puedes imaginar que no sé cómo se han desarrollado los hechos últimos, ya que escribo esta carta el día anterior, pero ahora mismo tú seguro que conoces mi presencia en una reunión del club Metis en Tres Cantos, en donde previsiblemente he cerrado mi ciclo de justicia y venganza, eliminando al hijo del Ratón Rustam. El joven era mi propio hijo, aunque no siento ningún remordimiento por eliminarlo.*

*Antes de que continúes horrorizándote de lo que estás leyendo —conozco tu moral burguesa, Gustav—, déjame que empiece por el principio de la historia y así entenderás todo lo que ha sucedido. Por supuesto, no busco mi exculpación. He matado a demasiada gente en mi vida como para intentar ahora, casi al final, pedir perdón. No, no quiero justificar mis actos, solo quiero que se conozca la verdad. O mejor dicho, solo quiero que tú conozcas la verdad. ¿Por qué? Ya conoces la respuesta: eres el único hombre al que he amado. Sí, solo tú, querido inglés, has sido mi único amor.*

*Por eso te envió esta misiva, para que sepas y entiendas lo que ha sucedido. Pero empezemos de una vez.*

*El Centro de Biología Molecular que se abrió en el desierto uzbeko escondió durante muchos años en sus entrañas una auténtica casa de los horrores. Mientras en sus pulcros laboratorios y en todas sus avanzadas instalaciones se buscaba con ahínco la llave de la inteligencia, y se investigaba en biología molecular, en los sótanos del complejo se había instalado otra cosa: una sucursal del infierno. De manera oscura y sistemática, durante muchos años, se realizaron experimentos biológicos con personas —sobre todo con niños, pero también con fetos humanos—, que es mejor no describir. No existían reglas, ni ética de ningún tipo. Todo valía para conseguir el objetivo final. Como subproducto de los experimentos, se generó una legión de niños deformes, enfermos y locos de todo género, con limitaciones físicas espeluznantes, algunos sin brazos o piernas, otras con cerebros disminuidos, y otros con el sistema nervioso imperfecto o destruido del todo. En suma, un batallón de infelices, destinados a ser tratados como cobayas humanas hasta morir. Por supuesto, muchos de ellos eran rápidamente eliminados una vez comprobado el efecto de su experimento, y otros muchos no sobrevivían a sus tremendas limitaciones. Algunos, sin embargo, eran mantenidos con vida por motivos médicos o científicos, es decir, para comprobar la evolución de su mutación o alteración biológica particular con el paso del tiempo.*

*Volviendo a nuestra historia particular, para mí todo empezó el año en que te conocí, en el 84, aunque yo obviamente no conocía entonces nada de este asunto. A pesar de mi juventud, era ya una profesional con cierto prestigio en el servicio. Te conocí, mantuvimos relaciones y muy pronto te marchaste. Me dejaste embarazada.*

*Al cabo de muy pocos meses, mi jefe principal, Ratón Rustam, se enteró a través de unos análisis médicos obligatorios a los que me sometía la organización, que estaba encinta. Entonces me propuso tomarme bajo su ‘protección’. Yo acepté, y al cabo de muy poco tiempo me propuso participar en un programa biológico puntero que se estaba desarrollando en un centro de investigación secreto en Uzbekistán, que situaría a la URSS en la vanguardia mundial. Se trataba de formar niños superdotados desde el momento de la concepción, sometiendo a los fetos a una sencilla manipulación genética. El centro estaba dirigido por una*

*Comité de 'notables', cinco personas importantísimas dentro del PCUS, que se mostraron encantados de integrarme en su organización. Más tarde descubrí que estas cinco personas eran los que habían diseñado desde el principio el centro, el cual controlaban con mano férrea. En todo caso, yo en ese momento acepté y me sometí a sus experimentos. Por eso nunca te conté nada de nuestro hijo. No me atrevía a decirte que había sido sometido a manipulación genética. Por supuesto, mi idea era comunicarte todo una vez nacido el niño. El pequeño detalle era que el programa aún no estaba completamente maduro. En realidad, fallaba en casi todos los casos, aunque algunos de los niños manipulados sí acababan siendo muy inteligentes. Pero en el 90% de las veces, los niños terminaban con gravísimas deformaciones y secuelas mentales y físicas. Nuestro hijo, Engel, fue uno de estos casos.*

Gustav dobló la carta y agachó la cabeza, completamente conmocionado. Recordó la cara del joven minusválido al que solo había visto una vez, en la casa del barrio de Salamanca, estando ya muy grave. En ese momento, le había recordado a alguien. Ahora lo entendía: a él mismo. Era su propio hijo. Obviamente, él había evaluado la posibilidad de haber tenido un hijo con Katia, las fechas de sus vástagos podían coincidir, pero siempre había pensado que ella le habría avisado. ¿Por qué no iba a hacerlo? Ahora sabía por qué, no quería confesar que lo había sometido a un devastador programa de manipulación genética. Y, también acudió a su cerebro, como en un rápido flash, la explicación a la reticencia de Semper (con su propia aquiescencia, tal vez) a hablar del joven Engel. El policía lo había entendido todo al ver el rostro del muchacho, pero no se había atrevido a compartir sus sospechas con el propio padre. En realidad, no era de extrañar. Maldito sabueso.

No sabía cuánto tiempo llevaba en esa posición llorando, soltando la tensión acumulada, sollozando con la cabeza agachada y la carta doblada en su regazo.

Se levantó, fue al cuarto de baño y se mojó la cara y los brazos, para intentar recuperar la compostura. Era mejor terminar con toda esta historia de una vez. Tenía que completar la lectura y luego decidiría qué hacer.

Con el gesto triste, volvió a sentarse, desdobló las cuartillas y continuó leyendo:

*Teniendo en cuenta que la madre era yo, el niño permaneció con vida, bajo supervisión médica oficial del centro. Solo en ese momento descubrí en su dimensión toda la verdad, constaté la existencia del complejo de los horrores que operaba en los sótanos del centro. Los niños supervivientes vivían allí mismo, junto a las instalaciones clandestinas de experimentación, en condiciones infrahumanas, como si fueran animalitos con los que uno experimenta hasta que terminan de morir. Pero yo estaba ya atrapada por la organización, bajo la tutela del maldito Ratón Rustam, a quien todo el mundo temía más que al propio diablo. Aguanté con él, mientras cuidaba como podía a Engel. Por esta época te vendí a mis jefes. No tuve más remedio, y de nuevo pensé que te ayudaría más tarde, aunque nunca fui capaz. Supongo que me habrás odiado durante muchos años, no te lo reprocho. Al año siguiente quedé embarazada de Rustam, y de nuevo el feto fue sometido al programa de manipulación genética. Esta vez el experimento tuvo éxito. El niño resultó ser un superdotado. Lamentablemente, también heredó la maldad de su padre. Se llamaba Helmut (aunque ha cambiado varias veces de nombre desde entonces), y va a ser el presentador de la próxima reunión del club Metis. Espero que esté ahora mismo muerto, reventado por la bomba que he preparado para él. Además, a diferencia de lo que sucedió con Engel, a quien me lo 'regalaron' como si fuera algo inservible, con Helmut no traté demasiado a pesar de ser su madre, ya que la organización del*

*Centro se reservaba su educación completa. No puedo contar en estas pocas palabras las cosas que contemplé hacer a ese niño. Trataba a los otros críos, sobre todo a los que no eran como él, con la mayor crueldad y desprecio que uno puede imaginar. Seguramente sus educadores alentaban esa tendencia, pero jamás podré eliminar de mi recuerdo una ocasión en la que, estando yo en la planta baja del Centro, me parecía escuchar unos gritos lastimeros, provenientes del piso de abajo, de los malditos sótanos. Yo en ese momento estaba realizando unas pruebas y no podía moverme de allí. Después de más de media hora, como los gritos de horror no cesaban, bajé allí a la carrera temiendo lo peor. Jamás olvidaré la cara de felicidad de Helmut mientras torturaba a su hermano Engel, a quien tenía desnudo e inmóvil en el frío suelo, sollozando y gritando como un animal, y a quien daba con un listón de madera en la cabeza cada vez que osaba levantar la cabeza del suelo para levantarse. Naturalmente, el crío minusválido no podía moverse y lloraba impotente, sin saber qué sucedía, sin comprender por qué aquel monstruo le golpeaba la cabeza continuamente. Sus lamentos y sollozos helaban la sangre en las venas, pero a Helmut parecían llenarle de satisfacción. Los dos niños, Helmut y Engel, tenía seis y siete años, respectivamente. Aquel día, al ver la escena, le crucé la cara sin misericordia al hijo del Ratón. Aún tendrá la cicatriz en su rostro, maldito sádico.*

*Durante aquellos años descubrí que el caso de Helmut no era único. Los escasos niños que adquirían la superdotación intelectual parecían también adquirir los genes de la crueldad. Y lo cierto es que nadie supo nunca lo que sucedía en realidad. O tal vez fuera solo una cuestión de educación, pero la verdad es que los chicos inteligentes que salieron de aquel centro eran seres perversos y sin escrúpulos. Al menos, los que yo conocí sí que lo eran. ¿Y a quiénes conocía? A los hijos del Comité. Desconozco cuántos intentos fallidos habrían experimentado cada uno, cuántos hijos deformes fueron desechados con indiferencia y asco por los miembros del Comité de Dirección hasta que cada uno consiguió un hijo superdotado. Supongo que en total serían decenas de críos 'fallidos' manipulados, despreciados y utilizados para otros experimentos. Aquellos cinco hijos inteligentes pulularon durante años por aquellos sótanos malditos como emperadores del mal, vejando y torturando a los otros niños minusválidos mentales y físicos, que no entendían nada, salvo el terror que sentían. Yo los odiaba, y ellos me temían, aunque contaran con la protección del sacrosanto Comité. Pero recuerdo a cada uno de ellos, hasta el final, malditos niños salidos del infierno. Y también sus nombres. Te diré los que adoptaron luego, en sus países, que te sonarán familiares: Otto Juperlund, que se estableció en Alemania, el italiano Pietro Rossellini, el vienés Samuel Swarosky, el profesor español Luis Antonio Merino y por supuesto, el hijo del Ratón, Helmut Rustam. Ya he matado a los cuatro primeros, y espero eliminar mañana al quinto. La tierra será un lugar mejor cuando ellos hayan desaparecido.*

*Tal vez te estés preguntando ahora porqué he esperado tantos años para terminar con ellos. Ahhh, es una larga historia, pero te haré un pequeño resumen. Tú eres un hombre inteligente y te harás una idea muy rápido.*

*Cuando la URSS cayó, muchos de los agentes soviéticos negociamos la incorporación a un programa de Protección Integral a Personas con un grupo de naciones occidentales, bajo el paraguas oficial del G—8. Como sabes —¡qué voy a contarte a ti!—, las potencias occidentales ya sabían o sospechaban que en el desierto de Xaril—Tun se había descubierto algo similar al secreto de la inteligencia. Muchos pensaban que los exagentes de Uzbekistán disponíamos de información privilegiada, la clave para la alteración genética del intelecto. En realidad no era así, ya que como acabo de contar nunca se consiguió dominar la técnica y las cosas no mejoraron con los años. La financiación fue disminuyendo con el tiempo y la actividad del*

*centro fue cada vez menor. Todo se fue al traste, como tantas cosas en aquella época, mientras se desmoronaba la antigua Unión Soviética. En todo caso, los exagentes de origen uzbeko negociamos excelentes condiciones en el programa de Protección a Personas, incluyendo obviamente el cambio de identidad. Eso fue bueno para mí, que negocié por mi cuenta un nuevo destino en Europa junto con mi hijo Engel, pero también fue excelente para los cinco miembros del Comité, que salieron airosos con nuevos destinos, identidades y trabajos. El programa se desarrolló de forma tan eficiente que todos nos perdimos la pista, sin posibilidad de conocer dónde estaban los otros, amparados en la inexorable discreción del programa. Información reservada.*

*Así pasaron muchos años. Jamás olvidé lo que había pasado, pero no podía hacer nada y me limité a vivir con ello.*

*¿Recuerdas a Richard Talleyrand, tu antiguo jefe? Seguro que sí, compartimos alguna noche de juerga cuando comenzábamos a salir juntos en Tashkent. Era un hombre interesante y atractivo, siempre me llevé estupendamente con él. Si recuerdas, vuestro servicio inglés le nombró ese mismo año 84 oficial de enlace con el grupo G—8. Estuvo muchos años en ese puesto y llegó a ser un personaje importante de la diplomacia internacional. Debido a su conocimiento del Asia Central, él fue el que negoció las condiciones del programa de Protección a Personas con los exagentes soviéticos de origen uzbeko. Esto incluyó a todos los miembros del Comité, aunque conmigo renunció por motivos personales.*

*¡Qué gran casualidad!, ¿verdad? El destino es imprevisible. El asunto es que hace unos cinco años me encontré casualmente con Talleyrand en una reunión de coordinación entre las policías europeas en las que participaba yo, Diana Jaeger. Él era el presidente de honor de la mesa. Apareció solo diez minutos, saludó, abrió la sesión y se fue. Sin duda me vio allí sentada, pero hizo lo mismo que yo: fingir que no nos habíamos reconocido. Sin embargo, cuando terminó el día y yo me volvía a mi casa, él me esperaba en la calle, mirándome sin hablar, sonriéndome con picardía. Pasamos unas horas juntos inolvidables, recordando los viejos tiempos. Él fue extremadamente discreto con mi situación aunque prometimos permanecer en contacto, el cual fue cada vez más esporádico.*

*Hace aproximadamente un año y medio, a finales del 2010, me llamó un día y me comunicó que estaba muy enfermo y que quería verme. Fui a visitarle a Zúrich, en donde residía. Lo encontré ya muy deteriorado, al parecer tenía un extraña enfermedad que atacaba al sistema nervioso y estaba en fase terminal. Fue ese día cuando, sin que yo le preguntara en absoluto, me dio la información sobre los destinos de los miembros del Comité. Sorprendentemente, solo quedaba vivo el ratón Rustam, que estaba en Brasil. Tal vez por eso me dio todos los nombres y destinos, ya no importaban, salvo el de Rustam. ¿Por qué me contó esto antes de morir? Nunca lo sabré, pero yo siempre he pensado que quería que matara al maldito Ratón Rustam. Al fin y al cabo, tu simpático compañero inglés, correcto y amable, no era ningún angelito. No los hay en el servicio. Yo creo que al negociar con el Comité sin duda averiguó —o intuyó— la verdad que se escondía en el centro de investigación biológico, el horrendo laboratorio en donde fetos y niños eran tratados como cabayas humanas desechables, y vio el verdadero rostro de aquellos malvados. Negoció con profesionalidad los destinos, pero ahora que se moría puede que decidiera hacer justicia a través de mí. En fin, eso he creído yo siempre, pero no lo sé.*

*Lo que es cierto es que entonces, con esta información planifiqué mi venganza. Naturalmente, disponiendo de los nuevos nombres (Jupperlund, Rossellini, etc.) y los destinos, todo fue muy sencillo. Todos habían ido al Brasil. Allí no se escondían en absoluto y, de hecho,*

*se mantenían alegremente en contacto (hasta que fueron muriendo, claro), ya que estaban seguros de que nunca serían localizados, pues el programa de Protección a Personas les hacía invisibles. Y así fue muchos años, en realidad. Para sus hijos, en cambio, como el plan no les protegía directamente, diseñaron un plan muy astuto, el cual comprendí tras algunas semanas de investigación. No dejaron nada al azar. Hasta la elección de sus nuevos nombres en el exilio estaba planificada. En efecto, una vez en Brasil, educaron a los niños, aún de nueve y diez años, en colegios de lenguas extranjeras (alemán, italiano, etc., dependiendo del apellido elegido) y muy pronto, con once y doce años, los dispersaron por Europa, cada uno con su apellido autóctono y dominando la lengua vernácula. Incluso falsificaron su lugar de nacimiento para que nadie sospechara de su origen. Todo esto lo pactaron con el Programa de Protección a las Personas del G—8. Bien adaptados al medio y con su inteligencia prodigiosa, todos ellos triunfaron en sus países respectivos. Por supuesto, todos se conocían bien desde muy niños y, siendo adultos ya en Europa, intentaron mantener el contacto a través del club Metis, que solo era un entretenimiento para tipos de intelecto superior. Un pasatiempo inocente, sin más. Lamentablemente para ellos, de pronto aparecí yo y se acabó la fiesta. Encontrarlos fue muy sencillo, ya que desde mi puesto de policía en Alemania tenía pleno acceso a cualquier información administrativa europea. Los localicé y después, uno por uno, los fui eliminando. Comencé, por supuesto, en Brasil con el propio Ratón Rustam con quien disfruté enormemente al ver el terror de la muerte en sus ojos. Maldito sea por siempre.*

*Para mayor seguridad, el segundo de la lista fue Jupperlund. En la comisaría de Berlín/Brandemburgo nunca se supo con certeza quién comunicó a la policía —a mi atención— el hallazgo de un hombre muerto a tiros. Fui yo, la propia asesina, la que avisó del asesinato, y a quien se encargó la investigación del crimen. ¡Qué ironía!, ¿verdad? Lo mismo sucedió en Madrid, cuando maté a Merino, y nadie sospechó nunca nada.*

*El resto de la historia ya la conoces, no hace falta que te la cuente.*

*Bueno, debo irme, ya ha llegado la hora de prepararme para el episodio final. Mañana se cierra el ciclo de violencia y muerte. ¿He impartido justicia o he perpetrado una sangrienta venganza? Ya no tiene importancia. Tal vez el bien y el mal se abrazan en mi persona.*

*Adiós, Gustav, maldito inglés. Adiós para siempre, mi único amor.*

*Katia*

Gustav Sheldom cerró las cuartillas, que temblaban en sus manos, las depositó sobre la mesilla anexa al sillón, y observó el paisaje por la ventana, intentando enfocar algo a través de las lágrimas. Se sentía agotado, emocionalmente exhausto. La historia ya se había cerrado. Era triste, violenta y mostraba el lado oscuro del ser humano, pero también incluía algunas gotas de sentimiento y de amor. Ahora entendía, además, lo que había dicho la señora Pagot sobre la exagente y también sobre sus posibles contactos posteriores con personas del Servicio. Ella sin duda conocía el último contacto de Katia con Talleyrand y había atado cabos, pero él no había sabido entenderlo. En fin, ahora ya daba igual. Lo que estaba claro es que la violencia y los abusos solo generaban más violencia, antes o después. El asesinato de Rustam en Brasil había sido algo discutible, pero lo que era evidente es que Katia —o Alecto, más bien—, había matado en vano a los cuatro hijos del Comité. Ellos no eran responsables de sus actos siendo niños, y sin duda habían sido adultos completamente normales. De hecho, todos ellos eran jóvenes conocidos, triunfadores en su profesión, que jugaban con su inteligencia en clubes IQ irrelevantes. Ninguno se

dedicaba a actividades ilícitas u oscuras. Se les había investigado y eran personas corrientes, como cualquiera. Ni mejores ni peores que el resto de la gente. No, el bien y el mal no se abrazaban en la persona de Alecto. De eso nada. Lo que había hecho era algo monstruoso, malvado, no tenía en absoluto justificación. Si no se daba cuenta de eso era porque la antigua ejecutora del KGB se había convertido en una asesina. Había cruzado todas las fronteras posibles, y ni siquiera se había enterado.

“Al menos, se ha salvado uno”, pensó Gustav. Así era, el hijo de Rustam. Seguramente, no conocía nada de esta historia, y pensaba que su padre había sido un exagente soviético que había trabajado algunos años en un centro biológico en el desierto de Uzbekistán hasta trasladarse a Brasil, en donde había sido asesinado recientemente por un delincuente brasileño. Bueno, era mejor así.

Poco a poco, Gustav dejó de llorar. Secó sus lágrimas y descubrió que lo que sentía era más bien alivio que otra cosa. Sí, todo había terminado. Por supuesto, pensaba destruir la carta. Y no iba a contar nada de su contenido a nadie. ¿Para qué? El tema estaba ya cerrado, mejor no darle más vueltas.

Se levantó del sillón y salió de casa, al jardín. Era media tarde y comenzaba ya a refrescar un poco. A pesar de que todavía estaba conmocionado, sintió de pronto hambre. No tenía provisiones en casa, así que pensó en cenar algo en algún Pub cercano. Se dio cuenta que no conocía ninguno. “Pero, bueno —pensó—, ¿hace cuánto que no salgo de casa? Ni siquiera conozco los alrededores”.

En ese momento, mientras buscaba con la mirada un destino al que dirigirse, vio la figura lejana de una mujer que se acercaba caminando por la senda ocre que transcurría junto a su casa, y que llevaba a un pueblo cercano. Las sombras de los árboles próximos empezaban a alargarse, y el ruido de los pájaros ya no era tan intenso como el de la mañana. En menos de una hora caería la noche.

Gustav pensó de nuevo en lo que acababa de leer, en la carta de Katia. Habían pasado muchas cosas en los últimos años. Él siempre guardaría en la memoria el amor de Katia, a pesar de los pesares, e intentaría en cambio olvidar los largos años de soledad y dolor que había pasado en la cárcel de Uzbekistán. Toda una vida. Sin embargo, se había dado cuenta de una cosa al terminar de leer la misiva: mientras Katia y casi todos los hijos del Comité habían muerto, él estaba aquí, estaba vivo. Esa era la gran diferencia: él tenía una segunda oportunidad. Este pensamiento estimulante fue poco a poco calando en su mente, mientras veía caer la tarde en la campiña inglesa.

La mujer que había visto antes entró de pronto en su campo visual. Estaba cerca, pasaba frente a él por la vereda. Caminaba con seguridad y prestancia por el sendero oscuro. Tal vez conociera algún restaurante en la zona, pensó Gustav. Y si no era así, daba igual.

—¡Disculpe, señorita! —le gritó levantando hacia ella su mano.

La mujer se detuvo, volviéndose despacio, y lo miró sonriendo con sus ojos grises.

**FIN**